La Bruja de Luz Estelar

1

Las Brujas de Nueva York

KIM RICHARDSON
Autora bestseller del *USA TODAY*

La Bruja de Luz Estelar

Las Brujas de Nueva York

Libro Uno

KIM RICHARDSON

Este libro es una obra de ficción. Cualquier referencia a hechos históricos, personas o lugares reales es ficticia. Los demás nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor, y cualquier parecido con acontecimientos, lugares o personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

La Bruja de Luz Estelar, Las Brujas de Nueva York, Libro Uno
Copyright © 2023 por Kim Richardson
Todos los derechos reservados, incluido el derecho de reproducción total o parcial.

www.kimrichardsonbooks.com

ÍNDICE

Title page

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32

Juego de Brujos
Libros De Kim Richardson
Sobre La Autora

La Bruja de Luz Estelar

Las Brujas de Nueva York

Libro Uno

KIM RICHARDSON

CAPÍTULO 1

Me quedé de pie en la puerta, mirando el cuerpo desnudo de mi marido con su prominente y dura virilidad. La voluptuosa y guapa morena que se bajó de él tenía la cara marcada por la culpa, como si la hubieran pillado robando a un indigente. Con sus mejillas llenas y su piel impecable, parecía tener unos veinte años, más o menos la mitad de los míos, unos pechos turgentes y un cuerpo firme. Tampoco tenía celulitis, pero no te preocupes. Ya le aparecerá.

—¿Leana? ¿Qué… qué haces aquí? Regresaste temprano —tartamudeó mi marido. Se cubrió el pene con la sábana de algodón egipcio, las que yo había comprado, no es que eso importara. Y no es que yo no hubiera visto su pequeño pene durante los últimos quince años. No era gran cosa, solo un cuerpo larguirucho, una cabeza calva y una barriga cervecera.

Sin embargo, nada de eso habría importado si hubiera sido amable conmigo.

Nos habíamos casado jóvenes, los dos con veintitantos años, y nuestro matrimonio nunca había sido perfecto. Desde el principio, vi señales de su temperamento y su forma de ser narcisista, pero opté por ignorarlas, pensando que eso era lo que hacían las buenas esposas. Solo hay que seguir adelante, ¿no?

Los últimos dos años habían sido difíciles, y el año pasado fue un error total. Debería haberlo dejado hace años, pero me había dado pereza. Una parte de mí tenía miedo de volver a encontrarme soltera a los cuarenta y un años, después de tantos años de estar con alguien, aunque ese alguien no fuera el adecuado para mí.

Pero ya no.

Había sido fiel. Como mínimo, Martin podría haber hecho lo mismo hasta que los dos hubiéramos declarado que todo había terminado oficialmente.

Durante el último año había tenido mis sospechas de que me engañaba: las llamadas telefónicas nocturnas, salir de la habitación para hablar por teléfono con su supuesto jefe y los horarios nocturnos en la oficina, cuando no volvía a casa hasta la madrugada.

No podía culparle solo a él de que el matrimonio se viniera abajo. En primer lugar, él era humano. Yo era una bruja. Eso debería haber sido mi señal de alarma desde el principio. No podía ser totalmente sincera con él sobre quién era yo. Él nunca podría entenderme a mí o al mundo paranormal en el que trabajaba. Sin honestidad, el

matrimonio estaba condenado al fracaso desde el principio, y eso era culpa mía.

Sin embargo, era divertido verlo un poco incómodo y nervioso.

Crucé los brazos sobre el pecho, desafiante.

—¿Así que esta es la niña que te has estado tirando?

La morena hizo una mueca.

—No soy una *niña*. Tengo veintitrés años.

Levanté las cejas.

—La respuesta de una niña.

—Eres una perra —espetó la morena desnuda—. Ni siquiera eres tan guapa. Estás vieja y flácida. Probablemente hueles mal. Todo el mundo sabe que los viejos huelen así.

—Cállate, Crystal —siseó mi marido. Sus ojos verdes se encontraron con los míos y exhaló un suspiro—. No hemos tenido sexo en más de un año. ¿Qué esperabas? Todos los hombres tienen necesidades.

Resoplé.

—¿De verdad? ¿Vas a intentar culparme por tu infidelidad? —solté una carcajada que no pude contener. Y una vez que empezó, no pude parar. Todas las emociones del último año y de los años anteriores empezaron a salir de mí hasta que me agarré al marco de la puerta para sostenerme.

—¿De qué te ríes? —gruñó el que pronto sería mi ex marido.

Me enjugué los ojos.

—Tú. Esto. Todo esto es como una broma de mal gusto. ¿O es un *buen chiste*? Ni siquiera lo sé —miré a la morena, que mantenía su cuerpo descubierto a propósito con una mirada desafiante.

Puede que tuviera un cuerpo mejor y más joven que el mío, pero eso no era nada frente a la sabiduría acumulada por mis experiencias de vida.

—Espero que le guste limpiar, lavar la ropa y cocinar —le dije—. Tampoco esperes que él mueva un dedo. Puede que lo haga los primeros meses, pero luego dejará de hacerlo. Luego se enfadará contigo si le pides ayuda. Psicología inversa en su máxima expresión. Será mejor que te prepares.

Crystal me dedicó una sonrisa insolente.

—Yo no soy ama de casa.

Solté una breve carcajada.

—Buena suerte con eso. Quizá quieras empezar a buscar tu chupete.

—Siempre fuiste una perra —dijo mi marido. Se echó hacia atrás, dejando la sábana donde estaba y dándonos de nuevo una vista de su pequeñito—. Siempre te creíste mejor que yo. No me extraña haber tenido que buscar en otro lado lo que tú no me dabas. Y además

engordaste.

Mi sonrisa cayó mientras Crystal daba una risa falsa.

—Eso es lo que pasa cuando eres vieja —dijo la zorra en mi cama.

Con cuarenta y un años una no era vieja, bajo ningún concepto. De hecho, sentía que por fin había descubierto quién era y qué quería de mi vida. Por primera vez me sentía cómoda en mi piel, aceptando todos mis defectos, sabiendo que eran parte de mí.

Después de muchos años de duro trabajo y dedicación a mi oficio, por fin me sentía bien como bruja, aprovechando mi magia y comprendiéndola. Pero mi magia no estaba conectada a la magia elemental de la Tierra, como la de los brujos blancos, ni canalizaba su poder tomándolo prestado de los demonios, como la mayoría de los brujos oscuros. No, mi poder residía en otra parte. Es cierto que era más potente por la noche, algo que destacaba entre los brujos. Pero eso no significaba que no pudiera utilizarlo ahora.

Sería débil. Pero solo necesitaba un poco.

Nunca le había dicho a Martin lo que era. No tenía ni idea. Nunca había tenido una razón para hacerlo. No hasta este momento.

—Sabes, Martin —dije, sonriendo—. Nunca te lo he dicho, pero soy una bruja —Hice uso de mi voluntad y canalicé la energía que iba más allá de los límites de la tierra. Era débil, pero sentí una cinta de poder agitándose en mi interior. Lo mantuve allí.

Martin y Crystal se echaron a reír, como era de esperar.

—Y como humanos, no pueden ver la magia, igual que no pueden ver lo paranormal a su alrededor.

—Está loca como una puta cabra —Martin rio más fuerte, y Crystal se le unió.

—Me gustaría hacerles este regalo de despedida —les dije después de que se les hubiera pasado la risa.

Martin me observó con clara diversión.

—¿Qué?

Moví un dedo y de mi mano brotó una brillante luz blanca que cruzó la habitación hasta posarse sobre su pene.

Igualé su sonrisa, tiré de mi magia y dije:

—Esto....

Mi marido soltó un gemido de dolor y terror mientras se miraba el pene, con la punta doblada en un ángulo de noventa grados como una vela rota. *Ups*.

Crystal salió volando de la cama como si pensara que su pene roto era algo contagioso, con los ojos muy abiertos mientras retrocedía contra la pared.

Mientras los lamentos aumentaban de tono, me dirigí al vestidor, cogí mi maleta de mano, la llené con tanta ropa como pude y salí.

—¿Qué me has hecho? ¡Perra loca! ¡Maldita puta! —aulló mi

marido.

Cuando llegué a la puerta del dormitorio, me giré y vi a mi marido con la cara roja y las mejillas llenas de lágrimas. Se veía muy bien así.

Le apunté con el dedo.

—Mantén ese ánimo siempre arriba. ¿Qué? ¿Demasiado arriba? —No pude evitarlo. Se lo estaba buscando.

—Perra —resolló, con la cara llena de lágrimas mientras miraba a su pequeñín, que casi había doblado su tamaño y había adquirido un color púrpura, como una berenjena. ¿Tenía que pasar eso? Quién sabe.

—¡Le ha roto el pene! —gritó Crystal a alguien al otro lado del móvil—. ¡Es una bruja! ¡Y se lo rompió!

Sí, nadie iba a creer eso. La parte de la bruja, quiero decir.

Volví a centrar mi atención en mi marido.

—Considera esto el divorcio.

—¡Estás muerta! —aulló cuando salí y abandoné el apartamento. Quizá había ido demasiado lejos. Conjurar magia ante humanos estaba prohibido. Pero era demasiado tarde para eso. Además, dudaba que alguien les creyera si se lo contaban a todo el mundo.

Me quité un extraño peso de encima al llegar a Greenwich Avenue y giré hacia el norte, el aire fresco de septiembre me alivió las mejillas acaloradas. Me rugió el estómago, recordándome que me había olvidado de cenar. Después de los acontecimientos de la última hora, la cena podía esperar, pero el vino no. Necesitaba una copa de vino.

No sentí ninguna pérdida, ni siquiera arrepentimiento. ¿Eso era malo? ¿Yo era mala? Posiblemente. Pero él me había hecho enojar.

—Dios, ¿por qué no hice esto hace mucho tiempo?

Me detuve en la esquina de la calle, esperando el semáforo para peatones, y saqué del bolsillo la carta que había recibido esta mañana por correo certificado. La había leído una docena de veces, pero quería releerla. Solo para asegurarme de que no estaba a punto de hacer el ridículo. Mis ojos rodaron sobre la carta mientras la leía.

Estimada Leana Fairchild,
Me complace hacerle una oferta de empleo en nombre del Hotel Twilight. Para reconocer oficialmente su aceptación de esta oferta, o si desea más detalles, preséntese en el 444 de la 5ª Avenida hasta las 19.00 horas. Esperamos poder darle la bienvenida a bordo.
Atentamente,
Basil Hickinbottom
Gerencia

Recibir ofertas de trabajo no era raro. Yo era una Merlín y lo había sido durante los últimos diez años. El Grupo Merlín significaba en otras palabras Red de Inteligencia de la Liga de Respuesta de las

Fuerzas Mágicas. Éramos la policía mágica, como el FBI.

Siempre le había dicho a Martin que trabajaba en el turno de noche del pub McGillis, en Greenwich Village. Nunca sospechó nada raro. Claro que eso se debía a que no podía importarle menos.

Había oído hablar del Hotel Twilight. Diablos, todos los paranormales —brujas, hombres lobo, metamorfos o seres feéricos— conocían ese hotel. Pero recibir una oferta de trabajo de ellos era inusual. Nunca había trabajado para ellos. Nunca. Y tampoco conocía a nadie que lo hubiera hecho. Por lo que sabía, eran reservados y no les gustaba contratar, lo que explicaba la montaña de curiosidad que sentía al recibir esta oferta de trabajo.

Consulté mi teléfono: 6:15 p.m.

—Aún tengo tiempo.

Volví a meterme la carta en el bolsillo, me llevé la mochila al hombro y continué.

La tensión se me subió de emoción. Olvidé el episodio del pene roto de Martin porque solo tenía espacio para un pensamiento en mi cabeza. Todos los brujos contratados sabían que el Hotel Twilight pagaba bien. Quizá por fin podría permitirme tener un auto. ¿No sería genial?

Tal vez las cosas por fin estaban mejorando para mí...

Mi cara chocó contra una pared.

Una pared que olía a almizcle y especias. Era un olor agradable. Di un paso atrás y parpadeé al ver la cara de un hombre apuesto, de mandíbula cuadrada y nariz recta, el dueño del pecho de hombre que acababa de embestir con mi cara. El pelo oscuro y ondulado le rozaba los anchos hombros, canoso en las sienes, lo que no hacía sino aumentar su atractivo. Era alto, del tipo que te obliga a echar la cabeza hacia atrás para poder verlo. Y era toda una vista.

Estaba bueno. Y parecía que necesitaba esa copa de vino más que yo.

Sus ojos eran oscuros y ardían con una intensidad que me revolvía las entrañas. A mí también me gustaba.

Tampoco era humano. Eso estaba claro por la energía paranormal que emanaba de él. Grande y fuerte, sin duda este hombre bestia era un cambiaforma. Yo apostaba a que era un hombre lobo.

—Mira por dónde vas —gruñó, prácticamente gritó, mirándome como si yo fuera la persona más odiada de todo Nueva York.

Ya no estaba tan bueno.

Entrecerré los ojos.

—Lo haría si no ocuparas tanto espacio, *Muro*.

Puede que tuviera la contextura de un camión, que era lo que había sentido al chocar de bruces contra su pecho, y puede que veinte años atrás hubiera agachado la cabeza y me hubiera marchado. Pero

no lo hice. La vida me había endurecido.

Y hoy había roto un pene. ¡Qué despiadada era!

El desconocido me miró fijamente, claramente no estaba acostumbrado a que lo desafiaran. Por su forma de ser, estaba segura de que nadie le reprochaba. Más bien se acobardaban.

—Las calles no te pertenecen —gruñó.

—Tampoco te pertenecen a ti —si esperaba una disculpa, iba a esperar un rato. Ya me había cansado de disculparme.

El hombre bestia me observó durante un rato más.

—*Tú* chocaste contra *mí*. No estabas prestando atención a por dónde ibas.

—Entonces deberías haberte apartado —podría hacer esto toda la noche. Bueno, en realidad no. Tenía que irme si quería ese trabajo—. ¿Y por qué no lo hiciste? Si me hubieras visto venir, lo más galante sería apartarte.

Sus fosas nasales se encendieron de ira.

—¿Por qué debería apartarme por ti? —lo dijo como si el mero hecho de que estuviera allí significara algo para mí, como si fuera alguien a quien debiera conocer, alguien de gran importancia.

Por lo que yo sabía, era un hombre bestia grosero y sexy. Eso era todo.

—Está claro que esta mañana te has dejado los modales en casa —le dije. Me negué a mirar sus labios carnosos y sensuales. Demasiado tarde. Le estaba mirando. Demasiado tarde. Eran unos labios ardientes que combinaban con el resto de su cuerpo.

—¿Siempre andas con la cabeza en las nubes? Así es como te matan. Así es como te atropella un carro.

Enarqué una ceja.

—Problema resuelto. ¿Verdad? —¿por qué seguía aquí? ¿Por qué no se alejaba de mí?

El desconocido me observaba, con mirada intensa.

—No deberías andar por aquí si no sabes a dónde vas.

Resoplé.

—Sí. No necesito tu permiso, amigo. Llego tarde a una entrevista. Fuera de mi camino, *TractoMULA*.

La confusión relampagueó en aquellos ojos tan sensuales. Parpadeó y se alejó. Mis ojos, que se movían por voluntad propia, siguieron su sexy trasero hasta que desapareció entre una multitud de humanos que deambulaban por las calles de Manhattan. Ninguno tenía ni idea de que un hombre lobo caminaba entre ellos, uno ardiente y gruñón. Sin embargo, notaba cómo los humanos se alejaban de él. No tenían ni idea de lo que era, pero incluso ellos podían sentir la energía feroz, salvaje y dominante que emanaba de él. También tenía una vibración alfa. Y esperaba no volver a verle nunca más. La próxima vez, quizá

no sea tan educada.

Dejé escapar un largo suspiro y empecé a moverme de nuevo, con la irritación revoloteándome por dentro. Me ardía el cuerpo, como si hubiera tenido un sofoco repentino. No era precisamente la actitud serena y profesional que quería mostrar en la entrevista. Seguramente se me había puesto la cara roja. Parecería que estaba nerviosa, que lo estaba, pero no quería que la gerencia lo notara.

Maldito sea el hombre lobo y su culo ardiente.

Justo cuando cruzaba la calle Treinta y Nueve Este, di unos pasos más y me encontré cara a cara con el 444 de la Quinta Avenida.

La gran fachada de piedra caliza tenía adornos de arenisca, y el diseño incluía tejados profundos con buhardillas, enjutas de terracota, nichos, balcones y barandillas. Tenía un aire gótico, como si Drácula hubiera vivido allí, y me encantó. Encima de las puertas dobles de cristal había grandes letras blancas que rezaban HOTEL TWILIGHT. La entrada principal tenía un arco de doble altura sobre la Quinta Avenida. Era una bestia gloriosa, con sus trece plantas.

Un suave resplandor caía sobre el edificio en una brillante gama de colores. Reconocí el glamour destinado a evitar que cualquier humano errante pensara que podía conseguir una habitación. Para ellos, lo más probable era que el edificio pareciese un edificio abandonado y destartalado o un edificio en construcción, cualquier cosa que les hiciera moverse y olvidarse del lugar rápidamente.

Mi corazón latía con fuerza contra mi pecho, como el de un niño que entra en el instituto por primera vez. Me limpié las manos sudorosas en los jeans antes de agarrar la manilla de la puerta.

Entonces me di cuenta de que no tenía dónde quedarme esta noche ni las siguientes. Básicamente, no tenía casa. Lo único que tenía era la bolsa al hombro. Ya se me ocurriría algo. Siempre era así. Además, las cosas no estaban tan mal.

—Rompí un pene hoy —murmuré, orgullosa de mí misma—. Nada puede superar eso.

O eso creía.

Con la respiración contenida, tiré de la puerta y entré.

CAPÍTULO 2

Las puertas se abrieron a un vestíbulo espacioso, con techos altos, mucho cristal, pintura gris y detalles en rojo intenso. Un brillo de material transparente se deslizó sobre mí y sentí el familiar latido mágico de una guarda de protección. Crear guardas requería mucha magia. No todos los brujos o magos podían crearlas, y menos aún unas tan complejas y con tanto poder como para proteger un edificio entero.

La zona estaba iluminada con luz tenue y tenía todos los olores habituales de un hotel humano: ambientador y demasiados perfumes y colonias mezclados. Por todo el espacio se habían colocado modernos sofás y sillas grises en zonas designadas para sentarse. La única diferencia era la fría nitidez de la energía paranormal.

Se me erizó el vello de la nuca al sentir que me miraban. Miré y me encontré con grupos de personas, paranormales, que me observaban desde sus asientos con expresión curiosa.

La adrenalina me recorrió el cuerpo de inmediato.

Un brujo de pelo negro hacía alarde de su magia mientras su teléfono giraba por encima de la mesa y una bruja pelirroja aplaudía con entusiasmo. Un grupo de brujas mayores estaban sentadas en el rincón más alejado, con el pelo blanco y gris desparramándose por sus oscuras capuchas y los dedos nudosos alrededor de sus bebidas. ¿Brujas oscuras? Probablemente.

Mientras caminaba, una mujer alta y rubia con chaqueta de cuero me olfateó. Una mujer lobo, si el olor a perro mojado servía de indicio.

Pasé junto a un grupo de gnomos que bebían pintas. Un grupo de hombres y mujeres paranormales estaban sentados alrededor de una mesa con vasos llenos de un líquido granate oscuro, que dudaba seriamente que fuera vino. Su aspecto antinatural destacaba entre los demás paranormales. Vampiros. Todo era un borrón de ojos negros, dientes puntiagudos y ropa fina. Sus rostros eran adorables y feroces a la vez. Susurraban entre ellos, y no me gustaba cómo me señalaban y me miraban como si se preguntaran a qué sabía mi sangre.

Sentí que se me disparaba la tensión y me obligué a mantener un ritmo uniforme, que era más bien una caminata del tipo «te daré un latigazo si te acercas demasiado». De ninguna manera les mostraría a esos vampiros el efecto que tenían sobre mí. Además, no quería montar una escena ni llamar la atención en este hotel.

El Hotel Twilight atendía a *todos* los paranormales. No importaba si se trataba de una bruja oscura, un vampiro, un troll o un hombre lobo renegado, el hotel concedía refugio o alojamiento, lo que fuera imprescindible en cada momento.

Una parte de mí se sentía como una impostora, como si no perteneciera a este lugar, y esto era un gran error. ¿Quizá el hotel me había confundido con otra persona? Con mi suerte, todo era posible.

Un hombre pálido de pelo negro estaba detrás de un mostrador al final del vestíbulo, tecleando en una tableta. Mi estómago se agitó de nervios y me esforcé por caminar con confianza mientras me dirigía hacia el mostrador de granito reluciente del check-in. No sabía por qué estaba tan nerviosa. No era mi primer trabajo.

Saqué mi carta, la deslicé sobre el mostrador de mármol reluciente y luego dejé caer las manos detrás para ocultar mis dedos temblorosos.

—Hola. Vengo a ver a Basil —Ya había olvidado su apellido. Eché un vistazo a la carta—. Basil Hickinbottom.

El hombre llevaba un traje gris oscuro de tres piezas, entallado y caro. La palabra CONSERJE estaba prendida en la parte delantera de su chaqueta. De cerca, su piel pálida era prácticamente translúcida y pude distinguir las venas azules de sus finas manos mientras tecleaba. Era delgado y más o menos una cabeza más bajo que yo, y podía sentir las energías paranormales que desprendía. Parecía de mi edad, pero era difícil saberlo cuando se trataba de paranormales. Podía tener unos cuarenta años o fácilmente unos setenta.

El conserje siguió tecleando en su tableta sin levantar la vista.

—Debes registrar todas las armas y todos los objetos mágicos relacionados con las armas —dijo con voz de zumbido. El leve movimiento de una lengua gris me dijo que era un metamorfo, posiblemente un lagarto.

—Claro, no llevo armas.

El conserje soltó un suspiro exasperado. Sus ojos claros rodaron finalmente sobre mí y se posaron en mi bolso.

—¿No me has oído? ¿No hablas español? ¿Te lo deletreo? *No* se permiten armas. Normas del hotel —A continuación, señaló un cartel en forma de A que había en el suelo junto al mostrador y que decía: NO SE PERMITEN ARMAS, NI MÁGICAS NI NO MÁGICAS.

Entrecerré los ojos. Era un bastardo irritante, pero no iba a dejar que me pusiera nerviosa. No iba a meter la pata.

—Ya te lo he dicho. No llevo armas, ni mágicas ni de ningún otro tipo. Puedes cachearme si quieres —añadí con una sonrisa y levanté los brazos.

El conserje tenía el ceño fruncido, como si lo hubiera usado tantas veces que fuera su única expresión.

—¿Y qué hay en la bolsa?

—Mi ropa.

—¿Por qué? ¿Te vas de vacaciones?

No iba a contarle mi vida personal a un extraño maleducado.

—Estoy aquí por un trabajo. La gerencia me pidió que viniera. Para ver a Basil. Tengo una carta —volví a deslizar mi carta.

En un borrón, el conserje me arrebató la carta más rápido de lo que creí posible.

—Hum… —sus ojos se movieron sobre mi carta—. Entonces, ¿qué clase de bruja eres? ¿Eres una bruja blanca u oscura?

Aquí viene.

—Ninguna de las dos.

El conserje me miró con severidad y dejó caer mi carta.

—No puedes ser una bruja sin ser una bruja blanca u oscura.

Suspiré.

—Sí que puedo.

El conserje resopló.

—A lo mejor no eres una bruja. A lo mejor solo eres un ser feérico perdedor que haría cualquier cosa por entrar en el Hotel Twilight. Ya está. ¿Eso es todo? Bueno, tengo noticias para ti. No dejamos entrar a la basura. Vete o haré que te echen.

Y aquí pensé que mi día estaba mejorando.

—No voy a ninguna parte, y no tengo que darte explicaciones — Volví a coger la carta.

El conserje levantó la ceja.

—Y no tengo tiempo para escuchar a estúpidos.

—¿En serio? —dije enfurecida.

—En serio —desafió el conserje.

—¿Qué está pasando aquí? —se oyó una voz detrás de mí.

Giré la espalda contra el mostrador y vi a un hombre diminuto con un mechón de pelo blanco y una barba blanca a juego. Tenía unas gafas redondas en la nariz que aumentaban sus ojos de forma anormal y le hacían parecer un búho. Su traje negro contrastaba con su piel blanca, y parecía una versión en miniatura de Papá Noel con traje, con la mirada firme de un hombre capaz de detectar cualquier patraña. La placa de su chaqueta decía GERENTE.

—¿Basil? —supuse. Una oleada de energía que me resultaba familiar me golpeó y me produjo un remolino de punzadas en la piel. El aroma de agujas de pino, tierra húmeda y hojas mezcladas con un prado de flores silvestres salió a mi encuentro: el aroma de los brujos blancos.

Cuando asintió levemente, añadí:

—Soy Leana Fairchild. Vengo por un trabajo —Se me volvió a retorcer el estómago y luché para que mi cara no mostrara lo nerviosa

que estaba.

El gerente del hotel pareció relajarse un poco al oír mi nombre.

—Tú eres la bruja. ¿La Merlín?

—Lo soy —Miré por encima del hombro y sonreí al conserje, que estaba furioso. Luego, me volví hacia el encargado y tiré de mi bolso hacia delante—. Tengo identificación, si quieres verla.

Basil, el gerente, juntó ambas manos delante de él.

—No será necesario —dijo—. Estás contratada.

Mis cejas se alzaron.

—Eh... vale, estupendo. Gracias. ¿Puedes hablarme un poco del trabajo?

Nunca me habían contratado tan rápido. Tenía que ser un récord.

Los ojos de Basil se entornaron mientras miraba por encima de su hombro, y luego se inclinó hacia delante y dijo en voz baja:

—Hemos tenido dos asesinatos en el hotel. Estás aquí para investigar. Para encontrar a los responsables.

—De acuerdo.

—Es muy malo para el negocio, muy malo. No queremos alarmar a los huéspedes —Basil volvió a mirar a su alrededor, con los hombros tensos como si temiera que estuvieran a punto de atacarle.

—¿Puedes hablarme de los asesinatos? —cuando los ojos de Basil se desorbitaron más por el volumen de mi voz, la bajé y proseguí—: ¿Quiénes eran las víctimas?

—Dos huéspedes y sin ninguna relación por lo que sabemos —respondió Basil. Levantó la vista y sonrió a una pareja que pasaba por allí y cuyo exquisito aspecto los etiquetaba como vampiros—. Pero para eso estás aquí —vi que el conserje se inclinaba para escuchar—. Descubrimos el primer cadáver hace tres semanas y el segundo la semana pasada. Segundo y cuarto piso. Habitaciones dos cero dos y cuatro cero cuatro. Los cuerpos han sido retirados, pero por lo demás dejamos las habitaciones intactas.

—¿Cómo fueron asesinados?

Basil se volvió hacia el conserje.

—Errol. Dale el expediente, por favor.

Errol miró molesto a la bruja.

—No soy un sirviente.

—El expediente, ahora —gruñó Basil—. No me provoques, Errol. Hoy no.

Al principio, no estaba segura de que Errol consiguiera el expediente solicitado, pero se agachó detrás del mostrador, sacó una carpeta y me la lanzó.

Cogí el expediente.

—Gracias, Errol —le sonreí mientras él hacía una mueca—. Tengo la sensación de que vamos a ser *grandes* amigos.

—Preferiría cortarme las venas —espetó Errol.

Me reí mientras abría la carpeta. Dentro, encontré copias de facturas e información personal de las víctimas. Mis dedos se detuvieron en las dos fotos fotocopiadas: un hombre y una mujer. Ambos estaban cubiertos de sangre, con graves cuchilladas por todo el cuerpo. Justo debajo de las costillas del hombre había una brecha enorme y espantosa.

—Parece que le faltan algunos órganos.

La hembra tenía unos veinte años y estaba en buen estado. Bueno, antes de que la mataran. Era difícil saber qué los había matado con solo mirar las fotos.

Basil se inclinó más cerca.

—Debo insistir en tu total discreción —dijo y luego dedicó una sonrisa tensa a un anciano que pasó junto al mostrador, con cara de querer escuchar lo que hablábamos—. Toda esta... situación es mala para el negocio. No podemos arriesgarnos a que los clientes se enteren. Podríamos enfrentarnos al cierre del hotel si no se sienten seguros aquí.

—¿En serio?

—Nadie querrá quedarse en el hotel si creen que serán asesinados mientras duermen.

—Buena observación. ¿Y la paga?

Había aprendido por experiencia a no aceptar ni empezar nunca un trabajo sin una prueba de financiación o un acuerdo firmado.

Basil sacó un sobre del interior de su chaqueta.

—Toma. Es la paga de una semana. Después, recibirás la misma cantidad cada semana hasta que se resuelva el caso.

Abrí el sobre y conté mil en efectivo.

—Vale. Si acepto el trabajo, ¿hay alguna forma de conseguir una habitación? —me di cuenta de que estaba en desventaja después de romperle el pene a Martin. No tenía dónde vivir—. Podría ser útil estar tan cerca —en parte era cierto, pero realmente necesitaba un lugar donde quedarme por un tiempo.

Basil asintió.

—Tengo un apartamento libre en nuestra planta de residentes. Puedes quedarte allí mientras dure el trabajo.

De acuerdo. Un problema resuelto.

Vi cómo Basil caminaba detrás del mostrador y cogía algo de un estante inferior. Luego dio media vuelta y me entregó una llave con una etiqueta verde.

—Está en el piso trece. Apartamento trece doce.

—Gracias —Me guardé la llave en el bolsillo.

—¿Y? ¿Vas a aceptar el trabajo? —preguntó Basil. Oí a Errol murmurar algo, aunque no pude captar lo que dijo.

Doblé el expediente y me lo metí bajo el brazo.

—Claro que sí. Sí, lo acepto.

—Bien. Muy bien —Basil dejó escapar un suspiro y dijo—: Porque acabamos de encontrar otro cadáver.

CAPÍTULO 3

Me quedé mirando el cuerpo de un hombre tendido en el suelo junto a los pedazos destrozados de una mesita de madera. Yacía en un charco de su propia sangre, vísceras y trozos de ropa. Las canas que salpicaban su pelo castaño en las sienes me decían que tenía unos cuarenta años. La camisa le apretaba demasiado por la cintura y los pantalones eran demasiado cortos. Su cuerpo estaba en posición fetal y, por la mueca que aún se veía en su rostro, diría que murió con un dolor atroz.

Dejé escapar un suspiro.

—¿Quién te ha hecho esto?

Me arrodillé a su lado. Salpicaduras de sangre manchaban la alfombra gris claro, y más sangre empapaba la alfombra bajo su pecho. La luz del techo se reflejaba en su caja torácica y pude ver marcas de dientes. Tan afilados como para atravesar huesos... alguien tendría que tener unas mandíbulas fuertes para partir huesos así. Tendría que ser algún paranormal.

A juzgar por las cuchilladas y muchas otras laceraciones profundas en el cuerpo, parecía que había muerto de la misma manera que las otras víctimas del hotel. Sin armas permitidas en el hotel, solo podía concluir que el asesino utilizó algo propio de su naturaleza, como sus garras o sus dientes. También podría ser una maldición. Había oído hablar de algunas maldiciones bastante oscuras que podían imitar un arma tradicional de tipo cuchillo capaz de despedazar tu cuerpo.

Y necesitaba estar segura si quería resolver el caso o salir adelante. Para ello, tendría que recurrir a mi propia magia.

No era que mi magia tuviera que mantenerse en secreto. Simplemente, ya no tenía paciencia para explicar en qué era diferente mi magia. Mi madre y mi abuela me advirtieron desde muy joven que intentara mantenerla en privado, no en secreto, para evitar las miradas y los problemas que parecían perseguirme por ser diferente. Incluso en el mundo paranormal, la gente temía las cosas que no entendía o que le eran ajenas.

Miré hacia la ventana, al cielo azul intenso que se oscurecía. Aún me quedaban unas dos horas para que se pusiera el sol, así que no podía recurrir a toda mi magia, solo a una parte.

Pero podría ser suficiente para esto.

Respiré hondo, recurrí a mi voluntad y canalicé las emanaciones, las fuerzas del otro lado del cielo.

Inmediatamente, me golpeó una energía fría y palpitante procedente del cuerpo, seguida de un leve aroma a azufre y algo mucho más oscuro y siniestro.

—Eres un brujo oscura o posiblemente un brujo blanco —murmuré.

El hombre había practicado magia aquí antes de morir. Eso estaba claro. Pero no obtenía señales claras de qué tipo de paranormal hizo esto. Podría ser un hombre lobo enloquecido o un hombre oso. Cualquiera que fuera, era extraordinariamente fuerte para poder hacerle eso a un cuerpo y además había eludido la magia de los Merlín. ¿Qué paranormal podría hacer eso?

Vi ampollas en su costado a través de un agujero en su camisa y más en su brazo. Se había resistido. La habitación estaba destrozada y parecía que una bomba había impactado en el sitio. Las sillas y las mesas estaban volcadas, mientras que los vasos rotos y los platos de cerámica aún con comida yacían esparcidos por el suelo. El aire frío se filtraba por una ventana rota sobre las marcas negras de quemaduras que estropeaban las paredes gris claro, y lo que en algún momento pudo haber sido un sofá ahora salpicaba el suelo en forma de plumas, espuma y tela.

—Siento que hayas muerto así...

Me entristeció la muerte de un brujo en la flor de la vida. Solo avivó más mi deseo de resolver este caso.

Revisé sus bolsillos pero no encontré nada, ni siquiera su identificación. Qué raro. Tal vez Basil se la llevó. Le preguntaría más tarde. Necesitaba el nombre de este brujo muerto para avanzar en mi investigación. ¿Conocía a las otras dos víctimas? Murió en el sexto piso, donde las otras fueron asesinadas en el segundo y cuarto piso. ¿Cuál era la conexión? ¿Por qué lo mataron? ¿Quién era él?

Estaba claro que quien hizo esto tenía conocimientos de magia poderosa.

Me levanté y saqué mi teléfono para empezar a tomar fotos.

—¿Eres la nueva Merlín?

La voz me hizo girar la cabeza y me encontré con un hombre alto y apuesto apoyado en el marco de la puerta de la habitación 601, que recordaba haber cerrado.

Una camiseta negra ceñida dejaba ver unos músculos prietos y un cuerpo en forma. No era tan corpulento y musculoso como el rudo hombre bestia con el que me había tropezado antes, pero tenía una complexión más atlética, como la de un nadador. Tenía el pelo castaño claro corto por los lados y más largo por arriba, con un estilo moderno. Su atractivo rostro lucía una sonrisa de suficiencia, del tipo que sabe que es agradable a la vista y que está acostumbrado a la admiración de las mujeres de sangre caliente. Y juré que podía ver un

brillo en sus ojos.

—Lo soy —respondí, preguntándome quién demonios era. Sin embargo, no me daba la sensación de ser un asesino. Más bien daba la impresión de ser alguien que estaba al acecho de sexo casual, pero eso no explicaba por qué estaba aquí.

Al oír mi respuesta, el apuesto hombre entró en la habitación y se acercó a mí, demasiado, en mi espacio personal.

Fruncí el ceño.

—¿Y tú eres?

Le daría un rodillazo en la entrepierna si se acercaba más.

Me asaltó su cercanía, el olor de su loción de afeitado y una pizca de agujas de pino y tierra. El tipo era un brujo blanco.

El guapetón me dedicó una sonrisa que habría hecho que un grupo de solteras le tiraran las pantaletas.

—Qué bien —dijo, deslizando su mirada sobre mí—. Nunca pensé que las Merlíns pudieran ser tan guapas.

El calor me subió del cuello al cuero cabelludo. No era inmune a las caras bonitas. Solo sabía que eran problemas de los que debía alejarme. Además, tenía un trabajo que hacer y este tipo me estorbaba.

Me aclaré la garganta.

—¿Qué haces aquí?

No me gustó que no le molestara el brujo muerto que teníamos a nuestros pies. ¿Quién demonios era este tipo?

—¿Estás casada? —insistió—. ¿No? ¿Tienes novio? ¿Novia?

—Déjala en paz, Julian —dijo una segunda voz desde la puerta.

Aparté los ojos del brujo llamado Julian y vi a una mujer mayor que se pavoneaba en la habitación. De nuevo, sin invitación. De nuevo, no parecía ni un poco traumatizada por el muerto que teníamos a nuestros pies.

Llevaba un mechón de pelo rojo y rizado que le rozaba los hombros. Su rostro bronceado y curtido indicaba que le gustaba pasar tiempo al aire libre. Tenía los ojos azules llenos de patas de gallo y los labios finos y apretados. Parecía tener unos sesenta años y llevaba una falda larga de jean y zuecos de jardín, con un collar largo y un colgante sobre una blusa verde doblada por los codos.

Se acercó a nosotros, *pisando* al brujo muerto y pasando por encima de él. Parpadeó y me sonrió.

—Soy Elsa —empujó a Julian con fuerza hacia atrás, alejándolo de mí. Me cayó bien de inmediato—. No le hagas caso. Solo está cachondo. Controlado por esa cosa entre sus piernas. Es molesto, pero inofensivo —Apoyó las manos en las caderas mientras me estudiaba. Sus mejillas se iluminaron con un tono sonrosado mientras esbozaba una sonrisa contagiosa, acogedora y casi familiar.

Julian resopló.

—Depende de lo que definas como inofensivo.

—Te lo dije, es molesto —repitió Elsa, estirando la sonrisa.

—Y ella es la viuda molesta a la que le gusta tener muy cerca a su marido muerto —Julian se dio un golpecito en el pecho y observó el medallón que llevaba Elsa en el cuello.

Mirándolo bien, no era un colgante, sino un antiguo medallón de latón, una forma de joyería de luto victoriana. Vaya. ¿Era un trozo de su marido muerto? Sabía que algunas brujas guardaban un mechón de pelo de sus parejas fallecidas. Pero nunca había conocido a una en persona.

Elsa puso los ojos en blanco como si aquello no fuera nada nuevo ni digno de mención.

—Así que eres la nueva Merlín, ¿eh?

La misma oleada de energía que recibí de Julian me golpeó. Ella también era una bruja blanca.

Sentí que me relajaba un poco. Estaba claro que estos dos no estaban aquí para rebanarme el pescuezo, sino más bien para entrometerse.

—Sí. Soy Leana —Mi mirada pasó de una sonriente Elsa a un sonriente Julian—. ¿Por qué están aquí exactamente? ¿Los ha enviado Basil? —La irritación parpadeó en mis entrañas. Quizá el gerente pensó que necesitaría ayuda en el departamento de brujería.

—¿Basil? Oh por la Diosa, no —rio Elsa—. Hemos venido a ver si necesitabas nuestra ayuda.

—Claro —volví a mirarlos. Elsa jugueteaba con aquel medallón entre los dedos, y Julian rebuscaba en los cajones del brujo muerto, cogiendo su ropa, oliéndola y volviéndola a poner en su sitio.

Una parte de mí quería decirles que se fueran. Pero eran entrometidos, y ese tipo de gente sabe cosas. En este momento, yo estaba interesada en la información.

—¿Y? —Elsa se frotó las manos—. ¿Qué podemos hacer para ayudar?

Mis ojos se dirigieron al brujo muerto.

—Por lo que sé, Basil quiere mantener esto en secreto. Así que mi pregunta para ti es: ¿cómo sabías que había un cadáver aquí?

—Me lo dijo Lisa —dijo Julian, volviendo a unirse a nosotras.

Ante mi interrogante, Elsa añadió:

—Es una de las muchas camareras de hotel con las que se acuesta nuestro chico. Ahora que lo pienso. Creo que ha estado con todas.

Miré a Julian y me lanzó una sonrisa deslumbrante.

—¿Qué? Me consienten.

Vaya. Pero no pude evitar la sonrisa que se dibujó en mis labios.

—Lo encontró esta mañana —continuó Elsa—. Muerto en un

charco de su propia sangre.

Se me ocurrió algo.

—Me llamaste la *nueva* Merlín. ¿Acaso habían contratado a otro Merlín antes que yo? Me pareció extraño que Basil contratara a un desconocido cuando el hotel tenía Merlíns a su servicio. Si quería que las muertes fueran discretas, ¿por qué contratar a un desconocido?

—Sí —dijo la bruja mayor. Agarró su medallón con la mano, con el rostro arrugado por el pensamiento—. Eddie, ¿no sé qué? ¿O era Franky? No me acuerdo.

—¿Dónde está y por qué no está aquí? —pregunté.

No me gustó que Basil decidiera ocultarme esa información. Tal vez este otro Merlín estaba de vacaciones. En cualquier caso, debería habérmelo dicho.

Elsa hizo un gesto con la cabeza en dirección al brujo muerto.

—Lo estás mirando.

Me quedé con la boca abierta.

—Quieres decir...

—Es el muerto —dijo Julian—. Pobre desgraciado. Iba a ayudarle a ligarse a Danielle. Es una huésped del segundo piso. Una linda y bien formada mujer zorro.

Fruncí el ceño mientras miraba a Eddie, Franky, como se llamara. Esto explicaba por qué Basil tenía prisa por contratarme. Iba a tener unas palabras con aquel brujito más tarde.

El Merlín que trabajaba en el caso estaba muerto. Eso no era bueno. Significaba que quien lo mató era más poderoso, o que lo habían tomado por sorpresa.

Maldita sea. Debería haber pedido más dinero.

—Parece que Eddie se acercó demasiado y lo mataron por eso —dijo Elsa, pasando los dedos por su medallón.

—Creo que se llamaba Franky —se hizo eco Julian—. Sí. Sin duda Franky.

Asentí.

—Eso es lo que yo creo —respondí.

Tenía sentido. El brujo definitivamente había descubierto algo. ¿Pero qué?

Julian se apoyó en la pared opuesta y se cruzó de brazos.

—¿Eres de Nueva York?

Negué con la cabeza.

—De una pequeña ciudad de New Hampshire. Me mudé aquí hace unos quince años con mi marido, que espero que dentro de poco sea mi *ex*marido.

Los ojos de Elsa se abrieron de par en par.

—Parece una buena historia. Noto cierta rabia por tu tono. ¿Te hizo algo? ¿Qué fue?

—Me engañó —respondí, extrañada de ser tan abierta con ellos sobre mi relación. Me guardaría los detalles escabrosos para más tarde —. Solo quiero divorciarme y seguir con mi vida. Es humano. No sé cuánto tiempo tardará.

El rostro de Elsa se iluminó.

—Yo puedo ayudarte. Tengo amigos en el sistema jurídico humano. Si me consigues toda su información, puedo hacer que tu divorcio sea definitivo en dos semanas porque te engañó, y los paranormales movemos hilos para cosas así.

Sentí que una punzada de tensión se liberaba de mí.

—¿En serio? Sería estupendo —dije.

¿Estupendo? Eso sería fenomenal.

—Entonces, ¿dónde vives? —preguntó Julian, con los ojos puestos en la bolsa de mano que había colocado en el suelo junto a la entrada —. ¿No tienes casa?

Suspiré.

—Aquí por ahora. En el piso trece hasta que encuentre algo, supongo.

Elsa aplaudió con entusiasmo.

—Nosotros también vivimos en el piso trece. Todos los residentes viven allí. Somos tus vecinos. ¿No es maravilloso? Estoy deseando presentarte a los demás. A Jade le vas a encantar.

Julian se encogió de hombros.

—El hotel no quiere que nos mezclemos con los huéspedes. Nos dicen que no lo hagamos, pero nunca les hacemos caso —Me mostró una sonrisa de un millón de dólares—. Así es como consigo todas mis citas.

La idea de estar a solas con una botella de merlot y mis pensamientos no sonaba muy bien en ese momento.

El roce de unos zapatos sobre la alfombra atrajo mi atención hacia la puerta. Un grupo de tres hombres y una mujer vestidos con trajes negros, gafas de sol y equipados con maletines médicos entraron en la habitación.

—Bueno, bueno, bueno. Ya ha llegado el equipo de limpieza —dijo Julian, mirando a la mujer.

Basil había mencionado que vendría un grupo para llevarse el cadáver discretamente. No estaba segura de cómo iban a hacerlo. En primer lugar, porque cómo se retira un cadáver discretamente y, en segundo lugar, porque parecían sacados de una nueva versión de los *Hombres de Negro*. Nada era discreto en esta gente.

Con los brazos cruzados sobre el pecho, observé al equipo de limpieza hacer unas cuantas fotos y clasificar la escena del crimen antes de que uno de los hombres sacara un frasco de cristal y vertiera su contenido sobre el cadáver. Un repentino pinchazo de energía me

recorrió la piel. Y entonces Eddie-Franky se levantó del suelo en posición fetal, flotando en el aire.

Magia. Estos tipos eran brujos. O al menos, ese lo era.

Seguidamente, la mujer esparció un poco de polvo blanco sobre el brujo muerto, murmurando palabras que no pude captar. La energía siseó y rezumó por el aire como si el poder y la magia se hubieran extraído en una bruma invisible. El polvo blanco creció y se extendió por el cuerpo hasta desaparecer. Oh. Había lanzado algún hechizo de invisibilidad.

Diablos. Ojalá yo pudiera hacerlo.

—Fanfarrones —murmuró Elsa, con el ceño fruncido.

Pero yo estaba muy impresionada. Me impresioné aún más al ver a los tres miembros del equipo de limpieza salir de la habitación, con un fino tentáculo blanco y traslúcido atado a la mano de la bruja mientras la imaginaba arrastrando el cuerpo flotante detrás de ella.

El cuerpo podría haber desaparecido, pero mi trabajo no había hecho más que empezar.

—¿Quién es esta? —preguntó una mujer que estaba de pie en la puerta por donde el equipo de limpieza había desaparecido hacía un momento.

Llevaba el pelo rubio rizado, grande y tieso, como si hubiera usado un bote entero de laca. Tenía los ojos delineados con sombra azul y los labios pintados de rosa brillante. Tenía un aire a Cindy Lauper con medias de malla negras, una falda blanca con volados y una chaqueta de jean corta. En los brazos llevaba pulseras de plástico blancas y negras. No podía adivinar su edad. Parecía mayor que yo, pero más joven que Elsa. Estaba claro que se había quedado anclada en los ochenta y que le encantaba la música y la moda de los ochenta.

—Es Leana, la nueva Merlín —respondió Julian, dedicándome una sonrisa orgullosa.

Los ojos de la mujer se entornaron.

—No puede ser.

Me volví hacia Elsa.

—¿Y esa quién es?

Elsa parpadeó.

—Es Jade. De la que te hablé. Es una de los nuestros.

—¿De los nuestros?

—Parte de la pandilla. La pandilla del piso trece —respondió Elsa, como si eso lo explicara todo.

—Ya —volví a mirar a Jade, que sonreía abiertamente y me miraba como si estuviera admirando a uno de sus cantantes favoritos de uno de sus grupos de rock de los ochenta.

Alguien me agarró, y me encogí cuando Elsa enganchó su brazo alrededor del mío.

—Vamos. Acabemos esto con algo de comida. Y un lugar suave donde pueda descansar mi trasero mientras charlamos. Creo que tenemos que hablar.

Levanté una ceja.

—¿Tenemos?

—Sí —dijo Elsa—. Hay muchas cosas que no sabes del hotel. Rumores. Eres nueva, así que no es culpa tuya, pero nos necesitas.

—Tiene razón. Nos necesitas —coincidió Jade desde la puerta.

—¿Los *necesito*? ¿Cómo?

Elsa me dio un golpecito en el brazo.

—Necesitas lo que sabemos. Créeme. Quieres saber lo que sabemos.

Sabía que tenía razón.

—Claro.

—Bien. Vamos a comer —Elsa me arrastró con ella—. Y te lo contaremos todo.

Cogí mi bolso y dejé que me sacara por la puerta mientras Julian y Jade nos seguían.

En el espacio de unas horas, había roto un pene, me habían contratado para un nuevo trabajo y me encontraba con un cadáver reciente entre manos.

Se estaba convirtiendo en un día espectacular.

CAPÍTULO 4

No fuimos muy lejos. De hecho, me llevaron al restaurante de al lado del hotel, un establecimiento bajo un toldo gris. El cartel justo debajo decía AFTER DARK.

La puerta del restaurante sonó detrás de nosotros cuando entramos en el vestíbulo. El interior era moderno, con mesas y asientos de color gris oscuro en una sala diáfana con techos de cuatro metros y vigas y tuberías a la vista. Las altas ventanas de la parte delantera dejaban entrar la última luz del atardecer.

Dos hombres y una mujer paranormales, vestidos de traje, estaban de pie en el vestíbulo, con la voz baja. Levantaron la vista cuando pasamos junto a ellos y volvieron a la conversación que estaban manteniendo.

—Mesa para cuatro —dijo la joven morena con camisa blanca y falda corta negra que nos recibió en la entrada.

—¿A menos que quieras unirte a nosotros? —ronroneó Julian, y una parte de mí quería quitarle esa sonrisa de la cara de un bofetón.

—Sí. Cuatro, por favor —dije, tomando la delantera.

La anfitriona me sonrió. Parpadeó y, durante una fracción de segundo, las pupilas de sus ojos color avellana se alargaron hasta convertirse en rendijas, como los ojos de un gato. Volvió a parpadear y recuperó sus ojos humanos.

—Te va a encantar estar aquí —dijo una sonriente Jade—. La comida es increíble.

Miré a mi alrededor y reconocí las energías familiares de todos los ámbitos de la vida paranormal. Parecía que el restaurante nos atendía a los paranormales como el Hotel Twilight, pero no me había dado ninguna sensación de glamour cuando entramos.

Seguimos a la guapa recepcionista del restaurante mientras Julian se acercaba demasiado a ella, hasta una mesa en el centro del restaurante.

Un camarero se abalanzó sobre nosotros, sorteando con destreza un mar de mesas y sillas con una bandeja bajo el brazo.

Se abalanzó sobre Jade, esperando que se moviera. Cuando ella no se movió, él la miró molesto y gruñó:

—Muévete, rarita.

Jade se estremeció como si la hubieran abofeteado. Su rostro palideció y su sonrisa se desvaneció.

Se me encendió la ira en el estómago. No sé por qué, pero sentí

una repentina sobreprotección hacia ella. Quería agarrar su bandeja y rompérsela en la cabeza. Dos veces. No, que fueran cinco veces.

El camarero soltó un suspiro frustrado y rodeó a una Jade atónita y avergonzada.

—Ignóralo —le dije—. La gente como él no merece la pena.

Jade me dedicó una sonrisa tensa mientras arrastraba una silla y se sentaba. Tenía manchas rosadas en las mejillas y había perdido la chispa. Miré a Julian y a Elsa, cuyas caras reflejaban mi enfado.

Saqué mi silla y me dejé caer en ella, dándome cuenta de lo agotada que estaba, no físicamente, sino mentalmente. Y a veces eso era peor.

—Necesito una copa de vino —dije.

—Le diré al camarero que le traiga una botella de nuestro vino de la casa —dijo la anfitriona—. ¿Tinto o blanco?

—Tinto —respondió Elsa. Me miró y dijo—: Sé que prefieres tinto.

Y así era. ¿Pero cómo lo sabía?

—A ese camarero no —le dije a la anfitriona mientras señalaba al imbécil del otro lado del restaurante—. A otro.

—Por supuesto —contestó y se marchó.

Vi cómo Julian inclinaba la cabeza para ver mejor a la guapa anfitriona mientras se alejaba.

Me sorprendió mirándole.

—Me voy a casa con ella al terminar de comer. Garantizado.

Intenté no sonreír, pero mis labios traidores se curvaron hacia arriba. Me estaba cayendo bien.

—Entonces —dije, inclinándome hacia delante y mirando a mis nuevos amigos. ¿Eran mis nuevos amigos? Supongo que pronto lo sabría—. ¿Qué necesito saber sobre el hotel?

Elsa entrelazó los dedos sobre la mesa.

—Bueno, para empezar, está encantado.

Jade resopló pero no dijo nada.

—Bueno. ¿Qué más? —insistí.

Un hotel paranormal encantado no era nuevo para mí. Los fantasmas y los espíritus se sentían atraídos por todo lo sobrenatural. La energía que desprendíamos era cien veces superior a la del ser humano medio. Era lógico que frecuentaran este tipo de hoteles.

Julian se recostó en su silla.

—Quiere decir que cree que un fantasma está detrás de los asesinatos.

—¿Un fantasma? —Me quedé mirando a la bruja—. Por lo que sé, la última víctima fue asesinada por fuerza bruta. Algo poderoso. Los fantasmas carecen de fuerza física. No tienen cuerpo. Necesitas tener un cuerpo físico para matar a alguien así —o al menos eso creía—. Pero podía estar equivocada.

—No necesariamente —continuó la bruja mayor—. Algunos fantasmas o poltergeists tienen la capacidad de manipular objetos físicos. Pueden matar si quieren.

Observé a la bruja un momento.

—¿Crees que un fantasma mató a esos huéspedes y al Merlín?

Elsa abrió los ojos.

—Lo creo. Lo sé.

—Lo dice la bruja que todavía le habla a su marido como si estuviera vivo —dijo Julian mientras cruzaba los brazos sobre el pecho.

En la cara de Elsa aparecieron manchas rojas.

—Nunca entenderás el amor verdadero. Lo único que haces es follar e irte antes de que tu víctima se despierte —replicó ella.

Jade señaló con el dedo a Julian, y sus pulseras de plástico tintinearon alrededor de su muñeca.

—Te ha pillado, picaflor —me sorprendió mirándola y sonrió. Me alegré de verla sonreír de nuevo.

Julian negó con la cabeza.

—El amor es un desastre. Además, no soy egoísta. Me gusta compartir mi cuerpo con las mujeres. ¿Por qué no deberían experimentar a *El Julian*?

Puse los ojos en blanco y miré a Elsa.

—Vale, digamos que un fantasma está matando a esta gente. ¿Tienes una explicación de por qué?

Elsa cogió su servilleta de algodón y empezó a doblarla.

—Todavía no. Pero explica por qué nadie vio al asesino llegar o salir de la habitación. Puedes pedirle a Basil que te enseñe las imágenes de las cámaras. Solo se ve a los huéspedes entrando y saliendo de sus habitaciones. A nadie más. Es una teoría que funciona.

—Es una teoría estúpida —replicó Julian.

Elsa apretó la mandíbula.

—¿Tienes una teoría mejor? Suéltala.

Julian se encogió de hombros.

—Creo que tiene algo que ver con el sexo. Un marido o una mujer pillados siendo infieles. Luego les dieron su merecido. Pasa todo el tiempo.

Como romper penes.

—Así es. Pero no explica por qué mataron al Merlín. ¿Y por qué dos muertes tan seguidas? ¿Cuál es la conexión? ¿Qué descubrieron Eddie o Franky? ¿Fue esa la razón por la que lo mataron?

—Encontró al fantasma responsable —dijo Elsa—. Y lo mató.

—¿Qué fantasma? —dijo una voz profunda y varonil.

Levanté la vista hacia una expresión de intriga en un rostro apuesto que pertenecía a un hombre musculoso, alto y viril, con

tatuajes que se asomaban por la manga del brazo. Sus ojos oscuros me hicieron preguntarme qué clase de amante era en la cama.

El corazón me golpeó la caja torácica como un auto contra un muro de cemento.

Mierda. Era el hombre bestia con el que me había chocado antes. Me miró fijamente, sin molestarse en ocultar el enfado de su expresión.

Mis ojos se dirigieron a sus grandes manos. Tenía cuatro vasos en una mano y una botella de vino tinto en la otra.

—¿Trabajas aquí? —le pregunté.

—A veces —gruñó. Volvió a fruncir el ceño mientras colocaba las copas con cuidado, cortaba el sello de aluminio por debajo de la boca de la botella y empezaba a girar el sacacorchos—. ¿Qué haces aquí? —Lo dijo como si yo no tuviera derecho a estar aquí, como si tuviera que haberle pedido permiso.

Me invadió la ira.

—No es ilegal comer en esta ciudad. Mis amigos y yo queremos sentarnos y disfrutar de una buena comida. ¿Tienes algún problema? ¿O es que no se me permite pasear por la calle *ni* sentarme a comer?

El hombre bestia sacó el corcho de la botella y vertió un poco de vino en mi copa.

—Pruébalo.

Fruncí el ceño.

—¿También me das órdenes? Vaya. Engreído y maleducado. Qué maravilla.

Jade aspiró entre dientes y pude ver cómo Julian se removía en su asiento mientras Elsa acariciaba su medallón.

—Tienes que probar el vino —dijo el hombre bestia, con voz grave y peligrosa—. Si no te gusta, puedo ir por otra botella.

El calor rodó por mi cuero cabelludo. Sabía que mi cara probablemente estaba roja. ¿Qué tenía este tipo que me hacía hervir la sangre?

—Bien —cogí la copa y bebí un sorbo, sin molestarme en darle unas vueltas ni olerlo, como debería haber hecho. Pero para mi sorpresa, el vino estaba delicioso. Un equilibrio perfecto de alcohol y fruta dulce.

—Está bueno —tragué saliva y volví a bajar la copa, observando cómo la llenaba y luego procedía a llenar las copas de los demás.

Dejó la botella sobre la mesa.

—Haré que otro camarero venga a tomar sus pedidos en unos minutos.

—Bien. Haz eso —respondí.

Lo último que quería era que este hombre lobo gruñón arruinara mi comida. Ya había tenido suficiente de hombres y su drama por una

noche. Quería algo de tiempo para desestresarme con un poco de vino sin tener que lidiar con este tipo.

Los músculos que rodeaban los hombros del hombre bestia saltaron y se sacudieron. Era una bonita exhibición, pero estaba deseando que se marchara. Me miró un segundo más, demasiado como para considerarlo cortés, y luego se marchó.

Me reí suavemente y cogí mi copa de vino.

—Todavía me queda algo. ¿Qué? —dije, mirando fijamente a mis nuevos amigos, que me miraban como si acabara de quitarme la ropa y hubiera decidido pasear por el restaurante.

—Tienes unos cojones de mujer —dijo Julian, negando con la cabeza—. O eso, o estás loca.

—Me han dicho las dos cosas —dije, aún sonriendo—. ¿Qué? ¿Por qué me miran todos como si hubiera perdido la cabeza?

—Era el dueño —Jade se inclinó sobre la mesa, su voz baja. Las torceduras en los bordes de sus labios sugerían que estaba conteniendo una risa nerviosa—. Valen.

Se me revolvieron las tripas. Qué bien. Ahora acababa de ganarme un enemigo en un posible lugar de reunión habitual.

—¿Es siempre tan agradable?

—Peor —Julian me observó con expresión curiosa—. ¿Le conoces? Me dio la sensación de que sí.

Negué con la cabeza.

—No —No a menos que contaras que me había chocado con él más temprano.

—Demonios —Julian se pasó los dedos por el pelo—. Pude ver todo tipo de tensión sexual entre ustedes dos.

Me atraganté con mi vino.

—Para —tragué saliva—. Créeme. No hay nada ahí —refuté.

¿A quién quería engañar? Me excitaba de una manera que no había sentido en mucho tiempo. Demonios, más bien nunca. Pero aplasté esos sentimientos. No necesitaba esto ahora. Tenía un trabajo en el que concentrarme. No en hombres-bestia sexys.

—Parecía que había historia entre ustedes —dijo Elsa, con el ceño fruncido.

—Sí, se sentía así —convino Jade, con un atisbo de sonrisa en los labios.

—Ninguna en absoluto —tomé otro sorbo de vino, tal vez una bocanada—. Me acordaría de alguien como él.

—Puede ser un poco gruñón —dijo Elsa mientras daba un sorbo a su vino.

—Imbécil es más bien el término correcto —dijo Julian—. Pero que no te oiga decirlo. Tiene un carácter a la altura de su gran tamaño.

No sabía qué pensar.

—¿Cuál es su problema? ¿Por qué tiene que ser así? —Ya había tenido suficientes imbéciles en mi vida. No tenía paciencia para lidiar con uno más.

Julian agitó su copa de vino.

—Así es él. Yo no me metería con él. Los que lo hacen... parecen desaparecer.

Me reí.

—¿Es como un jefe de la mafia o algo así?

Asintió.

—O algo así.

Impresionante. Ahora sí que lo había conseguido. No solo tenía que averiguar quién estaba matando a los huéspedes del hotel, sino que tendría que cuidarme la espalda por el hombre bestia.

—Así que el hombre lobo dueño del restaurante me odia. Quizá deberíamos buscar otro sitio para comer la próxima vez —Tomé otro sorbo de vino y solté un gemido inoportuno.

Elsa miró por encima del hombro antes de contestar.

—No es un hombre lobo. Es un vampiro —dijo con los ojos muy abiertos.

Tragué saliva.

—¿En serio? No parece un vampiro. Estaba segura de que era un metamorfo. Un hombre lobo o un hombre simio —Definitivamente no tenía el aspecto antinatural de la mayoría de los vampiros. Tenía un aspecto más rudo. Era guapo. Pero no exagerado como la mayoría de los vampiros. Pero si solo era en *parte* vampiro, eso podría explicar la dureza de su aspecto.

—No es un vampiro —dijo Jade, poniendo los ojos en blanco—. Todo el mundo sabe que es un hombre gato. Un tigre, según he oído.

Julian soltó un bufido.

—Se equivocan de cabo a rabo.

—¿Ah, sí? —Elsa cruzó los brazos sobre el pecho—. ¿Qué es, entonces? Si eres tan listo.

—Tranquila —Julian se metió un trozo de pan fresco en la boca—. Es un hombre oso. Míralo. ¿Su tamaño? ¿No te das cuenta?

Elsa y Jade le miraron con el ceño fruncido, y yo me esforcé por no reírme.

—Sea lo que sea... ¿cuál es su historia? —No pude contenerme. El hombre bestia sexy me intrigaba.

—Nadie lo sabe —dijo Elsa—. Apareció hace unos cinco años y compró el local. Es muy reservado. No es muy hablador.

Julian inclinó la cabeza y terminó su vino.

—El tipo es un imbécil. Necesita echar un polvo más a menudo.

—¿Por qué vienen aquí si no les agrada?

Jade se encogió de hombros y dijo:

—La comida es increíble.

Y tenía razón.

Pedí pato asado con higos y gemía cada vez que me llevaba el tenedor a la boca. Elsa pidió un plato de verduras cuyo nombre no recuerdo, que parecía una gran ensalada con frutos secos por encima. Jade pidió unos fettuccini alfredo que olían divinamente y Julian un filete gigante con camotes fritos. Cuando terminamos, nuestros platos brillaban como si acabaran de lavarlos.

Después de dos botellas de vino y de comer tanto que mi barriga parecía embarazada de unos meses, pagamos nuestras cuentas y nos dirigimos hacia la salida principal.

Intentaba actuar con calma y caminar en línea recta mientras el suelo del restaurante parecía moverse. Divisé a Julian hablando con aquella guapa anfitriona morena. Le cogió el teléfono y tecleó algo antes de devolvérselo, con el sexo escrito en la cara. Era obvio que iban a ligar más tarde.

Me reí mientras me dirigía hacia la puerta principal, donde me esperaban Elsa y Jade. Aguantaban el vino mejor que yo. No era justo. Tal vez eso vendría con más años de experiencia. Lo esperaba con impaciencia.

Me sentía mejor. El vino podía hacerle eso a una persona. Después del día que había tenido, lo necesitaba. Resultó que Elsa, Jade y Julian eran una compañía maravillosa: divertidos y amables, como deben ser los verdaderos amigos. E informativos. Hacía tiempo que no me sentía tan bien. No me había dado cuenta de cuánto echaba de menos la compañía de los demás. Había estado tan inmersa en mi trabajo y demasiado ocupada fingiendo que mi matrimonio iba bien.

La piel de mi espalda se erizó como si me hubieran tocado con electricidad. Los pelos de la nuca se me erizaron al sentir una presión, la misma que sentía cuando alguien me miraba fijamente.

Me di la vuelta. Valen estaba en el vestíbulo mirándome fijamente, pero esta vez no parecía enfadado. Su rostro era cuidadosamente neutro, pero aquellos ojos oscuros eran tan intensos como antes, quizá más. Tal vez era el vino el que hablaba.

Lástima que fuera tan imbécil. Era agradable mirarle, así que seguí mirándole, sin querer apartar la vista antes. Era un tonto si creía que podía intimidarme mirándome fijamente; uno guapo, pero un tonto al fin y al cabo. Yo también sabía jugar a mirar fijamente. Se me daba excepcionalmente bien.

—Vamos, Leana —llamó Elsa desde la puerta—. Tienes que conocer a los demás.

Valen, el hombre bestia, seguía mirándome. ¿Por qué? Quién sabe. Quizá estaba pensando en cómo matarme.

El vino en mis venas todavía bombeaba y me hacía audaz y tonta.

Así que le dediqué una sonrisa y una despedida con los dedos antes de salir de su restaurante.

CAPÍTULO 5

Nunca había estado en la planta trece de ningún hotel o edificio. Eso se debía a que la mayoría de los diseñadores de edificios eran supersticiosos y evitaban numerar un nivel con el trece, como la peste. Pero este era un hotel sobrenatural donde se aceptaba todo lo paranormal.

Aun así, no me lo esperaba.

Salí del ascensor, tropecé y me enderecé con mi bolso al hombro, que se sentía mucho más pesado que antes mientras contemplaba mi nueva residencia.

La decimotercera planta tenía doce puertas, todas abiertas en ese momento.

La música, los televisores y los sonidos de la gente mezclándose llegaron hasta mí mientras seguía a Julian y a las señoras por el pasillo. Se abría ante nosotros con un despliegue de luces, música, comida y lo paranormal, como si hubiese entrado en un territorio de hadas o algo parecido.

Unos cuantos paranormales que pasaban nos saludaban mientras entraban y salían de los apartamentos de los demás como si fuera lo normal. Me asomé al primer apartamento y pude ver un amplio espacio ocupado por un señor mayor sentado en un sillón, con una bandeja de TV frente a él mientras veía un episodio de *Jeopardy*.

Al otro lado de su apartamento, otra habitación estaba llena de adolescentes que bailaban y movían la cabeza al ritmo de una música que todos escuchaban al mismo tiempo, aunque yo no podía oír nada de los pequeños auriculares blancos que llevaban en los oídos.

Después, vi a una mujer de unos cuarenta años con demasiado maquillaje, apoyada en el marco de la puerta de su apartamento mientras fumaba un cigarrillo y miraba a Julian, como si quisiera atarlo a su cama y lamerlo por todas partes.

—Julian, cariño —ronroneó, con la voz ronca de alguien que empezó a fumar a los seis años. Dio una calada a su cigarrillo—. ¿Vienes esta noche? Tengo una botella de whisky que podemos compartir —Por la boca y la nariz le salían columnas de humo mientras se pasaba un dedo por el escote.

Julian se frotó la nuca y se le puso roja la parte superior de las orejas.

—Ja, ja, Olga —rio torpemente—. Quizá en otra ocasión. Le estoy enseñando el lugar a la chica nueva.

Interesante. Parecía que a Julian no le gustaban las señoras fumadoras y de aspecto malhumorado.

Al oír eso, Olga me miró con el ceño fruncido como si acabara de robarle a su marido.

—¿Quién es ella?

Abrí la boca para contestar, pero Elsa se me adelantó.

—Leana. La nueva Merlín.

—¿La nueva Merlín? —Olga seguía mirándome mal, pero entonces sonrió—. No estarás aquí mucho tiempo.

—¿Es una amenaza? —Me reí, pasando el dedo por mi escote mucho más pequeño. No podía evitarlo. Maldito vino—. Por cierto, estás fumando. Tú eres la que no estará aquí mucho tiempo.

Olga apretó los labios y se giró dando un portazo.

—¿Fue algo que dije? —resoplé. Mierda. Tenía que acordarme de parar en dos copas de vino. Cuatro. Bueno, cuatro copas me meterían en problemas.

Sin embargo, Julian tenía una pequeña sonrisa en la cara cuando me miró. Supongo que ahora éramos amigos.

—¡Muévete!

Me aplasté contra la pared cuando dos niñas gemelas de diez años con vestidos de princesa idénticos, rosas y brillantes, pasaron saltando a nuestro lado, el olor a animal y a hierba las seguía mientras la energía me mordía la piel. Eran cambiaformas —caballos o ciervos— y muy lindas.

Me estremecí cuando una docena de gatos domésticos se precipitaron por el pasillo y desaparecieron en un apartamento a la derecha.

—Los gatos de Luke —dijo Jade, observándome—. Recoge un gato callejero cada vez que sale. Los tiene entrenados para usar su baño. Y tiene algún hechizo para cepillarlos a diario, así que no encontrarás pelos en su casa.

Sonreí.

—Me encantan los gatos —La verdad era que siempre había querido tener un gato o un perro. Pero nunca estaba en casa. Estos bebés peludos necesitaban amor y atención. Un día tendría un gato, gatofilia. Así era yo.

—Elsa. Me he quedado sin leche —Ordenó una mujer alta y delgada de unos setenta años que llevaba un camisón largo y el pelo largo y blanco le caía por detrás como una capa.

—En la nevera, Barb —Elsa señaló un apartamento al final del pasillo que podría haber sido cualquier puerta.

La mujer alta pasó junto a nosotras y desapareció tres puertas más abajo, en lo que solo podía suponer que era la casa de Elsa.

Era como si todo el piso fuera una gran residencia familiar. Era

raro, muy raro. Y me encantaba.

—¡Muévete! —gritaron las gemelas mientras volvían a pasar a nuestro lado. Parecía que habían conseguido a un tercer integrante, porque vi a un chico que corría torpemente detrás de ellas.

—¿Ves? —Julian señaló al chico—. Así empecé yo. Buen chico, Terry —animó—. No dejes que se escapen.

—El último apartamento a la izquierda es el tuyo —dirigió Jade mientras se paseaba ante nosotros. Se paró en el marco de la puerta de lo que supuse que era mi nuevo hogar y posó con un gesto de la mano que enorgullecería a Vanna White.

El número 1312 estaba grabado en negro justo encima de la puerta abierta.

—Después de ti —dijo Julian, haciendo un gesto de reverencia.

Me reí y entré en el apartamento. Esperaba que estuviera ocupado por una horda de adolescentes, pero estaba vacío.

Caminé por un pequeño pasillo hasta un salón de tamaño decente y su comedor correspondiente. El papel tapiz de color salmón y blanco se desprendía en largas tiras. La moqueta era de color verde oscuro y parecía más papel de lija que moqueta.

Justo al lado de la cocina había tres puertas. Dos pertenecían a unos dormitorios y una al cuarto de baño, con azulejos verde claro alrededor de la bañera y la ducha.

Estaba amueblado con muchas lámparas blancas y verdes y una decoración que parecía de los años noventa. No era mi estilo, pero estaba limpio. No tendría que comprar nada, ya que estaba amueblado. Ser el último apartamento significaba que no tenía vecinos a un lado. En cambio, tenía más ventanas, lo que significaba más luz.

Puse mi maleta sobre la cama del dormitorio más grande y dejé escapar un suspiro, con la mente puesta en el día que había tenido, concretamente en los dos encuentros con Valen, alias hombre bestia. No sabía qué tenía, pero mis pensamientos volvían una y otra vez a aquel hombre corpulento y a la forma tan intensa en que me había mirado, como si le hubiera robado el sitio en el gimnasio.

Sacudí la cabeza y salí de la habitación para reunirme con Elsa, Jade y Julian en el salón.

—La lavandería está en el sótano —dijo Elsa—. El hotel solo lava la ropa de los huéspedes. No la de nosotros, los rebeldes —Me guiñó un ojo.

Me senté a su lado en el mugriento, pero cómodo sofá beige.

—Tranquila. No traje mucho conmigo de todos modos.

—¡Hola! ¡Hola! —Una mujer de tamaño generoso que llevaba un plato de comida entró bailando un vals—. ¿Es la chica nueva? Oh, es guapa. Apuesto a que no puedes esperar a meterte en sus pantalones,

¿eh, Julian?

El calor me subió a la cara. Odié la atención y me recosté en el sofá, tratando de desaparecer.

—Su marido acaba de engañarla, Louise —dijo Julian, como si eso tuviera que explicarlo todo.

Los ojos de la mujer se abrieron de par en par.

—Vaya, vaya, vaya. Apuesto a que es una historia fascinante. Apuesto a que tienes montones de historias interesantes que contar. Dios sabe que aquí necesitamos buenas historias —Sus ojos verdes brillaron—. Espero que le hayas dado algo a cambio.

Sonreí.

—Sí, se lo di. Me encargué de su paquete.

—Bien —Louise se rio—. Toma. He traído un poco de mi famoso tartar de atún y mi salsa de queso cheddar —Colocó su plato de atún en dados servido sobre una cama de aguacate en rodajas y montones de chips de tortilla en la mesa de café de cristal.

—¡Tengo vino! —Levanté la cabeza y vi a una mujer de más o menos mi edad, pelo negro corto y piel oscura, que entraba con una botella de vino colgando de cada mano.

La seguía un hombre de pelo gris y barba corta. Levantó un paquete de seis cervezas.

—Tengo cerveza —dijo alegremente.

Le seguían más y más personas, llevando algún tipo de bebida o comida. Parpadeé y la cabeza me dio vueltas al darme cuenta de que la mayoría de los inquilinos de la decimotercera planta estaban en mi nuevo apartamento. Incluso las gemelas hicieron acto de presencia, dando saltitos por la habitación.

El resto de la noche transcurrió así: charlando, haciendo nuevos amigos, bebiendo más vino y comiendo hasta que sentí el estómago como un muro de ladrillos.

Hacia la una de la madrugada, Elsa echó a todo el mundo y se despidió. Ya no tenía veinte años y no me recuperaba tan rápido después de una noche de copas. Necesitaba dormir, sobre todo después del día que había tenido, si quería cumplir con el nuevo trabajo.

Me metí en la cama con una estúpida sonrisa achispada y me sentí excepcionalmente cómoda.

Me acosté y soñé con penes rotos que me perseguían.

Y un par de ojos oscuros y ardientes.

CAPÍTULO 6

No supe cuánto tiempo estuve tumbada en la cama, negándome a abrir los ojos. Sabía que una vez que lo hiciera, significaría que estaba despierta. La cabeza me palpitaba como si tuviera martillos en miniatura golpeándome el cráneo.

Sentí una presión repentina en el pecho. *Martin.*

Martin intentaba asfixiarme otra vez. No era la primera vez que me despertaba con sus manos alrededor de mi cuello, su idea de sexo divertido. La última vez casi me mata, y tenía un anillo de moratones alrededor del cuello para demostrarlo. Ya era suficiente.

—¡Martin, para! —Mis ojos se abrieron de golpe por la adrenalina y respiré con rapidez.

La cara de un perro de madera me miraba fijamente. Y cuando digo mirando, quiero decir que sus ojos parpadeaban.

—¡Ah! —grité, retrocedí, resbalé y caí con fuerza sobre la alfombra. Cuando mi cabeza golpeó la mesa auxiliar, se desvanecieron todos los fragmentos del sueño. Mi marido —pronto ex marido— no estaba aquí. La habitación era diferente. Los olores. Y entonces me di cuenta. No estaba en mi antiguo apartamento. Estaba en el Hotel Twilight.

El perro de juguete rodó hasta un lado de la cama. Sus ojos parpadearon de nuevo mientras me miraba.

—Eso va a dejar un feo chichón.

Mierda. ¡El juguete podía hablar!

—Anoche bebí demasiado —refunfuñé, parpadeando.

—Ya lo creo —dijo el perro de juguete, con una voz extrañamente humana y masculina. Sus cejas pintadas se torcieron en una expresión de desconcierto—. Roncas como un camionero mientras duermes.

Vale. Ahora sí que estaba alucinando.

Me incorporé de golpe, con el corazón latiéndome en la garganta y tratando de apretar entre los dientes. El juguete parecía un beagle beige con manchas oscuras cubriéndole el lomo. En lugar de patas, tenía cuatro ruedas rojas, una cola de resorte metálico, orejas caídas de madera, una cabeza que giraba sobre una articulación metálica y una mandíbula móvil, como la de una marioneta de ventrílocuo, que sospeché que le permitía hablar. ¡Sí, hablar!

Definitivamente, no era un sueño. El perro de juguete era real. Era macho. Y estaba en mi habitación.

—¿Quién eres y qué demonios haces en mi habitación? —Me

envolví con mis brazos, contenta de no estar desnuda. Eso habría sido mucho peor. Aun así, me daba escalofríos despertarme con un juguete mágico mirándome a la cara.

El perro de juguete movió la cola.

—Me llamo Jimmy.

Fruncí el ceño mirando al juguete. El fuerte dolor de cabeza se me clavó en el fondo de los ojos y me llegó hasta las cejas.

—¿Qué demonios quieres?

El perro de madera parpadeó.

—He venido a verte, por supuesto. El hotel está que arde con las noticias de la nueva Merlín. Necesitaba verte con mis propios ojos.

No percibí ninguna energía oscura y mágica procedente del juguete, pero eso no significaba que no haya sido enviado por el fantasma o quienquiera que hubiera asesinado a aquellas personas.

—¿Perteneces a alguno de los niños?

Las orejas del perro se echaron hacia atrás.

—No pertenezco a nadie. No soy un juguete.

—Pues sí que lo pareces.

Jimmy, el perro de juguete, entrecerró los ojos.

—No siempre fui así. Una vez fui un hombre, ¿sabías?

—Eso es aún más espeluznante.

Jimmy me observó un momento, y luego saltó de mi cama y salió rodando de mi dormitorio.

—Vístete. Tenemos trabajo que hacer —me dijo.

—¿Perdón? —Una parte de mí deseaba seguir durmiendo, pero me levanté y me encerré en el baño. No me fiaba del maldito juguete.

Después de ducharme, me puse unos jeans oscuros y una camiseta, cogí el frasco de Tylenol del bolso y entré en el salón. El aire olía a café recién hecho y encontré a Jimmy en la encimera, junto a la cafetera.

—No tienes piernas —le dije, preguntándome cómo demonios se había subido ahí y luego preparado café.

—Qué observadora eres —espetó el perro de juguete—. ¿Te ha dicho alguien alguna vez lo gruñona que eres por las mañanas?

—Sí. Mi marido —me acerqué a la cafetera y me serví una taza—. ¿Cómo te has subido a la encimera? —Y en mi cama, por cierto. Aún más inquietante era que había hecho el café sin manos.

Jimmy giró las orejas hacia delante.

—Magia.

—Gracioso —me tomé dos Tylenols con un sorbo de café—. Dijiste que solías ser un hombre. ¿Cuál es tu historia? ¿Estás maldecido? —Había oído hablar antes de personas atrapadas en animales, pero un perro de juguete era la primera vez.

La cola de Jimmy bajó.

—Tenía treinta y siete años, estaba en la flor de la vida, cuando la hechicera me maldijo. Ella me amaba, pero yo no le correspondía. Así que decidió que si no podía tenerme...

—Nadie más podría —Diablos. Pobre bastardo—. ¿Cuánto tiempo hace de esto?

—Mil novecientos cincuenta y cuatro.

Me atraganté con el café.

—Mierda. Eso significaría que has estado dentro de ese juguete durante...

Jimmy suspiró.

—Mucho tiempo.

Vale. Eso cambiaba un poco las cosas. No podía imaginarme estar atrapada dentro de un juguete durante tantos años. Yo que pensaba que estaba en el infierno, atrapada con mi marido durante los últimos años de nuestro matrimonio. Esto era mucho peor.

—¿Nadie ha intentado romper la maldición?

—Muchos lo han intentado, y todos han fracasado. No pasa nada. He aceptado mi destino. Esto es lo que se suponía que debía ser.

—¿Un juguete?

El perro frunció el ceño con sus cejas pintadas, lo que era realmente extraño.

—Un ayudante. Un guía. Ayudo a la gente.

—Hum… —Tomé otro trago de café y terminé mi taza.

—Elsa me pidió que te ayudara con tu investigación —dijo el perro de juguete—. Está en casa de su hermana, en Brooklyn, deshierbando el jardín. Su hermana tiene artritis.

—Suelo trabajar sola —le dije, aunque un lazarillo o perro guía sonaba bastante útil, ya que aún era nueva en el hotel y no sabía dónde estaba todo. Quizá no fuera tan mala idea.

—Ya no. Bueno, al menos no mientras te alojes en el hotel. Tus asuntos son los asuntos de todos.

—Me di cuenta —Anoche lo descubrí. Puse mi taza vacía en el mostrador junto a Jimmy—. ¿Ayudaste al último Merlín?

—¿Eddie? —dijo el perro de juguete, moviendo su cola de resorte metálico—. Lo hice. Buen chico. Un brujo decente.

Eran buenas noticias.

—¿Sabes lo que descubrió? Descubrió algo, y eso hizo que lo mataran. Estoy segura de ello. —Esa era la única explicación lógica.

—Bueno —dijo el perro mientras rodaba hacia atrás en lo que imaginé era su intento de sentarse—. Recuerdo que dijo que no había conexión entre las dos víctimas, excluyéndole a él, claro. Y que el asesino, o los asesinos, mataban solo de noche y que, de algún modo, eran capaces de moverse a través de las paredes.

—¿Moverse a través de las paredes?

—Como los fantasmas.

Levanté una ceja.

—Has estado hablando con Elsa.

El perro agachó la cabeza.

—Es lo único que tiene sentido. Podemos ver a las víctimas entrando en sus habitaciones. Solo a ellas. Y luego a las criadas encontrándolas por la mañana.

Era la teoría de Elsa. Pero no me la creí.

—Me gustaría ver esas imágenes. Le pediré a Basil que me las muestre.

—Eddie tiene copias en su portátil —dijo el perro de juguete—. Me las mostró.

—¿Sabes dónde está el portátil ahora? —No recordaba haber visto un portátil en la habitación. Si lo hubiera visto, lo habría cogido.

El perro de juguete asintió.

—Sí. Apuesto a que sigue ahí. Las criadas aún no han tocado la habitación. Temen que el fantasma las mate si entran en la habitación.

—Demasiado para mantener esto discreto —dije.

Si una de las criadas había encontrado el cuerpo del pobre Eddie, estaba segura de que todo el personal del hotel lo sabría ya. No pasaría mucho tiempo antes de que los huéspedes lo supieran también. Pero un portátil con notas del anterior Merlín era oro. Significaba que me enteraría de lo que Eddie sabía antes de que lo mataran.

También significaba que me convertiría en un objetivo. No sería la primera vez.

—Eres una bruja oscura. ¿No es así? —preguntó el perro de juguete después de un momento—. ¿Canalizas tu magia a través de demonios? No es que eso tenga nada de malo. Pero, ¿lo eres?

Aparté la mirada del perro de juguete. Era demasiado temprano para hablar de eso y el Tylenol aún no me había hecho efecto.

—Soy una bruja. Dejémoslo así.

El perro de juguete giró las orejas hacia delante.

—Bien. Guarda tus secretos. Al final, saldrán a la luz.

Tenía razón. Siempre salían a la luz.

—Entonces, ¿Martin es tu marido? —preguntó Jimmy.

—Eres una pequeña criatura entrometida. ¿No es así?

—Por eso sé tanto —respondió Jimmy—. Me dedico a saber lo que pasa en este hotel.

Dejé escapar un suspiro. Mi cuerpo se tensó al recordar a Martin apretándome la garganta el año pasado, y la excitación en sus ojos cuando me desperté y lo encontré encima de mí, yo sin poder respirar, lo que de alguna manera lo excitaba. Me subió la tensión al recordarlo. Me sentí enferma, en parte por haber amado a un

monstruo así. Pero sobre todo, estaba enfadada conmigo misma por no haber tenido el valor de dejarlo hace tantos años.

—Es el que pronto será mi ex marido —respondí al cabo de un momento.

Jimmy rodó hacia delante.

—Ah. Por eso Elsa me pidió que te dejara esos archivos en la mesa.

—¿Qué archivos? —Me acerqué a la mesa del comedor y vi un sobre de papel manila. Una única nota Post-it decía: *Rellena los formularios y devuélveselos a Jimmy.*

Si Elsa tenía razón, me libraría de él en solo dos semanas. Parecía demasiado bueno para ser verdad. Diablos, necesitaba un poco de felicidad en mi vida.

Mi corazón saltó con la noticia.

—Vamos, Snoopy.

—Es *Jimmy* —dijo el perro, aunque pude ver la sonrisa en su cara de madera. Saltó del mostrador y rodó hasta la puerta principal, que —sorpresa, sorpresa— estaba abierta de par en par—. ¿Vienes?

Sonreí y cogí mi bandolera del perchero de pared del pasillo.

—Voy justo detrás de ti, Snoopy.

CAPÍTULO 7

Resultó que Jimmy tenía razón. La habitación del Merlín había permanecido intacta. Ni siquiera estaba cerrada, para mi sorpresa, mientras nos adentramos en el sitio. Vislumbré a una criada, a juzgar por el vestido de uniforme blanco y gris de manga corta, que nos miraba por encima del hombro. Sus ojos se abrieron de par en par, aterrorizados, y luego volvió a girar la cabeza antes de arrastrar su carro de la limpieza con una velocidad que sugería que llegaba tarde a una cita.

Las habitaciones de huéspedes eran más pequeñas que los apartamentos de los residentes. La principal diferencia era que no tenían habitaciones separadas, sino un gran espacio que incluía una cama, un pequeño escritorio frente a una ventana, un modesto cuarto de baño y una diminuta cocina con un pequeño frigorífico y una cafetera.

Me llamó la atención el ruido de las ruedas y vi a Jimmy detenerse en la alfombra a mi lado.

—¿Dónde está?

—Lo escondió en el baño —dijo el perro de juguete mientras se alejaba rodando.

—¿Lo escondió? —Eso no era bueno. Significaba que sabía que alguien o algo estaba tras él.

—Sí —dijo Jimmy—. Aquí dentro. No puedo alcanzarlo. Tendrás que cogerlo por mí.

¿Por él? Negué con la cabeza, pero le seguí hasta el baño.

Sus orejas giraron hacia delante.

—Ahí arriba, en la rejilla de ventilación.

Esquivé a Jimmy y me puse de puntillas. Deslicé los dedos bajo la carcasa metálica, tiré y el marco se soltó. Lo coloqué sobre el tocador del baño, metí la mano por el orificio de ventilación y mis dedos tocaron un metal frío y duro. Saqué el portátil y sonreí al perro de juguete.

—No está mal, Snoopy.

—De nada, Merlie.

Me reí.

—Anda. Veamos qué descubrió Eddie y por qué sintió la necesidad de esconder su portátil.

Me senté en el borde de la cama y abrí el portátil. Jimmy saltó a la cama y rodó a mi lado. El ordenador se encendió instantes después.

—Mierda. Está protegido con contraseña. —Por supuesto.

Jimmy se inclinó hacia delante y dijo:

—*Trustnoone*. El *one* es el número uno, y *trustno* son todas minúsculas —ante mi ceja interrogante, añadió—: ¿Qué? Le vi teclearlo más de una vez.

En serio. Este perro de juguete estaba demostrando ser un excelente ayudante o guía. Y me alegraba de que estuviera aquí. Sin Jimmy, nunca habría encontrado el portátil. Y si, por un milagro, lo hubiera hecho, habría tardado días en encontrar a alguien que descifrara la contraseña. Estaba feliz de que Jimmy estuviera aquí.

—Parece que Eddie era fan de los *Expedientes X* —dije, recordando las innumerables veces que había vuelto a ver las once temporadas completas—. Tenía buen gusto.

Escribí *trustno1* y pulsé enter.

—Entramos… —El escritorio tenía unas cincuenta carpetas, algunas etiquetadas con fechas, otras solo con letras que no significaban nada—. No es tan organizado. Espera, aquí… —Hice clic en la carpeta llamada MERLÍN—. Esto es solo una hoja de cálculo de las horas que ha trabajado —dije, sintiendo que parte de mi entusiasmo se desvanecía.

Jimmy avanzó hasta que sus ruedas delanteras chocaron con mi muslo.

—Prueba con esa. La que dice HT. Hotel Twilight.

Busqué la carpeta en la pantalla y pulsé sobre ella.

—Allá vamos.

La carpeta se abrió con una lista de varios archivos, documentos, imágenes y más carpetas. Primero hice clic en las imágenes. La primera imagen era de una mujer tumbada en el suelo sobre una alfombra verde. Era difícil verle la cara desde ese ángulo, pero pude distinguir el ceño fruncido y los ojos entrecerrados, reconociendo el dolor que debió de sentir antes de morir.

—Esa es Patricia —dijo Jimmy—. La primera víctima.

Asentí con la cabeza.

—La reconozco de la foto que me dio Basil. Parece que murió de la misma forma que Eddie. —Revisé las fotos hasta que llegué a la segunda víctima. Un hombre.

—Es Jordan —informó el perro.

Estudié la imagen.

—Lo único que los conecta a todos es cómo fueron asesinados. Quienquiera que hizo esto los mató a todos de la misma manera. —No decía mucho, pero me decía que el asesino era coherente.

Después de eso, busqué en más archivos y documentos.

—¿Dónde está, Eddie? —le dije a la pantalla—. ¿De qué tenías miedo?

Quería saber por qué Eddie sentía la necesidad de esconder su ordenador. De momento, no veía nada que pudiera darle una razón.

—Haz clic en el archivo de video —sugirió Jimmy—. De allí descargó las grabaciones de la cámara desde fuera de las habitaciones.

Siguiendo las instrucciones del perro de juguete, hice clic en la carpeta que decía VIDEO. Solo contenía dos videos. Se me aceleró el pulso al hacer clic en el primero.

El clip se abrió para mostrar imágenes de un pasillo del hotel. La tenue luz y el resplandor anaranjado de los apliques de pared bastaban para distinguir los números de las puertas. Todas empezaban por el número dos, así que supe que estaba viendo la segunda planta. Me senté en silencio con Jimmy y observé durante unos segundos hasta que, finalmente, una figura salió del ascensor. Una mujer vestida con ropa oscura cruzó el pasillo y, con su tarjeta-llave, abrió la puerta de la habitación 202.

—Es Patricia —dijo Jimmy.

Vi cómo se cerraba la puerta de su habitación y luego nada. Me desplacé por el video, viendo gente ir y venir y, finalmente, un video más brillante mientras el sol de la mañana brillaba a través de las ventanas.

—Aquí viene la criada —anunció Jimmy.

Efectivamente, vi a una criada que empujaba su carro de limpieza hasta la habitación 202, tocó la puerta dos veces, esperó y, luego, usó su tarjeta-llave, desbloqueó la puerta y entró a la habitación.

—Espera —dijo el perro de juguete.

—¿Qué? —pregunté, mirando a Jimmy.

—Mira.

Me quedé mirando la pantalla justo cuando la criada salió corriendo de la habitación y se alejó de la cámara.

—¿Ves? —Jimmy se movió en la cama—. No había nadie en esa habitación excepto la víctima y la criada. ¿Cómo se explica eso? ¿Fantasmas? Elsa parece creer que sí.

Negué con la cabeza.

—No lo sé. No lo creo. ¿Un fantasma vengativo? Podría ser. Pero hay algo que no tiene sentido. Fue asesinada en algún momento de la noche. Igual que Eddie y el otro tipo. Todos fueron asesinados por la noche y luego descubiertos por las criadas a la mañana siguiente. Hum.

—¿Qué significa *hum*?

—Significa que si fue un fantasma o varios fantasmas, ¿por qué Eddie no lo menciona en ninguno de estos archivos? Quiero decir, no los he revisado todos, pero si pensaba que los fantasmas eran los responsables, ¿no deberíamos haber visto alguna prueba de ello? No hay nada sobre fantasmas en sus notas.

—Eso no significa que *no fuera* un fantasma.

Negué con la cabeza.

—No. Pero si fue un fantasma, ¿por qué aquí y por qué ahora? ¿Por qué esta gente?

—Buena pregunta —Jimmy se echó hacia atrás—. ¿En qué estás pensando? Si no es un fantasma o algún tipo de espíritu maligno rondando, ¿entonces qué? ¿Quién hizo esto? Lo último que supe es que los paranormales vivos no pueden atravesar paredes.

—Tienes razón. No podemos.

—¿Como las brujas oscuras? —presionó Jimmy—. Eres una bruja oscura. ¿Verdad?

Ignorándole, me incliné hacia delante y pulsé el botón de reproducción del otro video. Y al igual que Patricia, nadie entró en la habitación después de que lo hiciera Jordan. Solo la criada, que salió corriendo a la mañana siguiente.

No creía que un fantasma hubiera hecho esto. Tampoco creía que Eddie lo hubiera hecho. Creía que algo en su ordenador hizo que lo mataran, algo que aún no habíamos visto.

Volví a desplazarme por el video, hasta que Jordan entró en su habitación, cerró la puerta y dejé que se reprodujera. Me desplacé un poco. Dejé que se reprodujera. Y entonces...

—Espera un segundo —El corazón se me aceleró al ver el video fotograma a fotograma.

—¿Qué? ¿Has visto algo? —Jimmy saltó a mi regazo—. ¿Qué?

Miré al perro de juguete y pensé en sacarlo de mi regazo a bofetadas, pero luego lo pensé mejor.

—Aquí… —Retrocedí, pulsando algunos cuadros con la flecha izquierda del teclado—. Aquí. Mira... —Pasé de un fotograma de la imagen al siguiente—. ¿Ves cómo la luz de la luna se refleja aquí en la pared?

Jimmy rodó hacia delante hasta que la punta de su nariz de madera golpeó la pantalla.

—Sí.

—Mira... —Pulsé en el siguiente fotograma—. Mira. No coincide.

Jimmy silbó y rodó hacia atrás.

—Santo cielo. Alguien manipuló el video.

—Exacto —sonreí—. Esto no es un fantasma. Estoy segura de ello. Se trata de alguien muy vivo. Estoy dispuesta a apostar que Eddie también se dio cuenta de esto. Es lo que hizo que lo mataran.

Jimmy se quedó mirando la pantalla.

—Mira. El marco de tiempo no cambió.

Me quedé mirando el video. En la parte inferior de la pantalla se leía 11:31 p.m.

—Lo sé —dije, desplazándome de nuevo por el video hasta donde

había detectado el fallo. El reloj nunca perdía la hora—. Eso habría sido un claro indicio. Se aseguraron de que el reloj no perdiera la hora durante todo el video. Probablemente le faltaron unos minutos cerca del final, pero nadie se dio cuenta.

—Eres como una Sherlock Holmes moderna. ¿Eso me convierte en el Dr. Watson?

—Si esto ayuda a resolver nuestro caso, puedes ser quien quieras, Snoopy.

Jimmy soltó una carcajada, que sonó tan humana que era casi como si estuviera aquí a mi lado en su forma humana.

Me quedé mirando al perro de juguete.

—¿Quién tiene acceso a las cámaras? —Tenía la sensación de que había dado con algo.

—Que yo sepa, Basil y el jefe de seguridad —respondió el perro de juguete.

Yo sonreí.

—Son excelentes noticias, amigo mío. Reduce nuestra lista de sospechosos.

—¿Tenemos una lista?

—¡Ahora sí! —Le rasqué bajo la barbilla, dándome cuenta entonces de que no sabía si Jimmy sentía algo. Era un perro de juguete de madera, no un cachorro de verdad.

Jimmy cerró los ojos, encantado.

—Julian me debe veinte billetes. Apostó a que no encontrarías nada. Y encontraste algo grande.

No estaba segura de si me ofendía más que hubieran apostado por mí o que Julian pensara que no estaba a la altura.

Miré a mi nuevo compañero, preguntándome dónde dormía, si es que dormía. Tendría una habitación o un apartamento, o se pasaba el día y la noche deambulando por el hotel. Quería preguntárselo, pero eso podía esperar a otro momento.

—Vámonos. —Me levanté de un salto. Jimmy saltó fácilmente de mi regazo al suelo y yo cogí el portátil, asegurándolo bajo el brazo. No iba a soltar a este bebé. Además, dejé mi propio ordenador en mi antigua casa y no iba a volver.

Este hallazgo era una excelente noticia. No creía que Basil fuera un asesino, pero si tenía acceso a la grabación de la cámara, ahora estaba en mi lista de sospechosos, junto con el jefe de seguridad.

Agarré la manilla de la puerta, la abrí de un tirón y me estampé contra el pecho de nada menos que mi hombre bestia favorito.

CAPÍTULO 8

Di un paso atrás, con la cara encendida de irritación y vergüenza porque acababa de untarla contra parte de la piel de su pecho.

—¿Qué estás haciendo *tú* aquí? —pregunté.

Realmente tenía que dejar de encontrarme con este tipo de esta manera. También tenía que dejar de pensar en él. Y de soñar con él. ¿Y por qué demonios tenía que oler tan bien?

El hombre bestia llevaba una camisa que no hacía nada por contener los músculos que tiraban de ella, como si le rogaran que se la arrancara. Llevaba varios botones desabrochados, lo que explicaba por qué parte de mi cara había chocado contra la piel de su pecho de hombre bestia. Me fijé en los tatuajes que asomaban por el cuello de su camisa en V de corte bajo. Llevaba unos jeans oscuros ajustados a su delgada cintura y ceñidos a sus gruesos muslos. Parecía un depredador, listo para luchar y matar algo. Como he dicho, un hombre bestia.

Rápidamente, aparté la mirada de su distractor y extremadamente viril pecho.

Valen, el susodicho hombre bestia, pareció ligeramente sorprendido por mi tono.

—Me pidieron que viniera a echar un vistazo.

—¿Quién? —pregunté.

Miré más allá de él y vi a dos bonitas mujeres apretujadas, las dos estaban vestidas con idénticos uniformes de criada, blancos y grises, cada una veinte años más jóven que yo. Ahora lo entendía. Estaba segura de que tenía a muchas mujeres babeando a su paso. Lo de macho alfa le quedaba a la perfección. Estaba bueno. Aunque no lo suficiente como para tentarme. Bueno, tal vez un poco. Sí, yo era una mentirosa total.

Jimmy se adelantó y se detuvo a mis pies.

—Hola, Valen. ¿Qué tal?

—Jimmy —dijo Valen a modo de saludo a mi nuevo amigo. Así que se conocían. Interesante. Tenía la sensación de que Jimmy sabía mucho más de lo que decía. Estaba demostrando ser un valioso aliado.

—¿Todo bien en After Dark? —preguntó Jimmy.

El hombre grande asintió.

—Así es.

—Oí que hubo una pelea entre dos metamorfos el viernes pasado —continuó Jimmy—. Oí que fue sangrienta. Y que un tipo se rompió

unas costillas y el otro perdió algunos dientes.

Un músculo se erizó a lo largo de la mandíbula de Valen mientras mantenía sus ojos en mí.

—Me encargué de ello.

—Claro que lo hiciste —respondió el perro, rodando alrededor de los tobillos de Valen y deteniéndose junto a su pie izquierdo—. Tu restaurante. Tus puños.

Los ojos oscuros de Valen se dispararon hacia el portátil que llevaba bajo el brazo. Me miró. Su mirada inquebrantable se clavó en mí como el golpeteo de un tambor. Un hormigueo me recorrió el cuero cabelludo y se extendió por mi piel.

Aquel hombre era peligroso. No por su tamaño ni por sus músculos abultados. Era más por su presencia, por la energía que desprendía. Algo mortal y brutal brillaba en su mirada, oculto bajo su exterior robusto y apuesto. Era como un león. Impredecible y letal, lo que me puso de los nervios.

No dijo nada cuando pasó a mi lado y entró en la habitación. Aquella colonia tan fina me llegó a los sentidos y no tuve más remedio que inhalar un poco. Esperaba que las dos criadas lo siguieran, pero se quedaron fuera, en el pasillo, con el rostro tenso por el miedo.

Le seguí.

—¿Qué haces?

Valen entró en la habitación de Eddie y fue directo a la cama. Levantó el colchón con una mano, como si no pesara más que una sábana, y miró debajo. Gruesos músculos se desplegaban a lo largo de su espalda en todo un espectáculo. Me pregunté por qué las mujeres no estaban aquí disfrutando de la vista.

—Ahí no hay nada, aparte de chinches —dije, aunque no se me había ocurrido mirar debajo del colchón. No fui muy minuciosa en mi investigación.

Valen dejó caer el colchón y luego rebuscó en los cajones de las dos mesillas de noche, claramente buscando algo.

—Eres Leana, la nueva Merlín.

—Así es. —No me hizo ninguna gracia que preguntara por mí—. Y tú eres el malhumorado y grosero dueño del restaurante, Valen. —Ya está. Yo también sabía su nombre.

Jimmy hizo un sonido raro en su garganta.

—¿Se conocen?

—No —Valen y yo coreamos con la misma rabia. Vale, eso fue raro.

Aquellos ojos oscuros volvieron a posarse en mí. Su rostro estaba cuidadosamente vacío de cualquier expresión.

—El último Merlín murió en esta habitación.

Entrecerré los ojos.

—¿Quién te ha dicho eso?

Mi mirada se dirigió a las dos criadas agrupadas en el pasillo, ambas evitando mis ojos. Estaba claro que las dos criadas se habían encompinchado. Si él sabía lo de las muertes, los huéspedes del hotel no tardarían en enterarse. No había forma de que Basil mantuviera esto en secreto mucho más tiempo.

Valen cruzó la habitación y abrió el armario de la cocina americana, la cafetera y las tazas se sacudieron. Estaba a su lado en un santiamén.

—No deberías estar aquí. Este es mi caso.

Valen cerró la puerta del gabinete y se volvió hacia mí.

—Tu caso.

—Así es —dije, con el corazón palpitándome en el pecho. Jimmy pasó de largo a mi lado y se unió a las dos criadas en el pasillo mientras yo volvía a centrar mi atención en el hombre grande—. El hotel me ha contratado para investigar la muerte del Merlín.

No quise decir demasiado. No me fiaba de aquel tipo. Desprendía todo tipo de vibraciones, y ninguna de ellas era digna de confianza. Para empezar, no me gustaba que estuviera husmeando en la habitación de Eddie como si estuviera buscando algo.

—¿Has descubierto algo? —preguntó el hombre bestia.

—Claro. Como si fuera a decírtelo. —Qué descaro el de este tipo.

—Así que no has descubierto nada.

—He descubierto que eres muy maleducado con los desconocidos —le respondí, con la mano libre en la cadera.

—Podría decir lo mismo de ti —dijo Valen, entrecerrando ligeramente los ojos.

Me enfurecí y me contuve. No quería empezar una pelea, sobre todo en el trabajo y con un hombre de aspecto muy peligroso.

—Deberías irte —le dije—. Estás estropeando mi escena del crimen.

No estaba segura de cuánta autoridad tenía en el hotel. Basil y yo nunca lo habíamos discutido. Esperaba tener carta blanca, como solía hacer siempre que trabajaba en un caso.

Su intensa mirada me estaba incomodando. Apoyé la cadera en el mueble. Y cuando fui a estabilizarme con la mano derecha, golpeé una de las tazas de café.

Parpadeé cuando la taza se deslizó fuera de la encimera.

La mano izquierda de Valen salió disparada tan rápido que solo vi un borrón, y luego volvió a colocar la taza sobre la encimera.

Me sacudí, apretando el portátil contra mi axila. Vale, este tipo era rápido. Rápido como un vampiro. La piel se me erizó y vibró con miedo y un poco de excitación. Algo me pasaba. Le eché la culpa a los años de negligencia de mi futuro ex marido en la cama.

—¿Cuánto tiempo llevas siendo Merlín? —preguntó Valen de repente en medio del silencio, echándose hacia atrás y estudiándome. Se cruzó de brazos, con los músculos del pecho abultados, claramente deseando salir de aquella camisa.

No quería contestar, pero lo hice.

—Diez años. Sé lo que hago. No es mi primer caso de asesinato.

—¿Así que has trabajado antes en un caso como este? —preguntó el hombre bestia, con voz cuidadosamente neutra.

Fruncí el ceño.

—He trabajado en muchos casos. Nunca en uno como este, pero cada caso es único. Tengo que tratarlos como tales —respondí.

No me estaba gustando el rumbo que estaba tomando la conversación. No debería estar interrogándome. Yo debería *acribillarle* a preguntas.

Valen se quedó mirándome.

—Eres diferente a los otros Merlíns.

Mi lucha por dejar de sonrojarme no iba bien.

—¿En serio? —resoplé—. ¿En qué sentido? ¿Que no te tengo miedo? Todos esos músculos no me asustan.

Me pareció ver una pequeña sonrisa formarse en aquellos gruesos labios, pero en un instante desapareció, sustituida por una tensa máscara de indiferencia.

—Dudo mucho que conozcas a muchos Merlíns —solté.

Así como no había muchos brujos poderosos, eran aún menos los que se convertían en Merlíns. Los elegidos éramos pocos.

La mirada de Valen se volvió aguda, y por un breve instante, una mirada de hambre pura y primitiva apareció en su rostro.

Me puse rígida, y entonces mi cuerpo traidor se agitó en respuesta a lo que fuera aquello. Y no era miedo.

—Estás casada con un humano —afirmó Valen, como si fuera una noticia vieja. Su cara de nuevo, cuidadosamente neutra—. Interesante elección.

Mis labios se separaron con sorpresa.

—Pronto estaré soltera —respondí, con una punzada de inquietud recorriendo mi cuerpo. No me gustó que dijera «interesante elección» como si me hubiera rebajado casándome con Martin. Tal vez fuera así. Pero no me gustaba que me lo echaran en cara—. ¿Has estado investigándome?

No me entusiasmaba que aquel desconocido supiera cosas personales de mí cuando yo no sabía prácticamente nada de él, aparte de que solía ser un cretino y tenía un restaurante que servía comida fantástica.

—Es asunto mío saber cosas de los forasteros que están en mi ciudad —dijo Valen—. No nos gustan los forasteros.

—¿*Tu* ciudad? —le miré con dureza—. ¿Estás diciendo que eres el dueño de Nueva York? —Vaya, este tipo era exasperante. Me estaba sacando de mis casillas.

Valen recorrió la habitación con la mirada, sin fijarse en nada.

—No. No soy el dueño de la ciudad. Pero el Hotel Twilight está en mi territorio. Soy responsable de los paranormales de este sector. Lo que pasa aquí es asunto mío.

Esta conversación era muy extraña. Sabía que había jefes paranormales, alfas y jefes de clanes y manadas en ciertos distritos de grandes ciudades como Manhattan, pero rara vez había tenido que tratar con alguno de ellos. También sabía que los paranormales tendían a desaparecer si los hacías enfadar.

—Escucha. No sé quién eres ni si algo de eso es cierto, pero sé que tengo un trabajo que hacer. Y lo estás entorpeciendo ahora mismo. Estás haciendo que me resulte imposible trabajar. —Hice una nota mental para investigar a este hombre bestia, junto con mi caso. Él me había investigado. Era justo que yo le devolviera el favor.

Una voz femenina se elevó desde el pasillo. No pude entender lo que decía, pero estaba segura de que Jimmy me lo contaría todo más tarde.

La mirada inteligente de Valen me observó durante un instante.

—¿Te gustó el pato?

Mis cejas se alzaron, completamente desprevenida por la pregunta.

—¿Eh?

—El pato asado con higos... ¿fue de tu agrado? —la voz profunda de Valen retumbó, y me encontré embelesada por ella.

Parpadeé.

—Sí. Estaba bueno. Muy bueno. —¿Por qué demonios estábamos hablando de comida?

El hombre bestia volvió a observarme, casi como si se preguntara si debía darme un golpe. Eso, o arrancarme la ropa. Pensé que iba a decir algo, pero pasó de mí y se dirigió directamente al baño.

Solo cuando estaba en la puerta del baño me di cuenta de que había olvidado volver a colocar la rejilla metálica. Ups.

Los ojos de Valen se dirigieron a la cavidad del conducto en la pared y luego volvieron a mí, posándose de nuevo en el portátil.

—¿Robando propiedad del hotel? —la mirada de Valen se clavó en la mía—. Eso es un delito. Incluso aquí.

Ante eso, mi cara se chamuscó como si la hubiera rociado con lava fundida.

—Yo no he *robado* nada. Este es mi portátil. —Era una mentirosa terrible. No ayudó que tartamudeara y evitara sus ojos. *Bien hecho, Leana.*

Pero eso no explicaba por qué sospechaba que no era mío. Si no lo

supiera, diría que sabía que Eddie había escondido su portátil en esta habitación. Había venido a por el ordenador.

Pensé que estaba a punto de echarme la bronca por el ordenador, pero no dijo nada. Sin decir palabra ni mirar en mi dirección, Valen salió del baño y se dirigió al pasillo mientras yo me dirigía a la puerta. Me quedé allí parada, con Jimmy a mis pies, mirando cómo el hombre bestia y las dos criadas entraban en el ascensor al final del pasillo.

Valen miró hacia mí. Nuestros ojos se encontraron y se sostuvieron durante un instante mientras las puertas del ascensor se cerraban.

—¿Qué puedes decirme de ese tipo? —le pregunté a Jimmy mientras cerraba la puerta de la habitación.

—Mucho —respondió el perro de juguete.

—Bien.

Habíamos avanzado bastante al encontrar el portátil y ver que el video estaba manipulado. Pero no podía reprimir la sensación de que Valen sabía algo sobre los asesinatos. ¿Cuál era su conexión?

Solo sabía con certeza que había venido a por el portátil de Eddie. Estaba segura de ello. ¿Sabía lo de los videos? ¿Estaba aquí para destruir las pruebas?

Iba a averiguarlo.

CAPÍTULO 9

—¿Has visto a Basil? —Me apoyé en el mostrador, con cuidado de no golpear el portátil que aún llevaba bajo el brazo.

—¿Por qué lo buscas? —Errol se hurgaba las uñas con un abrecartas, con una expresión de aburrimiento en el rostro.

—Porque necesito hablar con él. ¿Dónde está?

—¿Por qué?

Apreté los dientes.

—Asuntos del hotel.

Errol dejó escapar un suspiro dramático.

—*Yo soy* los asuntos del hotel.

—Este no.

—Dime por qué quieres verlo y quizá te lo diga.

Una parte de mí quería saltar sobre el escritorio y estrangularlo.

—Estás particularmente imbécil esta mañana.

El conserje puso cara de que acababa de escupirle en su caro traje.

—No me caes bien.

—Vamos, Errol, esto es importante —disparó Jimmy desde el suelo —. Solo dinos dónde está.

—No respondo a juguetes de madera. Ve a buscar a un niño o algo así. O mejor aún. Ve a tirarte al fuego.

Me reí.

—¿Cómo demonios has conseguido un trabajo en hostelería?

La pálida cara de Errol enrojeció.

—Porque soy *excelente* en mi trabajo.

Me aparté del mostrador.

—A mí me parece más bien que quien te contrató es un idiota.

—Eso *me* convertiría en el idiota —dijo una voz.

Mierda.

Me giré lentamente. Detrás de mí había un hombre de aspecto corriente y cara olvidable. La mayor parte de su cuero cabelludo se veía a través de su escaso pelo, y había intentado, muy mal, peinarse los mechones que le quedaban. Tenía ojeras, como quien no ha dormido en años. Era difícil adivinar su edad debido al aspecto enfermizo de su rostro. ¿Tal vez cincuenta? ¿Sesenta? Su piel era grasa y su traje oscuro parecía sacado de una tienda de segunda mano. De sus manos colgaban un paño manchado y un frasco de desinfectante.

—Soy Raymond. El subgerente del hotel. ¿En qué puedo ayudarte?

Sentí un poco de alivio.

—Hola. Soy Leana.

Raymond asintió.

—Sí. Sé quién eres.

—Bien. Estamos buscando a Basil. ¿Le has visto?

Raymond se acercó a mí, me apartó del mostrador con un empujón del trapo que tenía en la mano, roció donde yo lo había tocado y empezó a fregar la superficie.

No sabía si sentirme insultada. Era paranormal, sin duda, pero lo único que recibía de él era olor a vinagre y lejía. El tipo era un germofóbo.

—Se fue por un asunto personal —dijo Raymond mientras pulía el mismo lugar continuamente—. Volverá a última hora de la tarde. —Miró la mancha por última vez y luego me miró a mí, parpadeando con ojos pálidos—. Ya está. Hay que mantener el hotel siempre impecable.

Jimmy resopló, ganándose una mirada de Raymond.

—Claro. —Él era una criatura extraña.

Raymond levantó su botella y me apuntó como si estuviera a punto de rociar.

—¿Quieres que tome tu recado? O quizá pueda ayudarte.

—Está bien. Esperaré a que vuelva. —Cuanta menos gente supiera lo de las imágenes, mejor.

—Como quieras —Raymond echó un vistazo al vestíbulo, sus ojos se posaron en algo, y se fue. Cruzó el vestíbulo hacia un grupo de huéspedes que descansaban en los sofás y roció su desinfectante sobre una mesa de café ante los numerosos estallidos de molestia de los huéspedes.

—Vamos. Vamos a comprobarlo con seguridad —llamó Jimmy desde el piso.

Seguí al perro de juguete mientras se adelantaba rodando. Se detuvo ante una puerta negra de metal justo al lado del vestíbulo. El cartel de la puerta decía SEGURIDAD DEL HOTEL.

Toqué la puerta una vez y entré.

Lo primero que me llamó la atención fue el fuerte olor a cigarrillo. Lo segundo fue lo estrecho que era el espacio, como el tamaño del cuarto de baño de mi nuevo apartamento. La pared del fondo estaba cubierta de pantallas que iban del suelo al techo. Delante de las pantallas había un escritorio con cuatro ordenadores portátiles. El hombre más corpulento que había visto nunca se apretujaba en la única silla giratoria. El pelo oscuro le cubría la mayor parte de la cara y unos ojos claros asomaban bajo unas cejas espesas.

—¿Sí? —dijo el hombre con una voz gruesa que hacía juego con su complexión—. ¿Qué quieres?

Di un paso atrás. El corazón me latía con fuerza ante la amenaza

de su voz y la forma en que me miraba. Podría arrancarme la cabeza. Me llegó el olor de los animales salvajes. Sí. Este tipo era un metamorfo. Un hombre-oso, a juzgar por su tamaño.

—Oh, hola, Jimmy —dijo el hombre grande, su comportamiento cambió en un segundo a algo suave e incluso posiblemente fraternal —. No te había visto. ¿Estás aquí para otra partida de ajedrez?

—Hola, Bob. Hoy no —Jimmy rodó dentro de la habitación—. Bob es un hombre-oso —informó el perro de juguete—. Pero no dejes que su tamaño te asuste. Es un gran osito de peluche.

—Mmm —dije, todavía un poco desconcertada por su enorme tamaño.

—Queremos preguntarte por las cámaras de seguridad —continuó el perro de juguete.

—Ah. ¿Quieres saber sobre los asesinatos? —sus ojos me miraron de arriba abajo—. ¿Eres la nueva Merlín?

—Lo soy —*por favor, no me comas*—. ¿Puedes mostrarme la grabación de esas noches? Empieza con la habitación cuatro cero cuatro.

El video aún estaba fresco en mi memoria. No creía que Bob fuera del tipo homicida, tal vez solo del tipo asesino. Pero a menos que pudiera exculparlo, era una de las únicas personas que conocía que tenía acceso a las cámaras. Y viendo su contextura, fácilmente podría haber alterado el video. Quería ver su reacción con mis propios ojos.

Bob movió un dedo fornido sobre el teclado de uno de los portátiles. Hizo clic en algo y una de las pantallas más grandes de la pared parpadeó. De repente, estaba viendo la misma secuencia que en el portátil de Eddie.

—¿Puedes avanzar hasta las 11:31 p.m.? —le dije.

Bob hizo lo que le pedí sin pensárselo dos veces, y entonces estábamos mirando el mismo punto en el que saltaban los fotogramas.

—¿Has visto eso? —me apreté alrededor del escritorio y señalé el fotograma—. Para y retrocede unos fotogramas.

Bob hizo lo que le pedí.

—¿Qué debo mirar?

—La iluminación —señalé la pantalla—. Mira. Ha cambiado. Alguien borró una parte de tu metraje. El marco de tiempo también fue manipulado. No hay diferencia en el tiempo. Solo el video.

A menos que Bob fuera un actor con calidad de Oscar, estaba genuinamente sorprendido y conmocionado por lo que veía en la pantalla. Entonces... entonces se enfadó, y eso fue verdaderamente aterrador.

Saltó y el suelo y las paredes temblaron con su fuerza bruta. La parte superior de su cabeza golpeó el techo, aunque apenas se dio cuenta.

—¿Quién haría eso?

—Esa es la pregunta del millón —dijo Jimmy—. ¿O se dice la pregunta de los mil millones de dólares en estos días?

—¿Bob? —Volví a apretarme contra el escritorio—. Si tuviera que quitar un pedazo de la grabación de video, ¿cómo lo haría? ¿Cómo manipularía la señal?

—Sí —coincidió Jimmy—. ¿Cómo haría alguien eso?

Bob me miró a mí y luego al portátil.

—Tendrías que cambiar el original. Entrar en el programa de edición y cambiarlo manualmente.

Me golpeé la barbilla con un dedo.

—Así que tendrías que estar *dentro* de esta habitación para hacerlo.

El hombre frunció el ceño.

—Sí.

—A menos que lo hicieran a distancia. ¿Podrían? —pregunté. Con tantos hackers hoy en día, cualquiera podía ser un hacker en potencia.

Bob negó con la cabeza.

—Nuestro sistema de red no es como las redes humanas. No se puede entrar a distancia y tampoco se puede piratear desde fuera. Está protegido. Protegido mágicamente. Guardas y demás. Solo hay una forma de que alguien hiciera esto: dentro de esta habitación.

—¿Tienes cámaras aquí? —Miré a mi alrededor, esperanzada.

—No. Lo siento.

—Aparte de Basil y tú, ¿alguien más tiene acceso a esta habitación? —pregunté, siguiendo su lógica. Así que quienquiera que cambiara la señal tenía que entrar en esta habitación y pasar por delante de Bob, lo cual no era nada fácil.

Bob parecía preocupado mientras apretaba su enorme trasero en aquella silla. Era un misterio que cupiera y no aplastara la silla bajo su peso.

—Solo Basil y yo.

—¿Quién trabaja en esta oficina cuando estás de descanso o cuando te vas a casa? —preguntó Jimmy, sacándome la pregunta de la boca.

A través de su espesa barba, Bob frunció los labios.

—Nadie. Solo yo.

—Así que hay un momento en el que no hay nadie aquí —dije en voz alta. Alguien podría haber esperado fácilmente a que Bob terminara su turno y entró para sabotear la grabación. Lo que significaba que no estábamos más cerca de encontrar a esa persona.

—Gracias por tu tiempo, Bob —le dije al oso gigante. No íbamos a conseguir mucho más.

Alguien se había metido con las grabaciones. Solo que no sabía quién. Dudaba que fuera Basil. No parecía el tipo de persona que

supiera navegar y editar material digital para luego hacerlo casi imposible de atrapar, pero aun así iba a hablar con él.

Los dientes parpadearon y me eché hacia atrás, sin darme cuenta de que el gran Bob acababa de sonreírme. A cualquier otra persona le habría parecido que quería morderme la cabeza.

—Siempre a la orden —dijo Bob.

Salí por la puerta. Jimmy rodó a mi lado pero luego se detuvo y giró sobre sí mismo.

—¿Alguien más ha preguntado por las cámaras?

Bob parpadeó mientras pensaba en ello.

—El otro Merlín antes que tú y Basil.

—Gracias.

Cerré la puerta tras de mí.

—Parece que Eddie sabía que pasaba algo.

—Eso parece —respondió el perro de juguete.

Miré alrededor del vestíbulo. Eran casi las diez de la mañana y el hotel bullía de huéspedes. Un vistazo en dirección a Errol, al ceño fruncido que tenía mientras escuchaba a una pareja que le hablaba en recepción, me hizo sonreír.

Caminamos por el vestíbulo. Bueno, yo caminaba y Jimmy rodaba a mi lado. Ni una sola persona miró hacia nosotros. A nadie parecía molestarle el hecho de que estuviera bailando el vals con un perro de juguete de madera a mis pies en un hotel de lujo, pero este no era el típico hotel para humanos. Era un hotel paranormal.

—¿Quieres meter el ordenador en una de las cajas fuertes del hotel? —preguntó Jimmy mientras rodaba hasta detenerse.

Me quedé mirando a mi amigo de madera.

—¿El hotel tiene cajas fuertes?

—Sí. Es donde los huéspedes guardan sus objetos de valor, piedras preciosas, joyas, varitas mágicas, orbes, armas confiscadas... ese tipo de cosas. Seguro que estará a salvo.

Me lo pensé.

—Creo que por ahora lo guardaré conmigo. Todavía tengo que revisarlo. Todavía hay muchas cosas que no sé de Eddie. —Le di unos golpecitos al ordenador que llevaba bajo el brazo—. Creo que me lo llevaré a la cama conmigo.

Jimmy se rio.

—¿Dónde quieres buscar ahora?

—Tengo que hacer unos recados. Tengo que llenar la nevera. Y necesito ropa. Me fui un poco apurada de mi antigua casa. ¿Quieres venir conmigo? Puedo meterte en mi bolso. Nadie se dará cuenta.

La cola del perro se dobló casi entre sus ruedas traseras.

—No puedo. No puedo salir del hotel.

—¿Nunca?

—Nunca.

—¿Lo has intentado? —Por supuesto, lo había hecho, pero quería saberlo.

—Muchas veces, y siempre es lo mismo.

—¿Qué?

—Un dolor insoportable —dijo el perro de juguete—. Y si me quedo fuera más de unos segundos, moriré.

Entrecerré los ojos de repente, con un sabor amargo en la boca mientras la ira fluía a través de mí. El hecho de que la hechicera le hubiera hecho esto a este pobre hombre me molestaba.

—¿Cómo se llamaba? La hechicera.

—Ya no importa —Jimmy se alejó rodando—. Hasta luego, Leana… —Lo vi rodar por el vestíbulo, sin que nadie se molestara en mirarlo.

—¡Espera! —lo llamé—. ¿Cómo puedo localizarte? ¿Tienes una habitación o algo?

Jimmy se detuvo y se dio la vuelta. El perro de juguete de madera pareció triste por un momento, si es que eso era posible.

—Grita y te encontraré.

Observé con el corazón encogido cómo mi nuevo amigo se alejaba rodando. No solo estaba prisionero en el cuerpo de un perro de juguete, sino también en este hotel.

Sentí una oleada de odio por esta hechicera. Puede que aún esté viva. Y si lo estaba, la encontraría y tendría unas palabras con esa perra.

CAPÍTULO 10

Mi primera parada fue Macy's, en la calle Treinta y Cuatro Oeste. Con mi adelanto en efectivo, pude comprar un montón de ropa interior nueva, sujetadores, camisetas, jeans, calcetines, toallas de baño y sábanas de algodón para la cama. Incluso compré una bandolera de cuero para el portátil, para poder llevarlo como es debido sin que ningún hombre bestia metiche me hiciera demasiadas preguntas.

Hablando de bestias entrometidas, necesitaba saber más sobre ese tal Valen y por qué quería el portátil en cuestión. ¿Trabajaba para alguien o quería hacerse con las pruebas él mismo?

No ayudaba el hecho de que me pareciera ridículamente atractivo, con todos esos músculos varoniles y unas manos grandes y ásperas que estaba segura de que se sentirían de maravilla sobre mi piel. Sí, me estaba volviendo loca. Hacía solo unos días había visto a mi marido tirándose a una mujer y me había marchado, y ahora ese tipo guapo y peligroso me rondaba por la cabeza.

Culpé a mis hormonas. La premenopausia, o lo que fuera, hacía que las hormonas femeninas se descontrolaran a los cuarenta.

La verdad era que no necesitaba a un hombre para sentirme completa o cómoda en mi propia piel. Solo me necesitaba a mí. Yo era mi propia heroína. Pero eso no significaba que no me parecieran guapos. No me fiaba de ellos, sobre todo después de estar con Martin, pero no era tan ingenua como para pensar que todos los hombres eran unos cabrones. Sabía que algunos eran buenos, pero la mayoría de las veces los buenos ya estaban casados y tenían familia.

Me sentía sola y lo había estado durante años. Y con mi suerte, seguiría así durante otro tiempo. Menos mal que tenía este nuevo trabajo para mantenerme ocupada.

De camino, me detuve en la pequeña bodega de la esquina de Park Avenue y la calle Treinta y Siete Este y compré algo de comida para unos días, hasta que tuviera que ir a por más. Por supuesto, entré en la tienda de vinos más cercana y compré dos botellas de lo que tuvieran a la venta.

Una copa de vino sería bien recibida con toda la investigación que tenía que hacer esta noche, principalmente con el ordenador de Eddie. Quería saber de qué se enteró antes de morir. Tal vez encontraría algo más que los videos. Tal vez había descubierto algo más, y yo necesitaba saberlo.

Cuando regresé al 444 de la Quinta Avenida, el reloj de mi teléfono marcaba las 18:53. No me extrañaba tener tanta hambre. No había desayunado y me había olvidado de almorzar.

Recorrí la calle con la mirada. El hotel no estaba a la vista. Maldita sea. Había estado tan sumida en mis pensamientos que había pasado de largo sin darme cuenta.

—Definitivamente necesito comer —murmuré para mis adentros.

Me giré en el acto y retrocedí unos pasos, solo para darme cuenta de que *estaba* en el lugar correcto. Mis ojos se fijaron en la señal verde de la calle con las palabras en blanco que decían Quinta Avenida. Luego mis ojos se posaron en el restaurante After Dark. Estaba *justo* delante del restaurante. El Hotel Twilight debería estar allí, justo allí, pero yo estaba mirando un callejón oscuro. Ningún hotel. Nada.

—Oh, mierda.

El pánico me recorrió la espina dorsal. ¿Era así como lo veían los humanos? ¿Qué estaba pasando? Sabía que el hotel estaba allí, pero por alguna razón, ya no podía *verlo*.

Mi ritmo cardíaco se disparó. No podía dejarme llevar por el pánico. Había humanos a mi alrededor y lo último que quería era llamar la atención.

Respiré hondo, agarré las bolsas de la compra, me eché al hombro mi nuevo bolso de piel y caminé hacia delante. Puede que no lo viera, pero lo sentiría.

Caminé recto con la mano derecha en alto. Algunos humanos que pasaban a mi lado me miraron. Probablemente pensaron que estaba loca o que había perdido la vista.

Pero cuando llegué a la mitad del callejón y vi la señal de la calle Cuarenta Oeste en el otro extremo de la manzana, empecé a asustarme. Había cruzado toda la manzana sin sentir siquiera una pared sólida.

—Esto está mal —¿qué demonios estaba pasando?

Con las bolsas fuertemente sujetas en las manos, di media vuelta y regresé por donde había venido, hasta la acera ancha de la Quinta Avenida... pero nada. Era como si el hotel nunca hubiera existido.

El miedo se apoderó de mí, volviéndome irracional. ¿Me lo había imaginado todo? ¿Estaba tan mal con mi matrimonio que había creado esta parte para ayudarme a sobrellevarlo? Por supuesto que tenía una imaginación desbordante, pero estaba bastante segura de haber vivido esta experiencia. Diablos, había dormido en el maldito hotel.

No, definitivamente algo iba mal. De algún modo, el hotel ya no se me revelaba.

—Quizá necesite una contraseña. Una palabra mágica… —dije.

Sí, no me extrañaría que Basil se hubiera olvidado de decirme que

necesitaba una contraseña especial para volver a entrar en el hotel después de pasar más de unas horas fuera. Tenía sentido.

Dejé caer las bolsas al suelo y me froté las manos.

—Ábrete sésamo —murmuré y conseguí unas risas de un grupo de adolescentes que pasaban por allí.

—Abracadabra —volví a intentar, agitando los dedos, pero nada. Ya ni siquiera sentía el latido mágico del glamour que ocultaba el hotel a los ojos humanos.

—Hotel Twilight. Revélate —dije y esperé. Pronto mi miedo fue sustituido por irritación y un poco de mi cordura. Di un pisotón en el suelo. Sí, muy maduro—. ¡Abre, maldito hotel, o voy a atascar todos los retretes!

No. Seguía siendo solo un callejón.

Solté un suspiro y me froté los ojos con los dedos.

—No me lo puedo creer.

—¿Te has perdido?

Me estremecí, pero seguí tapándome los ojos con las manos. No necesitaba ver a la persona para saber que era el hombre bestia del restaurante de al lado.

—Vete —dije, todavía ocultando mis ojos. Cuando oí su risita, solté las manos, me giré y le miré con desprecio—. ¿De qué te ríes?

Valen, siendo él mismo, estaba de pie con los brazos cruzados sobre su pecho ancho, la diversión brillaba en sus ojos oscuros.

—No puedes encontrar el hotel. ¿O sí?

Mierda. Si lo sabía, significaba que yo tenía razón. Necesitaba una contraseña o algo así. El calor se apoderó de mi cara, una mezcla de vergüenza y el hecho de que estaba tan condenadamente bien y justo a mi lado.

Una chaqueta de cuero negro colgaba de sus anchos hombros, atrayendo mis ojos hacia su estrecha cintura. Sus jeans oscuros se ajustaban perfectamente a sus largos muslos y la camiseta no ocultaba su musculoso pecho.

Solté una bocanada de aire.

—Claro que puedo verlo. —Claro que no.

Sus ojos oscuros se clavaron en mí.

—¿De verdad? ¿Entonces por qué no entras?

—Pensé en tomar un poco de aire fresco primero.

Valen levantó una ceja.

—¿Te refieres a los gases del tubo de escape?

Le sonreí.

—Nada como el aire tóxico para destaparme los poros.

Valen volvió a reír, con un sonido profundo que me produjo un delicioso cosquilleo en la piel. Me di cuenta de que me gustaba cómo sonaba. Mierda. Tenía que parar. Era malo. Sexy y malo, pero malo al

fin y al cabo. Y sabía lo del portátil de Eddie, lo que lo ponía en la lista de «posibles sospechosos».

Cuando me di cuenta de que debía de haberme visto perder la calma y caminar arriba y abajo por el callejón como una loca, más calor subió desde mi cuello y se asentó alrededor de mi cara. Y ahora estaba sudando. Excelente.

Volví a mirarle y me di cuenta de que me había estado mirando. Sus ojos me miraban con intensidad. Me sentí hipnotizada por ellos. No pude evitarlo. Sentí una atracción hacia él, aunque fuera letal.

—Si *puedes* verlo —desafió Valen—, entonces adelante. Entra.

—¿Por qué? ¿Para que puedas mirarme el culo? No lo creo.

Valen sonrió. La sonrisa transformó su rostro de robusto y atractivo a un nuevo nivel de sensualidad.

Se quedó mirando al suelo, riendo en silencio.

—Eres una bruja. ¿Verdad?

—Sí. Ya hemos hablado de esto. Soy una Merlín. ¿Te acuerdas?

Las comisuras de sus ojos se arrugaron de risa.

—¿Y no sabes cuando alguien te hechiza?

Oh, mierda. Tragué saliva. *Ahí iba mi reputación.*

—¿Tú crees? No. ¿Hablas en serio? —Lo que dijo tenía mucho más sentido ahora que lo pensaba. ¿Por qué no lo había pensado?

Valen asintió mientras miraba en dirección a donde estaba el hotel, aunque yo seguía sin poder verlo.

—Alguien te ha hechizado para que no puedas ver el hotel.

Ahora que sabía lo que me habían hecho, reconocí la débil magia que me envolvía, arrastrándose por mi piel como cientos de hormigas hasta desvanecerse por completo. No me gustaban mucho los glamures, pero los conocía. Sabía que quien me había hechizado era un practicante experimentado con un alto nivel de magia. Sobre todo para hechizarme sin que yo lo supiera.

Le miré fijamente.

—¿Cómo lo sabes?

El hombre se encogió de hombros.

—El Hotel Twilight se asegurará para siempre de que todos los paranormales podamos encontrarlo. Siempre es visible para nosotros, a menos que un hechizo lo mantenga oculto. Como pasa contigo ahora mismo. Parecías una humana buscando a su gato perdido.

Maldición. Así que me había estado observando.

Apreté la mandíbula y miré en la dirección en la que él miraba. Alguien allí dentro me había hechizado. Hijos de fruta.

—Entonces, ¿no había una contraseña para volver a entrar?

Me sentí como una tonta. Una gran tonta. Tal vez esa persona también me había estado viendo hacer el ridículo todo el tiempo.

—No hay contraseña —dijo el hombre bestia riéndose—. Solo un

hechizo. O cualquier magia que usen los brujos.

—Esto no tiene gracia —espeté.

—Sí. Es muy gracioso.

Suspiré.

—Y yo que pensaba que estaba teniendo un buen día —lo miré—. ¿Fuiste tú? —¿Qué? Tenía que saberlo.

Al oír eso, Valen soltó una risita, con su ancho pecho saltando arriba y abajo.

—Yo no hago magia. No es lo mío.

Levanté una ceja.

—Todos los paranormales tienen algo de magia que fluye en ellos. Ya sea la magia salvaje de los metamorfos o la magia fría de los demonios.

El rostro de Valen se quedó inmóvil.

—No fui yo. Si lo fuera, ¿por qué estaría aquí ahora?

Buen punto.

—Entonces, ¿qué es lo *tuyo*? Tú sabes de mí. Es justo que yo sepa de ti.

Valen seguía mirándome con esos malditos ojos oscuros. Todavía podía ver una chispa de risa en ellos. El tipo se estaba divirtiendo a mi costa. Qué bien.

—¿Quién haría esto? —pregunté al cabo de un momento, pero supe la respuesta en cuanto las palabras salieron de mi boca.

El que había cometido los asesinatos, ese. No querían que volviera a entrar en el hotel porque había descubierto algo. Sabía lo de las cámaras. Y este hechizo me hizo creer que estaba a punto de descubrir más.

El hecho de que me hicieran esto solo me hizo querer resolver el caso aún más.

Iba a encontrar a ese bastardo.

Permanecimos en un silencio incómodo durante un rato, con el corazón haciendo música en mis oídos en el remolino de sentimientos contradictorios mientras todo mi cuerpo palpitaba con un calor que nada tenía que ver con mi cálida chaqueta.

Valen se agachó y me cogió las bolsas.

—Vamos. Te llevaré dentro —dijo por fin, con un tono cariñoso y suave que me desconcertó un poco.

No dije nada y le seguí de cerca, no quería perderme nada. Si desaparecía, volvería a encontrarme sola e incapaz de encontrar la entrada del hotel.

Me tranquilizó un poco que no pareciera enfadado. Lo tomé como una buena señal.

Apenas había notado el cambio de presión atmosférica mientras el mundo a mi alrededor cambiaba. De repente, estaba mirando el

interior del hotel y no un callejón.

—¿Ha desaparecido el hechizo? —preguntó Valen, y me volví para mirarle a los ojos.

—Sí, tenías razón. Gracias —añadí un poco incómoda.

Abrió la boca para decir algo, pero se detuvo. Se tranquilizó y volvió a intentarlo.

—Toma —me dio las bolsas.

Las cogí y, antes de que pudiera volver a darle las gracias, me dio la espalda y salió por la puerta principal.

Le miré marcharse, más confusa que nunca. ¿Por qué me ayudó a entrar en el hotel si era malo de verdad? Podría ser para despistarme, para hacerme *creer* que era uno de los buenos cuando en realidad no lo era.

Le observé a través de las ventanas del vestíbulo hasta que giró a la izquierda y desapareció.

CAPÍTULO 11

Al entrar en mi apartamento, se me hizo la boca agua con el olor de la cocina. La puerta ya estaba abierta de par en par, por eso había olido la comida antes de verla.

Me llegó el sonido de voces, tanto masculinas como femeninas. Llegué al final del pasillo y entré en la cocina.

Elsa estaba de pie junto a los fogones, con las mangas de su blusa naranja dobladas a la altura del codo mientras mezclaba una olla alta de acero inoxidable en el quemador.

Julian estaba tumbado en el sofá. Tenía un brazo alrededor de una joven de pelo largo y rubio, a la que no reconocí, y una cerveza en el otro.

Jade estaba ocupada poniendo copas en la mesa. Llevaba una camiseta negra vintage de Def Leppard, unos jeans anchos y el pelo recogido con un moño negro. Me vio y levantó una copa en señal de saludo.

—Hola, Leana. Espero que tengas hambre. Elsa está haciendo su famoso chili con carne.

—Oh, hola, Leana —dijo Elsa mientras me sonreía por encima del vapor de su chili—. Espero que te gusten las especias. Oh. Comes carne. ¿Verdad?

Me reí.

—Sí, la como —intentaba ser breve, pero no quería quitarle protagonismo.

—Leana, ella es Carmen —dijo Julian, levantando su cerveza. Le dediqué una sonrisa a la guapa rubia, pero ella parecía solo interesada en Julian.

Miré a mi alrededor.

—¿Han comprado comida? ¿Y vino? —no podía creer la generosidad de estos brujos, y apenas los conocía.

—Claro que sí —dijo Jade, mostrándome su gran sonrisa—. Ahora eres de la familia.

Una oleada de calor me envolvió el corazón y me apretó la garganta. Me ardían los ojos y aparté rápidamente la mirada.

El sonido de unas ruedas zumbando sobre el suelo enmoquetado atrajo mi atención detrás de mí cuando Jimmy entró rodando en el apartamento.

—¿Qué tal ha ido la compra? —preguntó el perro de juguete, meneando la cola de metal. Puede que no fuera un perro de verdad,

pero era súper cuchi.

Levanté las bolsas.

—Bien. Deja que lleve esto —respondí.

Después de dejar las bolsas con mi ropa nueva, las sábanas y las toallas en mi dormitorio, volví a la cocina y dejé las bolsas con la comida y el vino sobre la encimera.

Elsa me miró. Salpicaduras de chili manchaban su cara y su blusa.

—La cena estará lista en unos quince minutos. Hay que dejar que el chili se enfríe un poco. Si se sirve demasiado caliente, se estropeará el sabor.

Le sonreí a la bruja mayor.

—Gracias por hacer esto. Son increíbles.

—Toma un poco de vino —dijo Jade mientras me entregaba una copa de tinto.

—Gracias. Lo necesitaba de verdad —Tomé un sorbo de vino, gemí un poco por el sabor afrutado y empecé a llenar la nevera con las frutas y verduras que había comprado más temprano.

Jade se acercó a Elsa, con las manos en las caderas. Se inclinó y dijo:

—Estás poniendo demasiada pimienta de cayena.

—No seas ridícula. He hecho mi chili miles de veces. Sé lo que hago.

Me uní a las brujas en la estufa.

—¿Puedo ayudar? —Era una sensación extraña tener gente en mi cocina preparándome la cena, sin contar que mi apartamento estaba lleno de gente.

La última vez que vino gente a mi casa fue con mi marido. Había invitado a sus padres a cenar hacía unos cinco años. Digamos que la velada no fue muy bien. Acabé excusándome, mintiendo al decir que tenía que trabajar, solo para escapar de sus miradas condescendientes y sus comentarios odiosos de que aún no les había dado nietos.

No por falta de ganas. Pero después de innumerables pruebas, me dijeron que era estéril. El shock inicial de que me dijeran que no podía hacer lo único que se suponía que podía hacer como mujer me sumió en una profunda depresión. Tampoco ayudó al matrimonio, y Martin se alejó después de aquello. Ante sus ojos, yo era una mercancía dañada.

No hace falta decir que por eso me había sumergido en el trabajo. Esas heridas se curaron cuando acepté las cartas que me habían tocado. Tardé años, pero por fin volví a ser feliz.

Elsa me señaló con el dedo.

—Relájate. Nos ocuparemos de todo.

—Ve a sentarte —dijo Jade, empujándome fuera de la cocina—. Nosotras nos encargamos.

—Vale, vale —me reí. No tenían que decírmelo dos veces.

Mis ojos encontraron los papeles del divorcio colocados ordenadamente en la encimera, junto a la nevera, y puse mala cara. No quería arruinar la noche rellenándolos. Me ocuparía de ellos mañana.

Cogí mi copa de vino y me dirigí al salón. Julian susurraba algo al oído de Carmen, haciéndola reír. Dejé a Julian y a su amiga un poco de intimidad y me dejé caer en la silla junto a la ventana. El ruido de la calle se colaba por la ventana abierta y traía un poco de aire fresco.

—¿Qué te parece el hotel hasta ahora? —Jimmy se detuvo a mis pies.

Dejé la copa de vino en mi regazo y bajé la mirada.

—Me gusta. No es lo que imaginaba. Es mejor. Bueno, aparte de las tres muertes.

El perro de juguete giró las orejas hacia delante.

—Me alegra oírlo. Después de un tiempo, te empieza a gustar — Sus ojos recorrieron la habitación.

Quise preguntarle cuánto tiempo llevaba en el hotel, pero entonces recordé que había sido maldecido hacía tantos años. No quería entristecerle más de lo que ya estaba.

Me recosté en la silla.

—¿Qué puedes contarme sobre Valen? —supuse que esta línea de conversación era mejor. Mejor para mí, por supuesto.

La mandíbula del perro se desencajó.

—Mucho. ¿Qué quieres saber?

—Todo —le dije—. Empieza por su historia. ¿Quién es? ¿De dónde viene?

—Bueno, te diré lo que sé —empezó el perro de juguete—. Sé que se mudó aquí desde Chicago después de que su mujer muriera de cáncer de ovarios.

—Oh, no —dije.

Sentí que mi corazón se arrugó por sus palabras, y me encontré asintiendo y hablando con la garganta algo apretada. Sabía muy bien lo que era perder a un ser querido a causa de aquella horrible enfermedad. Ni siquiera los paranormales eran inmunes a algunas de las enfermedades humanas, siendo el cáncer la principal.

—Compró el restaurante de al lado —continuó Jimmy—. Lo arregló y lo hizo más moderno, o eso me han dicho mis espías.

Solté una pequeña carcajada.

—¿Tienes espías?

—En todas partes —dijo el perrito de juguete—. Tengo ojos y oídos fuera de este hotel —después de un momento, añadió—: Creo que necesitaba un cambio. Un lugar nuevo que no le recordara el pasado.

—Debe haber sido horrible para él —Estaba segura de que también

contribuía a su mal genio e irritabilidad. Perder a un ser querido cambia a una persona.

—Estoy seguro. Tiene citas, nada a largo plazo, y no recuerdo haberlo visto con la misma mujer más de una vez. Me dijo que estaba harto de las mujeres exigentes y de todo el drama. No quiere compromisos.

Me reí.

—¿Se lo preguntaste?

—Sí. Quiero decir, ya tenemos un prostituto en el hotel. No necesitamos dos.

—Te escuché —llamó Julian desde el sofá, aunque cuando me pilló mirándole, guiñó un ojo, aparentemente encantado con el apodo.

Volví a centrar mi atención en Jimmy.

—¿Qué puedes contarme de su negocio? No del restaurante, de la otra parte. Me dijo que es el responsable de los paranormales de este distrito. ¿De qué se trata?

—Bueno —dijo el perro de juguete, con la oreja izquierda girada hacia atrás—. No estoy muy seguro. El tipo es muy reservado. Pero creo que lo decía más bien como paranormal. Es su deber. Siente la responsabilidad de mantener a salvo a otros como él.

—Eso no explica por qué apareció en la antigua habitación de Eddie —dije—. Y cómo sabía que había un portátil escondido.

Jimmy se echó hacia atrás.

—Eso no lo sé.

—¿Tiene gente trabajando para él? ¿Como las criadas? —pregunté, recordando a las dos criadas guapas de esta mañana.

—Posiblemente —respondió Jimmy—. O puede que las criadas sean algunas de sus amigas.

—Cierto —Diablos. ¿Con cuántas mujeres se acostaba este tipo?— Entonces, ¿es como un alfa?

—Sí, supongo —dijo el perro.

Me incliné hacia adelante.

—¿Qué clase de metamorfo es? Nadie parece capaz de darme una respuesta clara —le pregunté.

Al principio había pensado que era un oso, pero ahora, después de conocer a Bob, no estaba tan segura. No desprendía el mismo tipo de energía que Bob. Fuera lo que fuera Valen, era diferente.

—Ni idea —respondió el perro—. Una vez repasé con él toda la lista de metamorfos, pero nunca me lo dijo. Créeme, no dejé de preguntárselo durante todo el primer año que se mudó aquí. No se le escapó ni una sola vez.

Fruncí los labios pensativa.

—Parece que no quiere que nadie lo sepa —Y en mi experiencia, si ocultabas algo, era porque era malo y no querías que los demás lo

supieran. Entonces, la pregunta era, ¿qué estaba escondiendo Valen? Porque ciertamente sentía la necesidad de ocultarnos su forma animal.

El perro ladeó la cabeza.

—Eres una bruja. ¿No tienes un hechizo que pueda revelarlo?

Negué con la cabeza.

—No soy ese tipo de bruja.

Jimmy abrió la mandíbula para hacer la pregunta obvia, pero Elsa lo interrumpió.

—¡La cena está servida! —llamó y dio una palmada—. Comamos antes de que se enfríe.

Me levanté de un salto, con el vino en la mano, y miré a Jimmy.

—Tú no comes, ¿verdad?

—No —dijo el perro de juguete, sin parecer un poco apenado por el hecho—. Pero me gusta mirar.

Fruncí el ceño. Eso sonaba un poco sucio.

Me acerqué a la mesa, con Jimmy a cuestas, y me senté junto a Julian y su amiga.

La mesa no estaba muy bien puesta. De hecho, no había ninguna. El centro de mesa era una olla gigante de chili rodeada de seis botellas de vino. Una colección de diferentes manteles individuales se colocó en los lugares designados. Había una mezcla de copas altas y bajas, algunos de plástico con dibujos descoloridos. Los utensilios eran aburridos y viejos. Los platos parecían de los años setenta. Ni un solo plato hacía juego con otro. Lo único que tenían en común eran los arañazos.

Y me encantaba.

Era como nosotros, una mezcla de brujos, ninguno de nosotros igual, pero encajábamos muy bien juntos.

—¿Nos falta una silla? —dijo Jade, rascándose la cabeza—. Iré a buscar una a mi casa —desapareció mientras Elsa llenaba cada cuenco con una generosa cucharada de chili y reapareció instantes después con una silla que apretó junto a la de Elsa al final.

Me serví un poco de ensalada, una mezcla de tomates amarillos y rojos, pepino y dados de queso feta, regada con aceite de oliva y vinagreta balsámica.

Después, probé el chili. Tuve que esforzarme al máximo para no gemir mientras mis papilas gustativas explotaban con todos los maravillosos sabores. Elsa sabía cocinar un buen chili con carne.

—Mmmm —le dije a Elsa entre mascada y mascada—. Excelente chili. ¿Qué lleva la salsa?

La sonrisa de Elsa se ensanchó hasta las orejas mientras se servía una buena cantidad de vino.

—Ah. Es mi secreto —No pude evitar fijarme en que se había llevado la mano al medallón mientras lo decía.

Jade se levantó de repente y alzó su copa de vino tinto.

—Me gustaría hacer un brindis.

Siguiendo su ejemplo, todos cogimos nuestras copas y las levantamos.

Los ojos de Jade se posaron en mí.

—Por Leana. Bienvenida a la familia.

—¡Por Leana! —corearon las voces alrededor de la mesa.

—Por mí —dije, con las puntas de las orejas ardiendo mientras terminaba el brindis con un gran trago de mi vino a través de una sonrisa colosal.

Por primera vez en mucho tiempo, me sentí acogida y parte de algo, como una verdadera familia. Podría acostumbrarme a esa sensación agradable, cómoda y familiar.

—¡Socorro!

Y luego tal vez no.

Me giré en mi asiento al oír una voz aterrorizada y reconocí a la mujer mayor, alta y delgada que llevaba un camisón largo.

—¿Barb? —Elsa se puso en pie de un salto, y yo también. Y todos —. ¿Qué ocurre?

Barb abrió los ojos aterrorizada y se agarró la parte delantera del camisón.

—¡Demonio! —dijo la mujer mayor—. ¡Hay un demonio en el hotel!

Supongo que mi vino iba a tener que esperar.

CAPÍTULO 12

Todos en la sala me miraban con expresiones expectantes reflejadas en sus rostros.

Cierto. Yo era una Merlín.

Di un paso alrededor de mi silla y me acerqué a la mujer mayor.

—¿Estás segura de que es un demonio? —pregunté.

Las probabilidades de que hubiera un demonio en el hotel eran mínimas. Había sentido las guardas de protección la primera vez que entré en el vestíbulo. Parecían haber sido cuidadosamente elaboradas por brujos o magos muy poderosos para impedir la entrada de demonios malévolos. El hotel era un santuario, un refugio seguro al que acudían los paranormales si tenían un demonio pisándoles los talones.

El Velo también protegía nuestro mundo, como una capa sobrenatural invisible. Pero, a veces, el Velo tenía pequeñas fugas llamadas Grietas, por donde los demonios pasaban.

A menos que alguien los hubiera *dejado* entrar.

El miedo de Barb se convirtió en ira, y su rostro arrugado le dio un aspecto duro.

—Reconozco a un demonio cuando lo veo. Llevo siendo bruja más tiempo del que tú llevas viva, niña.

Miré fijamente a la bruja mayor, viendo sus ojos claros, y parecía alerta.

—Vale. ¿Cuántos demonios? —Todavía no estaba segura al cien por cien de que hubiera visto un demonio de verdad, pero estaba claro que ella *creía* que sí.

Barb dejó escapar un suspiro.

—Uno. Solo uno, creo.

Asentí mientras me dirigía a la puerta.

—¿Dónde está el demonio?

—En el noveno piso —dijo la bruja mayor mientras yo salía corriendo de mi apartamento.

Me detuve en el ascensor, cambié de idea, en su lugar, empujé las puertas de salida de emergencia, y me lancé a las escaleras. Para cuando el ascensor llegara al último piso, yo ya estaría en el noveno.

Subí las escaleras de dos en dos. La adrenalina que recorría mi cuerpo ayudaba a mis muslos a empujarme hacia delante. Ya no tenía veinte años, ya no era tan rápida como antes. Tenía que confiar en mi profundo odio por los demonios para impulsar mis piernas. Estaba en

forma, pero no era una atleta.

Respiré con rapidez cuando abrí la puerta del noveno piso y salí al pasillo. Me detuve a escuchar mientras parpadeaba en la oscuridad, buscando señales de las luces del techo, pero no vi ninguna. El débil susurro del agua corriendo por las tuberías me respondió. Después, nada. En el aire flotaba un tenue aroma a azufre, seguido del latido de algo frío y vil que no era de este mundo. Un demonio. La vieja bruja tenía razón.

Miré hacia la ventana que había al final del pasillo. Era pequeña, y apenas podía distinguir el cielo oscuro y nublado a través de dos edificios altos.

Con el corazón latiéndome en los oídos, di un paso adelante. El crujido del cristal bajo mis botas me detuvo en seco.

—Vale. ¿Quién ha apagado las luces? —murmuré en la oscuridad. Saqué el móvil y encendí la linterna.

Miré hacia la pared lateral y, cuando mis ojos se adaptaron a la oscuridad, pude distinguir las dos lámparas adyacentes, con las bombillas de cristal destrozadas.

Sin saber por qué puerta del hotel se había colado el demonio, me dirigí a la primera puerta del piso y comprobé el pomo. Estaba cerrada.

El ruido de pies corriendo y el chasquido de una puerta metálica abriéndose y cerrándose me hicieron girar con el corazón en la garganta.

La puerta de la salida de emergencia se cerró de golpe cuando Jade, Elsa y Julian entraron en el pasillo detrás de mí.

—¿Qué hacen aquí? —siseé. No es que no agradeciera la ayuda, pero yo era una Merlín y no quería que mis nuevos amigos salieran heridos.

Elsa se adelantó.

—Vas a necesitar nuestra ayuda —dijo, golpeando su medallón como si contuviera un gran poder.

—Puede que no seamos Merlíns como tú —dijo Jade—, pero podemos ayudar.

—Podemos —reiteró Julian. Cuando mi linterna pasó sobre él, llevaba un largo guardapolvo de cuero que nunca le había visto puesto.

Abrí la boca para decirles que se fueran, pero al ver sus caras desafiantes, dudé que sirviera de algo.

—Solo no dejen que los maten —dije mientras me daba la vuelta, mirando fijamente el oscuro pasillo. El frío que palpitaba en el aire se intensificó, igualando el palpitar de mi corazón en el pecho.

—¿Dónde está? —preguntó Julian—. ¿Dónde está el demonio?

Se oyeron gritos en el pasillo.

—Sigue los gritos —susurré y empecé a correr.

Rodeé el final del pasillo y giré a la derecha. Una suave luz amarilla brillaba desde la única puerta que permanecía entreabierta, con la pegatina descolorida que indicaba 906. Corrí hacia la puerta y la empujé lo más silenciosamente que pude para entrar. El aire desprendía un hedor a sangre, que no era precisamente la mejor señal. La habitación solo estaba iluminada por una lámpara de mesa que no había sido derribada.

Un cuerpo yacía en el suelo a menos de tres metros de mí.

Maldita sea. Corrí hacia el bulto. Estaba tumbada de lado. Era una mujer, por su tamaño y la anchura de sus hombros bajo la fina chaqueta negra que llevaba, al menos lo que quedaba de ella.

Separé los labios mientras recorría el cuerpo con la mirada. Porque, sí, era un cuerpo. Nadie podía estar vivo y tener ese aspecto.

Tenía la piel de la cara, las manos y el cuello desgarrada, como si la hubiera atacado algo con garras largas, y yacía en un charco de sangre. Tenía un gran corte en el abdomen. Un agujero significaba que algo dentro de ella había sido sacado. Sí, bastante asqueroso.

—Madre mía —dijo Elsa, con el terror reflejándose en su rostro.

Jade se arrodilló junto al cuerpo, con cuidado de no mancharse de sangre.

—¿Qué cosa podría hacer algo así?

—Un demonio —dijo Julian, quitándome la palabra de la boca.

—Tiene razón —dije, apartando los ojos de la mujer muerta y mirando alrededor de la habitación—. Entonces, ¿quién lo dejó entrar? ¿Alguien lo invocó? ¿Y dónde está ahora? —Era imposible que un demonio pasara las guardas del hotel. No, estaba dispuesta a apostar a que alguien había dejado entrar a ese imbécil, y tenía que encontrarlo antes de que matara a alguien más.

De repente, otro grito surgió de algún lugar de la novena planta y me erizó el vello de la nuca.

Me puse en pie de un salto, sin esperar a nadie, y salí corriendo de la habitación en dirección a la voz masculina que seguía gritando.

Una puerta a mi izquierda estaba abierta y entré corriendo.

Lo primero que vi fue a un hombre contra la pared, con una mano aferrada a su pecho sangrante. Lo segundo fue una criatura que parecía un lagarto demasiado grande.

La monstruosa pesadilla de escamas, pelaje, garras y colmillos tenía una colección de ojos negros en la parte frontal de su cráneo plano. Su cola terminaba en una gruesa garra que se movía amenazadoramente de un lado a otro.

—Eso es un demonio gutuk —dijo Elsa, uniéndose a mí en la entrada—. Desagradables bastardos. Máquinas de matar.

Levanté la ceja, impresionada por su perspicacia.

—Conoces a los demonios.

—Entre otras cosas —dijo la bruja.

El demonio gimió y se impulsó en el aire con sus poderosas patas de lagarto, precipitándose hacia nosotros a una velocidad aterradora.

Recurrí a mi voluntad, canalizando las emanaciones y aprovechando aquella energía celestial más allá de las nubes. Sentí un hormigueo cuando respondió.

Una bobina de luz blanca y cegadora se enroscó en mis palmas y se deslizó entre mis dedos lentamente.

Y entonces la solté.

Una luz blanca y ardiente surgió de mis dedos extendidos y la dirigí hacia el demonio. Golpeó a la bestia en la cara y cubrió su cuerpo con una sábana de luz blanca.

El gutuk lanzó un grito de dolor y cayó al suelo convertido en un montón de carne carbonizada y ceniza.

—Vaya mierda —jadeó Julian, con los ojos muy abiertos mientras me miraba fijamente—. ¿Qué coño ha sido eso?

Miré a Jade y a Elsa, que me miraban con igual fascinación. Bueno, había hecho magia delante de ellas, así que no tenía sentido seguir evitándolo.

Abrí la boca para responder.

—Mi magia es diferente.

—No me digas —dijo Julian.

Tomé aire y dije:

—Es que….

Un grito partió el aire.

Mierda.

—Hay más de uno —dije. Mis ojos encontraron al hombre que aún sangraba—. ¿Puede quedarse alguien con él?

—Yo cuidaré de él —dijo Elsa, haciéndonos señas para que nos fuéramos—. Vayan ustedes. Deprisa.

Di media vuelta y salí por la puerta en un santiamén. Bueno, en realidad no. Más bien medio tropezón y un trote decente.

Las probabilidades de que hubiera otro demonio dentro del hotel probaban mi teoría de que alguien los había dejado entrar. Era imposible que dos demonios se colaran en un establecimiento tan vigilado.

Volví al pasillo.

Eran tres demonios.

Dos viles criaturas se giraron al oír mi aproximación, justo cuando vislumbré una cabellera negra al cerrarse de golpe la puerta al final del pasillo.

Pude verlos, incluso en la penumbra, y deseé no hacerlo. Eran diferentes del demonio que acababa de evaporar. Eran monstruos

humanoides desnudos y horriblemente deformes: horrendos, repugnantes y muy musculosos.

Maldición. No me pagaban lo suficiente por esta mierda. Debería haberle pedido a Basil el doble de lo que me daba.

—¿Qué son? —preguntó Jade.

Me encogí de hombros.

—Bastardos feos —no tenía ni idea—. Feos bastardos desnudos —corregí.

—¿Cuántas más de estas cosas hay? —Julian estaba a mi lado, con las manos en los bolsillos del abrigo.

—Dos —dijo Jade—. ¿No sabes contar?

Negué con la cabeza al escuchar a los dos brujos. No era el momento de empezar a discutir.

Uno de los demonios, el más cercano, cargó.

Rodé los hombros, preparándome, y salí a su encuentro.

Saltó y me atacó con uno de sus largos brazos deformes, terminado en garras. Hice uso de mi voluntad y canalicé la energía celestial. Sentí un ligero tirón y, después, con un latido, mi poder cósmico se apagó.

Oh-oh.

Instintivamente, me agaché y rodé cuando sentí que unas garras me tiraban de la parte superior del pelo. Me estampé contra la pared y se me cortó la respiración.

—¿Qué coño, Leana? —gritó Julian, avanzando y llamando la atención del demonio.

Me levanté.

—A veces pasa. Esta noche no está despejada.

—¿Qué? —gritó Julian, todavía concentrado en los demonios que avanzaban.

El mismo demonio que vino hacia mí se abalanzó sobre Julian. Saltó hacia él en un borrón de miembros grotescos, desprendiendo un hedor a heces.

Julian sacó las manos del interior de su abrigo y dos frascos de cristal salieron disparados de sus palmas extendidas. Cayeron clavados en el pecho del demonio.

Tras un trueno, una explosión lanzó al demonio por los aires. Permaneció allí un instante, envuelto en un anillo de energía azul. Se agitó y aulló, con sus deformes miembros agitándose y pataleando.

Y entonces el demonio estalló en un amasijo de sangre negra y vísceras.

A nuestro alrededor llovían trozos del demonio, que caían sobre la alfombra, las paredes y las puertas con un ruido sordo y húmedo.

Julian me sorprendió mirando y sonrió.

—Soy maestro de pociones. Los venenos son mi especialidad.

¿Eh? Nunca lo habría adivinado. Lo suyo eran más bien las pociones de amor.

Una puerta a mi derecha se abrió de golpe para revelar el rostro asustado de un hombre de mediana edad.

—Cierra la puerta y ponle el cerrojo —le advertí mientras me ponía en pie.

La puerta se me cerró en las narices y se abrió otra al final del pasillo.

—Yo iré —dijo Jade mientras corría hacia la joven que miraba el desorden del pasillo, con expresión confusa.

Se oyó un grito cerca de nosotros. La voz era joven, posiblemente de una adolescente. El grito se volvió agudo y luego se convirtió en un sonido estrangulado.

Hice una carrera salvaje hacia el grito, doblé el final del pasillo y me detuve.

El cuerpo de una bruja joven, de unos veinte años, yacía en el suelo del pasillo, con los pies escondidos dentro de lo que yo creía que era su habitación. Había intentado escapar, pero no lo había conseguido.

Descansaba sobre un gran charco de su sangre, que formaba una laguna pegajosa a su alrededor. Su rostro estaba cubierto por una máscara de sangre y trozos de carne desgarrada. Se me subió la bilis al fondo de la garganta.

Otro gutuk se cernía sobre ella, comiendo tiras de lo que parecían sus intestinos. También le había desgarrado la garganta y alcanzado la yugular. Sus hermosos ojos claros miraban a la nada, vidriosos y muertos.

Me puse roja de rabia.

El gutuk se volvió y me miró, con la carne de la joven aún colgando de su boca.

La furia floreció en mi pecho. Las emociones siempre eran la clave para alcanzar más poder. Volví a recurrir a la magia celestial, concentré toda mi voluntad en ella y me centré en un único objetivo: aniquilar al demonio.

Poniendo toda mi rabia en ello, me dejé llevar.

Dos bolas de pura luz blanca golpearon al demonio.

El golpe lo derribó de la mujer para estrellarse contra el suelo, rodando como una salchicha llameante del infierno. La luz blanca llenó el pasillo, iluminándolo como la luz del sol. El calor de la energía blanca aumentó y di un paso atrás, viendo cómo el cuerpo del demonio se partía por la mitad y luego se desintegraba en un montón de cenizas.

Respirando con dificultad, me hundí con un poco de cansancio. Canalizar tanto poder era como correr una maratón, y una repentina

debilidad en las extremidades me hizo tambalear.

El tintineo del ascensor sonó en el vestíbulo, seguido del agresivo golpeteo de los pies.

Errol dobló la esquina, su rostro era una máscara de horror y desaprobación cuando sus ojos se encontraron con los míos.

—¿Quién va a pagar todo eso?

—Anótalo en mi cuenta —dije.

Julian se adelantó. Sus ojos se clavaron en mis manos, que habían brillado con luz blanca hacía unos instantes.

—¿Qué demonios ha sido eso? —preguntó Julian—. ¿Qué clase de bruja eres?

—Eso era luz estelar —dijo Elsa, dando la vuelta para unirse a nosotros con Jade—. Leana es una Bruja de Luz Estelar.

CAPÍTULO 13

—¿Qué demonios es una bruja de luz estelar? —preguntó Julian por tercera vez, sentado en el sofá frente a mí. Cuando volvimos al apartamento, su cita no estaba por ninguna parte, pero parecía más interesado en mi magia que en perderse una noche de sexo.

Solo quedaba Jimmy, moviendo el rabo como un perro de verdad, encantado de vernos de vuelta. Quería estrujarlo. Era tan cuchi. Pero entonces recordé que dentro de aquel cachorro de madera había un hombre adulto, lo que podría volver las cosas un poco incómodas.

Habíamos esperado a que viniera el equipo de limpieza a llevarse los dos cadáveres, unos cinco minutos después de que Errol llegara al lugar quejándose del desastre. Los huéspedes espiaban todo desde la seguridad de sus habitaciones. Sería imposible mantener este ataque en secreto. Ahora Basil tendría un pánico total en sus manos.

—Me van a despedir —había dicho Basil, apareciendo en escena instantes después que Errol, con las manos en la cabeza y aspecto de estar a punto de desplomarse.

—No te van a despedir —le di una palmada en el hombro mientras veía a la misma bruja del equipo de limpieza que había visto ayer espolvorear el mismo polvo blanco sobre la bruja muerta. El cuerpo había brillado antes de desvanecerse. No es que importara. Casi toda la planta estaba fuera observando estos acontecimientos—. Esto no es culpa tuya.

—Claro que es culpa mía —dijo el diminuto brujo, con la voz en un tono histérico—. Soy el gerente. Se supone que debo asegurarme de que los huéspedes estén a salvo. ¡*Esto no* es seguro*!* Esto es mortal. ¿Demonios sueltos en el hotel? Nunca ha pasado en más de cien años desde que el hotel está abierto al público. Esto es una catástrofe.

Me sentí mal por el pequeño brujo. Estaba claro que su trabajo era esencial para él, igual que el mío para mí.

—Voy a encontrar al responsable. Por eso estoy aquí —Dos personas habían muerto en mi guardia, y no permitiría que volviera a ocurrir.

Basil giró la cara y me miró. Su expresión se torció en lo que parecía una mezcla entre náuseas y miedo.

—Será mejor que te des prisa. Si no detienes pronto estos asesinatos, tendremos que echar a todo el mundo y cerrar el hotel.

De acuerdo. Sin presiones.

—¿A todos? ¿Incluso a los que estamos en los apartamentos?

Basil asintió.

—A todos. El hotel no puede permitirse perder a más gente.

Su afirmación no hizo más que cimentar la urgencia de averiguar por dónde cruzaban los demonios, así como quiénes los habían invocado o dejado entrar.

Ya de vuelta en mi apartamento, con el aire aún oliendo a chili, me di una ducha rápida para quitarme algunos de los restos de demonio que aún tenía pegados y luego me reuní con mis amigos en el salón.

Desvié la atención de Julian y me quedé mirando mi copa de vino, la que no me había terminado.

—Bueno, es...

—¿No es obvio? —declaró Jade, sentada con las piernas cruzadas en el suelo, justo en medio del salón. Su pelo ondulado se erizaba como si hubiera metido el dedo en un enchufe—. Su magia reside en las estrellas.

Julian silbó.

—Impresionante. ¿Cómo es que nunca había oído hablar de una Bruja de Luz Estelar?

—Porque son muy raras —dijo Jade. Se inclinó hacia delante y sintió una oleada de emoción—. Sabemos que los seres vivos generan energía mágica; la propia fuerza vital es una forma de energía mágica, junto con el corazón y las emociones humanas —continuó Jade. Jimmy se sentó a su lado en el suelo. Ella alargó la mano y le acarició la cabeza.

—Su bruja nerd interior está saliendo —dijo Elsa con una sonrisa —. Prepárense.

—Las almas también son una fuente de energía mágica —continuó Jade—. Está el poder de los elementos. La magia elemental, como la que usamos nosotros, y la magia de las líneas ley. Luego tienes la magia con la ayuda de los demonios, tomando prestada su magia.

—Y la magia en pociones, como la que usa Julian —dijo Elsa, inclinando su copa de vino hacia él mientras se sentaba a su lado en el sofá.

Jade se balanceó hacia delante.

—Hay poder en las palabras, en las palabras mágicas, igual que hay poder en los sellos y los sigilos, si eres un brujo lo bastante fuerte. Todos los brujos nacemos con un cierto nivel de poderes mágicos en nuestro interior, una energía innata que nos otorgan nuestros ancestros demoníacos. Sin embargo, no todos los brujos nacen con la misma fuerza y habilidades mágicas. Algunos nacen casi sin poderes y son prácticamente humanos —Jade movió las piernas dobladas—. Pero la magia de la luz estelar, bueno, es el poder de las estrellas y las constelaciones, el poder *celestial* —añadió, con los ojos muy abiertos.

Me encogí de hombros, sintiéndome un poco cohibida por tener la

atención de todos.

—Haces que suene maravilloso. Lástima que no sea una fuente fiable de magia como la magia elemental o las pociones.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Julian—. Te vi explotar a ese demonio. Todos lo vimos.

—Y también me viste no poder hacer nada —Me eché hacia atrás en la silla y crucé las piernas por los tobillos—. Mi magia está limitada a un grupo específico de estrellas, las más cercanas a nosotros, un sistema de tres estrellas llamado Alfa Centauri. Y está limitada durante el día. Verás, aunque el sol es técnicamente una estrella, es una estrella que me hace *bullying*. Me impide obtener mi poder de las otras estrellas durante el día.

—El sol te bloquea —dijo Julian, con los labios fruncidos en una sonrisa.

—Exacto. Por eso la magia de las estrellas se extrae mejor de noche —continué—. Sobre todo cuando el cielo está despejado. Si está nublado como esta noche, es más difícil de invocar y no es muy fiable.

—Así que lo que estás diciendo es —dijo Julian, inclinándose hacia delante. Se llevó a la boca un vaso corto con un líquido claro que era vodka o ron y bebió un sorbo—. Si hay un cielo nocturno despejado, básicamente eres imparable.

Me reí.

—Es cuando mi magia es más fuerte. Sí. Pero como he dicho, a veces puede ser poco fiable.

El sonido del metal golpeó el suelo mientras Jimmy movía la cola.

—Vaya. Me siento como si conociera a una celebridad.

Solté una carcajada.

—Buena esa. La mayoría de las celebridades no están sin dinero y sin casa. —No es que yo lo estuviera en ese momento, pero lo había estado.

El perro de juguete ladeó la cabeza.

—Te sorprenderías.

—¿Eres la única Bruja de Luz Estelar que conoces? ¿Qué hay de tu familia? —preguntó Jade.

—No tengo familia —les dije, con el pecho oprimido. Nunca me sentí cómoda con esta conversación—. Mi madre falleció hace mucho tiempo, y nunca conocí a mi padre. Mi madre nunca me habló de él, y murió antes de que tuviera la oportunidad de preguntarle. Era una bruja blanca, como tú. Sin hermanos. Sin tías ni tíos. Así que para responder a tu pregunta, nunca he conocido a otro Brujo de Luz Estelar. Solo sé que hay algunos. Somos raros, supongo.

Después de eso, el silencio era tan pesado en el apartamento que casi podía sentirlo contra mi piel como una niebla mientras todos nos perdíamos en nuestros pensamientos.

Mi conversación con Basil volvió a mi mente.

—¿El hotel tiene enemigos? ¿Como los hoteles de la competencia?

Elsa se encogió de hombros.

—No que sepamos. El único otro hotel paranormal cerca de aquí está en Boston. El otro está en Chicago. ¿Por qué? ¿En qué estás pensando?

Sacudí la cabeza.

—Solo algo que decía Basil. ¿Sabotaje de otros hoteles, quizá? Me dijo que si no detenía estos asesinatos, tendría que cerrar el hotel y echar a todo el mundo.

—¡¿Qué?! —vino salió volando de la boca de Jade—. Pero... ¿a dónde se supone que iremos? Este es nuestro hogar. He vivido aquí durante veintitrés años.

—Ahí va mi sexo casual con chicas de los niveles inferiores —murmuró Julian.

La cabeza de Jimmy giró hacia mí.

—¿Qué ha dicho Basil exactamente? —Noté un matiz de miedo en su voz. Si nos obligaban a salir a todos, ¿qué le pasaría a Jimmy?

Mi ánimo cayó, con la inquietud carcomiéndome el estómago.

—Exactamente eso. Iba a perder su trabajo y que si no detenía pronto estos asesinatos, tendría que echar a todo el mundo y cerrar el hotel.

—¿Pero qué pasará con Jimmy? —preguntó Jade, haciéndose eco de mis pensamientos—. No puede irse.

El perro de juguete echó las orejas hacia atrás.

—No me pasará nada. Tendré todo el hotel para mí —Sin embargo, su voz decía lo contrario.

Esto no estaba muy bien.

—Algunos de los inquilinos nunca han vivido en otro sitio —dijo Elsa, con manchas rojas coloreándole las mejillas, y me imaginé que le subía la tensión—. Cerrar el hotel nos dejaría en la calle. Aquí hay familias con niños y ancianos. Somos como una gran familia. He tenido los mismos vecinos desde que tengo uso de razón, y ahora tendríamos que separarnos.

Jade se pasaba las manos por los muslos, con una expresión de dolor en el rostro. Parecía asustada. Le aterraba más la perspectiva de perder su hogar que enfrentarse a un demonio.

Aunque Julian intentaba mantener la calma, tenía los ojos fijos en su vaso de ron. Parecía tenso y más pálido que de costumbre.

Les aterraba la idea de perder su hogar, sus amigos y su familia. Y que me cuelguen si dejo que eso ocurra. Resultaba que a mí también me gustaba estar aquí. No estaba dispuesta a rendirme.

Puse mi copa de vino en la mesita.

—El hotel no cerrará. No dejaré que eso ocurra. Miren, aún

estamos a tiempo de parar lo que está pasando aquí.

—¿Tienes idea de quién está detrás de esto? —preguntó Jade, con voz esperanzada, cuando sentí que todos me miraban.

Suspiré por la nariz.

—Todavía no. Pero alguien está dejando entrar demonios. Tú misma lo has visto esta noche. Solo un practicante de magia muy poderoso podría hacerlo. Alguien con los conocimientos necesarios para burlar las guardas de protección del hotel. Alguien con suficiente habilidad para rasgar el Velo lo suficiente como para dejar entrar a los demonios. O podrían estar invocándolos desde dentro del hotel.

Elsa se estremeció y se frotó las manos sobre los brazos como si tuviera frío.

—¿Crees que algún brujo dentro del hotel está invocando demonios?

—Lo creo —dije—. Creo que el responsable está aquí, dentro del hotel. No puedes invocar a un demonio desde fuera y esperar que pase. No podría. Al igual que los demonios que escapan del Velo no pueden entrar con las guardas en posición. Son demasiado poderosas —me incliné hacia delante—. La única forma de entrar es desde dentro. Y en algún lugar de este hotel hay una puerta por la que pueden cruzar los demonios: un agujero, una grieta, como quieras llamarlo. Una puerta en algún lugar les permite pasar.

—De acuerdo —dijo Julian—. Digamos que es verdad. Entonces significa que tenemos algún brujo o mago loco que deja entrar demonios mientras dormimos. Qué bonito suena.

—¿Hay alguna conexión entre las muertes anteriores y esta noche? —preguntó Elsa.

Me encogí de hombros.

—Todavía estoy trabajando en eso. Hasta ahora, parece que los asesinatos fueron aleatorios, sin una lógica real detrás —dije—. Excepto Eddie. Era un objetivo porque sabía demasiado. Descubrió que alguien había saboteado las cámaras de seguridad —Una vez que las palabras salieron, como que lo dejé salir todo. Sabía que podía confiar en Jimmy, y mi instinto me decía que podía confiar en todos en esta habitación—. Lo que me dice que quien esté detrás de esto lo está haciendo a propósito. Hay una razón por la que han abierto las puertas del infierno y han dejado entrar a los demonios.

—¿Pero por qué? —preguntó Elsa—. ¿Por qué nos harían esto?

—Para cerrar el hotel —respondió Julian antes de que yo tuviera la oportunidad—. Para deshacerse de nosotros.

—¿Pero por qué quieren eso? —preguntó Jade, con la espalda rígida por la tensión y el miedo—. Nosotros no hemos hecho nada. Solo vivimos aquí. No hacemos daño a los humanos ni a otros paranormales. Nuestras vidas son muy aburridas.

—Habla por ti —dijo Julian—. Resulta que yo llevo un estilo de vida pleno y muy vibrante.

Jade tenía razón. Y era la única pista real hasta el momento. Ahora tenía que averiguar quién se beneficiaría del cierre del Hotel Twilight. Pero primero, tenía otros asuntos más urgentes que atender.

Porque el verdadero culpable seguía ahí fuera, y ninguno de nosotros estaba a salvo hasta que lo detuviera.

Me aclaré la garganta y me levanté.

—Tengo que irme.

—¿Qué? ¿Ahora? —preguntó Elsa—. Se acerca la medianoche.

—Sí. Trabajo mejor de noche. Me resultará más fácil recurrir a mi magia. Y la necesitaré toda si tengo que buscar posibles grietas en el Velo. O rastros de una invocación.

Julian se levantó.

—Iré contigo.

—Yo también —dijo Jimmy.

—No —les dije, sonriendo.

Elsa apretó las manos en las caderas.

—No puedes inspeccionar todo el hotel tú sola. Es demasiado grande.

—Con muchas puertas secretas —intervino el perro de juguete.

Le miré fijamente.

—¿Puertas secretas? —No sabía si era verdad o si Jimmy lo decía para que me acompañara.

La cabeza del perro de juguete rebotó.

—Hay muchas cosas que no sabes de este lugar. Llevo aquí mucho tiempo. Me necesitas.

Tenía razón. Hasta ahora, había demostrado ser un compañero perfecto.

—De acuerdo. Jimmy irá conmigo —dije, y el perro de juguete comenzó a girar alrededor de mis tobillos—. Pero necesito que el resto de ustedes se queden aquí y vigilen. Protejan a los inquilinos de este piso por si pasa algo.

—¿Crees que hay más demonios en el hotel? —Jade tenía los ojos bien abiertos.

—Es una posibilidad —le dije—. Esta noche podría ser solo el principio. Podría haber más. No lo sabemos —Saqué mi teléfono y comprobé la duración de la batería. Aún me quedaba un cuarenta y ocho por ciento—. Llámenme si ven algo.

—Lo haremos —respondió Elsa—. Tengan cuidado.

—Lo tendremos —dije, volviendo a dejar caer el teléfono en el bolsillo—. Lo mismo digo para todos ustedes. Nadie estará a salvo hasta que detenga a quien esté detrás de esto.

—Vamos, Leana —Jimmy salió corriendo del salón y ya estaba en

la puerta cuando di la vuelta a la mesita.

Caminé por el pasillo hacia el ascensor. Esta noche sabía dos cosas con certeza. Primero, sabía que moriría más gente si no encontraba a los responsables. Y la segunda, que yo estaba en su lista de objetivos ahora que tenía pruebas de que alguien había saboteado las cámaras.

Sonreí. *Vengan a por mí.*

CAPÍTULO 14

—¿Por qué primero el sótano? —Jimmy rodó a mi lado, sus ruedas aplastaban la pequeña tierra y los guijarros del frío suelo de cemento.

—Me gusta trabajar desde abajo —le dije.

El sótano era enorme y recorría todo el edificio, con muchos pasillos y puertas que daban a muchas habitaciones. El techo era bajo y el suelo de cemento olía a orina y ceniza de cigarrillo. Sentí el olor a humedad y moho de las cosas viejas abandonadas hacía tiempo, así como algunos rastros de humo de cigarrillo y sudor. Las luces halógenas zumbaban desde el techo.

Revisamos la primera habitación. En las paredes había estanterías y archivadores. En un rincón había un sofá y algunas sillas junto a una mesa de centro llena de revistas y cajas. Más libros y cajas abarrotaban las estanterías. Una habitación sin ventanas era deprimente. Nunca podría trabajar aquí. Hacía frío y no quería quedarme aquí más tiempo del necesario.

Jimmy se detuvo y me miró.

—¿Cómo piensas revisar todo el hotel? ¿Cómo vamos a encontrar esa grieta en el Velo?

—Invocaré mis sentidos —le dije al perro de juguete.

—¿Cómo cuáles? ¿Instintos de bruja?

Solté una pequeña carcajada.

—Eso existe. Pero me refiero más a mi magia. Toma. Deja que te enseñe.

Salí de la habitación y esperé a Jimmy. Entonces, cerré los ojos y me introduje en ese pozo de magia, en el núcleo de poder de las estrellas y las constelaciones que había sobre mí.

El aire zumbó con energía bruta. Mi pelo y mi ropa se alzaron al sentir el zumbido del poder de las estrellas, esperando a ser liberado.

Con un estallido de fuerza, atraje los elementos mágicos de las estrellas y los combiné con los míos. La energía crepitó contra mi piel, hormigueando como punzadas frías.

Mi espalda se arqueó cuando una gigantesca descarga de ese poder me atravesó. Tuve cuidado de no absorber demasiado. Demasiado poder me mataría.

Abrí los ojos y miré fijamente la bola de luz blanca y brillante que flotaba sobre mi mano.

Y entonces soplé en la palma.

El globo se elevó en el aire, flotando justo por encima del techo, y luego, con un estallido, estalló en miles de diminutas estrellas de luz. Luego, con un último empujón, las estrellas en miniatura salieron disparadas hacia delante, dejando una estela de luz brillante a su paso, como polvo de hadas.

—¿Qué *es* eso? —preguntó Jimmy, el asombro en su voz era casi palpable.

—Mis luces estelares. Mi magia estelar —le dije—. Puedo manipular la luz de las estrellas en versiones más pequeñas. Son como sensores. Siento lo que ellas sienten —

El perro de juguete parpadeó.

—Podrás sentir si encuentran más demonios.

—Y si hay energías frías aquí en el sótano. Si hay una grieta en el Velo, la sentiré. Y si alguien es tan estúpido como para hacer un círculo de invocación aquí, también lo sentiré.

—¿Y si los encontramos? ¿Entonces qué? —preguntó Jimmy.

—Entonces —exhalé, con el cuerpo temblando mientras me concentraba en mis luces estelares—. Les patearé el culo y los capturaré. Que el Consejo Gris se ocupe de ellos. Mi parte estará hecha al atraparlos. Lo que les hagan después no es mi problema.

El Consejo Gris era el órgano de gobierno creado tras siglos de conflicto entre los paranormales. Estaba formado por un miembro de cada raza paranormal, cuyo mandato era mantener la paz entre las razas. También eran los propietarios del Hotel Twilight y otros establecimientos similares.

—Estoy deseando verlo —dijo Jimmy—. ¿Ya tienes algo?

Envié mis sentidos a mis luces estelares.

—Todavía no. Vamos. Tenemos mucho terreno que cubrir.

—Tengo todo el tiempo del mundo —dijo el perro de juguete, cabalgando delante—. Entonces, ¿eres más poderosa con luna llena?

Me reí entre dientes.

—Sí.

Durante la luna llena no solo salían todos los locos, sino que también era cuando los rituales eran más potentes, cuando la magia era más vital y cuando el Velo que impedía que los demonios entraran en nuestro mundo era más débil.

Pero también era cuando mi luz estelar era más fuerte. En luna llena, tenías que cuidarte de mí.

Sonreí y le seguí. Todavía me estaba acostumbrando a trabajar con alguien. Llevaba más de diez años trabajando sola y sin pareja, así que estaba acostumbrada. Pero tener a Jimmy conmigo valía la pena. Era como un explorador, un gran espía. El perro de juguete conocía todas las puertas y habitaciones «secretas» de este hotel que podrían albergar a algún vil que quisiera hacerle daño al hotel y a sus

inquilinos. Además, era buena compañía y se reía de mis chistes. ¿Qué podía ser mejor que eso?

Caminamos, de vez en cuando, hacía uso de mi luz estelar, para ver si algo vil y demoníaco volvía a mí, pero nada hasta ahora en el sótano.

—Ahí, en ese lugar de ahí —comentó el perro de juguete—. Fue donde vi por primera vez a Evonne Dubois, la famosa hechicera.

—Claro —ni idea de quién hablaba.

—Ella estaba ocupada... ya sabes... con uno de los lugareños, un hombre lobo mucho más joven —continuó Jimmy—. En 1962, Harry Tarrio vino a quedarse. Sabes. ¿El vampiro que se convirtió en actor? Y luego, en 1983, los gemelos Ogro vinieron a quedarse en el hotel… por desgracia, se comieron a una de las criadas. Es difícil controlar al ogro que llevas dentro....

Mientras escuchaba a Jimmy comentar sobre otras estrellas paranormales famosas que habían visitado el hotel a lo largo de los años, me acordé de un hombre bestia de ojos oscuros e intensos y una sonrisa que me hacía arder las bragas.

Totalmente inapropiado en ese momento, pero mi mente tenía otros planes. Me enfurecía, pero sentía atracción por él. Me atraía, y el hecho de que nadie pareciera saber qué clase de paranormal era lo hacía más atractivo. Misterioso. Aquí estaba yo, en el trabajo, cazando demonios, solo unos momentos después de una mala y extremadamente larga relación, y mi cabeza estaba llena de Valen. Valen. Valen. Incluso me gustaba decir su nombre en mi mente.

Sip. Necesitaba terapia.

Después de tres horas de registrar el hotel, incluso el salón de baile —sí, un salón de baile de verdad—, la cocina y las habitaciones secretas de Jimmy, no había descubierto rastro alguno de una grieta en el Velo o de una invocación demoníaca. Quienquiera que hubiera hecho esto había hecho un excelente trabajo deshaciéndose de todas las pruebas. Realmente inmaculado. Empezaba a temer que no fuéramos a encontrar nada.

—¿Nada? —preguntó Jimmy mientras salíamos del ascensor y nos encontrábamos de nuevo en la novena planta.

De nuevo envié mi luz estelar, y de nuevo se abalanzaron por los pasillos como cientos de duendecillos blancos que se perdían de vista. Pequeñas ondas de energía fría me punzaron la piel cuando mi luz estelar respondió. No era mucho.

—Solo los rastros de los ataques. Nada más.

Estaba cansada, exhausta, sudorosa y temblorosa. Empezaba a sentir los efectos de horas de haber estado usando mis habilidades ya que al hacerlo, agotaba mi magia y mi energía. Canalizar mi magia de luz estelar de esa forma me estaba pasando factura. Pronto me

quedaría sin magia. Tenía que descansar y dejar que mi magia descansara también.

Pensar en mi cama me hizo caminar más despacio. Tuve que arrastrar las piernas hacia delante, sintiéndolas como si estuvieran llenas de plomo.

—No te olvides del sobre —soltó el perro de juguete.

Me enjugué el sudor de la frente.

—¿El qué?

—Los papeles del divorcio. No olvides rellenarlos y devolvérmelos.

—Sí. Tengo que ocuparme de eso. Lo haré por la mañana —Si Elsa podía conseguirme el divorcio en dos semanas, haría verdaderos milagros.

—Te lo recordaré otra vez si se te olvida —dijo Jimmy.

Me reí mientras doblábamos la esquina.

—Gracias. Probablemente no...

Me detuve.

—Espera… —El frío me puso la piel de gallina. Me sentí como si acabara de entrar en una nevera de tamaño humano.

El perro de juguete se detuvo.

—¿Sientes algo? —susurró.

Asentí con la cabeza. Lo que pasaba con mis luces estelares era que sentía lo que ellas sentían, y ahora mismo, sentían algo malo. Muy malo. La energía que desprendían era fría, oscura y maligna.

Me apreté contra la pared y lentamente me asomé por la esquina. Mis luces estelares estaban pegadas a una puerta, haciendo que pareciera que estaba hecha de luz. Había algo dentro de la puerta.

Tiré de mis luces estelares y las solté. La luz de la puerta se desvaneció y pude ver el número negro estarcido en la parte superior: 915.

—Hay algo en esa habitación. Podría ser un demonio. Podría ser donde empezó todo esto —No lo había sentido antes. Había estado demasiado ocupada luchando contra los demonios para darme cuenta. Pero algo estaba allí.

—Bueno, vamos a ver —empezó Jimmy, y luego se detuvo cuando me puse rígida.

La puerta se abrió.

El corazón se me subió a la garganta al ver quien salía.

Valen salió de la habitación 915 y cerró la puerta tras de sí justo cuando se desvanecía la última de mis luces estelares.

Si las había visto o sentido, no lo demostró.

De repente, el corazón me latía mucho más deprisa que antes. Mi abdomen se contrajo como si mis intestinos estuvieran jugando a saltar a la comba en mis tripas mientras mis ojos se posaban en él lentamente. Llevaba la misma ropa que le había visto antes. Vi la

confianza, los hombros anchos, los brazos musculosos y ese pecho duro que había tenido la suerte de palpar con la cara. Fui incapaz de apartar la mirada.

Pero entonces, su cabeza se volvió hacia nosotros.

Eché la cabeza hacia atrás y me escondí contra la pared.

—Rápido. Por las escaleras —susurré, pero Jimmy ya rodaba delante de mí hacia la puerta de salida de emergencia.

Corrí lo más rápido y silenciosamente que pude, lo cual, admitámoslo, era poco más que un pésimo contoneo, y mis pasos eran ruidosos. No era una mujer pequeña ni ligera en ningún aspecto. Agarré la puerta y la empujé para abrirla. Una vez que Jimmy estuvo dentro de la escalera, la cerré con la mayor suavidad posible.

Mantuve la mano en la puerta.

—¿Qué hace en esa habitación? —Miré fijamente a Jimmy, que movió la cabeza como si tuviera hombros y los hubiera encogido.

Pegué la oreja a la puerta, escuchando cualquier indicio de que Valen se dirigía hacia nosotros. Recé a las estrellas para que no lo hiciera.

Una pesada pisada se acercó y contuve la respiración. Pero entonces la pisada se detuvo, y la vibración de las ruedas metálicas y los cables rechinando resonó mientras el ascensor se detenía bruscamente. Oí el ruido de las puertas que se abrían y cerraban y el mismo roce de metal contra metal cuando el ascensor se puso de nuevo en movimiento.

Abrí la puerta de un tirón. El pasillo estaba desierto. Ni rastro de Valen.

—Vamos. Volví a sujetar la puerta a Jimmy y los dos volvimos corriendo por el pasillo hasta la puerta número 915.

—Conozco a Valen —decía Jimmy—. Es un buen tipo. Lo conozco. Él no haría esto.

—No del todo —le dije, yendo hacia el picaporte—. Solo me has contado algunas cosas sobre él y su pasado. Pero el hecho es que ni siquiera sabes qué tipo de paranormal es.

Podría ser un brujo o un mago. No sería tan difícil para alguien de alto calibre disfrazar su magia. Un buen glamour lo haría, lo que explicaría por qué nadie pudo averiguar su raza paranormal. La estaba ocultando.

Y yo fantaseando con sus finos labios y sus enormes manos, cuando podría ser él quien dejara salir a los demonios.

Hay una forma de averiguarlo.

—Si no hay nada aquí dentro —empecé, aunque lo dudaba seriamente—, puedes seguir pensando que es un buen tipo.

Giré el picaporte, lo encontré abierto y empujé.

Lo primero que sentí fue el frío, como si la temperatura hubiera

bajado diez grados desde el otro lado de la puerta. Y luego estaba el olor, el hedor pútrido de la podredumbre, la carroña y la muerte: el olor de los demonios. Seguidamente, pude sentir el tenue aroma de las velas, junto con algo más. Sangre.

En el centro del suelo había un gran círculo de sangre con la cabeza de lo que parecía una cabra. Runas y signos pintados con sangre marcaban algunos puntos del exterior del círculo. En el suelo había velas encendidas, colocadas estratégicamente alrededor del círculo.

Junto al círculo, en la pared, había una gran mancha de alquitrán negro, alta como un hombre. Sabía lo que era. Lo había visto antes.

—Eso es una Grieta —dije—. Lo que queda de ella. Un portal demoníaco, una puerta al Inframundo.

Jimmy se quedó inmóvil, con las orejas a medio girar.

—No te preocupes —caminé y me paré justo delante de la Grieta, arrastrando el dedo en la sustancia parecida al alquitrán—. Está cerrada. Nada puede entrar ni salir. —Pero yo sabía sin lugar a dudas que éste era el lugar de donde habían escapado los demonios. Y parecía que alguien había abierto la Grieta con un ritual: Valen.

El perro de juguete pareció relajarse un poco. Rodó hacia el círculo de sangre y silbó.

—Bolas de demonio. Mira eso.

Me giré y miré el círculo.

—Odio decirlo, pero tu amigo Valen no parece tan inocente ahora mismo —A mí tampoco me gustaba admitirlo.

El perro torció la cabeza hacia mí.

—Admito que es extraño encontrarlo aquí. No entiendo por qué estaría involucrado en algo así.

Exhalé.

—Bueno, para empezar, si él hizo esto, y se parece mucho a lo que hizo, es una especie de brujo.

—¿Eso crees?

—Mi conjetura sería un mago. Un mago oscuro.

—Pero eso no explica por qué haría esto —dijo el perro de juguete —. ¿Por qué haría que estos demonios mataran a los huéspedes? ¿Qué razón tendría?

Lo pensé.

—Tal vez quiere el hotel para él. Es un empresario. Tal vez tiene ideas para el hotel. Qué mejor manera de conseguirlo a bajo precio que cuando está plagado de demonios.

Tenía sentido, pero me dejó un sabor amargo en la boca. Nunca pensaría que el tipo era un asesino psicótico. Pero no lo conocía en absoluto.

—Jimmy —Me arrodillé junto al perro de juguete—. Necesito que

mantengas esto entre nosotros por ahora.

—¿No querrás que cotorree sobre Valen?

Negué con la cabeza.

—No. No hasta que tenga más pruebas. Todavía hay algo raro aquí. Algo me preocupa. Y hasta que no pueda poner el dedo en la llaga, prefiero no decir nada. No quiero que Valen sepa que estoy tras él. Tiene muchos amigos aquí. Seguro que será el primero en enterarse si se lo contamos a alguien. Así que no se lo digas a los demás.

—No lo haré —respondió Jimmy—. ¿Ni siquiera a Basil?

—Ni siquiera a Basil. Se lo diré cuando tenga más pruebas.

El hecho de que Valen saliera de la habitación no era una prueba sólida de que él haya abierto una Grieta, en realidad no le *vi* realizar el ritual, pero demostraba que estaba involucrado. ¿De qué otra forma se habría enterado de lo que pasó en la habitación?

Saqué el móvil y empecé a hacer fotos del círculo de sangre, las runas y los sellos, y lo que quedaba de la Grieta. Cuando terminé, pasé el dedo por la pantalla del teléfono y lo pulsé.

—¿A quién llamas? —preguntó el perro de juguete.

—A Basil. Necesita saber que he encontrado el origen de nuestro problema.

Jimmy se quedó en silencio. Sabía que estaba luchando con la idea de que Valen era el responsable. Lo sentía por él, pero las pruebas eran innegables. Ambos lo habíamos visto salir de la habitación.

Había descubierto de dónde habían salido los demonios. Como la Grieta estaba cerrada, no aparecerían más esta noche. Pero sabía que esto no había terminado.

No quería admitirlo. Demonios, realmente no quería, pero la prueba estaba delante de mis narices.

Me gustara o no, Valen estaba involucrado. Estaba implicado en la apertura de una puerta al Inframundo y había dejado salir a los demonios.

Oh, cielos.

CAPÍTULO 15

Habían pasado tres semanas desde la noche en que Jimmy y yo entramos en la habitación 915 y descubrimos la Grieta, y hasta entonces no había habido más ataques demoníacos.

Había patrullado el hotel todas las noches, buscando con mis luces estelares cualquier indicio de actividad demoníaca, y solo había descubierto a unos cuantos adolescentes haciendo el chaca chaca en una de las habitaciones secretas de Jimmy, que al parecer no eran tan secretas, y a un grupo de viejos paranormales apostando en una habitación infestada de humo y llena de olores corporales en el sótano del hotel.

Todas las noches había trabajado hasta el amanecer, sabiendo que los demonios no podían estar a este lado del Velo por la mañana a menos que quisieran sufrir su verdadera muerte. Tampoco es que me importara.

Sin embargo, mis noches habían sido, como mínimo, tranquilas. Incluso había cenado seis veces en After Dark, con la esperanza de sacarle alguna información a Valen o tal vez acorralar a alguna de sus camareras, pero había estado convenientemente ausente, y todos se negaban a hablarme de él. Todos ponían la misma expresión de pánico y se marchaban.

Pero seguía siendo mi sospechoso número uno. Diablos, en ese momento, era mi *único* sospechoso.

Cuando me salí de la cama —y lo hice rodando—, el reloj de mi teléfono marcaba la 1:34 de la tarde.

El aroma del café tiró de mis piernas desde el dormitorio hasta la cocina.

—Qué bien, te has levantado —Elsa se acercó a mí con una taza de café recién hecho de delicioso aroma y un sobre de papel manila en la otra—. Toma —dijo, entregándome ambas cosas—. Tengo buenas noticias para ti.

—Excelentes noticias —dijo Jade, acercándose a la mesa de la cocina con una camiseta negra de Iron Maiden y unas mechas rosas en el pelo—. Ya verás. Ábrelo.

—Denle un respiro a la pobre bruja —llamó Julian desde el salón. Sus largas piernas estaban estiradas sobre la mesa de centro mientras holgazaneaba viendo un partido de fútbol—. Lleva toda la noche trabajando, como yo.

Elsa se burló.

—No, tú no.

Julian esbozó una sonrisa.

—Estuve trabajando toda la noche en Janet Vickers.

Primero tomé un trago de café, con la esperanza de que la cafeína me despegara la costra de los ojos. Acto seguido, dejé la taza sobre la encimera y, con las dos manos, rasgué la parte superior del sobre.

—Lo has conseguido —miré a una sonriente Elsa—. Esta es mi sentencia de divorcio. No me lo puedo creer. Estoy divorciada. ¡Estoy divorciada de verdad! —Hice un pequeño baile.

—Gracias al cielo —dijo Jade, levantando su taza en señal de saludo.

—Ahora eres libre de tirarte a cualquier tipo bueno que desees —dijo Julian—. O tipa.

Parpadeé y volví a mirar el periódico, con las manos temblándome ligeramente. Estaba feliz y un poco triste a la vez. No porque me hubiera divorciado oficialmente, sino porque había tardado tanto en hacerlo. Debería haberlo hecho hace años, cuando sospeché por primera vez que Martin me engañaba. Pero entonces tenía miedo de quedarme sola.

Ahora ya no. Ahora era una mujer diferente. Y no tenía miedo de estar sola. Solo me necesitaba a mí.

Miré fijamente a Elsa.

—No tengo palabras para agradecerte.

Las mejillas de Elsa se sonrosaron un poco.

—Ah —hizo un gesto con la mano—, no es nada. Además, yo no hice el trabajo, amiga mía. Fue Nimir. Y fue un placer para ella poder ayudarte.

—Pues dale las gracias de mi parte —Puse el papel sobre la encimera, sintiendo una sensación de ligereza y libertad. Era una sensación increíble.

Jade se apoyó en la encimera a mi lado.

—¿Encontraste algo anoche? ¿Más demonios o Grietas?

Por supuesto, les había contado a mis amigos lo del círculo de sangre y las grietas que había encontrado en la habitación 915. Solo omití la parte sobre Valen. Por ahora.

—No —tomé otro sorbo de café—. Solo el viejo Craig y sus amigos en el sótano otra vez. Y, por supuesto, uno de ellos estaba desnudo.

—Qué bien —se rio Julian.

—No estaba preparada para ver las partes desnudas de un hombre de ochenta y cinco años.

Jade abrió los ojos, un brillo de una sonrisa se extendía alrededor de su boca.

—Vaya.

Julian se dio una palmada en el muslo y soltó una carcajada.

—Voy a jugar mañana por la noche. Voy a destrozar a esos veteranos.

Mis ojos encontraron a Elsa, que sonreía mientras se frotaba el medallón que llevaba al cuello con ambas manos. Mi corazón dio un tirón. Echaba mucho de menos a su marido. Una parte de mí quería saber qué le había pasado, pero no era el momento de preguntárselo. Si quería que lo supiera, me lo diría.

El sonido de ruedas girando atrajo mi atención hacia la puerta.

—Entonces, ¿quién está listo para el baile de esta noche? —Jimmy vino rodando hacia mí, con una sonrisa en la cara, de la forma en que solo un perro tieso y de madera podría hacerlo.

Tragué otro sorbo de café.

—Perdona. ¿Has dicho baile? —me reí—. Muy buena esa.

Jade aplaudió.

—¡El baile de medianoche! Es una tradición. Todos los años, el último viernes de septiembre, el Hotel Twilight organiza un baile.

Parpadeé.

—¿Hablas en serio?

Elsa se puso a mi lado y cogió un papel negro del mostrador que no había notado.

—Toma. Esto estaba en tu puerta esta mañana. Todos recibimos una. Todo el mundo en el hotel está invitado.

Cogí la invitación. Letras doradas estaban estarcidas elegantemente sobre el papel negro:

Estimada Leana Fairchild. Estás cordialmente invitada al
BAILE DE MEDIANOCHE
Una noche de cócteles, música, cena y baile
Organizado por el Hotel Twilight
Viernes, 30 de septiembre
Desde la medianoche hasta las 4 de la madrugada
Salón Vampire
Hotel Twilight, Manhattan, Nueva York

Había oído hablar del Baile de Medianoche a lo largo de los años. Todos los paranormales de la ciudad lo habían oído. Los rumores decían que era un acontecimiento fastuoso y mágico que nunca olvidarías. Pero necesitabas una invitación. Y ahora tenía una. Pero no estaba segura de querer ir. No era de las que van a los bailes, si es que existía tal cosa. Demonios, nunca había ido a un baile o algo similar. Lo único que me venía a la mente era la boda del primo de Martin a la que había asistido hacía cuatro años en algún club de campo esnob del norte del estado de Nueva York. Me aburrí tanto que me hice amiga de la mesa de vinos y no recordaba cómo había llegado a casa. No fue

mi momento de mayor orgullo.

—Es el evento más solicitado del año —dijo Elsa cuando levanté la vista de la invitación y la miré a los ojos—. Cualquiera que sea alguien en nuestra comunidad paranormal estará allí. Líderes. Jefes de consejos. Todo el mundo. Es una forma estupenda de hacer nuevos contactos. Y para ti, podría significar nuevos clientes.

—Y mujeres solteras —dijo Julian—. Siempre me voy con al menos una docena de nuevas amigas.

Resoplé.

—Seguro que sí.

—Y... tienes que celebrar tu divorcio —dijo Jade—. Es un gran acontecimiento. ¿Qué mejor manera que bailar hasta altas horas de la madrugada? —Abrazó a una pareja de baile invisible, salió bailando un vals de la cocina y dio vueltas por el salón.

Volví a mirar la invitación.

—No creo que organizar un baile ahora sea una buena idea —empecé, preguntándome qué demonios estaría pensando Basil. Solo podía apostar que pensaba que si organizaba el baile, el hotel no parecería infestado de demonios y, con suerte, seguiría abierto.

Pero esto era peligroso. Tonto. Mi investigación seguía en curso. Nada había terminado todavía. Mi investigación sobre Valen no había sido concluyente, pero no significaba que no estuviera involucrado. Solo necesitaba más tiempo.

Elsa se apoyó una mano en la cadera.

—¿Por qué no? Creo que levantará la moral de todos. Lo necesitamos. *Yo* lo necesito.

Suspiré, sin querer reventar su burbuja, pero sintiéndome en la obligación de hacerlo.

—Porque puede que los demonios sigan rondando por el hotel. A menos que quieras que vengan al baile.

Elsa entrecerró los ojos.

—No ha habido ningún avistamiento de demonios o monstruos en las últimas tres semanas. Se han ido. Encontraste la Grieta. Estaba cerrada. ¿Verdad?

—Sí.

—Así que eso lo resuelve —continuó la bruja—. La persona responsable se ha ido. Los descubrieron y se fueron. Saben que estás aquí. Creo que lo que planeaban no funcionó y se han ido para siempre.

—Yo también —dijo Jade, todavía dando vueltas por la habitación con su pareja de baile imaginaria.

Negué con la cabeza.

—No se han ido —dije, pensando en Valen mientras me encontraba con los ojos preocupados de Jimmy. Aún no les habíamos

dicho que habíamos visto a Valen, ni lo haríamos hasta que tuviera más información—. Puede que los haya detenido temporalmente, pero no se han ido. Esto no ha terminado. Tal vez pueda hacer que Basil cancele...

—*¡No!* —Julian, Elsa y Jade me gritaron.

Levanté una mano en señal de rendición, con una sonrisa en la cara.

—Vale. No lo haré. Si significa tanto para ustedes.

Julian se pasó una mano por el pecho.

—El sexo con mujeres hermosas siempre significa tanto para mí.

—Bien. Está decidido —Elsa asintió—. Ya verás. Irás y lo pasarás muy bien. Bailarás y beberás. Conocerás gente nueva y te olvidarás de todo ese asunto de los demonios por una noche. Creo que necesitas esta distracción más que nosotros.

En eso no se equivocaba.

—No puedo. Estoy trabajando.

Elsa se llevó las manos a las caderas.

—Esta noche no.

—Puedes saltarte una noche. ¿No? Por favor, Leana —Jade se unió a mí junto al mostrador, mirándome como si acabara de perder a su querido cachorro y yo fuera la única persona en el mundo que podía encontrarlo.

Solté una bocanada de aire.

—Me están torturando —entonces se me ocurrió algo—. ¿Es un baile de máscaras? —por alguna extraña razón, esa idea me puso nerviosa.

—No —respondió Jimmy—. Aunque algunos llevan máscaras. Henry y Harriette Moonspirit siempre llevan máscaras en el baile. Depende de ti, pero no es un baile de máscaras oficial.

—Bueno, vale. No estoy segura de que eso me haga sentir mejor al respecto.

—Estás un poco tensa porque necesitas echar un polvo como es debido —dijo Julian, levantándose y acercándose a nosotras en la cocina. Me dedicó una sonrisa—. No te preocupes, Leana. Yo te ayudaré.

Fruncí el ceño, no estaba segura de si se refería a él o a algún otro hombrezuelo, pero no se equivocaba. Hacía mucho tiempo que no estaba con un hombre. Probablemente tenía telarañas ahí abajo.

Tal vez tenía razón. Quizá estaba un poco tensa y necesitaba relajarme. Tal vez un baile era exactamente lo que necesitaba para relajarme. Una noche libre no sería desastrosa, pero seguía sin estar convencida.

Julian me puso una mano en el hombro.

—Confía en mí. Te conseguiré sexo para cuando el baile toque su

última canción.

Oh, vaya.

—Jimmy, ayúdame aquí —miré al perro de juguete, mi compañero durante las últimas tres semanas. Seguro que podía ayudarme. Seguro que veía el peligro de hacer un maldito baile ahora mismo.

Jimmy movió la cola.

—Lo siento. Pero yo también voy. Es un baile muy bonito. Te va a encantar. Te lo prometo.

Jade dio una palmada.

—Entonces, ¿vienes?

Abrí la boca para contestar, pero Elsa me interrumpió.

—Claro que viene.

Me froté los ojos.

—Mira, aunque quisiera ir, no puedo. No tengo nada que ponerme.

Elsa frunció los labios.

—No es excusa suficiente. Te encontraremos algo.

—Pero es *esta noche*. No tengo nada que ponerme para un baile. Y estoy segura de que no puedo llevar jeans.

—Claro que no, tonta —dijo Jade—. Tienes que ponerte un vestido. Es un *baile*.

Levanté las dos manos.

—No tengo ninguno. No tengo nada apropiado para un baile… —respondí.

Los únicos vestidos que tenía estaban en mi antiguo apartamento con mi ex marido, que probablemente los había quemado cuando recibió los papeles del divorcio. Pensar en su cara de enfado me hizo sonreír.

—Bien. —Elsa me agarró de los brazos y me arrastró hasta el baño —. Ve a ducharte y luego te llevaremos de compras.

CAPÍTULO 16

El Salón Vampire era una vasta habitación circular adornada con cortinas de los consejos Gris, Blanco y Oscuro y escudos con rostros grotescos, figuras y emblemas de armas.

De la pared colgaban jarrones ornamentados con enormes arreglos de flores rojas y blancas, y en la sala había cuencos con ramos similares. Las ventanas se extendían por las paredes y casi todo lo que no se movía estaba cubierto de guirnaldas. Se habían colocado algunas mesas pequeñas cubiertas con manteles brillantes. Pequeños trozos de confeti brillaban sobre las mesas. Unos moños llamativos adornaban los respaldos de las sillas.

Había farolillos de cristal en medio de largas mesas, apilados con comida y bebida, que añadían un suave resplandor a la espectacularidad de la escena.

Me sentí como si hubiera entrado en un mundo hecho de antiguos cuentos de hadas y sueños hechos realidad. Había revisado el salón de baile cada noche en mis rondas y, por lo general, no se parecía en nada a lo de esta noche. Tenía un aire de cuento de hadas que me encantó.

En una tarima situada en la pared del fondo, había un cuarteto de cuerdas. El ambiente en la sala era animado y alegre. Las parejas iban vestidas con lujosos vestidos o coloridos trajes y esmóquines, algunos de estilo moderno y otros más medievales, con capas de faldas y encajes.

Como había dicho Jimmy, había visto a algunas personas con máscaras. Algunos bailaban. Otros estaban de pie en grupos cerca de las mesas en los bordes de la sala, conversando alegremente con otros con máscaras similares.

—Estás preciosa —me dijo una voz a mis pies.

Miré a Jimmy y sonreí.

—¿Quién te ha puesto esa pajarita? —pregunté, mirando la pajarita de plata que le rodeaba el cuello—. Estás muy guapo. Perfectamente guapo.

—Gracias —dijo el perro de juguete, moviendo la cola con entusiasmo—. Jade me la puso. Siempre llevo una al Baile de Medianoche. Me recuerda a cuando solía llevar traje, cuando era... cuando era más joven.

Se me hizo un nudo en la garganta al notar el dolor en su voz.

—Pues estás genial.

Jimmy echó la cabeza hacia atrás.

—Tu vestido parece... parece la luz de las estrellas. ¿Por eso lo elegiste?

—¿Hum? —Bajé la mirada y rocé con una mano el vestido plateado con un ajustado corpiño de escote en V sujeto con tirantes finos y adornado con cristales. Una falda entallada con riachuelos de satén se derramaba alrededor de mis pies. El vestido estaba hecho de un material tan fino y delicado que brillaba como estrellas líquidas. No podía dejar de mirar. Podía ver un sutil pero inconfundible dibujo de estrellas grabado en la seda. El vestido, bueno, *era* divino.

Jimmy tenía razón. La forma en que la luz lo iluminaba hacía que el vestido brillara. Parecía la luz de las estrellas. No me había dado cuenta hasta ese momento.

—Supongo que sí. ¿Verdad?

Al principio no me había quedado perfecto y, como no había tiempo para que una costurera hiciera milagros, Elsa lo había hechizado. Ella me había dicho antes en el vestidor—: *No te preocupes. Tengo un hechizo de modista que arreglará todos los defectos y lo dejará tan ceñido como si el vestido estuviera hecho solo para ti.*

Así que, una vez puesto el vestido, y tras el hechizo de Elsa, unos segundos después, me quedaba como un guante. Me había dejado el pelo suelto con unos rizos grandes de última minuto, un poco de brillo de labios y máscara de pestañas, que había hecho resaltar mis ojos oscuros con una fina línea kohl sobre las pestañas superiores e inferiores.

—Ah, ahí está Matías —dijo el perro de juguete—. Tenemos cuentas que ajustar.

Me reí de su comentario.

—Será mejor que me guardes un baile.

—Lo haré. Nos vemos —Y con eso, Jimmy zumbó por el salón de baile, esquivando bailarines con habilidad, como si fuera un piloto de carreras balanceándose entre obstáculos.

Volví a mirar mi vestido. Me sentía guapa y femenina, algo que no había sentido en años, quizá en una década. En mi trabajo, los vestidos no eran el atuendo preferido para luchar y derrotar a los bichos de la noche.

Una forma bailó en mi visión periférica. Un hombre estaba de pie junto a la entrada, de espaldas a la pared. De su delgada figura colgaba un esmoquin que podría haber estado de moda a principios del siglo XIX. Raymond, el subgerente del hotel. Parecía tan emocionado como yo por estar aquí, y tuve la sensación de que le habían obligado a venir. Más o menos como a mí también.

Vi a Julian, parecía una versión sexy de 007. Una voluptuosa morena con un ajustado vestido negro de cóctel estaba sentada a su

lado en la zona de asientos adosada a la pared del fondo. Estaba sentada con la espalda recta y los pechos al aire. Parecía que iban a estallar. Julian parecía ajeno a la gente que le rodeaba. En lugar de eso, se dedicó a mirar abiertamente su enorme escote.

Me reí mientras caminaba hacia la mesa con filas de copas vacías. Detrás había un camarero preparado.

—Una copa de vino tinto, por favor —le dije al joven camarero, un vampiro, si su increíble aspecto era un indicio. Parecía que debería estar en la portada de una revista de moda y no sirviendo vino.

Me dedicó una sonrisa tímida mientras me servía la copa y me miraba abiertamente los pechos. No eran gran cosa, pero podía mirarlos todo lo que quisiera.

Tomé un pequeño sorbo de vino, no demasiado porque, técnicamente, seguía trabajando. Me giré y observé a todos los desconocidos del salón, buscando a uno en particular. Mentiría si dijera que no me preguntaba si aparecería Valen, pero no estaba aquí. Tal vez solo se permitiera la entrada a los huéspedes del hotel y a los inquilinos.

Alcancé a ver a Basil en una acalorada discusión con Raymond, sus pequeños brazos subían y bajaban. *Vaya, vaya. Me pregunto de qué se tratará.*

Hice ademán de moverme justo cuando Elsa entró en mi campo visual. Llevaba un vestido de terciopelo azul marino que se movía como la noche líquida a medida que se acercaba. Llevaba el pelo recogido en un moño bajo y el medallón entre las bubis.

—Aquí estás —dijo cuando se reunió conmigo—. Empezábamos a pensar que nos defraudarías.

—No me gastaría el dinero en este vestido si no fuera a lucirlo —le dije con una sonrisa—. Al menos durante un tiempo. —Ese era el plan. Iba a quedarme alrededor de una hora, y luego me escabulliría, me cambiaría y seguiría con mi trabajo.

Los ojos de Elsa se iluminaron.

—¿Y? ¿Qué te parece? ¿No es maravilloso?

Igualé su sonrisa.

—Es precioso. Muy encantador. Mucho mejor de lo que había imaginado.

Elsa exhaló.

—Podría habértelo dicho.

—¡Chicas!

Miré por encima de los hombros de Elsa para ver a Jade rodando hacia nosotras. Sí, he dicho, *rodando*. Llevaba un vestido rosa de tafetán con falda a la rodilla, por encima de los hombros y escote corazón. Llevaba el pelo rizado, como si se hubiera hecho la permanente. De las orejas le colgaban unos grandes pendientes de

plástico blanco. Y para completar su atuendo, en sus pies llevaba —no, no eran unos bonitos tacones brillantes a juego con el vestido— sino unos patines.

Era una mujer extraña, y me encantaba.

Jade arrastró el pie izquierdo cuando se detuvo justo delante de nosotras.

—¡Nunca adivinarán quién está aquí! —dijo, ligeramente sin aliento.

—¿Quién? —preguntamos Elsa y yo al mismo tiempo.

—Samuel Constantine —dijo Jade. Puso cara de sueño.

—¿Estás de broma? —Elsa torció el cuello y miró a la multitud que bailaba.

—¿Quién es Samuel Constantine? —pregunté.

Jade me sonrió. Con los patines puestos, era más alta que yo.

—Solo el soltero paranormal más famoso de todo Nueva York. Es un hombre lobo y es rico. Mira, allí. Es el del esmoquin negro. ¿No es de ensueño?

Miré en la dirección que señalaba y vi a un hombre alto y en forma de unos sesenta años. Era guapo como Sean Connery. Comprendí por qué mis amigas lo consideraban atractivo. Pero, al parecer, también lo pensaban las otras cuatro mujeres que lo rodeaban en ese momento.

—Tienen competencia —dije.

Jade me sonrió.

—Bueno, da la casualidad de que yo seré la siguiente en rodar por allí, y puede que pierda el control y las arrase.

—¡Oh! —Elsa aplaudió—. Qué gran idea. Asegúrate de golpearles para que no puedan volver a levantarse.

Me reí. Estas dos estaban seriamente trastornadas.

—Hola, señoritas —Se oyó una voz femenina, y me volví para ver a una mujer alta de cara afilada con un vestido negro que parecía tan caro como los diamantes que llevaba alrededor del cuello y en las orejas. Su piel pálida estaba tirante y estirada sobre sus rasgos, haciéndola parecer mayor de lo que probablemente era. Quizá tuviera cuarenta años. Quizá sesenta. Llevaba el pelo rubio peinado con ondas gloriosas. A medida que se acercaba, emanaba de ella un aroma a agujas de pino y tierra húmeda. Era una bruja blanca y muy poderosa.

—Adele —dijo Elsa a modo de saludo.

Noté lo rápido que Jade perdió su sonrisa y esa chispa que había tenido en los ojos. Nunca había visto a esta bruja. No estaba muy segura de que me cayera bien si era capaz de poner a mis amigas en un estado tan incómodo.

Adele miró el vestido de Elsa y luego el de Jade, con el rostro apretado en señal de desaprobación. Se comportaba como lo hacen los ricos y los nobles, como si los demás fuéramos campesinos y sirvientes

a su entera disposición.

—Las dos llevan los mismos vestidos del baile del año pasado. ¿No? ¿No podían llevar algo nuevo? ¿Tanto les cuesta últimamente? —La sonrisa en su voz me hizo querer agarrar uno de los patines de Jade para golpear a esta mujer en la cabeza.

Elsa se calló y empezó a frotarse el medallón entre los dedos, con las mejillas sonrojadas. Jade miraba al suelo, balanceando lentamente el cuerpo de izquierda a derecha, como si quisiera salir corriendo.

Adele me dirigió una sonrisa falsa, de esas que muestran demasiados dientes de abajo y nunca llegan a los ojos.

—¿Y tú quién eres? —Me miraba con curiosidad—. ¿Eres huésped del hotel?

La irritación se apoderó de mí. No me gustaba esta bruja. De hecho, creo que la odié en el acto.

—Leana Fairchild —le dije, con voz fuerte y firme—. Soy la nueva Merlín que ha contratado el hotel.

—Ya veo —Adele seguía sonriendo, aunque noté que sus labios se entrecerraban ligeramente—. Tu nombre me suena. ¿De dónde es tu familia?

Sabía que estaba intentando descifrar si yo pertenecía a una poderosa familia de brujos, preguntándose si era buena idea que siguiera hablando conmigo o si yo era una buena conexión para ella. Lo dudaba.

—No soy de Nueva York —dije, deseando que se marchara para que mis amigas pudieran pasárselo bien.

Adele se acercó, justo en mi espacio personal, cosa que no me gustó. Sin embargo, me quedé donde estaba.

—Eres una bruja. Pero las energías que emites son... extrañas. No son blancas. Ni oscuras. ¿Qué tipo de magia practicas?

—Magia de bruja —dije, y Jade resopló.

—Hum… —Adele seguía observándome como si fuera una joya rara—. Puede que tenga que hacer algunas averiguaciones sobre ti.

—¿Averiguaciones? —miré a Elsa y a Jade, que parecían palidecer. ¿Por qué? ¿Porque tenía dinero?

—Sí —dijo Adele—. Formo parte del Consejo de Brujos Blancos.

Ajá.

—Tengo curiosidad por saber de ti, Leana Fairchild —dijo, pronunciando mi nombre como si se lo estuviera aprendiendo de memoria.

Me encogí de hombros.

—Infórmate —No tenía nada que ocultar. Ser una Bruja de Luz Estelar no era un delito en nuestro mundo. Y esta bruja no me agradaba. No me importaba que formara parte del Consejo y que pudiera quitarme fácilmente mi licencia de Merlín. No le iba a dar

nada. Odiaba a los abusadores.

—Leana —dijo una voz profunda y masculina detrás de mí.

No tuve que girarme para saber a quién pertenecía esa voz. Mi ritmo cardíaco aumentó mientras giraba lentamente hacia él.

Maldita sea.

Valen llevaba un traje negro con corbata que apenas podía contener todos los músculos. El material brillaba y se amoldaba perfectamente a su cuerpo. Llevaba el pelo oscuro recogido en una coleta, lo que acentuaba sus pómulos altos y sus ardientes ojos oscuros. Ya me había parecido guapo de una forma ruda, pero al verlo vestido así su aspecto se multiplicaba por cien. Tardé unos segundos en dejar de mirarlo y volver a concentrarme.

—¿Valen? —Un chisporroteo de alivio me recorrió al ver que mi voz era firme y no traicionaba el estúpido martilleo de mi corazón. No lo había visto desde la noche en que salió de la habitación 915.

El sexy hombre bestia me tendió la mano.

—¿Te gustaría bailar?

Oh, mierda. Oh, mierda. Oh, mierda.

No esperaba esto. Diablos, ni siquiera esperaba que él estuviera aquí. ¿Por qué estaba aquí? Había estado esperando durante semanas para hablar con él. Ahora estaba aquí.

Adele miraba fijamente a Valen como si fuera un hombre-chupetín al que quisiera lamer por todas partes. Pero Elsa y Jade me miraban radiantes, claramente deseando que bailara con el misterioso dueño del restaurante.

¿Qué hace una bruja en esta situación?

Acepta, por supuesto.

—Con mucho gusto —dije y puse mi mano en la suya.

CAPÍTULO 17

Dejé que Valen me guiara hasta la pista de baile, con su mano cálida y áspera, y odié que me provocara pequeñas y deliciosas emociones.

Cuando encontró su sitio, se giró sin soltarme la mano y me puso la otra en la cintura, empujándome para que me acercara. El calor de su contacto empapó la tela de mi vestido mientras apoyaba la mano izquierda en su hombro.

Si me hubieras preguntado, ni siquiera habría podido decirte qué música sonaba en ese momento.

Valen lideraba con confianza la pista de baile, y yo me encontraba siguiendo su ritmo. Obviamente, no era la primera vez que él bailaba ni que asistía a este tipo de baile.

Las mujeres le miraban descaradamente, e incluso vi a una que se relamía sensualmente mientras dábamos vueltas. Incluso algunos hombres lo miraban, pero Valen no se daba por aludido.

Yo tenía dos pies izquierdos, pero Valen tampoco pareció darse cuenta. De hecho, lo único que hizo fue mirarme fijamente. El calor de su mirada era intenso.

Mi cara se sonrojó e ignoré las tontas mariposas que me asaltaban el estómago.

—¿Dónde has estado? —Pensé que tener una conversación ahora era mejor que el incómodo silencio que había entre nosotros. Más valía acabar de una vez e ir directo al grano.

Una sonrisa se dibujó en esos labios tan bonitos y la mano que tenía en la cintura me rodeó la espalda.

—¿Me has estado buscando? —Su cálido aliento me acarició la cara, oliendo a caramelos de menta y a algo picante que no pude identificar.

Tragué saliva.

—Sí, la verdad es que sí, te busqué. Te busco. Te estaba buscando —Maldición, soné como una idiota—. Quería preguntarte algo.

Valen seguía sonriéndome.

—¿Qué querías preguntarme?

No podía decirle directamente que él era mi sospechoso número uno. Se habría acabado si le decía que le había visto salir de la habitación 915. Necesitaba más pruebas, un motivo real de por qué estaba haciendo esto. ¿Estaba trabajando para alguien más? ¿Lo hacía solo? Tenía mis sospechas, pero necesitaba asegurarme.

—¿Cómo va el negocio del restaurante? —pregunté en su lugar,

consciente de que no estaba recibiendo ninguna de las vibraciones de brujo estando tan cerca de él. Podía sentir punzadas de energía que se desprendían de él, como la mayoría de los paranormales, pero el tipo específico era imposible de precisar. Podía pasar por un hombre lobo o cualquier tipo de metamorfo. Pero no conocía a ningún metamorfo o ser vivo capaz de producir ese nivel de magia. Y podría ser un poderoso brujo o bruja con un glamour.

—Ahí va —contestó, claramente sin ganas de discutirlo—. Estás preciosa esta noche.

Ah, diablos, la forma en que lo dijo hizo que mi corazón traidor aleteara como si le hubieran salido alas.

—Eh... ese traje te sienta bien —dije, errando totalmente el tiro. Mi lengua parecía pegada al suelo de mi boca. A veces me pasaba cuando me ponía nerviosa.

Los labios carnosos de Valen se abrieron en una sonrisa.

—Gracias.

Un estúpido cosquilleo recorrió mi piel y carraspeé.

—Entonces, ¿piensas expandirte? —Volví a intentarlo.

Sus ojos oscuros parecían casi negros cuando rozaron mi cara y se posaron en mis labios antes de volver a mis ojos.

—¿Por eso me buscabas? ¿Quieres invertir en mi restaurante?

—No. Aunque quisiera, no tengo dinero para ello —el único efectivo que tenía era lo que Basil me había entregado—. Me preguntaba si ibas a ampliar tu negocio. ¿Quizás estás buscando otro edificio? ¿O tal vez quieras aventurarte en otra cosa?

El pulgar de Valen me rozó la espalda, y sentí un cúmulo de deseo revolotear por mi interior.

—¿Por qué? ¿Por qué tanto interés en mis asuntos? —No percibí molestia en su voz ante mis preguntas, solo interés.

Me encogí de hombros, tratando de no inhalar esa colonia o loción almizclada que llevaba.

—Solo curiosidad. Eres un tipo curioso. Algunos incluso dirían que misterioso.

Valen soltó una pequeña carcajada y apartó la mirada.

—La verdad es que no. Si me conocieras, no dirías eso.

Aproveché para mirarle mientras no me miraba. Tenía una pequeña cicatriz sobre la ceja derecha y otra en el cuello.

Nuestras frentes casi se tocaban ahora. Ni siquiera me había dado cuenta de que me había apretado más. Mi cuerpo se confundía entre el frío del aire acondicionado y el calor que desprendía su espectacular cuerpo.

Me di cuenta de que estaba disfrutando de su tacto, de sus manos y de su cercanía. También me di cuenta de que podía ser el asesino psicótico que dejaba entrar demonios que mataban a la gente. Me

estaba volviendo loca.

—He oído que te has divorciado —dijo Valen al cabo de un momento.

Me puse rígida.

—¿Cómo te has enterado? —No creía que Elsa o mis amigos se lo hubieran dicho. Quizá el personal del hotel me había oído hablar de ello.

—En el Hotel Twilight se corre la voz —dijo Valen, moviendo los labios mientras intentaba contener una sonrisa sin conseguirlo—. Aquí nada permanece en secreto.

Pero tú *guardas secretos.*

—Me divorcié. Algunos dirán que fue culpa mía por casarme con un humano y no con nuestra gente. Pero no puedo cambiar eso ahora. Pensar en el pasado no resuelve nada. Hay que seguir adelante.

—¿Qué pasó entre ustedes?

¿No era un hombre bestia curioso?

—Solo una pelea. Nos distanciamos, ya sabes, lo normal. Me alegro de que se haya acabado —No quería hablar de mi ex, o de su culo infiel, con Valen. Estaba aquí para hablar de él, no de mí. Es curioso cómo se las arregló para darle la vuelta a este interrogatorio.

Bailamos en silencio durante un rato después de eso, ambos robando miradas el uno al otro cuando pensábamos que el otro no estaba mirando. La música paró, pero Valen no me soltó. Luego sonó otra melodía lenta y seguimos bailando.

—Yo también quería hablar contigo —dijo Valen al cabo de un momento, apretando la mandíbula mientras me abrazaba con más fuerza.

—¿De verdad? ¿Sobre qué? —Sentí un cosquilleo nervioso en la nuca. ¿Nos había visto a Jimmy y a mí? ¿Había sentido mi magia?

El hombre bestia suspiró y sentí que me inclinaba hacia delante.

—Quería disculparme.

—¿Disculparte por qué? —Jade pasó rodando junto a nosotros y me hizo un gesto de aprobación con la mano libre, con una gran copa de vino en la otra.

Se inclinó hacia delante, su mirada era penetrante al contemplarme.

—La primera vez que nos conocimos en la calle....

—Cuando fuiste demasiado grosero.

Valen me enseñó sus dientes perfectos.

—Sí. Fui muy grosero. Me pillaste en un mal día. Estaba... estaba...

—¿Como un ogro?

—Estaba enfadado —respondió con una carcajada, y me encontré deseando oírle reír una y otra vez—. Quizá yo estaba como un ogro. Me habían dado malas noticias. Estaba enfadado. Salí a coger aire. Y

entonces tú estabas allí y te tropezaste conmigo.

—Lo cual no es un crimen.

—No. No lo es —Valen me apretó más fuerte, mi corazón latía tan fuerte que estaba segura de que podía sentirlo a través de la tela de nuestra ropa. Me miró fijamente a los ojos—. Siento haber sido grosero contigo. ¿Puedes perdonarme?

Me lo pensé.

—No —dije juguetonamente, deteniéndome al darme cuenta de que estaba coqueteando. Este tipo estaba jugando con mi mente. No sabía si eran mis hormonas o cómo reaccionaba mi cuerpo ante él, pero esto era peligroso.

Tenía que alejarme. Tenía que irme. Tenía que dejar de bailar...

Pero no. No lo hice.

Sentí unos ojos sobre mí y miré más allá de Valen para ver a Adele observándonos, o mejor dicho, observándome. Un hombre alto y calvo estaba a su lado. No me gustaba cómo me miraba, como si estuviera detrás de mí o algo así.

Aparté los ojos y descubrí que Valen seguía observándome.

—¿Qué?

—¿A quién miras con el ceño fruncido? —Se burló, con ese roce de su pulgar volviendo a mi espalda baja. Maldito pulgar mágico.

—A una bruja llamada Adele —dije, haciendo lo posible por no volver a mirarla—. No me gusta. Tampoco me gusta el calvo que está a su lado.

—Declan —respondió Valen sin ni siquiera mirar en su dirección —. Ambos forman parte del Consejo de Brujos Blancos. Los dos son unos imbéciles. Aunque poderosos. Yo me alejaría de ellos si fuera tú.

Maldita sea. ¿Estaba empezando a gustarme? ¿Por qué estaba siendo amable de repente?

—Demasiado tarde para eso —exhalé—. Creo que acabo de hacer dos nuevos enemigos por la forma en que me están mirando.

—¿Te preocupa tu licencia de Merlín?

Le miré.

—Pareces muy al tanto de todo lo relacionado con los brujos — *¿porque tal vez eres un brujo?*

—Me gusta estar informado —me miró durante un rato—. ¿Te amenazó?

Negué con la cabeza.

—No con tantas palabras. Pero dijo que *averiguaría* sobre mí, lo que sea que eso signifique. Quién es mi familia y qué lugar ocupa en la jerarquía paranormal.

—¿Y qué lugar ocupa?

Fruncí los labios.

—En el fondo.

Valen volvió a reír, y me sentí hipnotizada por el sonido. Era muy diferente al primer día que había chocado con él. Era amable, atento e increíblemente sexy. No, había sido sexy la primera vez que choqué mi cara contra esos pectorales duros como piedras. Me quedé mirándole el pecho, preguntándome qué sentiría al pasar las manos por ellos.

Valen estaba frotando su mano en la parte baja de mi espalda, lo que me distraía.

—¿Qué más quería saber ella?

—Cuál es mi fuente mágica —le dije, volviendo a desviar la mirada y descubriendo que Adele y su mascota calva seguían mirándome—. Debe ser amor porque no pueden dejar de mirarme.

Valen soltó una pequeña carcajada.

—¿Que es qué? ¿Cuál es tu magia?

Pasé los ojos por su cara.

—Te contaré todo sobre mi magia si me dices lo que eres.

Al oír eso, Valen se tensó visiblemente y luego se apagó. Su sonrisa había desaparecido, la intensidad de su mirada no existía. Estaba tenso, como el hombre bestia de la calle. Cuando retrocedió, sentí una pérdida física de calor y me sentí decepcionada.

Vale, había encontrado un tema delicado. Pero su reacción era la prueba de que yo tenía razón. Estaba ocultando su verdadera identidad. La pregunta era, ¿por qué? ¿Por qué ocultarla si no era porque estaba tramando algo inapropiado?

Como abrir portales y dejar entrar demonios en el hotel.

La atención de Valen se centró en algo que había detrás de mí y sus anchos hombros se llenaron de tensión. Dejó de moverse, me soltó y se alejó de mí. Vale. Ahora sentía curiosidad.

Me giré y seguí su mirada. Y entonces, como si nada, un hombre irrumpió en el salón de baile aullando. Las parejas gritaron y saltaron hacia atrás para dejarle espacio. Intenté oír lo que decía, pero no pude distinguirlo entre los gritos y la música a todo volumen que seguía saliendo de la banda.

Entonces la música paró. Y capté una palabra.

—¡Demonios! —chilló el hombre, rezumando sangre de un arañazo en el cuello—. ¡Demonios en el hotel!

A la mierda.

CAPÍTULO 18

El salón de baile, que había sido un acontecimiento glorioso y encantado con alegres charlas y comida y bebida, era ahora un espectáculo de pánico total.

A dondequiera que mirara, los paranormales corrían como locos hacia la salida. Vi a un hombre con una gran barriga que se abría paso por encima de dos paranormales más pequeños arrodillados en el suelo. Si reaccionaban con lentitud, la horda les propinaba puñetazos, bofetadas y patadas. Gritos y alaridos sustituyeron a la maravillosa música que había estado sonando hacía unos momentos.

Era un espectáculo de fenómenos.

—¡Leana!

Jade rodó hacia mí, Elsa corría detrás de ella con impresionante destreza sobre sus tacones altos, los ojos bien abiertos como lunas gemelas.

—¿Qué está pasando? —Jade intentó frenar, calculó mal y salió volando hacia mi pecho. Menos mal que la vi venir y estiré la mano para detenerla.

—No lo sé —La sostuve y la solté antes de volverme hacia Valen. Pero ya no estaba. Recorrí la habitación con la mirada, pero era imposible verle con todos los paranormales luchando por salir. Me había abandonado. Me lo imaginaba.

—Ahí va mi sexo de esta noche —dijo un decepcionado Julian mientras se unía a nosotras—. Y además estaba insinuando un trío. Qué mala suerte. Ese demonio me debe una grande.

Puse los ojos en blanco y corrí hacia el hombre sangrante tan rápido como me permitía el vestido. Había caído de rodillas. Algunos paranormales que se habían quedado lo observaban, pero nadie se acercó, como si su hemorragia fuera contagiosa.

Me arrodillé y oí un rasgón. Uy. Ahí iba mi caro vestido.

—¿Qué ha pasado?

El rostro del hombre pasó de ser humano a algo no del todo humano. Parpadeé, y había vuelto a su rostro normal, petrificado. El sudor cubría su pálido rostro y, si no lo conociera, diría que estaba a punto de vomitar. La herida del cuello no parecía demasiado grave. Necesitaría puntos, pero viviría.

—Demonios —fue todo lo que dijo. Luego su boca siguió batiendo, pero no salió nada más.

—Sí, eso has dicho. Pero, ¿dónde? ¿Hay alguien más herido? —Sé

que ha dicho «demonios» en plural y no demonio en singular—. ¿Cuántos eran? —Necesitaba estar preparada.

El hombre empezó a temblar.

—Yo... no lo sé. ¿Tres? No, seis.

Cuando se trataba de demonios, tres contra seis era una diferencia colosal.

—¿Tres o seis? ¿Cuántos?

El hombre sacudió la cabeza pero no contestó.

Basil apareció, con la cara más roja que nunca. Tomó un peligroso color púrpura al ver al hombre herido.

—Esto es el fin. Nunca me recuperaré de esto —dijo con voz débil —. Todo el mundo recordará esta noche como la noche en que Basil dejó entrar a los demonios en el Baile de Medianoche.

Me quedé mirando al pequeño brujo, viendo lo mucho que le gustaba dramatizar la situación y cómo la convertía en un asunto suyo.

Basil sacó un pañuelo y se dio unas palmaditas en la frente sudorosa.

—Nunca volveré a trabajar —dijo, su voz adquiriendo un tono más agudo en varias octavas—. Me echarán de todos los acontecimientos importantes y fiestas sociales. Me ridiculizarán.

Me levanté despacio y le fulminé con la mirada.

—Contrólate —gruñí—. Tú eres el gerente aquí. Estás haciendo que los huéspedes se asusten con tu pequeña crisis. Ya es bastante malo sin tus histerias —Así que, tal vez esta no era la manera de hablar con tu jefe, pero alguien tenía que hacerlo. Lo abofetearía si pensara que ayudaría.

Al principio, pensé que me despediría en el acto, pero entonces su cara se iluminó un poco.

—Sí. Sí, tienes razón, Leana. Tengo que dar el ejemplo. Debo mantener la calma y la serenidad. *Yo* represento al hotel.

—¿Hay algún curandero aquí? —pregunté. Mis ojos se dirigieron a la fea herida en el cuello del hombre.

Basil asintió.

—Sí. La cocinera. Polly. Es nuestra curandera. La mejor de la Costa Este.

—Bien. Entonces deberías ir a buscarla —Miré a un grupo de huéspedes que merodeaban por el salón de baile y el vestíbulo—. Deberías llevar a los huéspedes a sus habitaciones.

Basil echó un vistazo al salón.

—Por supuesto. Tengo que ocuparme de los huéspedes. Soy el gerente y es mi responsabilidad. Sí. Eso es lo que soy. El gerente.

—El curandero primero, Basil —Vi al brujo salir a toda prisa del salón de baile, insegura de que me había oído. Raymond le saludó y

los dos acompañaron a los últimos invitados al vestíbulo.

—Toma. Para el cuello —Elsa me dio un pañuelo que había sacado de su bolso.

Lo cogí y lo coloqué sobre la herida sangrante del hombre—. Mantén la presión —le dije y esperé a que hiciera lo que le había indicado. Tenía la cara pálida—. ¿En qué piso viste a los demonios?

El hombre parpadeó varias veces.

—En la duodécima planta —Su voz era apenas un susurro, y eso me preocupó.

—¿Qué habitación? —esperé, pero no contestó. Bueno, la duodécima planta tendría que bastar. Me levanté y miré a mis amigos —. ¿Pueden quedarse con él hasta que venga la curandera?

—Lo haremos —dijo Elsa, con el ceño fruncido—. Pero no irás sola a por los demonios, Leana.

—Sí, nos necesitas —dijo Jade, rodando ligeramente hacia la izquierda. Tenía la cara enrojecida por el vino que había bebido y la emoción de lo que estaba ocurriendo. Sus ojos estaban ligeramente desenfocados. Estaba mareada. Una bruja borracha persiguiendo a un demonio acabaría muerta.

—Gracias, amigos, pero han estado bebiendo. No están en condiciones de luchar contra demonios conmigo.

Jade me miró con el ceño fruncido.

—Solo me he tomado dos copas.

—Cuatro —corrigió Elsa.

Un suave tic-tac me hizo girar.

—¿Jimmy? ¿Qué rayos ha pasado?

Mi amigo, el perro de juguete, avanzaba arrastrando los pies sobre tres ruedas. Le faltaba una de las ruedas traseras.

—Me han pisoteado —respondió Jimmy—. Me falta una rueda. No la encuentro.

—La buscaremos —dijo Julian, indicando a Jade que le siguiera.

—Nos vemos luego —les dije, y entonces me puse en marcha, corriendo tan rápido como pude fuera del salón de baile mientras maldecía el estúpido vestido que no me permitía moverme tan rápido como me hubiera gustado.

Llegué al ascensor y pisé el dobladillo de mi vestido varias veces, con el corazón latiéndome violentamente en la garganta.

—Esto es ridículo.

Apreté con fuerza el botón del ascensor. No tenía tiempo para ir a mi habitación y cambiarme. Solo había una cosa que hacer.

Decidida, me agaché, cogí un puñado de la falda, encontré una costura justo en la rodilla y tiré.

El sonido de la tela desgarrándose se oyó con fuerza en mis oídos mientras seguía tirando hasta que liberé un anillo de tela a mi

alrededor. Con un último tirón, la tela se desgarró. Una brisa me hizo cosquillas en la parte superior de los muslos y me di cuenta de que había arrancado más tela de la que pretendía. Si me agachaba, todo el mundo a mi alrededor vería mis calzoncillos de abuela. Demasiado tarde para hacer nada al respecto. Pasé por encima de la tela y pillé a Errol desde el mostrador sacudiendo la cabeza en señal de desaprobación, con la cara pellizcada por el asco.

—¿No te gusta lo que ves? Pues no mires —El ascensor se había atascado en la séptima planta—. Maldita sea —Me quité los tacones y corrí hacia la puerta de la escalera frente al ascensor.

Subí las primeras escaleras de dos en dos. ¡Mírenme! La adrenalina me alimentaba con superfuerza y resistencia. Pero al llegar a la quinta planta, los muslos me ardían en señal de protesta y solo podía subir las escaleras de una en una. Necesitaba trabajar mi cardio.

Cuando llegué a la undécima planta, con los muslos como gelatina, oí los gritos. Venían de un piso más arriba.

Con un calambre infernal en el costado, subí las escaleras lo más rápido que pude. Me detuve en la puerta del duodécimo piso, con el corazón latiéndome en los oídos. ¿Estaría Valen aquí? ¿Por eso se marchó tan bruscamente? ¿Para borrar las pruebas? Odiaba admitir que las cosas no pintaban bien para el apuesto metamorfo, brujo o lo que fuera.

No quería luchar contra él, pero no me estaba dando muchas opciones.

Recurrí a mi voluntad, al poder de las estrellas y tiré de sus energías, de sus emanaciones galácticas. El cosquilleo del poder de la luz estelar zumbó en mi núcleo. Estaba listo. Yo estaba lista.

Empujé la puerta y salí al pasillo.

Pero Valen no salió a mi encuentro.

Era mucho peor.

CAPÍTULO 19

Había cadáveres esparcidos por el pasillo como trapos viejos. El olor a sangre y podredumbre era nauseabundo. A primera vista, vi cuatro cadáveres. No había forma de saber si estaban vivos o muertos. Habían estado gritando hace un momento y ahora ya no. No había llegado a tiempo.

Un gruñido llamó mi atención.

Y allí, de pie al final del pasillo, había un demonio trull.

El demonio trull medía unos dos metros de alto y casi lo mismo de ancho. Su carne era roja y cruda como si estuviera al revés. Sus rasgos se retorcían grotescamente con una boca en la que cabía un pollo entero. Era más simiesco que humanoide, y sus garras rozaban el suelo donde se encontraba, encorvado y a la espera, junto al cadáver del que se había estado alimentando.

Los demonios trull tampoco eran las herramientas más afiladas del cobertizo del Inframundo. Eran grandes y tontos. Pero cuando carecían de cerebro, lo compensaban con fuerza. Bastaba un golpe potente para romperte el cuello.

Arrugué la nariz ante el hedor a azufre y carroña. Odiaba a los trulls. Eran malos y solo querían destrozarte por diversión. Pero ahora estaba aquí. Y sabía que aquí encontraría una nueva Grieta que no estaba anoche. Tenía que cerrarla antes de que más de estos bastardos salieran.

—Comer. Tú —dijo el trull, con una boca llena de dientes parecidos a los de un pez, con la voz entrecortada y húmeda.

—No lo creo —le dije, con los ojos fijos en el cuerpo con el que se había estado dando un festín antes de que lo interrumpiera.

—Bruja. Comer. Rico —dijo el trull en voz baja y cruda, y volví a centrar mi atención en su pútrido rostro—. Me gusta. Bruja.

—Qué maravilla. Te gusta el sabor a bruja —Se me subió la bilis a la garganta ante la idea de que esa cosa se atiborrara de mi cuerpo.

Los ojos amarillos del trull se posaron en mí.

—Comer. Bruja —volvió a decir.

—Te he oído la primera vez. Pero no va a suceder. No lo permitiré. Verás, voy a matarte.

El demonio trull estiró la cara hasta mostrar una sonrisa viciosa.

—Hambriento —La garganta del demonio vibró en lo que solo pude adivinar que era deleite. Sus ojos brillaban con furia y un hambre salvaje.

Qué asco. Deslicé la mirada sobre él, pero no pude ver si había otro trull o cualquier otro tipo de demonio. El hombre había dicho «demonios» así que apostaba a que había más.

—¿Has traído a algún amigo contigo?

El demonio ladeó la cabeza y me miró como si estuviera pensando qué parte de mí devorar primero.

Mis ojos se humedecieron ante el hedor a podredumbre, como si los hubiera frotado con una rodaja de cebolla fresca.

—Amigo, apestas. ¿Te bañas con agua de alcantarilla? ¿O te enjabonas el cuerpo con caca?

El demonio trull me sonrió, y luego se abalanzó.

—Oh mierda.

Se abalanzó hacia mí, lanzando zarpazos con garras y colmillos tan rápido que habría matado a la mayoría de los humanos. Menos mal que nací bruja.

Retrocediendo en puntillas, recurrí a mi magia y extendí las manos.

Una luz brillante emanó de mis palmas y disparó contra el trull, alcanzándolo en el pecho.

La criatura gimió y se agitó mientras la luz blanca crecía hasta consumirlo por completo. La luz crepitó, arrancando un grito de rabia al trull. Al segundo siguiente, el trull cayó al suelo en un montón de carne quemada hasta que no quedó más que un montón de cenizas.

Exhalé un suspiro.

—Ya está. No ha sido tan difícil.

Algo duro me golpeó en la espalda justo cuando me asaltó el dolor agudo de los dientes perforándome el cuero cabelludo.

¿Dientes perforándome el cuero cabelludo?

—¡Ah! —solté un chillido femenino mientras agarraba algo frío y resbaladizo —mientras intentaba no asustarme más— en la nuca. Me lo arranqué y lo tiré.

Luego levanté la mano y sentí un líquido caliente donde la cosa había hundido sus dientes en mi cabeza.

La cosa que tiré... bueno, era una cosa, una cosa demoníaca. Pequeña, del tamaño de un gato doméstico, pero donde un gato era adorable y exótico, esta criatura era todo lo contrario.

Sus ojos negros eran antinaturalmente demasiado grandes para su cabeza, y tenía un cuello largo y orejas de murciélago. Tenía una nariz corta sobre una boca llena de dientes. Su pelaje, bueno, tenía mechones de pelo negro infectado de mugre sobre su piel verde oscura. Sus patas terminaban en afiladas garras amarillas. Y a diferencia de un gato, no tenía cola.

Un demonio gremlin.

Nunca me había encontrado con uno. Solo había visto una foto en

algún sitio que no recordaba.

Mi cuero cabelludo palpitaba donde el gremlin había tomado un pedazo.

—Me has mordido, mierdecilla.

El gremlin se puso a cuatro patas y me siseó, como un gato, pero más grave y espeluznante.

Sin perder de vista al pequeño bastardo, volví a recurrir a mi luz estelar, apunté con la mano y...

Tropecé hacia delante cuando algo volvió a golpearme en la espalda. Algo no. *Varias cosas*. Y luego la parte trasera de mis muslos. La cintura. Y, por supuesto, otra vez la cabeza.

Miré hacia abajo, a los demonios gremlin aferrados a mis piernas, abriendo la boca mientras hundían sus dientes en mi carne.

Vale. Ahora iba a tener un ataque de locura femenino. La idea de pequeños dientes y garras sobre mí era horrible, lo admito. Ya está. No era tan fuerte todo el tiempo. A veces necesitaba un buen ataque de locura.

Grité al sentir los dientes hundiéndose en la carne de todo mi cuerpo. Parpadeé cuando una forma verde se lanzó hacia mí desde el techo y aterrizó en mi hombro.

—¡Suéltame! —grité de nuevo, agarrando al gremlin por el hombro y lanzándolo tan lejos como pude. Pero no importaba. Tenía otros seis enganchados a mí, con sus dientes y garras desgarrándome la piel.

Presa del pánico, agarré a los gremlins y los aparté de mí lo más rápido que pude, sin esperar a que sus garras me acuchillaran o clavaran sus dientes en mi carne. Resbalé con algo húmedo, posiblemente sangre o algo aún más asqueroso. Un gremlin del suelo me siseó, dispuesto a saltar, pero lo esquivé y le di una patada en la cara.

El hecho era que estaba perdiendo. ¿Qué demonios iba a hacer ahora?

La sangre me retumbaba en los oídos mientras giraba. Entonces me lancé de espaldas contra la pared, escuché el crujido de los huesos y sentí cómo soltaba los dientes al liberarse de mi peso.

Me estremecí.

—Qué asco.

Grité de dolor ante lo que sentí como veinte agujas que me perforaron el cuero cabelludo de nuevo y como si me cortaron las orejas. Se me humedecieron los ojos, levanté la mano y le di un manotazo con la que tenía libre, y golpeé algo sólido —un gremlin— y el dolor cesó. Me froté la parte superior de la cabeza con la mano y los dedos volvieron a estar resbaladizos de sangre.

—No me pagan lo suficiente por esta mierda —Iba a hablar seriamente con Basil sobre un aumento.

Una puerta a mi izquierda se abrió de golpe y un adolescente con la cara llena de granos se me quedó mirando, boquiabierto y con los ojos muy abiertos.

—¡Cierra la puerta! —le aullé y me encogí al sentir más dientes clavándose en mis muslos.

Apreté los dientes mientras unas pequeñas manos con garras me recorrían la cara. ¿Cuántos tenía encima? ¿Diez? ¿Veinte? No tenía ni idea.

Pero no podía seguir haciendo lo que estaba haciendo. Cuanto más me los quitaba de encima, más parecían lanzarse sobre mí.

Si no hacía algo rápido, estos pequeños bastardos iban a masticarme hasta la muerte. O, como mínimo, cegarme sacándome los ojos.

Solo me quedaba una cosa por hacer. Solo lo había hecho una vez, pero no me habían dejado otra opción.

Con el corazón agitado, respiré hondo e invoqué la energía mágica generada por el poder de las estrellas. Sentí un tirón en mi aura cuando respondió.

Pero esta vez no la liberé. La mantuve conmigo. Dentro de mí.

Respiré hondo cuando una sacudida de poder giró y desbordó mi núcleo hasta mi aura. La magia rugió. Se me escapó un jadeo y la energía de las estrellas me inundó. El torrente era embriagador, y entonces estalló una luz brillante.

La magia de la luz de las estrellas corrió a mi alrededor y a través de mí en una fuerza cinética invisible.

La luz brillante era todo lo que podía ver mientras me consumía. Era una estrella, una estrella brillante. Y como una estrella, ardía en energía.

A los gremlins no les hizo ninguna gracia.

Chillaron de dolor cuando el poder de la luz estelar retumbó en mí. Oí una repentina inhalación colectiva de pequeñas bocanadas de aire y los gremlins cayeron al suelo como avispas rociadas con insecticida.

Solté la luz de las estrellas con un suspiro y parpadeé bajo la luz brillante hasta que se disipó y pude volver a ver el pasillo.

Me quedé mirando, respirando agitadamente por un momento e intentando ver si alguno de los gremlins se movía. Pero lo dudaba, dados los crujientes montones de carne carbonizada que quedaban de sus cuerpos. La luz de las estrellas se había encargado de eso. Los gremlins no volverían a moverse.

Miré una marca de quemadura en la alfombra a mis pies. Sí. Yo había hecho eso. Era una de las razones por las que no usaba la luz de las estrellas de ese modo. Tendía a quemar lo que estuviera cerca de mí.

—¿Leana? ¿Dónde está tu ropa?

Y mi ropa era parte de dichas cosas: una de las principales razones por las que no usaba la luz de las estrellas conmigo misma.

Levanté la vista y vi a Elsa, Julian, Jade y Jimmy saliendo del ascensor. Elsa tenía a Jimmy en brazos y la risa en los ojos.

Fantástico. Aquí estaba yo con mi traje de nacimiento a la vista de todos.

La sonrisa de Julian me hizo arder la cara.

—Qué bonito —me miró fijamente de una forma que la gente normal no lo haría. Y luego aplaudió. Aplaudió de verdad.

Yo estaba en el infierno.

Jade se tapó la boca con las manos, pero no sirvió de nada para ocultar los sonidos ahogados de la risa.

Lo único en lo que podía pensar era en dar gracias a Dios por haberme depilado la zona del bikini y por no haber estado como una primitiva, como en los últimos ocho meses. Porque *eso* habría sido vergonzoso.

Pasé un brazo por encima de las bubis y apreté las piernas.

—¿Pueden darme algo de ropa, por favor?

CAPÍTULO 20

Me desperté unas horas más tarde con una migraña infernal, que se produjo cuando usé la luz de las estrellas sobre mí, y con arañazos y marcas de mordiscos en aproximadamente el 60 por ciento de mi cuerpo. No era algo bonito a la vista. Tenía la cara hinchada y roja por las garras y los dientes venenosos de los gremlins, esos pequeños bastardos.

—Deja de moverte. ¿Quieres que te ayude o no?

Me senté en una silla en medio de la cocina, llevando solo sujetador y ropa interior, y me quedé mirando a la generosa mujer de mejillas rojas y ojos verdes brillantes, que llevaba una tradicional chaqueta de cocinera blanca y manchada, un tanto ajustada por el medio. Llevaba coletas rubias bajo un toque blanco y una sonrisa contagiosa, aunque en ese momento me estaba mirando fijamente.

—Lo intento —le espeté—. Quema —Señalé el bote grande de una sustancia rosa que parecía Pepto-Bismol que tenía en la mano izquierda. Me estaba untando la sustancia con una brocha de pastelería.

Polly, la curandera, frunció los labios.

—Es un ungüento curativo. No duele. Deja de quejarte. ¿O quieres que parezca que te has caído de bruces en un nido de avispas?

Jade resopló.

—Sí que lo pareces.

Exhalé.

—Vale. Vale.

—Tengo que ver esto —Julian apareció por el salón con un bocadillo de pollo en la mano. No me molestó ni un poco que estuviera medio desnuda delante de él. Ya me había visto en pelotas.

Polly soltó una risita mientras me pintaba cuidadosamente la cara, las orejas, el cuello y partes del cuero cabelludo con su ungüento cicatrizante rosa.

—Huele a caca —le dije.

—Y funciona de maravilla —replicó ella.

Y tenía razón. Ardió durante medio segundo y después sentí una agradable sensación de frescor. Pero no se lo iba a decir.

—Bien, levántate y abre las piernas —ordenó Polly, moviendo el cepillo en sus manos.

—¿Qué? —grité, mortificada. ¿Qué demonios era esto?

—Solo bromeaba —dijo la curandera. Jade se echó a reír y yo la

miré mal—. Pero necesito que te pongas de pie. Veo muchas marcas de dientes en la parte posterior de tus muslos. Tienes suerte de que no te hayan hecho más daño. Es un milagro que hayas salido con vida. Los demonios Gremlin son como pirañas. Caes en un grupo de ellos y quedará solo tu esqueleto.

Después de estar de pie otros veinte minutos mientras Polly terminaba de untarme con su ungüento, se echó hacia atrás y dijo orgullosa:

—Ya está. Mi mejor trabajo hasta ahora.

—Bueno —no sabía qué decir—. Gracias.

Polly sonrió, tan genuina y gloriosa que me vi obligada a devolverle la sonrisa.

—Vale —se golpeó las manos y miró alrededor de mi apartamento —. ¿Quién es mi próximo paciente?

—Yo.

Me giré lentamente para ver a Jimmy acercándose a nosotros. Tenía la cola doblada y las orejas hacia abajo. Parecía abatido.

Mi corazón se hundió por completo al verlo. Ya era bastante malo que estuviera atrapado para toda la eternidad en el cuerpo de un perro de juguete. ¿Pero un perro de juguete roto? Eso dolía.

—Aquí está la rueda rota —Elsa se movió y colocó una rueda de madera sobre la mesa. Luego se agachó, levantó a Jimmy y lo puso sobre la mesa.

Polly metió las manos en su chaqueta de chef y sacó lo que parecía una pistola de pegamento. Cómo cabía en su chaqueta era realmente un misterio, y tenía la sensación de que su chaqueta tenía bolsillos profundos o algo así.

—No te preocupes, Jimmy —dijo Polly mientras golpeaba el estómago contra la mesa y se apoyaba en los codos—. Volverás a rodar enseguida.

Jimmy permaneció en silencio, lo que solo me hizo sentir peor. ¿Quién sabía lo que pasaba por su cabeza? Recé a la diosa para que Polly pudiera curarlo.

Vi cómo la curandera rociaba la rueda rota con una sustancia del color del arco iris que brillaba con la luz, parecida al polvo de hadas. Después, colocó con cuidado la rueda sobre el eje y echó un poco más de la sustancia viscosa de color arco iris mientras murmuraba un conjuro en voz baja. Tras un destello de luz y un suave estampido, volvió a dejar a Jimmy en el suelo.

—Ya está —dijo mientras se enderezaba—. Como nuevo.

Jimmy rodó unos metros hacia delante, probando su nueva rueda... o mejor dicho, su vieja rueda, que ahora estaba arreglada.

—Gracias, Polly —dijo, con voz agradecida, pero también con cierta tristeza.

—El placer es mío, cariño —dijo Polly mientras se enjugaba la frente con la mano libre.

Se me hizo un nudo en la garganta al ver cómo Jimmy se alejaba rodando y salía por la puerta abierta de mi apartamento para desaparecer por el pasillo.

Polly vio algo en mi cara.

—Se pondrá bien.

—¿De verdad? —esa no fue la sensación que tuve—. Pareces muy hábil con esa cosa. ¿Hay algo que puedas hacer para quitarle la maldición? —estudié a Polly mientras volvía a guardar su pistola de pegamento mágico en los grandes bolsillos de su bata de chef. Me pregunté qué más habría allí.

Polly sonrió.

—Gracias. Lo tomo como un cumplido de una Bruja de Luz Estelar. Sí. Lo sé todo sobre ti —perdió parte de su sonrisa con un suspiro—. Por desgracia, la maldición sobre Jimmy no se puede deshacer. Al menos, no con las herramientas que poseo. No creas que no lo he intentado a lo largo de los años. Lo he intentado. He contactado con mis amigos curanderos y con algunos de las brujos más poderosos de la Costa Este. Ninguno de nosotros pudo quitar la maldición.

—¿Quién puede? —No iba a dejarlo pasar. Algo en maldecir a aquel hombre hasta convertirlo en un perro de juguete como idea de alguien de una broma de mal gusto me hacía hervir la sangre.

Polly parpadeó y dijo:

—La que lo maldijo es la hechicera Auria. Y antes de que preguntes, nadie la ha visto ni ha oído hablar de ella en más de sesenta años. Creo que está muerta.

No lo creí ni por un minuto. Y en ese momento, me prometí que encontraría a esa hechicera y arreglaría las cosas para Jimmy.

—Bueno, si no hay nada más, tengo que volver a la cocina —dijo la bruja cocinera.

—Gracias, Polly —Elsa la abrazó.

—Sí, gracias —le dije mientras ella se despedía con la mano y se encaminaba hacia la salida.

Curiosa, entré en mi habitación y fui directo al espejo que colgaba de la pared, esperando ver mi cara con vetas de espesa crema rosa, pero no había nada. Mi piel había consumido el ungüento de Polly, o se volvía invisible al cabo de un rato. Aun así, los arañazos y las marcas de mordiscos de mi cara eran mucho menos visibles y ya se estaban curando. Algunas me di cuenta de que habían desaparecido por completo, sin dejar ni rastro de cicatriz. Vaya. Basil no bromeaba. Polly era una curandera increíble.

Cogí un par de jeans limpios, una camiseta y una chaqueta, y metí mis pies en un par de botas cortas y planas. Luego me recogí el pelo

en un moño desordenado en la parte superior de la cabeza antes de salir de mi dormitorio.

—¿A dónde vas? —Elsa tenía las manos en las caderas—. No creo que debas ir a ningún sitio ahora. Necesitas descansar. No debes esforzarte demasiado después de lo que pasó anoche. Te *atacaron* unos demonios.

—Estoy perfectamente bien —Cogí mi bandolera del perchero del pasillo y me la colgué del cuello—. Necesito hablar con Basil. Quiero saber qué planea hacer con el hotel —respondí.

Anoche, después de que Jade y Elsa me encontraran ropa de repuesto, había registrado el resto de la duodécima planta y descubrí otra Grieta. El portal parecía estar cerrado, pero eso no significaba que no hubiera más portales por todo el hotel.

Los huéspedes estaban en peligro. Con el número de cadáveres que seguía aumentando, no podían estar en el hotel mientras los demonios campaban a sus anchas. No hasta que atrapara al culpable. No me gustaba, pero Valen era el único sospechoso en este momento, y tenía que detenerlo.

Jade entró en el pasillo, con un sándwich de queso a la plancha en la mano.

—Hola. Al parecer, la mayoría de los huéspedes huyeron del hotel anoche. Solo quedamos nosotros, los inquilinos. He oído que el señor y la señora Swoop del apartamento trece cero tres también se fueron. Será un Baile de Medianoche que no olvidaremos pronto.

El hecho de que la mayoría de los huéspedes se hubieran marchado era una buena noticia. Pero para mantener a todos a salvo, el hotel tuvo que evacuar a todos. Incluso a nosotros, los inquilinos.

—Volveré más tarde.

Dejé a mis amigos en mi apartamento y bajé en ascensor a la planta principal. Me dolían los muslos de tanto subir anoche, pero aparte de eso, me sentía bien. Polly hacía milagros.

—¿Todavía estás aquí? —se burló Errol cuando pasé por delante de la recepción—. Pensé que ya te habían despedido. Ni siquiera puedes hacer tu trabajo. Y ahora ha muerto más gente. Deberíamos pedir un reembolso.

Me enfurecí, pero me callé y me dirigí al despacho de Basil, a la derecha de la recepción. No tenía tiempo ni energía para lidiar con gente estúpida.

—Basil... —llamé y empujé al mismo tiempo—. Necesito hablar contigo —Parpadeé y me quedé mirando el escritorio y la silla vacíos. Su teléfono fijo estaba descolgado y el auricular colgaba del escritorio como si alguien lo hubiera dejado caer y se hubiera olvidado de volver a colocarlo. A primera vista, pensé que no estaba, pero entonces, el suave gemido atrajo mi atención.

Basil estaba sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la pared. Y en la mano tenía una botella de bourbon medio vacía.

—Estoy acabado —dijo el pequeño brujo, arrastrando las palabras mientras sus ojos inyectados en sangre me miraban sin fijarse en nada. Tenía la cara roja y manchada, y un aspecto infernal.

Me acerqué más.

—¿Has estado bebiendo toda la noche?

—Nunca volveré a ser gerente —balbuceó el brujo—. Tantos muertos. Muertos. Muertos. Muertos.

Exhalé, sacudiendo la cabeza.

—Escucha, puedes culparte todo lo que quieras, pero tienes que dejar de hacerte el idiota. Todavía hay gente en el hotel. Y mientras haya gente aquí, sus vidas corren peligro. ¿Basil? —Me pregunté si el brujo podría comprender lo que estaba diciendo o si estaba malgastando mi aliento.

Se le escapó una lágrima.

—Se han ido. Los huéspedes se han ido.

—No todos. Y los inquilinos siguen aquí. Bueno, la mayoría.

Basil soltó una carcajada falsa y levantó su botella.

—¿Qué quieres que haga? Me odian. Todos me odian. Soy el hazmerreír de Nueva York. El peor gerente de la historia del Hotel Twilight —Sus ojos errantes finalmente se posaron en mí—. Van a cerrar el hotel —Tuvo un hipo y luego dijo—: Recibí la llamada esta mañana. En una semana. El Hotel Twilight ya no existirá.

Puse los ojos en blanco.

—Me encantaría unirme a ti en esta fiesta de lástima, pero tengo un trabajo que hacer. Y es asegurarme de que los huéspedes e inquilinos que quedan abandonen el hotel con vida. Ya no es seguro para ellos.

Basil pellizcó la cara como si estuviera luchando para hacer un pensamiento coherente en su mente ebria.

—¿Qué quieres?

—Tienes que evacuar a todos en el hotel. Cuanto antes, mejor.

El brujo parpadeó un par de veces y yo esperé unos segundos a que la información calara en una mente ebria.

—¿Qué? ¿Quieres que obligue a todo el mundo a salir?

—Sí, quiero. No es seguro. Pueden encontrar otro hotel, tal vez incluso un hotel humano por ahora.

Basil me miró como si hubiera perdido la cabeza.

—Los inquilinos. ¿A dónde irán?

Me froté los ojos.

—Ni idea. ¿Qué tal si tú y Raymond trabajan en eso? También puedes pedirle apoyo a Errol. No tendrá mucho que hacer ahora que la mayoría de los huéspedes se han ido. Mira a ver si pueden

encontrar alojamiento temporal por ahora.

Diablos, eso me incluía a mí también. No creía que a Elsa, Jade y Julian les hiciera gracia buscar un nuevo lugar donde vivir con tan poco tiempo de aviso. Y eso me dejaba a mí en la misma situación. Pero no iba a ir a ninguna parte hasta que pusiera fin a esta locura.

—Volveré para ver cómo estás —le dije al brujo borracho—. Primero tengo que hacer algo.

La cabeza de Basil se quedó entre una sacudida y un asentimiento.

No tenía tiempo de ocuparme de él ahora. Tenía que ocuparme de algo más importante.

Iba a confrontar a Valen con lo que sabía. Me había cansado de esperar.

CAPÍTULO 21

La tensión me subió mientras me dirigía al restaurante. Apreté y aflojé las manos, intentando liberarlas de la tensión. No iba a ser un encuentro agradable con el dueño del restaurante.

Estaba nerviosa. Una parte de mí odiaba lo que estaba a punto de hacer, pero no tenía elección.

No ayudaba el hecho de que siguiera repitiendo nuestro baile de anoche, lo cerca que me tenía, cómo olía, sus ojos oscuros e hipnotizadores y cómo me hacía sentir. No iba a mentir. Lo deseaba. Y mucho. Algo en él me atraía y quería saber más de él. Quería más.

Me concentré principalmente en cómo se ponía tenso cuando le preguntaba sobre su lado paranormal, su raza, y cómo ese tema le incomodaba casi físicamente. Y luego la parte en la que se fue tan pronto empezaron los ataques demoníacos.

No sabía si era porque quería ocultar las pruebas, aunque no podía ser eso, ya que encontré elementos del ritual y la Grieta cerrada en una de las habitaciones de los huéspedes. Tal vez quería desaparecer para que nadie sospechara que tenía algo que ver con todo esto.

Respirando hondo, abrí la puerta de un tirón y entré en el restaurante de Valen. Aunque eran poco más de las once de la mañana, la iluminación era tenue, lo que mantenía el ambiente íntimo y relajado. Algunos clientes estaban sentados en las mesas, almorzando temprano. Miré a un camarero que balanceaba platos llenos de comida mientras se abría paso entre el laberinto de mesas y sillas.

Pasé junto al puesto de la anfitriona y me dirigí hacia la parte trasera del restaurante, cerca de la cocina, donde sospechaba que encontraría su despacho. El corazón me latía con fuerza todo el tiempo, como si hubiera trotado hasta aquí.

No creía que alguien como Valen viniera voluntariamente a mí para que los agentes del Consejo Gris aparecieran y luego se lo llevaran a una de sus celdas de detención mientras esperaba su juicio. Era la parte del trabajo que más odiaba y sabía que tener un compañero me habría venido bien. Pero siempre había trabajado sola.

Además, si no él no venía voluntariamente, el hecho de que fuera de día hacía que mi magia de las estrellas fuera más vulnerable. Si era tan poderoso como creía, iba a necesitar refuerzos.

Maldición. Debería haber pedido ayuda a mis nuevos amigos. Pero no les había contado todo lo que había descubierto sobre Valen. Dudé

un momento, pensando en marcharme allí mismo para volver cuando tuviera más ayuda conmigo, pero ya estaba aquí. Tampoco estaba segura de que estuvieran tan dispuestos a ayudarme con este lío. Y eso era precisamente lo que era: un lío.

La idea de que estuviera detrás de las Grietas me dejó un sabor amargo en la boca.

Vi un pasillo corto con dos puertas a cada lado. Debía de ser aquí.

—¿Puedo ayudarte?

Me giré al oír la voz y vi a la anfitriona del restaurante de pie detrás de mí con el ceño fruncido de preocupación en su bonita cara. La reconocí de las muchas veces que había venido a comer aquí con mis amigos. Me había dicho su nombre, pero no podía recordarlo.

—Sí. Busco a Valen.

La anfitriona seguía mirándome con desconfianza.

—No está aquí —cruzó los brazos sobre el pecho.

Me di cuenta de que no quería decir voluntariamente dónde estaba. Me estaba dando una sensación de sobreprotección. Eso o que le gustaba y pensaba que yo era competencia.

—¿Sabes cuándo volverá? Es importante que hable con él.

—¿Sobre qué? Quizá pueda ayudarte —La anfitriona no dejaba de mirarme. Sí, definitivamente algo estaba pasando entre los dos.

—Es un asunto privado —Vi que sus ojos se abrían de par en par ante mi comentario—. ¿Tienes un número de teléfono de él? —Tenía que intentar que viniera a verme de alguna manera.

Al oír eso, la recepcionista del restaurante pareció animarse un poco.

—Lo siento. Pero no le doy el número de Valen a desconocidos.

Fruncí el ceño.

—No soy una desconocida. Me has visto aquí varias veces. Y he hablado con él —Le dediqué una sonrisa—. Incluso se podría decir que somos amigos —Sí, eso era una posibilidad remota, y por el entrecerramiento de sus ojos, supe que no se lo creía.

—Puedes volver esta tarde y ver si está aquí —La anfitriona se marchó sin decir nada más.

Quizá Elsa o Jade tuvieran su número. Incluso se lo pediría a Julian. Sí, tendría que contarles lo que sabía de él, pero no podía esperar más. Valen estaba vinculado a los demonios del Hotel Twilight, e iba a averiguar cómo.

Salí a la acera a la luz del sol, sorteé a unos cuantos humanos y me dirigí al hotel. El exterior de piedra caliza del hotel resplandecía bajo el sol. Ahora podía verlo. El hechizo que lo había hecho invisible para mí solo había ocurrido una vez. Y entonces Valen había aparecido convenientemente. ¿Era él quien estaba detrás de eso también? Posiblemente.

La idea de que tal vez la anfitriona sabía dónde estaba Valen y no lo diría surgió en mi cabeza. Sí, definitivamente sabía dónde se escondía el hombre bestia. Y entonces me di cuenta de que tal vez estaba en su oficina. Por otra parte, tal vez ella solo quería que yo pensara que se había ido cuando estaba dentro del restaurante.

Sí, me engañó. Hizo que me lo creyera. Pero yo la descubrí.

—No has visto lo último de mí —murmuré.

Tomando la decisión en una fracción de segundo de volver al restaurante, me di la vuelta...

Algo me golpeó en la nuca. Manchas negras empañaron mi visión y caí de rodillas. La agonía me apuñaló en la cabeza mientras picos de hielo se clavaban en ambas sienes. Me estremecí y me doblé. Dios mío. Me dolía.

Unos dedos me agarraron la nuca, me levantaron y me arrastraron. Mi visión oscilaba entre el negro, lo borroso y el peligro de desmayo. Pero no podía hacer nada. Mi cuerpo y mis extremidades colgaban como una marioneta sin vida.

Al cabo de un momento, salí despedida y aterricé sobre algo duro: el pavimento, estaba bastante segura. Me palpitaba la cabeza, como si me hubieran abierto el cráneo por detrás, y un líquido caliente me rezumaba por la nuca.

—Maldita zorra —dijo una voz que conocía demasiado bien—. Pensaste que no te encontraría. Pues te encontré. Te encontré, joder.

Giré la cabeza lentamente por el martilleo detrás de los ojos mientras me esforzaba por enfocar a mi ex marido, que no era más que una forma.

—¿Martin? —Una oleada de náuseas me golpeó, giré la cabeza y vomité.

La forma se cernía sobre mí.

—¿Sabías que tuve que operarme después de lo que me hiciste? Una cirugía para arreglar mi polla.

Sabía que algún día pagaría por mi locura. Solo que no sabía que sería tan pronto. Y el bastardo me había engañado varias veces a lo largo de los años. Yo lo llamaría un intercambio justo.

Escupí y abrí la boca para decirle exactamente eso, pero me dio una patada en el estómago. Se me escapó la respiración mientras rodaba por el duro pavimento. Me ardían las costillas. Sí, me había roto algunas con esa patada. Las lágrimas cayeron por mi rostro y levanté la vista hacia la figura con la que había estado casada durante todos aquellos años, sin reconocer a la persona que estaba de pie junto a mí. Sabía que se había convertido en un cabrón. Supongo que no sabía hasta dónde llegaba esa bastardía.

—Me has humillado —siseó Martin, aunque no podía verle la cara con claridad, podía imaginarme la furia—. Estás muerta. Te dije que

te mataría.

Se inclinó hacia mí, pero antes de que pudiera reaccionar, su puño tocó mi cara. El dolor estalló cuando mi cabeza se echó hacia atrás. Saboreé la sangre y el dolor. Esto no iba bien.

—Me da igual que seas una bruja —dijo Martin por encima del ruido blanco que golpeaba mis oídos—. Estás muerta, perra. ¿Y el divorcio? ¿Crees que olvidaría lo que me hiciste porque le pagaste a alguien para divorciarte? Jamás. Vas a pagar por eso. Y bien pagado.

Rodé sobre mi costado, tratando de aclarar mi visión doble, pero no funcionó.

—Te hice lo que te merecías —Vale, probablemente no era lo mejor que podía decirle a alguien que intentaba matarme a golpes, pero no podía evitarlo.

La forma de Martin retiró la mano y me preparé para recibir un revés. Las estrellas estallaron en la parte posterior de mis párpados cuando la oscuridad se abalanzó sobre mí. Sentí el mismo dolor, pero más intenso. Todo se apagó y se instaló la oscuridad.

No supe cuánto tiempo estuve inconsciente, pero cuando desperté del dolor punzante que sentía en el cuello, no podía respirar. Parpadeé y vi una versión borrosa de la cara de Martin.

El pánico me invadió. Golpeé y tiré de su mano alrededor de mi cuello, intentando separar sus dedos, pero era como intentar doblar acero con mis manos. Su agarre era férreo.

Me iba a desmayar otra vez. Sabía que sería mi muerte. Tenía que hacer algo, y tenía que hacerlo rápido.

El pánico era demasiado profundo. Me desconcentraba. Aun así, cerré los ojos y saqué mi voluntad, llamando a las estrellas. Y no pasó nada, solo el constante latido en la cabeza y las costillas, junto con la certeza de que Martin iba a matarme.

Por encima del martilleo de mis oídos, oí la aguda respiración de Martin. Su agarre disminuyó y caí al suelo.

—¿Qué coño eres? —dijo Martin con voz aterrorizada, aguda y llena de miedo. Nunca le había oído hablar así. Ni siquiera cuando le rompí su pequeño pipí.

¿Con quién estaba hablando? Levanté la cabeza, pero solo vi formas: una pequeña y otra enorme. ¿O era un árbol? No tenía ni idea.

Oí el sonido repentino de puños golpeando la carne y entonces la forma de Martin, lo que yo creía que era Martin, voló por los aires, seguida del horrible sonido de huesos crujiendo al chocar contra el lateral de algo. Tal vez un edificio... o un auto.

¿Martin estaba muerto? ¿Quién lo había hecho?

Una gran figura se cernía sobre mí, pero estaba demasiado herida y asqueada para asustarme. Si iba a matarme como a Martin, bueno, adelante. Tal vez entonces el dolor cesaría.

Algo áspero se deslizó debajo de mí, y lo siguiente que supe fue que estaba flotando. Entonces algo cálido y suave estaba debajo de mí como un edredón de cuero. El olor a sudor y almizcle mezclado con algo más me llenó. Un momento. Ya había olido ese aroma antes.

—Te vas a poner bien. Ya estoy aquí. Te tengo.

Moví mi cara hacia el sonido de la voz.

—¿Valen?

—Sí. Soy yo. Ya no puede hacerte daño. Cierra los ojos. Yo cuidaré de ti.

Traté de ver su cara, pero estaba borrosa y, como, cuatro veces su tamaño normal. Vaya, Martin me había golpeado muy fuerte. Y la voz de Valen también era diferente. Más profunda, no como antes, sino retumbante, más gutural y más fuerte, como si mi cabeza estuviera junto a un altavoz.

—Duerme —me tranquilizó Valen.

Y entonces, la oscuridad se apoderó de mí.

CAPÍTULO 22

Cuando volví a abrir los ojos, tuve otro episodio de pánico en toda su expresión. Estaba tumbada en una cama, un sofá o algo así. La habitación estaba a oscuras, excepto por la luz de una lámpara lateral. La cortina o las persianas o lo que fuera estaban cerradas. No olía a nada familiar, más bien a especias y un poco de almizcle. Este no era mi apartamento. ¿Dónde demonios estaba?

Los acontecimientos del día volvieron con un sobresalto.

Yo yendo a buscar a Valen. Martin tratando de matarme en un callejón. Y Valen otra vez. O quien yo *creía* que era Valen. Martin me había golpeado fuerte, así que podría haber sido Santa por lo que yo sabía. Posiblemente Batman.

Lo que sí sabía a ciencia cierta era que este no era mi apartamento.

Abrumada por los temblores de un miedo inquieto, intenté levantarme, grité y volví a tumbarme.

—Me duele.

—No tan rápido. Creo que tienes algunas costillas rotas.

El corazón me dio un vuelco en el pecho.

Valen se acercó sosteniendo lo que parecía una taza de té humeante. Él era el responsable de los demonios, el que yo debía llevar al Consejo Gris.

—¿Valen? ¿Dónde estoy? —Empecé a levantarme lentamente, esta vez para sentarme. Me di cuenta de que me cubría una manta preciosa, suave y cara, y de que tenía la cabeza apoyada en unas almohadas blandas. Me dolía demasiado intentar asimilar lo que estaba viendo y experimentando. Él era el malo. ¿De verdad era él?

—Mi casa. Justo encima del restaurante.

Me quedé mirando al hombre, la bestia, el brujo, lo que fuera, mientras me entregaba la taza humeante.

—¿Fuiste tú? ¿Tú me salvaste? —Me sentí un poco humillada de que me hubiera encontrado en ese estado, pero me sorprendió más que me hubiera ayudado.

—Bebe —ordenó, sin responder a mi pregunta.

Dudaba que fuera a envenenarme a estas alturas, así que cogí la taza.

—¿Qué es? —El olor que desprendía no era desagradable y podría haber sido a cítricos, quizá a jengibre.

—Hierbas curativas —respondió Valen—. Te ayudará con la contusión y las costillas. Te han dado una buena paliza.

Asentí con la cabeza, recordando el brutal ataque de Martin. Si Valen no hubiera intervenido, estaría muerta. ¿Por qué lo hizo?

Tomé un sorbo y me estremecí.

—Huele mejor de lo que sabe —miré a Valen y tenía una sonrisa en la cara—. ¿Qué le ha pasado a Martin? ¿Está muerto? —Odiaba a ese cabrón, más ahora después de lo que había hecho, pero no estaba segura de quererlo muerto.

Un músculo se crispó en su mandíbula.

—No está muerto. Pero ya no te hará daño —Se sentó en la silla de cuero junto a mí, inclinándose hacia delante hasta que sus antebrazos descansaron sobre sus muslos—. ¿Él quién es?

—Mi ex marido —dije, recordando la voz de Martin y el dolor que me infligió. El cobarde me había dado una paliza por la espalda. Levanté la mano y palpé una gasa donde Martin había asestado el primer golpe.

Me encontré con la mirada de Valen y la sostuve, consciente de que sus ojos oscuros estaban haciendo todo tipo de cosas en mi cuerpo.

—¿Por qué? ¿Por qué me has ayudado? —*Porque todos sabemos que estás detrás de los ataques demoníacos.*

Valen apartó la mirada de mí.

—Porque un hombre que golpea a una mujer no es un hombre. Es un cobarde. Es débil. Se merecía lo que le pasó.

Di otro trago y lo encontré más soportable cuanto más bebía.

—Se enfadó conmigo porque le rompí el pene cuando lo encontré en la cama con una de sus fulanas.

A Valen le brillaron los ojos y se le dibujó una sonrisa en la cara.

—Eso se merece un pene roto.

Sonreí, dándome cuenta de que de repente me sentía mucho mejor, un poco adormilada, pero mejor.

—Sí, bueno. Estaba molesta —exhalé, me llevé la taza a los labios y bebí el resto—. Debería haberlo dejado hace mucho tiempo. No era sano para ninguno de los dos.

Valen me quitó la taza.

—Las relaciones son complicadas —Se dirigió a la cocina, una ultramoderna cocina blanca con detalles metálicos.

Aproveché para echar un vistazo. Su apartamento era quizá tres veces más grande que el mío, con muebles contemporáneos de cuero varonil, pero acogedor, con grandes alfombras persas y mucha madera. También estaba inmaculado, y me pregunté si pasaba mucho tiempo aquí.

No vi fotos de su mujer ni de ningún otro tipo. Al menos no en el salón.

Valen volvió y se sentó en la misma silla.

—¿Llamo a alguien? ¿A un familiar? Tienes una fea roncha en la nuca. Deberías estar en cama un día o así.

—No tengo familia —balbuceé, con los ojos llorosos de solo pensarlo—. Mi madre murió hace casi dieciséis años. Nunca conocí a mi padre. Solo estoy yo.

—Siento oír eso.

—¿Qué había en el té que me diste? —Mis palabras salían confusas, como si hubiera bebido cuatro copas de vino.

Valen me miró a los ojos, su mirada era oscura e intensa.

—Una infusión especial que preparo para mí. Te cansará, pero te ayudará. Te lo prometo.

—Promesas, promesas —dije riendo. ¿Qué demonios me pasaba? Me estaba sintiendo demasiado cómoda con este tipo.

Ahora que estaba aquí, necesitaba que me respondiera a algunas preguntas antes de que lo que me había tragado no me permitiera decir frases coherentes. Mejor acabar de una vez.

—¿Qué hacías en la habitación 915? —Listo. Lo había dicho. Bueno, creo que lo había dicho, pero el té me hacía dudar de si lo había dicho en mi cabeza o si habían salido palabras de mi boca.

El hombretón me observó un momento, sus ojos se abrieron de par en par por un segundo, y entonces supe que no se había dado cuenta de que yo estaba allí con Jimmy. Luego sus ojos se volvieron distantes, y no podría decir si estaba tratando de idear una historia para darme o si no quería responder en absoluto.

—¿Me estás espiando? —preguntó Valen.

Oooh. Está tratando de responder a mi pregunta con una pregunta.

—Sí. Soy una Merlín. Es parte de mi trabajo espiar a todo el mundo —Tomé aire, haciendo lo posible por concentrarme—. Entonces, ¿por qué estabas allí?

—Alguien me avisó de un posible portal demoníaco —dijo el hombre bestia—. Vine a comprobar si era cierto.

Buena respuesta. Pero no le creí.

—¿Quién te dio el mensaje? —Oh cielos. Mis labios empezaban a entumecerse.

—Un huésped del hotel. Alguien que conozco y en quien confío.

Le miré a la cara.

—Entonces, ¿solo viniste a verificar? ¿Qué ibas a hacer si te enfrentabas a un demonio? —Tenía muchas ganas de que me dijera que era un brujo o un mago.

Valen frunció el ceño.

—Tengo formas de tratar con demonios y otros diablos del Inframundo.

Apuesto a que sí.

—¿Cómo lo haces exactamente?

Entrecerró los ojos.

—Puedes hacer tus preguntas, pero eso no significa que vaya a responderlas.

—¿Así que solo viniste a mirar y luego te fuiste sin avisarle a nadie de la Grieta? Eso no suena a alguien que quiera ayudar o se preocupe por los huéspedes del hotel.

Valen miró al suelo, con una sonrisa en los labios.

—¿Crees que yo hice eso? ¿Crees que dejé que los demonios entraran en el hotel y mataran a toda esa gente?

Intenté que el humor de su voz no me molestara. No, me molestó.

—Te vieron salir de la habitación nueve quince y no avisaste a la dirección. Ese es el comportamiento de alguien que oculta algo.

Valen se encogió de hombros.

—Se me había olvidado.

Me eché a reír. Totalmente poco profesional.

—Claro que sí.

El hombretón se echó hacia atrás en la silla.

—Yo no hice eso, Leana. Tienes que creerme.

Sacudí la cabeza.

—Me lo pones muy difícil —Quizá trabajaba para otra persona y él solo era el músculo.

Valen examinó mi cara.

—¿Y ahora qué? ¿Vas a arrestarme?

Sentí que se me abría la boca, y siguió temblando mientras intentaba cerrarla.

—Lo había pensado.

—¿Por eso has venido al restaurante a buscarme? —preguntó Valen.

Entrecerré los ojos.

—Entonces *estabas* allí. Lo sabía. La anfitriona del restaurante. Tu novia me mintió —Sabía que ocultaba algo.

El humor brilló en sus ojos.

—Simone no es mi novia. Solo hacía su trabajo.

—¿Y cuál es? ¿Follarse al jefe? —Oh, mierda. ¿Acabo de decir eso? Una chispa de celos se apoderó de mí al pensar en esa anfitriona y él haciéndolo en su oficina. Estaba claro que me estaba volviendo loca.

Valen se rio.

—Le pedí que no me molestaran. Necesitaba un rato a solas.

—¿Por qué te fuiste anoche durante el baile? —Vale, no tenía que hacer esta pregunta, pero me había estado quemando en el fondo de la mente desde que ocurrió—. Das la impresión de que te preocupas por los huéspedes. Nos habría venido bien que alguien como tú nos ayudara.

—Necesitaba comprobar algo —dijo Valen, dejándolo así.

Me quedé allí un rato, sin saber qué pensar de aquel hombre bestia. Estaba ocultando algo, más de una cosa. No solo ocultaba su verdadera naturaleza, sino también qué hacía en la habitación 915 y por qué había desaparecido anoche del baile. Sus respuestas no encajaban. Nada encajaba. Quería seguir incordiándole hasta que cediera, pero no estaba en condiciones de hacerlo. La cabeza ya no me palpitaba, pero estaba entumecida, y el repentino impulso de reírme se volvió abrumador mientras luchaba contra las ganas de dormir.

—¿Valen es diminutivo de Valentín? ¿Como San Valentín? —solté una carcajada.

La risa arrugó sus ojos. Tenía unos ojos tan bonitos.

—No. Solo Valen.

Levanté la mano para señalarle, pero no paraba de moverse, así que la volví a dejar caer.

—¿Intentas emborracharme? ¿Quieres aprovecharte de mí? —A estas alturas, estaba totalmente de acuerdo. Había pasado demasiado tiempo desde que había tenido un buen asalto con un arma amiga. Demonios, habían pasado años.

Aunque negó con la cabeza, su sonrisa decía lo contrario.

—No. Nunca haría eso. Si quisiera acostarme contigo, no lo haría mientras estuvieras... ebria.

Mis ojos se entornaron.

—¡*Sí* quieres acostarte conmigo! —Tómame, hombre bestia. Tómame. Tómame.

Valen se inclinó hacia delante hasta que sus rodillas rozaron el sofá.

—Creo que el té está haciendo efecto. Te sentirás mucho mejor en unas horas. Deberías descansar un poco.

Sabía que no debía dormir aquí, no con un posible invocador de demonios tan cerca. Él sabía que yo estaba tras él ahora. Tal vez sufriría el mismo destino que Eddie. Debería tener miedo. Debería estar aterrorizada y tratar de planear mi escape. Pero lo que fuera que había en ese té hacía difícil sentir algo más que somnolencia mezclada con algo de calentura.

Sentía los párpados como si fueran de plomo y me costaba un esfuerzo enorme mantenerlos entreabiertos.

Entrecerré los ojos para intentar ver a un solo Valen, porque ahora mismo eran dos. Le clavé un dedo en el pecho.

—Eres un hombre malo. Malo. Malo. Malo.

—A veces —me dijo con voz suave—. Deberías dormir un poco.

—Dormir, dormir, dormir —solté una risita y me costó parar cuando el motor se puso en marcha—. Ya sé... ¡vamos a desnudarnos! —Oh cielos. Ahí iba mi licencia de Merlín. Durmiendo con el enemigo.

Valen se rio.

—Eres rara, Leana Fairchild.

Justo cuando sentía el peso del sueño apoderarse de mí, sentí el roce de una mano sobre mi mejilla, suave y cariñoso, y luego no recordé nada más.

CAPÍTULO 23

Abrí los ojos y parpadeé en la oscuridad. El miedo difuminó los bordes de mi conciencia, y respirar hondo me ayudó a despejar la vista. Cuando mis ojos se adaptaron a la oscuridad, reconocí las paredes blancas y lisas, la pequeña habitación a la que me había acostumbrado y la ventana que daba a un rascacielos vecino. No era una gran vista. Pero era la mía.

Estaba en mi cama, en mi apartamento. ¿Pero cómo demonios había llegado hasta aquí? Me invadieron los recuerdos. Lo último que recuerdo es haber estado en casa de Valen y haberle dicho cosas bastante inapropiadas. El calor se apoderó de mi cara al recordar mis palabras. Su té tenía algo de verdad. Me había vuelto estúpida, pero él tenía razón. El dolor en las costillas era un dolor sordo manejable, y el dolor punzante de la parte posterior de la cabeza, donde Martin me había golpeado, era un sutil latido.

Aun así, ¿cómo demonios había llegado hasta aquí?

Balanceé las piernas sobre la cama, aliviada al comprobar que seguía con la misma ropa. Vi mi teléfono en la mesita de noche y lo revisé. El reloj marcaba las 9:13 p.m. Así que había dormido buena parte del día. Eso explicaba por qué me sentía tan descansada, pero no cómo aparecí mágicamente en mi cama.

Se oyeron voces al otro lado de la puerta de mi habitación. Sonreí. La pandilla estaba aquí. Qué bien. Tenía trabajo que hacer y necesitaba su ayuda.

Pero también me decía que Basil aún no había evacuado a los inquilinos.

Me levanté, sintiéndome sorprendentemente mejor de lo que hubiera imaginado. Tras el olor a café y los murmullos de voces que sospechaba intentaban no despertarme, entré en la cocina.

Elsa me miró, con sorpresa en los ojos.

—Oh. ¿Te hemos despertado? Intentábamos no hacer ruido. Pero ya sabes que Jade se emociona con facilidad y levanta la voz —Se sentó frente a Jade, con los dedos alrededor de una taza de café.

Jade la miró.

—Mi voz no se eleva cuando estoy emocionada.

—¿Ves? —señaló Elsa—. Acaba de hacerlo.

Jimmy rodó hacia mí.

—¿Cómo te sientes?

Levanté la mano y me palpé el moratón de la nuca.

—Mejor de lo esperado.

Jade se levantó de la silla, cogió una taza limpia y se sirvió café recién hecho.

—Toma. Toma un poco de cafeína. Te dará un buen empujón.

Cogí la taza.

—Gracias —Miré a mis nuevos amigos—. ¿Cómo he llegado aquí? —No recordaba haber entrado en el hotel, y mucho menos haberme acostado. Tenía la sensación de saber quién lo hacía, pero quería oírlo de ellos.

—Valen —respondió Jade, radiante—. Te llevó en brazos y todo —Una expresión soñadora se dibujó en su rostro—. Un hombre tan grande y fuerte, con unos brazos tan grandes y fuertes.

Sentí la cara como si la hubiera metido en un horno.

—¿Me trajo aquí? ¿En sus brazos? —Maldición, ¿así que todo el mundo había visto a Valen llevarme al hotel? Ahí iba mi reputación. Pero más aún era la confusión que sentía por el hombre bestia. ¿Por qué estaba siendo tan amable? Sobre todo después de haberle acusado de dejar entrar a los demonios al hotel.

—Y te llevó a la cama —dijo un sonriente Julian, levantando las cejas sugerentemente e inclinándose hacia atrás en su silla.

—Urgh —Cerré los ojos y me di una palmada en la frente. Aquello era humillante. Una bruja colgada y desmayada en brazos de su salvador, que también era —posiblemente— el malo de la película.

—No te avergüences —dijo Elsa—. Todas las mujeres paranormales de esta ciudad desearían haber estado en tu lugar.

—Y algunas de las casadas —rio Jade.

Suspiré. Valen era un hombre bestia complicado. No quería que me cayera bien. Pero estaba haciendo extremadamente difícil que no me gustara.

—¿Quién más vio eso? —Tenía que saberlo.

Jade se encogió de hombros como si no fuera gran cosa.

—No muchos. La mayoría de los huéspedes se han ido. Pero Errol, Basil y la mayoría de los que estábamos en el piso trece lo vimos.

Suspiré.

—Estupendo. Maravilloso.

—No te deprimas tanto —dijo Elsa—. Solo te ha cargado. No es para tanto.

—Lo es cuando eres una Merlín y estás inconsciente —Me hacía ver como si no pudiera hacer mi trabajo. Si Basil no me despedía después de esto, eso en sí mismo sería un milagro. Tal vez había estado demasiado borracho para darse cuenta.

Me removí en el asiento, recordando algunas de las cosas que le había dicho a Valen. Había sonado como una mujer cachonda de mediana edad. Le debía encantar verme así.

—¿Cuánto tiempo se quedó? —dije, preguntándome a qué otros aspectos humillantes de mi vida se habría visto sometido.

—No mucho —dijo Elsa—. Le ofrecimos café y se quedó hasta que se terminó la taza.

—¿De qué hablaron? ¿Habló de mí? ¿Qué dijo exactamente? —Sonaba más interesada en lo que pensaba de mí que en que fuera mi único sospechoso.

Jade aplaudió.

—¡Lo sabía! *Sabía* que te gustaba.

Mis labios se separaron.

—No me gusta —Más calor subió por mi cara.

—Claro que te gusta —Jade me miró a la cara—. Entonces, ¿por qué te estás poniendo roja?

—Porque tengo la tensión alta —le dije—. Todavía estoy un poco tensa después de lo que pasó.

La sonrisa de Jade me dijo que no se creía ni una palabra.

—Ajá.

—Hablamos de lo que te había pasado —dijo Jimmy, acudiendo en mi ayuda—. Cuando vimos que te llevaba así... bueno....

—Todos nos asustamos —dijo Jade.

—Sabíamos que había pasado algo terrible —dijo Elsa—. Exigí una explicación.

Julian perdió la sonrisa y vi que algo oscuro cruzaba su rostro.

—Al parecer, ¿te atacó tu ex marido? —El ceño fruncido de Julian me dijo que él también pensaba que los hombres que pegaban a las mujeres no eran hombres en absoluto.

—¿Se los contó? —Supuse que tenía que contárselo a alguien. Tenía sentido, ya que eran lo más parecido que tenía a una familia de verdad. Y sentí un calor en el vientre por el hecho de que realmente se preocuparan por mí. Todos ellos se preocupaban por mí, y tuve que parpadear rápidamente para ocultar las lágrimas traicioneras que amenazaban con saludar.

—Claro que sí —Elsa se acarició el medallón del cuello—. Cuando lo vimos contigo en brazos, bueno, puedes imaginarte la histeria que siguió.

—Le obligamos a contárnoslo —dijo Jimmy, moviendo la cola tras de sí—. Dijo que dejó a tu ex marido un poco hecho polvo y con razón —Parecía de mucho mejor humor que la última vez que lo había visto, y me alegré por ello.

—Sí. Me lo contó —Me acerqué a la mesa, cogí una silla y me dejé caer en ella—. Estaba todo un poco borroso. Verás, Martin, como todo un imbécil, me cogió por sorpresa y me golpeó en la nuca. No pude actuar ni pensar después de ese golpe. Me golpeó varias veces. Me desmayé. Creo que me arrastró hasta un callejón, pero no estoy

segura. Y luego me estaba asfixiando. Quería matarme. Todo porque le rompí el pene.

Sabía que no era la única razón. Martin estaba trastornado. Y había sentido que una vez que le había tomado el gusto a golpearme, no podía parar. Le gustaba. Y estaba segura de que habría seguido adelante si Valen no hubiera aparecido cuando lo hizo.

—¿Le *rompiste* el pene? —Jade me miró como si no estuviera segura de quién era—. ¿Fue un retorcijón? —Hizo un gesto con las manos como si estuviera abriendo un tarro de mermelada—. ¿O fue una *rotura*, rotura? ¿Como un dedo roto?

Asentí con la cabeza.

—Una rotura, rotura.

La sonrisa de Jade se ensanchó.

—Eres mi heroína.

Me reí, pero se cortó en seco por el gruñido de Julian. En ese momento sonaba como un hombre lobo.

—Yo habría hecho lo mismo que Valen —dijo el brujo—. Peor tal vez. Tipos así no merecen andar por las calles.

Jade se puso a mi lado.

—Y Valen te salvó. Es como en las películas, cuando el forastero fuerte, oscuro y silencioso salva a la chica. Tienes que admitirlo. Es romántico.

Quise decirle que ser golpeada casi al borde de la muerte no había sido romántico en absoluto, pero estaba tan contenta que decidí mantener la boca cerrada.

—Si Valen no hubiera aparecido cuando lo hizo —dije—, Martin me habría matado, y yo no podría haber hecho nada para detenerlo. Mi magia... bueno... no podía canalizarla. Si no me hubiera golpeado tan fuerte, podría haber escapado.

—No debería haberte golpeado —dijo Jimmy—. ¿Cómo te encontró?

Negué con la cabeza.

—No tengo ni idea. El hecho de que Martin me hubiera estado buscando por las calles de Manhattan me ponía los pelos de punta.

—Es culpa mía —el rostro de Elsa se volvió ceniciento—. Todo esto es culpa mía.

Me incliné hacia delante.

—¿De qué estás hablando?

La bruja apretó su medallón hasta que sus dedos se volvieron blancos.

—Escribí la dirección del hotel como tu dirección de reenvío en los papeles del divorcio. Vi que la habías dejado en blanco. Es que... no pensé.

—Oh —Maldita sea. Así que el cabrón sabía dónde encontrarme. Y

había esperado el momento perfecto para atacar.

—No pudo encontrar el hotel porque es humano —siguió Elsa—. No pudo verlo. ¿Cómo supo dónde encontrarte? A menos que vigilara esa zona durante días, esperando poder ver algo. No debería haber sido capaz de encontrarte.

—Pero me encontró.

A Elsa se le humedecieron los ojos.

—Lo siento mucho, Leana. Pudo haberte matado, lo que habría sido culpa mía.

Sentí que mi irritación desaparecía y era reemplazada por compasión. ¿Cómo podía enfadarme con una bruja que solo había intentado ayudarme a divorciarme de ese animal?

—No es culpa tuya. Te habría dicho que Martin era incapaz de hacer lo que hizo. Ni siquiera yo me habría imaginado que ese imbécil era un psicópata.

Ella asintió, pero sus ojos siguieron llorosos hasta que se le escapó una lágrima, y se la secó rápidamente.

Al menos ahora no tenía que preocuparme por cómo Martin había averiguado dónde vivía.

—No volverá —les dije a Elsa y a los demás, aunque me costaba creer mis propias palabras—. No después de lo que hizo Valen. Ojalá lo hubiera visto —Valen me dijo que Martin seguía vivo. Tenía la horrible sensación de que algún día volvería para terminar el trabajo, pero esta vez estaría preparada.

—Bueno, creo que le gustas a Valen —dijo Elsa, con la cara manchada de manchas rojas—. Siempre sé cuando a un hombre le gusta una mujer.

Jade soltó una risita.

—Claro que sí.

Elsa fulminó a la otra bruja con la mirada.

—Sí que sé. Es uno de mis dones. Cualquiera que tuviera cerebro se daría cuenta de lo mucho que le importabas. Te llevó a su casa, te curó, te medicó y luego te trajo a casa. Eso, para mí, suena como un tipo al que le gustas. No necesitaba hacer todo eso. Podría haber llamado a uno de nosotros. Habríamos ido a buscarte. Pero él *quería* hacer esto.

Sabía lo que estaba insinuando, pero no importaba. Si supieran lo que Jimmy y yo sabíamos, tal vez no se inclinarían tanto por esta fantasía suya.

Hablando de Jimmy, el perro de juguete me miraba con expresión de «Díselo o lo haré yo».

Me aclaré la garganta.

—Escuchen, tengo que decirles algo sobre Valen.

—¿Ya te lo has tirado? —Julian dio una palmada—. Ya lo sabía.

Por eso estás toda radiante. Te lo has tirado.

Más calor me subió a la cara.

—No. Algo que no les va a gustar.

—¿Qué? —dijeron Jade y Elsa juntas.

—La noche que encontré la primera Grieta en la habitación nueve quince, bueno, Valen estaba allí. Había estado en la habitación.

Jade se encogió de hombros.

—¿Y?

—Y, significa que él sabía de la habitación. Sabía lo que había allí. Significa que podría ser un brujo o un mago. Y que ha estado abriendo portales del reino de los demonios en el hotel.

Elsa me hizo un gesto despectivo con la mano.

—No me lo creo. Estar en una habitación no prueba nada. Podría haber estado allí para investigar, igual que tú.

—Sí —dijo Julian—. No estoy seguro de creerme que este tipo esté haciendo daño a la gente.

—Pero le vimos —dijo Jimmy—. Le vimos salir de la habitación.

—¿Lo sabías y no nos lo dijiste? —El ceño de Elsa se frunció de miedo.

—Le dije que no se los dijera —empecé, sin querer que Jimmy sufriera más de lo que ya había sufrido en las últimas horas—. No hasta que estuviera segura.

—¿Y ahora estás segura? —preguntó Jade—. ¿Porque le viste salir de una habitación?

—También se largó durante el baile cuando nos enteramos del ataque —dije, perdiendo parte de mi convicción anterior—. Lo admito. Tengo serias dudas —suspiré—. Ya no lo sé. Nada de esto tiene sentido —Y ahora, si no creía que Valen estaba detrás de lo de las Grietas, estaba de vuelta en el punto de partida. Básicamente, no tenía nada.

Julian negó con la cabeza.

—Valen no es tu sospechoso. Es reservado, y sí, no sabemos mucho de él, pero ¿por qué iba a hacer esto? No tiene ningún sentido. El tipo tiene un buen restaurante y se asegura de que sus clientes estén contentos. ¿Por qué mataría a la gente que come en su restaurante?

Tenía razón y me encogí de hombros.

—¿Tal vez para comprar el hotel a un precio más bajo una vez que esté cerrado? —Vale, ahora sonaba poco convincente. Mis teorías anteriores no cuadraban.

—Si no es Valen, y nunca creí que lo fuera —dijo Jimmy—, ¿entonces quién? ¿Quién está haciendo esto?

—Buena pregunta —La risa se derramó desde el pasillo, y al dar un vistazo vi a las gemelas corriendo más allá de la puerta—. ¿Cuántos inquilinos siguen aquí?

—Solo se han ido dos familias —dijo Jimmy, con la cabeza inclinada hacia la puerta—. Basil vino antes e intentó desalojarnos. Todos los demás se niegan a irse.

—Como nosotros —dijo Jade—. Yo no me voy.

—Yo tampoco —dijo Julian.

Elsa levantó las cejas.

—Los demonios tendrán que intentar eliminarme y ver qué pasa.

Aparté la mirada, pensativa.

—Así que los inquilinos se niegan a irse, incluso después de que se les haya hablado de los demonios. No ceden —Me sentí orgullosa de que no tuvieran miedo de lo que pudiera pasar, pero también temí por ellos. Pensé en todos los huéspedes del hotel, desde el primer piso hasta el último, y en lo tranquilo que iba a estar todo ahora.

Y entonces me golpeó como una pelota de béisbol en las tripas. Me levanté.

—¿Qué? —Elsa estaba de pie, frotándose el medallón antiguo—. ¿Demonios?

—Tendré que pillarlos con las manos en la masa —Una sonrisa curvó mis labios—. Prepararemos una trampa. Espero que me ayuden con eso.

—Claro que ayudaremos —dijo Elsa—. Pero, ¿cómo tenderás una trampa? No sabemos dónde ni cuándo aparecerá otra Grieta.

Mi corazón palpitó de emoción.

—Pero nosotros sí —Miré a mis amigos—. ¿Lo ven? No me había dado cuenta hasta ahora. Puede que no sea Valen, pero quienquiera que esté haciendo esto nos quiere a todos fuera. Tiene sentido. Hay un patrón. Las Grietas han estado subiendo todo este tiempo. Primero, la víctima estaba en el segundo piso, luego en el cuarto, y luego donde Eddie fue asesinado en el sexto piso. El noveno piso, y finalmente el duodécimo piso, la noche del baile. Están subiendo. Lo que significa...

—El nuestro es el último —dijo Jade, robándome las palabras de la boca, aunque palideció—. Los demonios van a atacar nuestro piso. Pero aquí hay niños. Ancianos —dijo y señaló a Elsa.

—Cuidado —gruñó Elsa—. Solo me llevas unos años de diferencia.

Tragué un poco de café, casi olvidando que aún sostenía la taza.

—Lo sé, y vas a mantenerlos alejados hasta que atrapemos a esos bastardos.

—No querrán irse —dijo Jimmy.

—Diles que no es permanente. Por lo menos que trasladen a los niños y a los ancianos a otro sitio. A algún lugar seguro.

—Mi amiga Janet los alojará unos días si se lo pido —dijo Elsa—. Está en Queens.

—Bien, gracias —dije. Esto se sentía bien, sólido—. No sé si volverán a atacar esta noche, pero lo harán pronto ya que todos

seguimos aquí —Eso si mi teoría era correcta, y querían el hotel vacío. Todavía no había averiguado por qué querían eso exactamente, pero no importaba. Lo que importaba era preparar la trampa correctamente.

—Entonces —dijo Jimmy mientras rodaba y luego se acomodaba cerca de mis pies—. ¿Cómo ponemos esta trampa? ¿Cómo vamos a hacerlo?

—Fácil —dije, sonriendo—. Nos usaremos como carnada.

CAPÍTULO 24

¿Cómo se tiende una trampa a alguien cuando no se sabe dónde estará en un hotel con demasiadas habitaciones? Ni idea, pero estaba a punto de averiguarlo.

Lo de intentar que los inquilinos se fueran sería inútil, incluso las familias con niños y los ancianos. Nadie se iba a mover.

—Esta es mi casa —dijo la bruja llamada Barb, con su camisón flotando alrededor de su cuerpo alto y delgado—. Y que me parta un rayo si dejo que algo tan trivial como un demonio me obligue a marcharme.

—Es por tu propia protección —le dije.

Me fulminó con la mirada y dijo:

—Oblígame.

Genial.

—Entonces, ¿cómo lo hacemos? —Jimmy me miró desde el suelo.

Me rasqué la nuca.

—Ni idea. Esperaba tener el piso trece despejado. Una guardia habría sido preferible. Pero ahora... bueno, tendremos que improvisar —Mi súper plan de atrapar a estos bastardos en el acto se estaba desordenando lentamente.

—A veces los mejores planes son los que se hacen de imprevisto —dijo el perro de juguete.

—Tal vez —Observé a las gemelas mientras robaban la cartera de Julian y corrían en círculos a su alrededor mientras el brujo intentaba arrebatarles la cartera, pero fallaba todas las veces—. Ni siquiera estoy segura de que ataquen de nuevo esta noche —Tal vez no lo harían ahora que todo el mundo parecía estar de fiesta en lugar de tomarse esto en serio.

—*Air Supply* es la mejor banda de soft rock del mundo —le decía Jade a otro hombre paranormal mientras sacaba la parte delantera de su camiseta con la imagen de dos hombres—. Tengo tres en diferentes colores.

Recorrí con la mirada el pasillo de la decimotercera planta, viéndolo como la primera vez que había pisado el hotel. Todas las puertas de los apartamentos estaban abiertas, los inquilinos entraban y salían de las habitaciones como si toda la planta fuera una casa gigante y cada habitación fuera una extensión de la suya propia.

Era un desastre.

—No están nada asustados —dije, observando cómo Elsa y Barb se

reían de algo que estaban compartiendo—. Deberían estar asustadas. Los demonios no son cosa para reírse. Esto es serio. Algunos podrían morir —Estaba claro que no creían que fueran a aparecer demonios. No. Estaban más interesados en tener una fiesta.

Mis pensamientos vagaban hacia un hombre bestia sexy que me había salvado de una paliza mortal. Estaba furiosa con Martin por lo que hizo. Furiosa y asqueada. Ni en un millón de años pensé que el hombre con el que llevaba quince años casada intentaría matarme en un callejón. El hecho de que me hubiera estado acechando me produjo un escalofrío.

Y Valen había sido mi caballero de brillante armadura.

El tipo era un misterio. No tenía que salvarme, pero lo hizo. Y si realmente era él quien estaba detrás de los demonios, habría dejado que Martin acabara el trabajo. Lo que solo reforzaba mi sensación de que el dueño del restaurante no era el culpable.

Se me erizó la piel al recordar cómo me abrazaba, con qué facilidad me había cargado y qué cálido y suave era su abrazo. Me había sentido segura en sus brazos. Había sido una sensación encantadora. Lástima que no hubiera durado mucho.

Sin embargo, no podía evitar la sensación de que había algo roto en Valen. Tenía tristeza en los ojos. ¿La muerte de su esposa? Tal vez tenía algo que ver con el hecho de que ocultaba su verdadera identidad. Su bestia o sus poderes de brujo. Tal vez nunca lo sabría.

Y tal vez debería dejar de pensar en él y centrarme en la tarea que tenía entre manos.

Dejé escapar un suspiro.

—Voy a revisar de nuevo todas las habitaciones.

—¿Quieres que vaya? —preguntó Jimmy.

Negué con la cabeza.

—No. Puedes vigilar aquí. Grita si ves algo.

Continué con mis rondas comprobando cada habitación, asegurándome de que nadie estuviera ocupado preparando un ritual para una Grieta. Pero cuanto más caminaba y revisaba las habitaciones, más me daba cuenta de que no sucedería. Al menos, no esta noche.

Entré en la habitación 1307.

—Hola, Félix, soy yo otra vez.

Félix levantó la vista de su silla y en su rostro arrugado se dibujó una sonrisa.

—Haz lo que quieras, chica —dijo y volvió a lo que estaba viendo en la televisión.

Arrugué la nariz ante el leve olor a col y asomé la cabeza al dormitorio. No había nada. Solo la misma cama y los mismos muebles que había visto la primera vez hace media hora. Solté un suspiro.

—Esto no tiene sentido

—¿Qué creen que están haciendo? —gritó una voz desde el pasillo —. ¡No pueden hacer eso!

Era Elsa. Y no sonaba contenta.

Salí corriendo de la habitación de Félix y me encontré cara a cara con al menos una docena de desconocidos vestidos con túnicas grises —hombres y mujeres, pero sobre todo hombres— que sacaban a los inquilinos de sus habitaciones. Sacaban no era la palabra correcta, más bien los estaban echando a la fuerza.

Me abalancé sobre la embestida.

—¿Qué demonios está pasando?

La cara de Elsa estaba roja, y supe que su presión arterial estaba peligrosamente alta.

—Nos están obligando a marcharnos.

—Nos están desalojando —dijo Julian, con una expresión peligrosa en el rostro mientras miraba a uno de los varones de túnica gris que sacaba a un adolescente de su habitación por el brazo.

Se me revolvieron las tripas. Yo tenía parte de culpa. Le había dicho a Basil que evacuara el hotel. Pero no así. Esto estaba mal.

—¿Basil contrató a estos mercenarios? —Nunca había visto a estos tipos antes, y no me gustaba lo duros que estaban siendo con los inquilinos. Los trataban como convictos.

—Yo los hice venir —dijo una voz femenina.

Desvié la mirada hacia una mujer alta, de rostro afilado y piel pálida que se confundía con el blanco de su bata. Llevaba el pelo rubio recogido en un moño bajo que dejaba al descubierto su rostro delgado y fruncía aún más el ceño. La reconocí. Adele.

—No hicieron caso cuando la dirección del hotel les pidió amablemente que se marcharan, así que aquí estoy yo, pidiéndoselo *no* tan amablemente —dijo Adele mientras daba un paso al frente, y odié el hecho de que fuera más alta que yo.

Apreté los dientes.

—¿Con qué autoridad?

Adele sonrió con frialdad.

—Con *mi* autoridad. El Consejo Gris me prestó gustosamente a sus oficiales.

—Matones a sueldo para trasladar familias y ancianos —resentí—. Bonito detalle.

Eché un vistazo al otro brujo llamado Declan mientras maniataba a Barb y la inmovilizaba contra la pared del pasillo. Mi ira se disparó.

—No puedes hacer esto así como así. Tienes que tener sitios donde puedan quedarse—dijo Elsa mientras venía a ponerse a mi lado. También Jade. También Julian—. ¡Nos quedaremos en la calle! ¡Todos nosotros!

Adele esbozó una sonrisa en dirección a Elsa.

—Sí, yo puedo hacerlo. Eso se llama poder, Elsa. Algo que tú nunca tendrás ni podrás comprender. Y yo tengo más de lo que puedas imaginar. Por mí puedes dormir en un refugio. Se te ha dado una advertencia justa.

—Menos de un día para buscar nuevo alojamiento no es un aviso justo —le dije—. Tienes que darles al menos una semana —No tenía ni idea de si eso era cierto. No estaba bien informada sobre nuestras leyes paranormales relativas a los derechos de inquilinos y propietarios.

—Pues no —dijo Adele, dedicándome una de sus sonrisas falsas—. El hotel está cerrado a partir de este momento, y todo el mundo tiene que marcharse. Incluida tú, Leana Fairchild, Bruja de Luz Estelar. Sí. He hecho algunas averiguaciones. Lo sé todo. ¿Cómo te llamaban en los juicios de Merlín? Ah, sí, *Estelita*.

Auch.

—No podías hacer ni el más simple de los hechizos —ella se acercó —. Y sé lo de ese patético humano con el que te casaste —se rio—. Tenemos lo que nos merecemos. ¿No es así?

—No es justo —dije, con las manos en las caderas, sonriendo—. Lo único que sé de ti es que eres una zorra.

La respiración entrecortada de Elsa casi me hace soltar una carcajada. Sí, esta zorra podría revocarme la licencia Merlín, pero no pude evitarlo. Lo que estaba haciendo estaba mal. Y lo peor era que ella lo sabía y no le importaba.

Los ojos claros de Adele se oscurecieron.

—Ten cuidado, Estelita, o te quedarás sin licencia Merlín y sin apartamento. No creas que no arruinaré tu carrera de Merlín, porque lo haré —Se acercó hasta prácticamente tocarme, y el aroma de algo acre como el vinagre me llegó a la nariz—. Puedo hacer que no vuelvas a trabajar en este continente. No querrás ponerme a prueba.

Pero lo hice. De verdad, *de verdad* que quería. Pero no era el momento adecuado. Necesitaba mi licencia para terminar el trabajo. Y nunca, nunca, había dejado un trabajo *sin terminar*.

Sentí una mano alrededor de mi brazo, y luego fui jalada un paso atrás hacia Elsa.

—No lo hagas —susurró—. No es el momento.

Tenía razón, por supuesto, pero eso no detuvo la furia que parecía derramarse por mis poros. Detestaba a esta bruja tanto como despreciaba a los abusadores.

—Podrán volver a sus hogares una vez que detenga a los responsables de los demonios —les dije a los aterrorizados inquilinos que estaban todos alineados en el pasillo con apenas unas bolsas llenas de sus pertenencias. Algunos rostros se iluminaron ante las noticias

que acababa de darles, y sentí una punzada en el corazón.

Era duro ver cómo evacuaban a los inquilinos, pero era algo temporal. En cuanto atrapara al culpable, se acabaría la amenaza y los inquilinos podrían volver a sus hogares.

—No será necesario —dijo Adele, mirándome fijamente como si yo fuera un mosquito molesto al que pretendiera aplastar.

Negué con la cabeza.

—Esto es un problema enorme. Por no decir irresponsable. Alguien está abriendo grietas por todo el hotel y dejando salir demonios. Hay que detenerlo. No puedes dejarlo así. Los demonios seguirán entrando al hotel. Nunca volverá a ser habitable.

—No tendrá que serlo —Adele se puso en pie. Sí. La zorra era alta —. El hotel será destruido, así que no habrá más demonios. Problema resuelto.

—¡¿Destruido?! —gritó Jade.

—Pero no puedes —gritó Elsa mientras se apretaba las manos—. Hace más de cien años que existe.

—Este es nuestro hogar —dijo Barb, con los ojos llenos de lágrimas —. Será nuestra muerte. ¿A dónde iremos?

—Me da igual —dijo Adele, con una leve sonrisa de satisfacción en los labios—. Odio tener que repetir lo mismo a los simplones. El hotel será destruido mañana por la mañana. Si aún están dentro, morirán con él. Me da igual.

Cada vez que abría la boca, la odiaba más. La bruja no tenía conciencia.

—¿No crees que destruir el hotel es un poco exagerado? No necesita ser destruido. Todo lo que tienes que hacer es detener al que está creando las Grietas, y habrás resuelto el problema.

—La decisión está tomada —Adele esbozó una sonrisa gélida—. El hotel será destruido mañana a las ocho de la mañana. Eso es todo.

Eso no es todo, perra alta y flaca.

Entonces se me ocurrió algo, y sentí que toda la sangre abandonaba mi cara.

¡Jimmy!

Si destruían el hotel, Jimmy moriría con él. No podía irse debido a la maldición.

Recorrí el pasillo con la mirada y vi al perro de juguete. Con las orejas gachas y el rabo entre las ruedas traseras, sabía lo que significaba destruir el hotel.

Las lágrimas me quemaron los ojos. No permitiré que eso ocurra. Encontraría la forma de detenerlo.

El problema era que solo disponía de unas horas y no tenía ni idea de cómo.

CAPÍTULO 25

Con el corazón encogido, vi cómo los agentes de uniforme gris sacaban a los últimos inquilinos. De hecho, Barb se agarró a los bordes del marco de una puerta hasta que un agente le golpeó los dedos, seguida de las gemelas con los rostros bañados en lágrimas, que se turnaban para abrazar a Julian.

Cuando solo quedamos la pandilla y yo, Adele entró en un ascensor con sus matones a sueldo. Se volvió para dedicarnos una última sonrisa tímida. En sus rasgos se dibujaba una fría satisfacción, la que tiene la gente con poder cuando nos da órdenes, a los insignificantes. Su fea cara fue lo último que vi cuando se cerraron las puertas del ascensor.

Parecía que después de haber declarado sus intenciones de destruir el hotel, ya no estaba tan decidida a sacar a todo el mundo. No le importaba si nos quedábamos y moríamos. Realmente era una perra malvada.

Pero ahora mismo, tenía asuntos más urgentes.

—¿Cómo vamos a evitar que destruya el hotel? —pregunté. Me senté en el suelo del pasillo con la espalda pegada a la pared—. No podemos dejar que eso ocurra. Tiene que haber una manera —Miré a Jimmy, que había permanecido callado todo este tiempo.

Elsa negó con la cabeza.

—No creo que la haya. Podríamos intentar contactar con el Consejo Gris. Sería la única forma de detenerla.

Me dio un vuelco el corazón.

—Qué bien. Bueno. Hagámoslo.

—Pero llevará un tiempo —dijo la bruja mayor—. No es como si pudieras pedir una cita. ¿Sabes lo difícil que es contactar con ellos por teléfono? No atienden las llamadas de cualquiera. Y es más de medianoche. Tienes que ir a tu corte.

—No pertenezco a ninguna corte —dije, sabiendo muy bien que para pertenecer a una de ellas necesitabas dominar cualquiera de las dos magias, cosa que yo no hacía. Como Bruja de Luz Estelar, no encajaba en ninguna de las facciones. Eso me había molestado mucho cuando tenía veinte años y me hacía sentir como una extraña. Ahora, me daba igual.

—Pero nosotros sí —respondió Elsa—. Y nuestra corte es la Corte Blanca, y el culo de Su Alteza se sienta en uno de los asientos. Si se entera de lo que intentamos hacer, lo impedirá.

—Eso es un problema —Nunca había tenido que contactar directamente con el Consejo Gris. Siempre me comunicaba con el Grupo Merlín o para quien estuviera trabajando en ese momento.

Jade rodó hacia nosotros. Se había puesto los patines en solidaridad con Jimmy.

—Creo que conozco a alguien que conoce a alguien en el Consejo Gris —dijo, ligeramente sin aliento.

—¿Quién? —preguntamos Elsa y yo al mismo tiempo.

—Margorie Maben —respondió—. Estamos en el mismo grupo de *Eighties Forever* en Facebook. Está casada con Oscar Maben. Es miembro del Consejo Gris.

Me estremecí.

—Eso es estupendo. No tendríamos que pasar por el Consejo Blanco. ¿Puedes llamarla?

Jade frunció el ceño y sacó el teléfono del bolsillo trasero.

—No tengo su número de teléfono. Acabamos de chatear en las redes sociales. Pero intentaré localizarla allí. Aunque es tarde. No sé si contestará.

—Sigue intentándolo —Vi cómo empezaba a escribir en su teléfono. Esto era bueno. Si podíamos llegar a ella de alguna manera y darle nuestra versión de lo que estaba pasando, tendríamos una oportunidad de detener esta demolición ridícula. Era una pequeña posibilidad, pero era mejor que nada.

Me dejé caer sobre mis rodillas.

—¿Hay algún hechizo o algo que pueda permitirle a Jimmy una salida temporal del hotel? ¿Por si acaso? —Miré fijamente al perro de juguete, pero él no me miraba.

—Durante años intenté encontrar algo así para él, una poción —dijo Julian, sentándose en el suelo frente a mí, con sus largas piernas casi rozando las mías—. Nunca pude encontrar nada. La maldición es demasiado fuerte.

Elsa dejó escapar un suspiro.

—Los hechizos son inútiles a menos que tengas lo que se usó con él. Polly lo intentó. Todos lo hicimos. Sin conocer la maldición que usó la hechicera, nunca nos acercaremos.

—Está bien, Elsa —dijo Jimmy, hablando por fin—. Sé que lo intentaste. Pero afrontémoslo. Se acabó. Tal vez sea algo bueno. Uno solo puede sobrevivir un tiempo como juguete. Es hora de que me vaya.

Fruncí el ceño.

—No hables así. Esto no se ha acabado.

—Pero lo está —dijo el perro de juguete—. No tienes ni idea de lo que ha sido para mí. Ser este... este juguete. No poder estar con una mujer nunca. No poder tener mi propia familia. He sufrido suficiente.

Me harté, Leana. Estoy cansado.

Vale, no tenía ni idea de lo que debió ser para él todos estos años. Y nunca lo sabría. El dolor debe haber sido insoportable, y él era una criatura extraordinaria para haberlo soportado durante tanto tiempo.

Pero acababa de conocer a Jimmy. Era mi amigo y no estaba dispuesta a aceptar que nos dejara.

Tanto Elsa como Julian sonaban derrotados, como si hubieran renunciado a encontrar la contra-maldición. Menos mal que no se me daba bien desistir de las cosas. Aún no había terminado. Ni mucho menos. Lo mejor para Jimmy ahora era detener la demolición del hotel, y luego iba a encontrar una manera de eliminar la maldición.

Sonó el tintineo del ascensor y las puertas se abrieron.

Basil salió tambaleándose y por un momento me pregunté si aún estaría borracho por lo de esta mañana. Nos miró con los ojos muy abiertos.

—Malditas campanas, ¿qué hacen aquí todavía? Les he pedido a todos que se fueran.

Errol caminaba detrás de él, como su sombra más alta y más delgada. Una crueldad feliz acechaba tras la calma de sus facciones, una sonrisa despectiva se escondía dentro de la postura ordinaria de su cuerpo. Esto le encantaba. ¿Por qué? Se quedaría sin trabajo si derribaban el hotel. Aun así, no me gustaba su sonrisa oculta. Algo estaba pasando.

Basil se puso a mi lado.

—Incluso pediste que todos se fueran. ¿Por qué sigues aquí? ¿No te has enterado de lo que planean hacer con el hotel?

—Sí —dije mientras me ponía de pie. No me gustaba que Errol estuviera mirándome—. Y sí. Te pedí que evacuaras a los inquilinos. Pero no así. No sin tener alojamiento para todos. ¿Y por qué las túnicas grises? ¿En serio? No necesitabas hacer eso. Esta gente, tus inquilinos, no se lo merecían.

Basil parecía incómodo, y se alisó la parte delantera de la camisa.

—Esa no fue mi decisión. No podía haber hecho nada para evitarlo.

Me di cuenta de que deseaba que hubiera sido de otra manera, pero al igual que nosotros, su poder se limitaba a la gestión del hotel. No era un propietario. Adele tenía todo el poder ahora, otorgado por el Consejo Gris, los dueños de dicho hotel. Y una zorra fría como el hielo con ese tipo de poder era algo peligroso.

Elsa se levantó lentamente.

—Podías habernos avisado, Basil. Llevamos años viviendo aquí. Nunca hemos causado problemas.

El rostro de Basil se ensombreció un poco.

—Crees que no lo sé. A mí tampoco me avisaron. Simplemente

aparecieron.

—Y te agarraste los tobillos y te lo tomaste como un hombre —dijo Julian, mirando fijamente a Basil con una furia que daba miedo. Su largo abrigo ocultaba cualquier poción o veneno mortífero que tuviera allí preparado. Me recordó que no debía caerle mal.

—No tuve elección —gritó Basil, escupiendo por la boca—. Tengo una reputación en la que pensar. Me están considerando para otro puesto directivo en Florida. Si hablaba de más, estaría acabado.

—Oh, estás acabado —amenazó Julian, y los pelos de la nuca se me erizaron ante la insinuación de sus palabras—. Fueron mis amigos a los que echaste a la calle. No voy a dejar pasar eso, viejo.

Basil señaló con el dedo al otro brujo.

—¿Eso es una amenaza? —chilló, y Errol resopló detrás de él—. ¿Me estás amenazando?

La mandíbula de Julian se crispó.

—Sí. Eres un maldito cobarde —Con un barrido de su abrigo, Julian estaba ahora de pie, muy alto, ante Basil.

El pequeño brujo se puso de puntillas.

—¡Retráctate! No soy un cobarde.

Julian tenía las manos dentro de su largo abrigo, haciendo un gesto de que estaba a punto de arrojarle algo maligno a Basil.

Basil se dio cuenta.

—¡No te atrevas! —Lanzó la mano al bolsillo de la chaqueta de Julian—. Si me envenenas, acabarás en la prisión de brujos. ¿Y entonces qué harás?

Julian sonrió fríamente.

—Merecerá la pena.

—Basta con el concurso de meadas —me puse entre los dos—. Se están comportando como idiotas. Vuelvan a meterse la salchicha en los pantalones.

Los grandes ojos de Basil se encontraron con los míos.

—Me ha amenazado.

Me encogí de hombros.

—Tú te lo buscaste.

Basil se quedó con la boca abierta, moviendo los labios, pero no salió nada.

Me volví hacia Julian.

—Controla tu temperamento. Ahora necesitamos que te calmes. Tenemos que encontrar la forma de impedir que Adele destruya el hotel y salvar a Jimmy.

—¿De qué estás hablando? —Basil miró al perro de juguete, que ahora miraba fijamente a la pared, como si esperara poder hacerle un agujero con los ojos—. ¿Qué es eso de Jimmy?

—¿En serio? —apoyé la mano en la cadera—. Has sido el gerente

aquí durante....

—Treinta años —respondió Basil con orgullo.

—¿Y no te diste cuenta de que destruir el hotel también acabaría con él?

Basil parpadeó un par de veces, y sus ojos pasaron de mí al perro de juguete.

—Pero yo... no me di cuenta....

—Supongo que no.

Basil se quedó mirando al perro de juguete como si fuera la primera vez que lo veía.

—Jimmy, lo siento mucho. Nunca imaginé... Lo olvidé —añadió al final, con cara de vergüenza.

—Está bien —respondió el perro de juguete, que seguía mirando a la pared.

—*No* está bien —miré fijamente a Basil—. Debes de tener contactos. ¿A quién conoces en el Consejo Gris que pueda ayudarnos?

Basil negaba con la cabeza.

—A nadie.

Apreté los dientes.

—¿Nadie? ¿No conoces a nadie en el Consejo? Mentira.

El gerente del hotel entrecerró los ojos.

—No conozco a nadie. ¿De acuerdo? —Y entonces su cara cambió como si acabara de recordar algo—. Pero tengo un amigo que quizás sí conozca a alguien.

—Bien. Si quieres salvar la vida de Jimmy, encontrarás a esa persona y le dirás lo que está pasando aquí.

—Sí, sí, muy bien —Basil nos miró—. ¿Qué vas a hacer?

Suspiré.

—Alguien sigue conjurando las Grietas. Y mientras estén ahí fuera, mi trabajo es encontrarlos.

Al oír eso, Errol aplaudió y saltó en el sitio. Parecía un pingüino en el circo.

—De acuerdo —me volví hacia Errol—. ¿A qué viene esa sonrisa espeluznante? Está empezando a asustarme.

Errol puso los ojos en blanco y se frotó las manos como un científico loco de dibujos animados.

—¿Puedo decírselo? —preguntó a Basil—. Oh, por favor, será muy divertido. Quiero mirarla a los ojos cuando se lo diga.

Vale, eso era aún más espeluznante.

—¿De qué demonios está hablando? —No pude evitar que el corazón me martilleara dentro del pecho.

Basil dejó escapar un largo suspiro por la nariz.

—He venido a decirte algo.

—¿Qué? —pregunté, al ver que Jade miraba hacia nosotros con el

teléfono aún en la mano. Julian y Elsa nos miraban fijamente. Incluso Jimmy había dejado de mirar la pared para verme.

Basil apretó los labios en una fina línea.

—Estás despedida.

—¡Estás despedida! —repitió Errol como un loro grande y espeluznante.

Le fulminé con la mirada, pensando en darle una patada en la garganta como regalo de despedida.

—No puedes despedirla —dijo Elsa, saliendo en mi defensa—. La necesitamos. Si conseguimos que no derriben el hotel, ¿a quién tendrás para mantenernos a salvo?

—Ella es la mejor defensa que tienen contra los demonios —dijo Julian—. Es un error.

A Basil le palpitó una vena de la frente.

—Bueno, si ella hubiera hecho su trabajo en primer lugar y hubiera detenido las Grietas, no estaríamos en este lío.

Auch. Vale, vale. Eso dolió.

Jade se acercó a Basil y lo miró fijamente.

—No puedes culparla. No es culpa suya.

La agarré del brazo y tiré de ella hacia atrás.

—No pasa nada. La gente siempre busca culpables.

Pero el hecho era que lo que decía Basil era cierto. Si hubiera encontrado a los responsables, el hotel seguiría abierto y todos seguiríamos teniendo donde vivir.

Me quedé allí de pie como una idiota, con la conmoción y la rabia recorriéndome, luchando por el primer puesto en la lista de emociones. No encontraba las palabras.

—Sin hotel, sin demonios, sin necesidad de un Merlín —Basil sacó un sobre—. Aquí tienes lo que te debo. Gracias por tus servicios.

El pequeño brujo giró sobre sus talones y se marchó, pero no antes de que Errol me dedicara otra sonrisa desagradable. Él también había perdido su trabajo, pero parecía mucho más feliz de que yo hubiera perdido el mío.

—No te olvides de Jimmy —grité. No me importaba haber perdido mi trabajo. Estábamos hablando de una vida—. Por favor, Basil. Llama a tu contacto.

El pequeño brujo se giró y me hizo un gesto con la cabeza. No era mucho, pero sabía que cumpliría su palabra. Al menos ahora teníamos dos formas posibles de llegar al Consejo Gris.

Las puertas del ascensor se cerraron y Basil y Errol desaparecieron.

—Nunca pensé que odiaría tanto a Basil en toda mi vida —dijo Elsa—. Es como una persona diferente.

—No lo culpes —le dije—. Solo sigue órdenes.

—Sí, las órdenes de Adele —dijo Jade—. La odio a ella y a sus

amigas estiradas.

Se hizo el silencio, pero casi podía oír a mis amigos formulando planes mortales en sus cabezas.

Mi corazón latía con fuerza en el silencio. Mis amigos fuertes parecían derrotados y enfadados. Jade se abrazó a sí misma, con una mirada triste.

Esto estaba mal. Todo estaba mal.

—¿Qué hacemos ahora? ¿A dónde vamos? —preguntó Jade, con voz fuerte en el repentino silencio.

Elsa suspiró.

—Seguro que mi amiga Janet puede alojarnos unos días hasta que encontremos otro sitio donde vivir —me miró—. Eso significa que tú también, Leana.

Le sonreí.

—Gracias. Pero... no sé....

—¿Por qué no? —preguntó Jade—. ¿No quieres quedarte con nosotros?

Se me estrujaron las entrañas al ver el dolor en su cara.

—Claro que quiero. Es que... —mis ojos se desviaron hacia Jimmy —. Esto no está bien. No puedo dejar a Jimmy. ¿Ha habido suerte con tu contacto de Facebook?

Jade miró su teléfono.

—Todavía no.

—Sigue intentando...

Una luz ardiente, verde-azul explotó desde algún lugar fuera de la ventana. Y entonces un estampido sónico estalló a nuestro alrededor, haciéndome saltar. Las luces se apagaron. Cayó la oscuridad, repentina y completa, y tanteé la pared mientras mi corazón se agitaba presa del pánico.

Entonces, una fuerza invisible nos golpeó y todos salimos despedidos violentamente por el pasillo. Me golpeé contra la pared y me desplomé sobre la alfombra. La luz se desvaneció y parpadeé rápidamente, tratando de eliminar las manchas blancas de mi visión mientras las luces parpadeaban y volvían a encenderse.

—¿Qué demonios ha sido eso? —preguntó Julian mientras se levantaba e iba a ayudar a Elsa y Jade a ponerse en pie. Jimmy parecía estar bien y se volvió para mirarme.

Me puse en pie y miré al techo.

—Venía de arriba. De fuera. Del tejado —Lo sabía en mis entrañas.

Y entonces me puse en marcha.

Mi respiración se aceleró mientras corría hacia la salida de emergencia. La abrí de un empujón, subí unos escalones más y, utilizando mi peso, empujé la puerta del tejado con un golpe de hombro para salir a la azotea.

Una parte de mí temía lo que estaba a punto de descubrir. No quería que Valen estuviera aquí, en el tejado. Hasta ahora, sus acciones eran todo lo contrario de alguien que causaba daño a los demás. Pero la verdad era que no lo conocía. No realmente. Y él podría muy bien ser el que estaba detrás de todo esto. Podría haber jugado la carta del héroe para despistarme.

Pero cuando entré en el tejado, no vi a Valen allí de pie. No era nadie que yo hubiera imaginado.

—¿Raymond?

CAPÍTULO 26

Tuve unos segundos de «¿qué demonios?», pero luego me recuperé rápidamente.

—¿Tú? ¿Estás detrás de esto?

Raymond, el subgerente del hotel, el hombre de aspecto corriente, cara anodina y sencillamente olvidable, estaba de pie en el tejado.

Sus mechones de pelo castaño se alzaban alrededor de su cabeza con el viento. Incluso en la penumbra podía distinguir las ojeras. Su rostro estaba demacrado, más delgado de lo que recordaba, pero tampoco lo recordaba. Podría haber tenido este aspecto antes y yo no lo habría recordado. Como dije, era olvidable.

Sin embargo, noté algo diferente. Sus ojos estaban hundidos pero estaban demasiado rojos, como si tuviera fiebre.

El olor a podredumbre y carroña llamó mi atención sobre un punto en medio del tejado.

Sobre un círculo dibujado con sangre, seis pollos muertos yacían en medio del suelo del tejado. Las mismas runas y sigilos que había visto antes, pintados con sangre, marcaban algunas zonas alrededor del exterior del círculo, junto a velas encendidas.

Una ondulante ola de aguas negras brillaba en el aire, a pocos centímetros por encima del círculo de sangre. La Grieta estaba abierta.

Era enorme, al menos tres veces mayor que las otras que había visto, lo que explicaba el estruendo que sacudió el hotel.

Tuve que admitir que verlo a él en lugar de a Valen fue un gran alivio. Significaba que me había equivocado con Valen, pero también que estaba perdiendo mi toque si había descartado totalmente a Raymond como sospechoso. Había tenido acceso a las cámaras de seguridad. Él había estado en mi cara todo el tiempo, sin embargo, nunca lo *había* visto.

—Eres un brujo —dije y me acerqué con cuidado—. Nunca tuve esa sensación de ti. Lo ocultabas muy bien. Al igual que tu aspecto olvidable —Su inmemorable presencia había sido su arma. Y la había aprovechado.

La cara de Raymond se descompuso en una sonrisa, sus ojos se abrieron de par en par con el brillo de un loco. La sangre le goteaba de la nariz y una capa de sangre cubría sus dientes cuando habló a continuación.

—Sí. Quién sospecharía del pobre, pequeño, viejo y frágil Raymond.

El sonido de una respiración agitada y la pisada de muchos pies me hicieron echar la cabeza hacia atrás.

Julian se precipitó hacia delante, seguido de Elsa y una Jade rodante.

—Vaya mierda —gritó Julian al incorporarse—. Es el subgerente. ¿Cómo se llama? Nunca lo recuerdo.

Ves, totalmente olvidable.

—Raymond —le dije.

—¿Él? —dijo Elsa mientras se colocaba a mi lado derecho—. ¿Él? ¡Estás de broma!

Me encogí de hombros.

—Las apariencias engañan.

—Ya lo creo —Jade rodó hasta detenerse junto a Elsa.

—¿Pero es el conserje? —preguntó Elsa, que era más una pregunta que una afirmación.

Raymond soltó un gruñido.

—*Subgerente* —nos espetó. Sí, tenía serios problemas de inseguridad.

Volví a mirar hacia atrás, esperando ver a Jimmy, pero no estaba allí. Quizá no podía subir a la azotea, que técnicamente estaba fuera del hotel.

La ira se me revolvía en las tripas al pensar en todo este lío por culpa de Raymond.

El cielo nocturno estaba despejado y mi luz estelar me cantaba, lista y expectante.

—¿Me hechizaste para que no pudiera ver el hotel?

Raymond soltó una risa húmeda y enfermiza.

—Lo hice.

Apreté la mandíbula, redoblando mi ira.

—Dejaste entrar a los demonios y mataste a toda esa gente. Hiciste que mataran a Eddie porque estaba tras de ti. ¿No es así? ¿Por qué hiciste esto? —Los locos hacían locuras, pero siempre tenían una razón.

Con mi luz estelar a mi lado, ahora podía sentir la magia de Raymond, fría y desconocida. La mayor parte estaba dirigida a la Grieta. Por el momento. Puede que no lo parezca, pero era un brujo poderoso. Me había engañado, pero no iba a cometer ese error de nuevo y subestimarlo.

—¿Por qué? ¿Por qué? —Raymond echó la cabeza hacia atrás y soltó una risa inquietante y espeluznante. Sonaba satisfecho de haberlo orquestado todo, encantado de haber traído a los demonios al hotel y de haber matado a toda aquella gente.

El brujo demente soltó una carcajada sibilante.

—Toda mi vida me han ignorado y desestimado para los trabajos.

Las mujeres ni siquiera me dan la hora.

—Quizá si te arreglaras un poco —murmuró Julian—. Los injertos de cabello pueden ayudar mucho.

—Nunca le importé a nadie —continuó Raymond, las palabras le salían a borbotones, cargadas de emoción, como si llevara años queriéndoselo decir a alguien, pero nadie quisiera oírle—. Cada vez que había un nuevo puesto en el hotel, me ignoraban. He trabajado más duro, más tiempo que nadie en este hotel. Y cuando Jabbar, el antiguo gerente del hotel, murió hace treinta años, el puesto quedó vacante. ¿Pero me lo ofrecieron a mí? No. Se lo dieron a Basil. Ese trabajo debería haber sido mío. Y tuve que trabajar por debajo de él todos estos años sabiendo que me había robado el puesto.

—De acuerdo —dije—. No conseguiste el trabajo. Sigues sin conseguirlo. Eso fue hace mucho tiempo. Pero, ¿qué tiene eso que ver?

Los ojos de Raymond se entrecerraron hacia mí.

—Sí tiene. Porque sabía que nunca me ofrecerían el trabajo. La única forma de deshacerme de Basil era hacer que lo despidieran. Arruinar su reputación —Una sonrisa malvada se contorsionó en su rostro—. Solo cuando despiden al gerente de un hotel, el subgerente puede ocupar ese puesto.

—Mierda —respiré—. ¿Todo esto? ¿Todas estas muertes por un maldito puesto? ¿*Mataste* gente porque querías ser el gerente del hotel? —Claramente, estaba loco.

—El tipo está loco —dijo Julian.

Chiflado y un brujo poderoso. Una combinación peligrosa.

Raymond levantó la cabeza con orgullo.

—Pronto seré el gerente del hotel —se rio, sus ojos brillaban con un regocijo maníaco—. Me prometieron el puesto. Con este último portal demoníaco, me libraré de ti, y entonces Basil será despedido. Y entonces *yo* seré el gerente del Hotel Twilight.

Elsa aspiró entre dientes.

—Él no lo sabe.

—Menudo imbécil —dijo Julian.

—No se lo han dicho —añadió Jade.

La confianza de Raymond se resquebrajó mientras su mirada barría a nuestro alrededor.

—¿Contarme qué? ¿De qué están hablando?

Se me erizó la piel ante el repentino tirón de la magia de Raymond, y sentí su furia ondulando bajo la superficie.

La Grieta se agitó y oí los siseos y gemidos guturales de las criaturas del otro lado. Una brisa desprendió olor a sangre y una nube de energías repugnantes me golpeó en la cara. Mejor mantenerlos al otro lado de ese portal.

Tomé aire.

—Van a demoler el hotel —dije, manteniendo la calma—. Van a destruirlo mañana a las ocho de la mañana.

La furia oscureció las facciones de Raymond.

—Mentirosa. Son todos unos mentirosos. Solo están celosos porque quieren mi puesto —nos señaló—. Quieren ser el gerente. Pero no pueden. Yo soy el gerente ahora. El trabajo es mío.

—Un chiflado total —murmuré—. Escucha, Raymond, tengo un trabajo, y mis amigos aquí no soñarían con ser el próximo gerente. Pero te estoy diciendo la verdad.

—Si fuera verdad, ¿por qué no se van? —preguntó Raymond, la sospecha en su voz seguía ahí, aunque yo podía sentir la incertidumbre en sus palabras.

—Por Jimmy. Estamos tratando de encontrar una manera de liberarlo de esa maldición. Ya conoces a Jimmy. ¿Conoces a Jimmy? Claro que lo conoces. Entonces sabes que si el hotel se hunde, él también.

Jade rodó un poco hacia delante.

—Es la verdad. ¿Por qué no llamas a Basil? Él te lo dirá.

Sorprendentemente, Raymond llevaba un teléfono encima. Lo cogió, escribió algo y esperó. Todos oímos el tintineo de alguien que le respondía.

Se quedó quieto. Mientras estaba allí de pie, la cara de Raymond pareció cambiar de aspecto, las sombras bajo sus ojos crecían y le hacían parecer enfermo.

El teléfono se le resbaló de la mano y se estrelló contra la dura superficie del tejado, rompiéndose en pedazos.

—¿Ves? Te lo dije. Hiciste todo esto para nada. No ibas a conseguir el puesto porque no habría puesto para ti —Mierda, me di cuenta de que eso no era lo que tenía que decirle a un individuo ya inestable. Pero ya era demasiado tarde.

La cara de Raymond se crispó grotescamente.

—*¡No!* —gritó—. No. No pueden hacerme eso. He trabajado aquí durante años. ¡Años!

Sentí un tirón de la Grieta. Estaba conectada a Raymond. Todo lo que tenía que hacer era darle un empujón de su magia, y se abriría.

Raymond tosió y escupió la sangre de su boca, pero la mayor parte permaneció alrededor de sus labios, goteando de su barbilla.

—Estás enfermo, Raymond. Deja que te ayudemos —Sabía que la magia negra y oscura en la que se había metido le estaba cobrando una parte de su ser. Había cambiado, se corrompía más cada vez que la usaba. Se había vuelto loco a raíz de eso. No sabía si ya estaba demasiado demente para que yo pudiera ayudarle, pero iba a intentarlo.

Raymond se revolvió en el sitio, pareciéndose cada vez más a una

criatura, una bestia del mismo lugar donde las había estado invocando.

—Mío. Mi trabajo. Mío.

—El tipo ha perdido la cabeza —dijo Julian—. Tenemos que actuar ya.

Asentí.

—Tienes razón. Ese portal está a punto de abrirse. No podemos dejar que eso ocurra. ¿Tienes algo para retenerlo? ¿Como una poción inmovilizadora?

—Sí —respondió Julian—. Me encargará de él.

—Bien —respiré hondo—. Yo cerraré el portal.

Pero ya era demasiado tarde.

Sentí un repentino zumbido de energía, un tirón de magia; un estallido desplazó el aire.

Se me erizó el vello de la nuca y me quedé horrorizada mientras la Grieta brillaba y se abría a unos doce metros de nosotros. Masas retorcidas y corrompidas de demonios se desparramaron en busca de su festín humano.

El aire crujió y demonios de todas las formas y tamaños lanzaron aullidos de furia al salir del portal, con la luz de la luna brillando en sus dientes, garras y horribles ojos hundidos y hambrientos. Salieron corriendo, veloces como animales, en un borrón de rostros y miembros retorcidos y abultados.

Conté treinta antes de perder la cuenta.

Y todos vinieron a por nosotros.

CAPÍTULO 27

Mi primer pensamiento fue que *ni siquiera me pagan por esta mierda*. El segundo fue que tenía que hacer algo si no quería formar parte del banquete para demonios.

Los demonios salían del portal ondulante como si el mismísimo infierno los hubiera vomitado. Al menos, el repentino hedor a podredumbre, bilis y aguas residuales lo hacía ver así.

Canalicé mi luz estelar, sintiendo el poder de las estrellas mientras zumbaban a través de mí, y la mantuve el tiempo suficiente antes de soltarla.

Una brillante bola de luz salió disparada de mi mano extendida y se estrelló contra el primer demonio. Ni siquiera tuve la oportunidad de ver lo que mi luz estelar había consumido mientras iluminaba y envolvía a la criatura como fuego blanco.

—Bien hecho —dijo Julian, con viales de líquido rojo en las manos —. ¿Por qué hay tantos a la vez?

—Luna llena —respondí—. Siempre es más fácil que aparezcan los locos y que los demonios crucen cuando el Velo está más frágil.

—Es bueno saberlo —Julian rodó los hombros—. Mi turno.

Vi cómo el brujo alto golpeaba a uno de los demonios —una especie de lagarto con una boca llena de dientes afilados— con uno de sus viales. La criatura aulló de dolor y avanzó arrastrando los pies, torpe y lentamente. Se estremeció una vez y luego explotó como una piñata, bañando a Julian en aceite negro y tiras de su carne.

Pero al brujo no pareció importarle mientras lanzaba otro de sus viales contra otro demonio de pelaje marrón y con el cráneo parecido al de una rata.

El latín se elevó a mi alrededor, y me volteé para ver a Jade, girando alrededor de un demonio gigante parecido a un gusano con hileras de pinchos negros cubriendo la mayor parte de su cuerpo. Le disparaba bolas de fuego de color naranja.

Elsa, con las piernas separadas para mantener el equilibrio, disparó ráfagas de viento contra una criatura parecida a un árbol y la estrelló contra la enorme unidad de aire acondicionado.

Un destello de sensación me recorrió cuando las brujas se llenaron de poder, mucho poder. Las ondas de choque de nuestra magia sacudieron el tejado como una tormenta.

Una carcajada resonó a mi alrededor.

—Llegan demasiado tarde. Van a morir todos. Nunca volverán a

reírse de Raymond —dijo el brujo enloquecido, hablando de sí mismo en tercera persona. Empezó a dar vueltas alrededor del círculo de sangre en una espeluznante danza ceremonial. Sí, el tipo estaba seriamente perturbado.

Me llegó el sonido de un siseo y giré con las manos preparadas.

De mis manos brotaron rayos de luz estelar que golpearon a un demonio en el pecho con una ráfaga de luz y lo hicieron caer al suelo a unos doce metros de distancia. El demonio siseó por última vez antes de desintegrarse en cenizas.

Había luchado contra muchos demonios a lo largo de los años, pero nunca contra tantos a la vez y nunca en el tejado de un glamuroso hotel paranormal.

Lástima que por la mañana ya no tendré trabajo.

Mi cuerpo se estremeció de adrenalina cuando más demonios se colaron por el portal. Tres más. Seis más. Diez más.

La diferencia entre esta Grieta y las otras que Raymond había levantado era que había tenido cuidado y las había cerrado después de dejar salir unos cuantos demonios. Pero ahora, parecía que al brujo no le importaba cuántos salieran o cuánta gente muriera. Si la Grieta no se cerraba, miles de demonios cruzarían a nuestro mundo antes del amanecer.

Un grupo de cuatro demonios que parecían ratas enormes, del tamaño de osos, con garras y mandíbulas llenas de dientes parecidos a los de un pez se abalanzaron sobre mí a toda prisa.

Recurrí a las estrellas, invoqué mi magia y lancé mi luz estelar.

Cuatro rayos de luz estelar salieron disparados, uno en dirección a cada demonio. La luz estelar se retorció y cambió de dirección, moviéndose por voluntad propia como misiles termodirigidos en busca de sus objetivos aéreos.

Dieron en el blanco.

Las cuatro bestias con forma de rata se iluminaron con una luz blanca. Los demonios se tambalearon, emitiendo gritos al caer de espaldas, agitando las piernas. La luz se apagó y de las criaturas no quedaron más que cenizas que el viento se llevó.

Me estremecí al sentir el olor a carne quemada, mi cuerpo palpitaba por la luz de las estrellas. No tuve tiempo de tomarme un respiro. El techo temblaba bajo mis pies cuando más demonios se derramaban sobre él.

—Tenemos que cerrar la Grieta —grité.

—Estoy en ello —Julian corrió hacia la ondulante ola negra. Sacó la mano derecha del bolsillo de su abrigo y disparó un vial de cristal a la boca del portal.

No veía a Raymond por ninguna parte. ¿Se había ido el cobarde? Seguramente. Pero lo encontraría. Y entonces le haría pagar por lo que

hizo.

Como un avezado lanzador de béisbol, Julian disparó frasco tras frasco a sus profundidades, haciendo que el techo se estremeciera con cada impacto. No sabía qué clase de pociones usaba, pero lo que sea que fueran mantenían a los demonios dentro. Sin embargo, no cerraba la Grieta. Era solo una solución temporal. Y Julian no podía seguir así mucho más tiempo. Pronto se le acabarían los viales.

Necesitábamos cerrarla.

Sin la ayuda de Raymond, podría llevar horas descifrar el ritual y los hechizos que había usado para conjurar una Grieta de esta magnitud.

O necesitabas un montón de energía para cerrarla. Suficiente para provocar un cortocircuito.

Miré al cielo negro, al brillante disco blanco que se cernía sobre todos nosotros. No recurría a la energía de la luna llena a menudo. Más bien trataba de evitarla. Demasiada me mataría. La clave estaba en equilibrar la luz de las estrellas con la de la luna, lo cual era más difícil de lo que parecía. Pero tenía que intentarlo.

—Te necesito esta noche —susurré.

Y entonces estaba corriendo hacia el portal. Vi a Raymond tumbado boca arriba, moviendo los brazos y las piernas como si estuviera haciendo ángeles de nieve. Tenía los ojos abiertos y miraba al cielo.

El tipo estaba enloquecido, pero por ahora no tenía tiempo de preocuparme por él.

Llegué a unos cuatro metros antes de que el dolor me golpeara.

Grité cuando la abrasadora agonía estalló alrededor de mi pantorrilla izquierda, arrastrándome hacia el suelo mientras unas afiladas garras me rasgaban la pierna. Me desconcentré y perdí el control de mi luz estelar. Los instintos se activaron y lancé una patada con la otra pierna.

Mi bota chocó contra algo sólido. Oí un pequeño aullido de dolor y luego pude volver a mover la pierna izquierda. Me puse en pie. La humedad me indicó que un demonio me había arrancado un trozo de la pantorrilla.

Con la pierna derecha estirada, me encontré con un demonio con forma de lobo que sacudía la cabeza y me miraba con ojos rojos. Tenía una cola en forma de escorpión con un aguijón en la punta. Qué bonito.

—Un poco de ayuda —gritó Julian mientras lanzaba otro vial a la Grieta.

—¡Lo intento! —grité y empecé a avanzar cojeando. Volví a tirar de mi luz estelar, esforzándome por concentrarme. Ya casi lo había conseguido.

Se me escapó el aliento cuando algo largo y duro me golpeó el pecho.

Gruñí de dolor al golpearme la espalda contra el duro tejado. El aliento caliente de la carroña me golpeó la cara mientras su peso me inmovilizaba. En un instante, el demonio lobo-escorpión fue a por mi cuello. Levanté el brazo justo cuando los dientes se clavaron en él.

El dolor me sacudió mientras el demonio me mordía cada vez más fuerte. No podía moverme. No podía hablar. No podía respirar. Mi brazo estaba empapado de mi propia sangre. Perdí la concentración y el control sobre mi magia.

Los ojos se me llenaron de lágrimas. Con la mano libre, cerré el puño y lo golpeé contra su cabeza una y otra vez.

Pero el demonio lobo-escorpión no me soltó.

Su cola se enroscó detrás de él a medida que se acercaba hasta que su aguijón colgó justo encima de mi cabeza. El veneno del demonio no era algo que se pudiera curar. Una picadura de su cola, una vez que el veneno del demonio estaba en mí, no habría forma de sacarlo.

Parpadeé. El aguijón se acercaba cada vez más a mi cabeza.

—¡Ya no puedo más! —gritó Julian por encima del martilleo de la sangre en mis oídos. Podía distinguir su silueta junto a la Grieta ondulante—. ¡Estoy fuera! —retrocedió de un salto y el portal emitió siseos y gruñidos.

Me llamó la atención el movimiento de Jade, que cojeaba por el tejado con un patín en un pie y un calcetín en el otro. Tenía sangre en el lado izquierdo de la cara y parecía cansada, agotada. Su fuego elemental alrededor de las palmas de las manos era débil, como el leve ardor de una vela. Se estaba quedando sin magia.

Detrás de ella, Elsa estaba clavada a la unidad de aire acondicionado. Una hilera de demonios se alzaba ante ella, golpeando y lanzándose sobre una delgada y reluciente pared de color azul claro. Había conseguido una especie de escudo. Pero por la mirada de puro terror y el desplazamiento de su escudo, no duraría.

Había demasiados demonios. No éramos lo suficientemente fuertes. No lo lograríamos.

Algo se movió en mi visión periférica. Vi el borrón de un cuerpo y luego el peso del demonio lobo-escorpión sobre mi pecho desapareció.

Parpadeé y vi a Valen arrastrando al escorpión lobo con sus propias manos por el tejado.

Y lo siguiente que ocurrió nunca lo habría creído si no lo hubiera visto con mis propios ojos.

Valen, el sexy dueño del restaurante, se arrancó la ropa, cosa que me habría gustado mucho si no fuera por lo que vino después.

Un destello de luz fue seguido por un sonido de desgarro y la rotura de huesos. Me quedé mirando cómo sus facciones cambiaban

con una especie de movimiento ondulante justo debajo de la superficie de su piel, provocando un ensanchamiento de su cabeza. Su rostro se retorció, agrandándose y expandiéndose de forma antinatural hasta que su cabeza quintuplicó su tamaño normal.

El cuerpo de Valen creció en longitud y anchura hasta que midió unos cuatro metros. Sus músculos abultaban y sus brazos y muslos eran tan grandes como troncos de árbol. Su rostro era diferente, con un hueso de la frente más fuerte, parecido al de un neandertal, pero era él. Era como contemplar una versión de Hulk, pero mucho más grande y alto.

A la mierda. Valen era un *gigante*.

CAPÍTULO 28

Nunca había visto un gigante de verdad. Los gigantes eran cosa de mitos y leyendas. Apenas recordaba haber leído sobre ellos en los miles de libros paranormales que había leído a lo largo de los años. Nadie hablaba de ellos porque todos sabíamos que no existían. Y digo *nosotros*, como en la comunidad paranormal, donde los cambiaformas y los vampiros y los seres feéricos estaban entre nuestra gente. Se suponía que los gigantes no eran reales. Los unicornios eran raros, pero yo sabía que eran reales. Algunos habían sido vistos en Irlanda. ¿Pero gigantes? Los gigantes no eran reales.

Sin embargo, yo estaba mirando a uno.

—Eres... eres un gigante —le dije. Desde mi posición, apenas podía verle la cara.

Con el corazón en la garganta, Valen, el gigante, aplastó a un demonio que se acercaba con un puñetazo. El techo tembló como un terremoto.

Se volvió hacia mí y dijo:

—*Sí lo soy*.

Me estremecí al oír su voz. Era diez veces más grave y fuerte, con un tono más gutural.

No pude evitar mirar fijamente a aquel magnífico y aterrador gigante desnudo. Los músculos de su pecho se flexionaron mientras se colocaba protectoramente frente a mí, ofreciéndome una excelente vista de su gigantesca hombría. ¿Qué? Tenía que mirar. Créeme. Tú también lo habrías hecho.

En respuesta a un destello de pelaje y dientes, Valen, el gigante, giró para recibir la embestida de dos demonios. Oí un grito y el sonido de carne desgarrada. Valen, el gigante, desgarró a los demonios con voraz rapidez.

Fue emocionante y aterrador a la vez.

Y entonces me di cuenta de que esto era lo que había estado ocultando. Estaba ocultando el hecho de que era un gigante. Pero, ¿por qué?

Un gruñido vino de detrás de mí. Valen dio un paso adelante, agarró un puñado de demonios y los levantó como si no pesaran nada. Luego aplastó sus cráneos, como si no fueran más que cáscaras de huevo, antes de arrojarlos.

—¡Leana! ¡Ayuda!

Me giré al oír la voz aterrorizada de Julian. Tenía una pértiga de

metal en la mano, blandiéndola contra un demonio que se acercaba y que parecía una pantera con cabeza de águila. Ya no tenía magia para defenderse.

Me puse en pie con dificultad.

—¿Puedes protegerlos? Necesito llegar a la Grieta y cerrarla. ¿Puedes ayudar a mis amigos?

Valen me miró fijamente con esos mismos ojos oscuros.

—*Sí que puedo. ¿Puedes cerrar el portal?*

—Haré lo que pueda.

Valen se dio la vuelta, pisó a un demonio que se interponía en su camino y corrió hacia Julian. Quería quedarme a ver cómo aquel gigante les daba una paliza a los demonios. No todos los días se veía a una criatura mística que se suponía que no era real. Pero tenía una Grieta que cerrar.

Levantándome de nuevo, cojeé por el tejado, contenta de que Valen me hubiera despejado el camino. Llegué a la Grieta sin ser atacada, donde Raymond seguía tumbado de espaldas en el tejado, mirando al cielo. Era un hijo de puta trastornado.

Exhalé un suspiro y llamé a mi voluntad, a mi luz estelar. Sentí el suave tirón de su poder cuando respondió, el flujo de energía blanca y brillante agitándose dentro de mi núcleo. La mantuve allí un instante. Planté los pies para controlarme mejor, pues sabía que mis heridas podían hacerme tropezar.

Me planté ante el portal demoníaco. El aire chisporroteaba de energía fría mientras el aroma de la muerte, la sangre y el mal me golpeaba en la cara. Pulsaba como el zumbido constante de un cable de alta tensión. El hedor a azufre y podredumbre era abrumador, y mis oídos estallaron con los cambios de presión. Un poderoso viento sopló a mi alrededor, levantándome el pelo de los hombros y golpeándome la cara. Era antinatural, ácido y venenoso para los mortales. Lo reconocí. Era el aire del Inframundo, que venía del interior del portal.

Podía ver formas a través del portal. Miles de formas se precipitaban hacia la apertura de nuestro mundo.

Mierda. Si nos alcanzaban, no estaba segura de que ni siquiera Valen pudiera detenerlas.

Agarré toda la magia estelar que pude para hilarla dentro de mi núcleo, canalizando las emanaciones y aprovechando aquella energía celestial más allá de las nubes. Sentí un cosquilleo mientras respondía.

Una bobina de luz blanca y cegadora se enroscó en mis palmas y se deslizó por mis dedos con lentitud.

Una luz abrasadora surgió de mis dedos extendidos y la dirigí hacia la Grieta. Salió de mí como un brote interminable de energía blanca, iluminando el techo como si fuera de día.

Unos gritos resonaron en el interior del portal. Ya no podía verlos, pero sus voces estaban cerca. Demasiado cerca. Tenía que darme prisa.

Otra vez, mucho más difícil de lo que parecía, y mantuve mi magia lista, como un arma cargada. Estaba lista para hacer explotar a cualquier hijo de puta que atravesara el portal mientras intentaba cerrarlo.

Y entonces, mientras me aferraba a mi luz estelar, invoqué el poder de la luna.

Elevé mi voluntad hacia la luna, hacia su energía.

Me respondió.

Otra ráfaga de luz blanca, más grande, me atravesó y golpeó el portal.

Me dolió el cuerpo, como si mis entrañas se licuaran. Mareada, mi equilibrio se tambaleó mientras la magia brotaba de mí como una fuente, ahogándome en un torrente de fatiga.

Invocar el poder de la luna no fue una hazaña fácil. Como dije antes, si me excedía me mataría. Me freiría allí mismo, como pollo frito.

Pero estaba funcionando.

El portal se movió, y comenzó a doblarse sobre sí mismo.

—¡¿Qué estás haciendo?!

Me giré para ver a Raymond de pie junto a mí, mirando con los ojos desorbitados el portal, que seguía haciéndose cada vez más pequeño.

No tenía energía para perderla hablando con él. Un percance y podría estar acabada.

—¡No puedes hacer esto! ¡Para! ¡Para! —gritó.

Sí, nunca fui muy buena recibiendo órdenes.

La luz de las estrellas seguía saliendo disparada de mi ser hacia el portal. El sudor me recorría la frente y empecé a sentir el principio del cansancio junto con un poco de náuseas. Pero aun así, aguanté. Solo un poco más y todo habría terminado.

Gritos lejanos y aullidos de indignación me encontraron. Entrecerré los ojos en la Grieta. Aparecieron innumerables sombras, cada vez más grandes y cercanas. Podía distinguir alas, colas y tentáculos. Sus movimientos eran frenéticos y desesperados. Los demonios habían visto lo que yo hacía y estaban huyendo.

Unas manos aparecieron de la nada y me rodearon el cuello. Parpadeé ante el rostro enloquecido de Raymond, sus ojos enloquecidos, mientras intentaba aplastarme el cuello con sus dedos fríos y rígidos.

—¡Te voy a matar! ¡Te mataré! —gritó, su saliva volaba hacia mis ojos mientras apretaba más fuerte, quitándome la capacidad de

respirar.

¿Otra vez con la asfixia? ¿En serio? Ya no tenía miedo. Estaba enfadada. Cabreada. Ya había tenido suficiente de hombres tratando de asfixiarme hasta la muerte.

No podía soltar mi luz estelar, y no podía usar mis manos.

Así que usé la única otra cosa que tenía a mi disposición.

Y le di un rodillazo en las pelotas.

Cuando no sepas qué hacer, ve por las bolas. Y funcionó a las mil maravillas.

Raymond me soltó y se agachó, con las manos en sus pelotas.

—Perra —jadeó.

Por supuesto, tuve que darle otra patada después de eso.

Raymond se tambaleó hacia atrás y cayó justo en el portal, desapareciendo.

Vaya. No era mi intención, pero ya era demasiado tarde. El brujo había desaparecido.

La adrenalina me inundó. La energía de la luna pareció romperme en miles de pedazos, unidos únicamente por mi piel y mi voluntad. Un dolor abrasador estalló en mi cabeza y la negrura inundó mis ojos. No podía ver, pero seguía aguantando.

Gritos guturales surgieron de las profundidades del portal, pero ya era demasiado tarde. Sus gritos de indignación se elevaron, resonaron y desaparecieron.

Con un chasquido de presión, la Grieta desapareció.

CAPÍTULO 29

Me desprendí de la luz de las estrellas y de la energía de la luna y me desplomé en el suelo. Me mareaba y el corazón me latía con fuerza, como si acabara de dar diez vueltas a la manzana para divertirme. Estaba agotada, pero aún así orgullosa de haber conseguido cerrar la Grieta, algo que nunca habría podido hacer sin mis amigos. Sin Valen.

Me llegó el olor corporal. Me olfateé e hice una mueca de dolor.

—Definitivamente necesito una ducha —¡Apestaba!

Peor aún, estaba desnuda y el aire frío me acariciaba las partes íntimas. La luz de las estrellas había vuelto a quemar mi ropa. Vaya.

—Lo has conseguido. Lo has conseguido, joder —dijo Julian mientras se acercaba al lugar donde había estado el portal—. Ha sido increíble.

—Todos lo hicimos —respondí.

Hablando de mis amigos, me di la vuelta sobre el trasero y me quedé mirando el revoltijo de lo que quedaba de los demonios. Algunos eran pilas de huesos y montones de carne, y otros solo montones de cenizas. Pero todos habían sido derrotados. No quedaba ni un solo demonio en pie.

Jade vino cojeando hacia nosotros, aún le faltaba uno de sus patines, pero por lo demás parecía estar bien. Elsa venía renqueando detrás de ella. Parecía agotada, pero su sonrisa era vibrante mientras me miraba fijamente.

¿Y Valen? Valen seguía enorme. Seguía desnudo. Todavía glorioso.

—Ha sido increíble —dijo Elsa mientras se acercaba—. Fue como ver nacer una estrella.

—Sí. Fue increíble —se hizo eco Jade—. Ojalá no hubiéramos tenido que luchar contra esos demonios para poder verlo. Las fotos también habrían estado bien, quizá algunos videos.

—Toma —Elsa sacó un chal verde de su bolso y me lo dio.

—Gracias. Me lo envolví, con la cara ardiendo al sentir los ojos de Valen clavados en mí.

Elsa se giró en el acto.

—¿Qué le ha pasado al subgerente? ¿Se lo han llevado los demonios? Eso espero. No puedo creer que hiciera lo que hizo por un ascenso.

—Un ascenso que nunca conseguiría —intervino Jade—. ¿Has visto mi patín? Juro que lo vi por aquí.

Negué con la cabeza.

—No —Señalé el espacio que había ocupado el portal. Solo quedaban algunas vetas de una sustancia negra parecida al alquitrán —. Cayó a través de la Grieta.

—¿Cayó o lo empujaron? —preguntó Julian, con una sonrisa en la cara.

—¿Empujón accidental? —les dije encogiéndome de hombros—. Intentaba asfixiarme, así que le di una patada y se cayó y la atravesó. Ups.

Julian se rio.

—Bien merecido se lo tiene el cabrón. El mundo es un lugar mejor y más seguro sin él.

Probablemente. Pero seguía deseando que no hubiera caído. La cárcel habría sido una opción mejor. Ahora, ¿quién sabía lo que había pasado? Todos esos demonios del otro lado probablemente lo hicieron pedazos, una mala forma de morir.

—Que le vaya bien —dijo Jade, tirando de la manga de su camisa con un largo desgarrón—. Siempre me dio escalofríos de todos modos. Que la diosa nos ayude —Los ojos de Jade se abrieron de par en par, y me volví para ver a Valen viniendo hacia nosotros en todo su desnudo y gigante esplendor. Sus bayas y tallo masculinos se balanceaban. Sí. Era difícil *no* mirar.

—Eso sí que es grande —dijo Julian, dando un asentimiento de aprobación al paquetote de Valen—. Un rey de reyes.

Sacudí la cabeza. Los hombres y sus paquetes. Nunca lo entendería.

El gigante tenía salpicaduras de sangre oscura por todas partes, no de su sangre.

—*¿Estás bien?* —preguntó con esa voz profunda y grave.

—Viviré —le dije, aún intentando hacerme a la idea de que estaba mirando a un gigante y no estaba soñando. Los gigantes eran reales. Santa mierda.

—Toma esto —Julian se quitó el abrigo y se lo dio al gigante—. No deberían permitirte andar por ahí exponiendo una cosa tan grande.

Valen lo miró fijamente y, por un segundo, pensé que se negaría. Pero entonces se envolvió las partes masculinas con el abrigo y se lo metió por dentro como si fueran unos calzoncillos improvisados.

Julian levantó las cejas.

—Puedes quedártelo.

Me reí.

—Esta ha sido una noche extraña.

Elsa tenía la cabeza echada hacia atrás mientras contemplaba a Valen. Me di cuenta de que quería preguntarle sobre ser un gigante. Demonios, todos queríamos, pero nos quedamos callados. Digamos

que fue por respeto. Era obvio que no se sentía cómodo hablando de ello. Pero nos lo había revelado. Sin su ayuda, habríamos estado fritos.

—¿Qué hora es? —pregunté.

Jade sacó su teléfono.

—Las dos de la mañana.

Mi corazón dio una sacudida. Todavía teníamos tiempo de salvar el hotel.

—¿Has localizado a tu amiga?

—Un momento —Jade frunció el ceño mientras pasaba un dedo por la pantalla de su teléfono—. He perdido un mensaje suyo —Sus ojos se abrieron de par en par al leer lo que su amiga había escrito. Y se quedó boquiabierta.

—¿Qué ha escrito? —Mi corazón latía con fuerza, y sentí los ojos de Valen sobre mí, que eran seriamente más intensos que antes, estando en su estado gigante.

—Dios mío —dijo Jade al cabo de un momento.

—*¡¿Qué?!* —coreamos todos a la vez.

Jade nos miró.

—Dice que le ha contado mi historia a su marido y que Basil ya se ha puesto en contacto con él para pedirle una prórroga para la demolición del hotel. Escuchen esto. Resulta que no todos los del Consejo Gris estaban al tanto de la situación. Y no les hizo gracia enterarse tan a última hora.

—Esa zorra —dije, dándome cuenta de que Adele estaba abusando de su poder. Ni siquiera le había dicho al resto del Consejo lo que tramaba. También daba miedo pensar qué más estaba haciendo sin la debida aprobación.

—Han cancelado la orden —Jade sonrió, con lágrimas en los ojos —. El hotel se queda. No lo destruirán.

Elsa escondió su rostro entre sus manos mientras sollozaba abiertamente, y Jade la abrazó.

Me ardían los ojos al verlas llorar, pero también porque Jimmy estaría bien. Basil lo había hecho bien, pero no se lo diría. Lo que debería haber hecho era volver a consultar con el consejo antes de dejar entrar en el hotel a esa zorra flacucha de Adele y creerse cualquier palabra que saliera de su boca.

—Ahhhh —Julian respiró hondo y estiró los brazos—. Nada como un buen polvo para acabar una batalla —se frotó las manos—. Hasta luego, chicas. Me esperan unas señoritas.

Me reí.

—¿Puedes encontrar a Jimmy y decírselo? —Mi pecho casi explotó ante la noticia de que estaría bien. Quería decírselo yo misma, pero no creía que pudiera mantenerme en pie en ese momento. Sentía las piernas como gelatina y aún estaba un poco mareada por toda esa luz

de estrellas y energía lunar.

—Ya lo creo —Julian se alejó dando saltitos.

Lágrimas calientes cayeron por mis mejillas mientras veía al alto brujo salir por la puerta del tejado. Valen seguía mirándome cuando me di la vuelta, y no podía saber lo que sentía. Y descubrí que yo tampoco podía apartar la mirada.

Elsa miró entre nosotros.

—Ven —cogió a Jade de la mano—. Tenemos que encontrar a Basil y contarle lo que ha pasado. Lo de Raymond. Todo. Y tenemos que llevar a todo el mundo a sus apartamentos —Se alejó con Jade, lanzándome miradas por encima del hombro mientras dejaba que la otra bruja la llevara casi arrastrada.

Me sequé las lágrimas con el dorso de la mano, esperando a que Valen dijera algo. Cuando fue evidente que no lo haría, abrí la boca.

—Entonces, ¿un gigante? ¿Has sido capaz de transformarte así, durante mucho tiempo?

El gigante agachó la cabeza para mirarme.

—*Nací así.*

—Claro. Por supuesto —qué pregunta más estúpida. Torcí el cuello —. ¿Crees que podrías... agacharte un poco? Me está dando un latigazo solo de intentar mirarte.

El techo chirrió y crujió cuando el gigante se acomodó a mi lado.

—*¿Mejor?*

Le miré fijamente a la cara.

—Mejor —incluso sentado, medía como dos metros—. ¿Cómo nos has encontrado?

—*Jimmy me lo dijo* —respondió el gigante, y me encontré mirándole los labios mientras hablaba—. *Cuando me enteré de lo que el consejo quería hacer con el hotel, vine a ayudar.*

Volteé mi pierna para ver donde me había mordido el demonio. La pantorrilla estaba empapada de sangre. También mi brazo.

—*Estás herida* —dijo el gigante, y oí algo parecido a la preocupación en su voz.

—No es tan grave. Las heridas no son profundas. No necesito puntos —Pero tendría que limpiarlas antes de que se infectaran—. Gracias por salvarme. Sin tu ayuda, todos habríamos muerto, nos habrían devorado esos demonios o nos habrían arrastrado a ese portal.

Un ruido salió de su garganta que podría haber sido él asintiendo.

—*Es mi trabajo mantener a todos a salvo.*

—¿Tu trabajo?

—*Soy un vigilante.*

—¿Un vigilante? —repetí como una idiota. ¿Qué demonios era un vigilante, y cómo es que nunca había oído hablar de ellos?

—*Todos los gigantes son vigilantes. Protectores.*

Tenía sentido, al ser tan grandes y robustos.

—Entonces, ¿cómo es que nadie ha visto u oído hablar de ustedes los gigantes? Que yo recuerde, los gigantes no eran reales. Solo eran historias que los padres contaban a sus hijos cuando se portaban mal.

Valen asintió y miró al suelo.

—No quedan muchos de nosotros. Hace siglos, se nos temía por nuestro tamaño y fuerza. Nos cazaban. Nos asesinaban. Solo quedan unos pocos en todo el mundo.

—Eso es triste —le dije—. ¿Por eso no quieres que la gente lo sepa?

—En parte.

—Si me hubieras dicho que eras un gigante y no fueras tan reservado, quizá no habría pensado que estabas detrás de los portales.

El gigante frunció el ceño, lo cual, déjame decirte, fue una visión aterradora. Me eché hacia atrás.

—¿Me habrías creído si te dijera que soy un gigante?

—Por el escepticismo que oigo en tu voz, voy a decir que... ¿no? —dije—. Vale, probablemente no te habría creído porque, bueno, los gigantes no son reales —le sonreí y sentí un calor en mi vientre cuando me devolvió la sonrisa—. Qué dientes más grandes.

Valen soltó una carcajada que sonaba como el rugido de un león y el rechinar de las rocas.

—Siento haberte acusado —dije para romper el repentino silencio.

—Debería habértelo dicho. Estamos en el mismo equipo.

Torcí la cara.

—¿Qué quieres decir?

—El hotel me contrató —Valen guardó silencio un momento—. *Llegué aquí hace cinco años. Para trabajar como vigilante del hotel y de los alrededores.*

—Ah —Ahora todo empezaba a tener sentido—. Así que cuando te vi en la habitación nueve quince y luego antes de eso en la habitación de Eddie...

—El hotel me pidió que estuviera allí.

—Entonces, ¿por qué me pidieron que trabajara para el Hotel Twilight cuando ya te tenían a ti?

—No es lo mismo —Los ojos de Valen brillaban a la luz de la luna. Eran tan grandes y hermosos que sentí que me inclinaba hacia delante —. *Eres una investigadora. Una agente. Yo solo soy el músculo* —Me dedicó otra de sus enormes sonrisas—. *Soy el tipo al que quieres contigo para darle una paliza al malo. Yo protejo.*

Me estremecí por dentro. No puedo creer que llegué a pensar que él era el malo. *Buena esa, Leana.*

Ya me había salvado dos veces. Sí, había sido un bruto cuando nos conocimos. Pero todo eso estaba en el pasado. ¿Qué significaba eso

ahora? ¿Y por qué seguía aquí conmigo? ¿Por qué no se fue con los demás?

—Dime —dije, mirando fijamente todos aquellos músculos enormes y varoniles y sintiéndome salvajemente atraída por un gigante. ¿Eso me hacía ver como una rara o simplemente como una cachonda?— ¿Qué hace exactamente un vigilante? Entiendo lo de vigilar. Lo de... supervisar y asegurarse de que no hay maldad acechando en las sombras. Pero, ¿trabajas solo cuando eres un gigante? ¿O es algo constante? Todo el día... toda la noche. Quiero decir, tienes un restaurante.

—*Haces muchas preguntas.*

Estaba sonriendo, así que no creí que se tomara mi acoso como algo malo.

—Tengo más. ¿Cuánto tiempo te quedas así?

De nuevo, el gigante se rio, y mi corazón dio un vuelco.

—*Siempre soy un vigilante* —respondió el gigante—. *Pero patrullo las calles por la noche en mi forma de gigante.*

—¿En serio? Debes de tener una enorme capa de invisibilidad —me reí—. ¿Cómo puedes ocultar —hice un gesto con la mano sobre su cuerpo—, todo eso ante los ojos humanos? Si fueras un duendecillo, eso no sería un problema. Pero eres como mil veces más grande que un duendecillo.

Una sonrisa se dibujó en el rostro del gigante.

—*Glamour natural. No necesito capas.*

Se me abrieron los labios.

—¿Qué demonios es eso? —Nunca había oído hablar de algo así. Había escuchado de pociones y hechizos que podían cubrirlo con un glamour a uno o a los objetos, como el hotel, pero nunca un glamour natural. Empecé a darme cuenta de que no sabía casi nada de gigantes. Y quería recibir un curso intensivo ahora mismo.

—*Todos los gigantes nacemos con un glamour inherente. Ningún humano puede vernos. Solo paranormales, metamorfos, vampiros, brujos, como tú.*

—Eso es realmente impresionante, y estoy un poco celosa. Caminar por las calles de noche y que nadie te vea. Debe ser agradable.

Valen sonrió, y entonces el sonido de las sirenas de la policía atrajo su atención hacia la claraboya.

—¿Trabajas esta noche? —pregunté, escrutando su rostro. Cuanto más lo miraba, más me gustaba. Sí, era un rostro más grande, más primitivo, si podía describirlo así, pero también era suave, y sus ojos eran iguales... pero más grandes.

El gigante me miró, haciendo que se me revolviera el estómago.

—*Sí. ¿Quieres venir conmigo?*

Una ráfaga de excitación me recorrió desde la parte superior de la

cabeza hasta los dedos de los pies.

—Claro que sí.

Valen se puso en pie de un salto, sorprendentemente rápido para un hombre tan grande. El techo gimió y tembló bajo su peso, y yo reboté con él.

Con esfuerzo, me puse en pie, cansada, pero también emocionada.

—Hay un problema —le dije, con la cabeza inclinada hacia atrás para poder verle parte de la cara—. Estoy un poco cansada de canalizar tanta magia. No creo que pueda seguirte el ritmo — Probablemente era muy rápido. Él daba un paso y yo tenía que dar diez. Sí, nunca lo alcanzaría.

—*No tendrás que hacerlo* —respondió el gigante.

—¿Uhh?

Antes de que pudiera protestar, la mano gargantuesca de Valen se extendió y me agarró, no con fuerza, sino con suavidad, como si estuviera sujetando un huevo que no quería aplastar accidentalmente porque podía. Realmente podía. Un movimiento accidental y me quedaba plana como un panqueque.

Me incliné hacia él y chillé como una idiota cuando me levantó y me subió a su hombro. Me senté cómodamente, con las piernas colgando sobre su clavícula. El mundo parecía diferente desde esta altura. A cinco metros de altura. No quería caerme. Alargué la mano y la enredé en sus largos mechones oscuros, aspirando su aroma a madera. Sí que olía bien.

Mi trasero estaba literalmente sobre su hombro, sobre su piel, y recé a la diosa para que no se me escapara accidentalmente un pedo nervioso. Sería vergonzoso.

Valen caminó por el tejado del hotel conmigo balanceándome de un lado a otro, pero encontrándolo agradablemente cómodo. Se paró en el borde del tejado.

Miré hacia abajo.

—Vaya, qué alto. ¿Cómo vamos a bajar? Es imposible que quepas en el ascensor —en cuanto se me escaparon las palabras, lo supe—. Que me jodan.

—*Sujétate* —dijo el gigante, mi estómago encontrando su camino a mi garganta.

Y entonces saltó.

CAPÍTULO 30

Estaba en Cherry Street, mirando uno de los pilares del puente de Manhattan. El cielo era azul oscuro y el sol se asomaba en una línea brumosa. Se estaba insinuando en el horizonte, pero aún me quedaban unos cuarenta minutos antes de que se me acabara la magia de la luz de las estrellas. Tendría que ser suficiente.

Había pasado casi el resto de la noche montada en el hombro de Valen mientras él caminaba por las calles de una ciudad que nunca dormía. Había sido increíble caminar entre los humanos sin que nos vieran. Como iba montada sobre él, tocando su piel, había adivinado que su glamour también me había ocultado de los ojos humanos.

Él tenía cuidado de no tocar a nadie mientras caminaba, girando y evitándolos en la medida de lo posible. Al parecer, lo suyo eran los tejados, como me había demostrado saltando de uno a otro. Al parecer, no solo estaba dotado de fuerza, sino también de la facultad de saltar grandes distancias. Yo también estaba celosa por eso.

No me había dado cuenta de que me había quedado dormida sobre su hombro. Y cuando me desperté, estaba de vuelta en su apartamento, y él estaba de vuelta en su tamaño normal y completamente vestido, por desgracia.

—¿Cuánto tiempo estuve dormida? —le pregunté, levantándome del sofá.

—Alrededor de una hora. ¿Cómo te encuentras? —me tendió otro té.

Lo cogí y me quedé mirándolo.

—¿Esto es...?

Valen se rio.

—No te hará dormir. Es un té normal.

Me estiré y bostecé.

—Como una nueva yo. Me siento muy bien, la verdad —Me hizo preguntarme si los gigantes tenían habilidades curativas o algo así, porque no debería sentirme tan rejuvenecida. Tomé un sorbo de té y dejé la taza en la mesita.

El sofá rebotó cuando Valen se sentó a mi lado y su muslo rozó el mío. Me sentí bien y no me moví.

Me quedé mirándole a la cara.

—Debes de estar cansado.

—En absoluto —dijo, mirándome con tal intensidad que me sentí a punto de entrar en combustión espontánea—. Estoy acostumbrado —

Sus ojos se dirigieron a mis labios, lo que provocó una oleada de deseo en mi interior.

—Seguro que sí —Estaba cerca. Muy cerca.

—Eres muy guapa —ronroneó, y creo que gemí de verdad.

—Te he visto desnudo —dije. ¿Por qué demonios dije eso?

El deseo brilló en sus ojos oscuros. Y sin previo aviso, inclinó la cabeza y me besó una comisura de los labios. Luego la otra, tirando suavemente de mis labios.

Me sobresalté por la sorpresa. Sus labios se movieron contra los míos, cálidos y suaves, y mi corazón latió con fuerza mientras le devolvía el beso. Cuando deslizó su lengua entre mis labios, mi pulso se aceleró y el calor floreció sobre mi piel, seductor, provocándome un escalofrío que me recorrió desde los labios hasta los dedos de los pies.

Había olvidado lo bien que me sentaba que me besaran así, con pasión y deseo, el tipo de besos que hacen arder las bragas, como este.

Me pasó una mano por la espalda y la otra por la nuca, acercándome. Sentí cómo envolvía su cintura y su espalda con mis brazos. Respiré deprisa cuando me metió la lengua hasta el fondo. Sabía ligeramente a café y sus besos me hacían desear más.

Dejé escapar un pequeño gemido y enrollé los dedos en su nuca, acercándolo más a mí.

Hizo un sonido de sorpresa y su beso se volvió más agresivo. Sus manos me rodearon con fuerza. Sentí su deseo y su necesidad en ellas. Sentí una oleada de calor y mis partes femeninas palpitaron con fuerza. Una parte de mí quería arrancarle la ropa, sentir su cuerpo duro contra mi piel.

Joder, besaba muy bien. ¿Todos los gigantes besaban así?

Se me cortó la respiración en un gemido cuando me apreté contra él, con una mano alrededor de su cuello y la otra en su pelo suave y sedoso. Sentí que sus músculos se tensaban y fue todo lo que pude hacer para no arrancarle la ropa.

Sus manos se movieron bajo mi camisa y la aspereza de sus callos me produjo un hormigueo en la piel. Al sentir mi deseo, sus caricias se volvieron agresivas, y ondas calientes de placer recorrieron mi cuerpo en espiral.

Y entonces se apartó.

—Lo siento, no puedo. No puedo —dijo, con la voz baja y llena de emociones. Exhaló lentamente. No solo se apartó, sino que también se alejó hacia la cocina.

Era difícil no sentirse herida o golpeada por una bola gigante de rechazo. Estábamos en camino para una sesión de placer en el dormitorio. Había sentido su duro deseo por mí, pero algo lo retenía. O alguien...

Me senté en el sofá en silencio todo el tiempo que pude antes de

que se volviera incómodo.

—¿Cuánto patrullamos? ¿Hasta dónde llegamos? —pregunté, rompiendo el incómodo silencio y mirando al hombre que no me miraba a los ojos.

Valen me sorprendió cuando regresó y ocupó la silla junto a mí. Permaneció a una buena distancia de mí, pero lo bastante cerca como para que no volviera a sentirme rechazada. Sí, todavía un poco.

—Todo el camino hasta Harlem y luego de vuelta a Chinatown y luego aquí.

Levanté una ceja.

—Has recorrido mucho terreno. Debes conocer la ciudad bastante bien —Se me ocurrió una idea. Como vigilante, Valen había patrullado las calles de Manhattan durante años. Sabía dónde vivían todas las criaturas oscuras y viles, demonios renegados, hombres lobo marginados y vampiros. Entre otros...

—Lo sé —respondió el gigante, sus ojos oscuros me miraron fijamente por un momento.

Tragué saliva.

—¿Conoces a una hechicera llamada Auria? Debe ser vieja. Más de 100 años.

Las cejas de Valen se juntaron en el centro al pensar en ello.

—El nombre no. Pero sé de una vieja hechicera que vive bajo el puente de Manhattan. Al parecer, lleva allí muchos años. ¿Por qué?

Mi corazón golpeó en mi pecho mientras me ponía de pie.

—Tengo que irme —De verdad necesitaba poner distancia entre el gigante ardiente y mis palpitantes regiones femeninas. Tenía que hacer otra cosa, evitar que mi mente volviera a sentir ese rechazo. Porque dolía. No iba a mentir.

Valen se levantó lentamente.

—¿Ahora?

—Sí. Antes del amanecer. Todavía tengo tiempo.

No me sorprendió que no se ofreciera a acompañarme. Era obvio que Valen tenía algunos demonios internos de los que ocuparse, y yo solo lo estaba empeorando. Sí, eso tampoco me hizo sentir mucho mejor.

Me había ido de su apartamento con el corazón un poco dolorido. Pero nada que no pudiera arreglarse. No quería otro hombre en mi vida. O eso creía hasta que conocí a Valen. Pero no me dejaría encariñar demasiado con alguien que no estaba preparado, o alguien que no podía dejar atrás el pasado.

Y ahora aquí estaba. Media hora después y mirando el muelle de piedra.

Una parte de mí quería quedarse con el gigante. Sentía una clara atracción entre nosotros. Pero tenía algo más importante que hacer.

Sintiéndome rejuvenecida por la magia gigante de Valen —aunque él no lo había confirmado—, me acerqué al muelle de piedra y busqué la puerta. Al principio, no pude ver ninguna puerta ni ningún portal. Después de rodear el muelle, era obvio que no sería fácil encontrarla.

—Tiene que haber una puerta. ¿Verdad?

Siendo una poderosa hechicera, Auria tendría la puerta glamourizada y oculta por un hechizo. Menos mal que mis luces estelares podían encontrarla.

Mirando por encima del hombro para asegurarme de que no había humanos curiosos, activé mi magia estelar, la sostuve y luego levanté la mano y la lancé.

Cientos de miniglobos blancos y brillantes salieron disparados de mi mano y golpearon el muelle de piedra, cubriéndolo con una cortina de luz blanca. Las estrellas se movieron alrededor del muro de piedra y yo las seguí. Luego se juntaron en un punto de la piedra. Sus luces interiores brillaron con más intensidad. Las luces brillaron y se disolvieron para revelar una puerta tallada en la piedra.

Sonreí y, apoyando el hombro en ella, la empujé para abrirla y atravesarla.

CAPÍTULO 31

Me encontré en una especie de pasillo con el techo bajo que apestaba a alfombras viejas, moho, pis de gato y otras cosas más asquerosas en las que intenté no pensar. Asqueroso. Arrugué la nariz ante el olor a incienso y velas al pisar la cámara de tierra que terminaba en sombra. Estaba tenuemente iluminada por las llamas incandescentes de algunas antorchas de pared.

Hacía frío, unos diez grados más que fuera, y me envolví con mis brazos.

Justo cuando daba tres pasos más, un repentino y frío cosquilleo de energía mágica me recorrió la piel, poniéndomela de gallina. Era difícil saber si se trataba de magia oscura o blanca. Pero, sin duda, una energía maligna palpitaba a mi alrededor, lenta y espesa como el corazón palpitante de una bestia gigante.

La magia de la hechicera. Con algo extra en ella.

—Pusiste una maldición en la entrada —murmuré, sintiendo el frío zumbido y el pulso familiar de una maldición.

—Ooh. Es una muy mala. Del tipo «mátame en el acto».

Pero estaba preparada para ello.

Con una ráfaga de fuerza, tiré de mi luz estelar. La energía crepitó contra mi piel, las energías de las estrellas hormigueaban sobre mí.

Emití una ráfaga de luz estelar que iluminó el pasillo con luz blanca y devoró la oscuridad. La presión del aire se desvaneció y desapareció. Con un crujido, las frías punzadas del aire se desvanecieron como si nunca hubieran estado allí.

La maldición se había roto.

Si antes no sabía que alguien había entrado por su puerta, ahora lo sabría.

Seguí avanzando, siguiendo el hedor y la sensación de su fría magia. Las telarañas se extendían a lo largo de las paredes de piedra. El suelo se inclinaba ligeramente hacia arriba, donde un montículo en el suelo de la cueva daba lugar a un espacio más amplio.

La habitación contaba con una pequeña cocina, donde había una colección de calderos a los lados, un catre que supuse que era su cama, estanterías altas repletas de libros y una larga mesa cubierta de velas fundidas, libros y cuencos. Estantes y estanterías se alineaban en partes de las paredes, repletas de un surtido de frascos con objetos inidentificables, todos cubiertos de una fina capa de polvo. Velas, huesos de animales, bolas de cristal, péndulos, tizas, espejos de

adivinación, calderos y libros se agolpaban en todos los rincones.

No vi ningún cuarto de baño, lo que posiblemente explicaba el olor.

Y allí, mirándome fijamente desde su silla junto a lo que solo podía describirse como un fuego mágico con llamas verde-azules, había una mujer con más arrugas y pliegues alrededor de la cara que un perro Shar-Pei.

Incluso encorvada por la edad, tenía un aspecto poderoso. Mechones de pelo blanco le caían sueltos alrededor de la cara, los brazos y las piernas le colgaban débilmente y estaba dolorosamente delgada.

Parecía que acababa de cumplir doscientos años. Pero sus ojos brillaban con aguda inteligencia.

Auria. La hechicera.

Las risas resonaron en la habitación. La anciana levantó la barbilla con altivez y me señaló con un dedo nudoso.

—Eres una tonta. Solo los tontos se aventuran en mi casa —su voz era áspera, vieja y marchita, como ella.

—Posiblemente —Era una tonta, pero no estúpida. Sabía que era poderosa. Pero no me iría hasta conseguir lo que había venido a buscar.

Me acerqué, mi piel hormigueaba con la presión de su magia. Estaba en su territorio, donde su magia era más fuerte. Pero yo también tenía mi magia. La vieja hechicera no me asustaba.

Me observó, midiéndome.

—Rompiste mi maldición. ¿Eres una bruja oscura?

—No —me acerqué todo lo que pude. La anciana desprendía el horrible hedor de un cuerpo que no se ha lavado.

Auria emitió un sonido de desaprobación en su garganta.

—¿Quién eres tú? ¿Qué quieres?

Junté las manos a la espalda.

—Mi amigo quiere recuperar su vida, y tú se la vas a devolver.

La vieja hechicera entrecerró los ojos.

—¿Quién es tu amigo?

—Jimmy. —Por el leve arqueo de sus cejas y la forma en que apretó los labios, supe que se daba cuenta de quién estaba hablando. También confirmó que era Auria, la hechicera.

—¿Por qué debería importarme lo que quiera tu amigo? —dijo la anciana, con una sonrisa en la voz.

—Porque lo maldijiste hasta convertirlo en un perro de juguete. Creo que lo has dejado claro. Jimmy ya ha sufrido bastante. Es hora de que rompas tu maldición y lo dejes ir.

La mandíbula de la hechicera se movió como si estuviera royendo comida.

—Jamás.

La irritación estalló cuando di un paso más cerca.

—Lo harás. No me obligues a hacerle daño a una anciana porque lo haré. Es mi amigo. Es una buena persona. No se merece esto.

La vieja hechicera soltó una risa húmeda.

—Es un tonto.

—¿Por qué? ¿Porque no correspondió a tu amor? Son cosas que pasan. Madura y sigue adelante.

Auria se inclinó hacia delante en su silla.

—Eres una criatura insolente.

—Y tú una zorra. No me importa la edad que tengas. Me dirás cómo quitar la maldición. Y no me iré hasta que lo hagas. Pero espero que sea pronto, porque... realmente apestas.

La hechicera resopló.

—¿Crees que me asustas? No eres más que una brujita. Tu magia blanca u oscura no puede hacerme nada.

—¿Cómo quito la maldición? —pregunté—. Cuanto antes me lo digas, antes podré dejarte para que vuelvas a lo que sea que estuvieras haciendo —No quería saberlo.

—Nunca te lo diré a ti ni a nadie —dijo la hechicera—. Se merece lo que le ha pasado. Los hombres no son más que herramientas para la reproducción. Son más débiles que nosotras. Y no me importa.

Me encogí de hombros.

—Claro, algunos son unos cabrones como mi ex marido. Pero no todos los hombres son unos cabrones. Igual que no todas las mujeres son unas zorras.

Auria frunció el ceño, lo que daba miedo, y casi perdió los ojos en los pliegues de sus arrugas.

—No me caes bien.

—Tú tampoco me caes bien.

Me hizo un gesto con la mano torcida. La otra mano que noté estaba sobre un libro en su regazo metido ordenadamente en los pliegues de su bata.

—Vete o te haré algo peor que lo que le hice a tu amigo.

—Ya te lo he dicho. No me iré hasta que me digas cómo quitarle la maldición a Jimmy —La vieja hechicera no parecía gran cosa. Parecía que una ráfaga de viento la convertiría en cenizas. Pero todos sabíamos que en nuestro mundo paranormal su fragilidad podría ser solo una tapadera. No iba a dejar que jugara conmigo.

—Otros lo han intentado y han fracasado en su intento de dar con la maldición —dijo, con voz orgullosa, y me hizo sentir enferma—. Nuestras maldiciones son una extensión de nuestro poder, de lo que somos. No revelamos nuestros secretos. De lo contrario, no seríamos poderosos. No nos temerían. Como tú... como *tu* secreto.

Fruncí el ceño, no me gustaba que intentara adivinar qué tipo de magia manejaba.

Me subió la tensión. Sabía que no me quedaba mucho tiempo. Tenía que terminar esto.

—Dámelo —le dije y di otro paso lamentable, conteniendo la respiración, para acercarme a ella.

Me observó en silencio, con los ojos brillantes por la promesa de dolor y muerte. Su cara hizo una mueca.

—Que te jodan.

Vaya, eso era muy raro viniendo de los labios de una anciana.

Me sorprendió tanto que no vi el movimiento de su mano y la palabra «¡Atucei!»

Una ráfaga de energía salió de ella como una ola de muerte.

Mis brazos se agarrotaron a los lados y unos tentáculos rojos y brumosos me envolvieron como una cuerda. Un dolor abrasador y candente estalló alrededor de mi cuerpo, como si los dientes se hundieran en mi carne y volvieran a salir. ¡Caray! Aquello dolía muchísimo.

—Vale —resollé y luego me reí—. Me has pillado.

En un abrir y cerrar de ojos, me vi arrastrada por la habitación, y la pared actuó como mi salvadora cuando me golpeé contra ella en lugar de estrellarme contra la ventana. Caí al suelo como un muñeco de trapo.

—Voy a disfrutar matándote —dijo la hechicera, y levanté la cabeza para ver que seguía sentada en aquella maldita silla.

Sí, era poderosa. En eso tenían razón. Pero yo también.

Con el corazón martilleándome, respiré hondo, saqué fuerzas de mi interior, de mi voluntad, y alcancé la energía mágica generada por el poder de las estrellas.

Una luz brillante estalló al mezclarse mi magia con mi odio. Desbordó mi voluntad y se vertió en mi cuerpo. A toda velocidad, la magia de las estrellas corrió a mi alrededor y a través de mí, como un potente conductor de alta tensión, hasta consumirme.

La magia estelar salió disparada de mí, atravesando su hechizo como se atraviesan las cadenas.

La explosión alcanzó a la anciana, que salió despedida de su silla y aterrizó detrás de ella.

No. No me arrepentí.

Me levanté, me quité el polvo y me acerqué, buscando lo que tenía la sensación de que contenía mis respuestas.

Había un libro a medio metro de la hechicera, el mismo libro que había estado protegiendo en su regazo todo el tiempo que estuve allí. Me agaché y cogí el libro.

—¡Es mío! —Ella se arrastró sobre sus manos, tirando hacia

delante—. ¡Devuélvemelo! ¡Devuélvemelo!

Con la linterna de mi teléfono encendida, equilibré el libro con la mano derecha y la cadera y lo abrí de un tirón. El delgado libro no tenía muchas páginas, lo cual era bueno. Me estremecí al ver las numerosas manchas marrones en prácticamente todas las páginas.

—Llevas el significado de bruja sucia a otro nivel —le dije.

—Nadie puede romper mis maldiciones —escupió—. Nadie. Soy la única que puede.

—Pero acabo de hacerlo —dije, hojeando las páginas.

Me miró y empezó a gritar tan fuerte como una banshee.

No importaba. Encontré lo que buscaba. Allí, en la parte superior de una página, escrito con letras garabateadas, estaba *Maledicere Alicui Rei.*

Mi latín estaba oxidado, por no decir otra cosa, pero sabía que *maledicere* significaba maldición, y el perrito dibujado al lado lo delataba.

Se me aceleró el pulso. Se trataba de eso. Lo sabía en mis entrañas.

Cerré el libro.

—Encantada de hacer negocios contigo —pasé por encima de la bruja, queriendo poner la mayor distancia posible entre mí y su horrible olor corporal lo antes posible.

—¿Qué eres? —preguntó la vieja hechicera.

Me giré y me metí el libro bajo el brazo.

—Una Bruja de Luz Estelar.

Y con eso, dejé a una hechicera con los ojos muy abiertos y apestosa en su suelo de tierra y me alejé.

CAPÍTULO 32

—¿Crees que funcionará? —Jimmy me miraba fijamente desde el suelo de mi cocina, dentro del círculo de tiza que acababa de dibujar a su alrededor.

—Sí que lo creo —respondí.

Volví a dejar el libro de Auria sobre la mesa. Estaba segura en un noventa por ciento, pero no iba a decírselo. Cuando regresé al Hotel Twilight, el sol ya había salido y bañaba el cielo de rosas, naranjas y azules.

Me llegaron ecos de voces roncas y me volví para ver a Barb, con una mano en la cadera en actitud regañona y de abuela mientras señalaba a las gemelas en el pasillo. La noticia de la derrota de Raymond y el restablecimiento del hotel se extendió rápidamente, o Elsa y Jade habían estado ocupadas despertando a los inquilinos de donde sea que se hubieran alojado temporalmente mientras yo estaba fuera y habían vuelto a sus casas.

La decimotercera planta estaba tan animada y ruidosa como la primera vez que la pisé.

—No puedo creer que la encontraras —Jade estaba de rodillas en el suelo, encendiendo cuidadosamente cada vela que rodeaba a Jimmy, con un susurro de palabras. Era realmente impresionante, algo que, por desgracia, nunca sería capaz de hacer, siendo una Bruja de Luz Estelar.

—Buscamos a esa horrible hechicera por todas partes —dijo Elsa, jugueteando con su medallón en una mano mientras hojeaba el libro de Auria con la otra—. Incluso le pagamos a un hombre zorro que es investigador privado. Nos costó una fortuna y nunca la encontró.

—¿Cómo *pudiste* encontrarla? —Julian estaba de espaldas a la pared, con aspecto renovado y olor a jabón y loción para después del afeitado. Junto a él, en la encimera, había un paquete de ropa que le había pedido que trajera para Jimmy. No tenía ni idea de si volvería completamente vestido o desnudo como un recién nacido.

—Valen me ayudó —dije. Luego, sabiendo que todos habían visto su forma gigante, continué—. Él patrulla la ciudad de noche. Ve mucho de lo que nosotros no vemos. Escucha rumores. En fin, sabía de una vieja hechicera que vivía bajo el puente de Manhattan. Era ella —El recuerdo de aquel apasionado beso que habíamos compartido seguía muy vivo en mi mente, y mi cuerpo se estremeció al recordarlo. Había sido un beso de proporciones *gigantescas*.

Jade se apoyó en los talones.

—Ojalá hubiera podido ver la cara de la vieja bruja cuando le quitaste el libro.

Elsa cogió el libro de hechizos de Auria.

—Habría disfrutado dándole una patada en el culo —dijo, sorprendiéndome.

Yo me reí.

—Dudo que vaya a molestar a nadie pronto —La hechicera era poderosa, pero parecía tener mala salud. Probablemente llevaba muchos años sin salir de aquel lugar al que llamaba hogar, por el olor que desprendía. Y si alguna vez salía de su nido, yo estaría lista para ella.

—¿Vamos a hacer esto? —los ojos de Jimmy pasaron de mí a los demás, su cola se movía detrás de él en un látigo nervioso.

—Lo haremos —cambié mi postura y miré a las brujas de mi cocina en busca de ayuda. Mi luz estelar no sería de gran ayuda en ese momento, y las maldiciones y contra-maldiciones no eran precisamente mi fuerte. Iba a necesitar su ayuda para que esto funcionara.

Elsa vino a ponerse a mi lado, con el libro de maldiciones de Auria en las manos.

—He estudiado su maldición. La magia de los hechiceros y hechiceras es diferente a la nuestra. Las palabras que usan. La forma en que obtienen su poder. Pero aquí nada es demasiado complicado. Tenemos sus palabras exactas, suficientes para producir una contra-maldición. Suficiente para deshacer lo que le hizo a Jimmy.

Sonreí al nervioso perro de juguete.

—¿Ves? Cuentas con nosotros.

Elsa nos miró. Sus ojos brillaban con algo duro y decidido.

—Auria era una hechicera poderosa, más poderosa que cualquiera de nosotros cuando hizo esa maldición. Tendremos que unir nuestras manos y combinar nuestra magia si queremos igualarla.

Tomé aire, el entusiasmo me invadía.

—¡Hagámoslo!

Todos nos colocamos en círculo alrededor de Jimmy. Luego cogí la mano de Elsa y la de Julian mientras él cogía la de Jade, y ella cerraba el círculo con la de Elsa. Todos estábamos conectados físicamente.

La mano me temblaba de sudor y nervios, y esperaba que Elsa y Julian estuvieran demasiado concentrados en la contramaldición como para darse cuenta. Respiré tranquilamente y sentí una pequeña emoción al saber que estábamos a punto de unir nuestra magia. Nunca había hecho algo así, compartir magia con otros brujos. Siempre había sido una pistolera solitaria. No estaba segura de qué esperar. Me sentía vulnerable. Abierta. Pero había dejado a un lado mi miedo y

mis inseguridades para salvar a un amigo.

—Vale —dije, sintiendo el calor en las manos de mis amigos—. ¿Supongo que tenemos que decir juntos la contra-maldición? — Recordé la conversación que había tenido antes con Elsa cuando estaba estudiando la maldición y preparando la contra-maldición.

—Sí —respondió Elsa—. ¿Recordamos todos la letra? Llevamos media hora repasándola.

Asentí mientras Julian y Jade decían:

—Sí.

Elsa soltó un suspiro.

—Ahora juntos.

—Invocamos las fuerzas de la Madre Oscura —cantamos al unísono mientras yo recurría a los poderes de las estrellas—. Que la carne sea carne y el hueso sea hueso; devuelve lo que fue tomado, y rehazlo entero. Rehaz lo que debes; anula la maldición que creó a este ser. Deshaz la magia que actuó aquí; invierte el hechizo, para que todo quede despejado.

Saqué la energía que pude de las estrellas a media mañana, que no era mucha.

Pero entonces se me aceleró el pulso ante la repentina oleada de magia, la magia de mis amigos, y se me puso la piel de gallina cuando la energía mágica se vertió en mí a través de nuestras manos.

El viento me levantó el pelo y me trajo el aroma de las flores silvestres, la tierra y las agujas de pino, el aroma de la magia blanca. El aire zumbó con fuerza y me quedé mirando, sorprendida, cuando un resplandor visible de azul, naranja y amarillo nos atravesó a mí y a los demás.

Con un destello de luz cegadora, cerré los ojos.

Cuando los abrí, en lugar de un perro de juguete de madera, había un hombre en el círculo de tiza. Un resplandor etéreo le envolvía como una niebla y luego desapareció. Tenía la piel clara y el pelo canoso en las sienes. Era unos dos centímetros más bajo que yo. Y sí. Estaba desnudo.

—¡Dios mío! ¡Funcionó! —gritó Jade mientras soltaba a los otros y empezaba a aplaudir—. ¡De verdad funcionó!

Los ojos azules de Jimmy, sus ojos *reales*, me miraban asombrados.

—Lo has conseguido. No me puedo creer que lo hayas hecho.

Sonreí, feliz de que su voz fuera la misma que cuando había sido un juguete de madera.

—*Lo hicimos*. Todos nosotros —Lo cual era cierto. Había sentido la magia de los otros brujos fluyendo a través de mí y a mi alrededor. Sin ellos, no habría funcionado.

Jimmy levantó las manos delante de la cara, moviendo los dedos como si los estuviera probando por primera vez. Probablemente así

era como se sentía después de haber estado tanto tiempo en un cuerpo de madera sin dedos.

—Toma. Tápate el paquete antes de que estas chicas se te echen encima —Julian le pasó a Jimmy un paquete de ropa, y todos nos dimos la vuelta mientras él se ponía unos jeans y una camisa.

—Ya pueden darse la vuelta —dijo Jimmy.

Me di la vuelta, sonriendo.

—Tienes buen aspecto, Snoopy.

Jimmy se rio.

—Gracias, Merlie.

—Vas a tener que hacerle un dobladillo a esos jeans —le dije. Sus pies estaban totalmente ocultos por el dobladillo inferior de los jeans. La camisa también le quedaba grande. Parecía un niño probándose la ropa de su padre. Era tan cuchi.

—No pasa nada —Jimmy se dobló las mangas de la camisa—. No me importa que la ropa no me quede bien. Soy yo. He vuelto a ser yo —Cuando me miró a los ojos, los suyos estaban llenos de lágrimas—. Gracias —dijo, ahora llorando libremente—. Esto nunca habría pasado si no hubieras aceptado el trabajo en el hotel. Me has devuelto la vida.

—Ah, demonios —dije, con los ojos y la garganta ardiendo—. Ahora me vas a hacer llorar —Mierda. Ahora yo también estaba llorando. Grandes y gruesas lágrimas brotaban de mis ojos, como si las emociones de las últimas semanas acabaran de hacer su aparición.

—Yo ya estoy llorando —dijo Elsa mientras abrazaba a Jimmy, cuya cabeza chocó contra su axila.

—Yo también —dijo Jade mientras se apretaba en su abrazo. Después de otro apretón, Jade se soltó y dio un paso atrás—. ¿Quién quiere café?

—Yo —dije, dándome cuenta de repente de lo cansada que estaba.

—Yo también quiero uno —dijo Jimmy, con los ojos abiertos de emoción—. No he tomado un café en... más de sesenta y ocho años.

Carajo. El pobre hombre no había comido ni bebido nada en todo este tiempo. Maldita Auria. Estaba bastante segura de que ahora la odiaba aún más.

Todos observamos en silencio cómo Jimmy aceptaba una humeante taza de café caliente y bebía un sorbo. Cuando empezó a llorar, demonios, todos empezamos a llorar de nuevo. Maldita sea, vaya día.

—Ojalá Cedric estuviera aquí para ver a Jimmy —dijo Elsa, frotándose el medallón.

—¿Cuánto tiempo estuvieron casados? —le pregunté, adivinando que se refería a su marido muerto.

Elsa parpadeó con algunas lágrimas en los ojos.

—Treinta y siete años. Él adoraba a Jimmy. Se habría alegrado

mucho de verle así. Los dos eran muy unidos.

—¿Qué le pasó?

—Murió mientras dormía. Los curanderos dicen que fue un ataque al corazón.

Sentí una fuerte punzada en el pecho.

—Lo siento, Elsa.

Elsa resopló mientras se inclinaba y abría el antiguo medallón.

—Siempre está conmigo —Y allí, dentro del medallón, había un mechón de pelo castaño.

—Tenía buen pelo —le dije, con el pecho oprimido por su sonrisa.

—Sí, lo tenía —Elsa cerró el medallón con un chasquido y mantuvo la mano sobre él, visiblemente temblorosa por un torrente de emociones. Se aclaró la garganta—. ¿Tienes hambre, Jimmy? Te prepararé lo que quieras. Solo tienes que decirlo.

Jimmy sonrió.

—Unos huevos con tocino estarían muy bien.

Elsa le sonrió.

—Considéralo hecho.

Unos minutos después, los rumores de la milagrosa transformación de Jimmy se extendieron por todo el piso trece, y pronto mi apartamento se llenó de todos y cada uno de los inquilinos de esa planta.

—Encantado de conocerte de hombre a hombre —dijo un hombre paranormal mayor cuyo nombre no podía recordar.

—Eres tan cuchi como cuando eras aquel perro —dijo Barb.

—Eres bajito —corearon las gemelas.

Mi corazón volvió a hincharse de emoción. Solo con ver la cara humana y feliz de Jimmy todo se arreglaba.

Y entonces mi corazón empezó a acelerarse, no por Jimmy, sino por el hombre grande y corpulento que acababa de entrar.

Valen entró en mi apartamento, con una sonrisa de oreja a oreja, mientras estrechaba la mano de Jimmy y, con la otra, le daba una varonil palmada en el hombro.

Recorrí lentamente con la mirada al gigante, sí, al gigante. Seguía siendo alucinante. Lo asimilé. Completamente. Mis ojos lo recorrieron muy, muy despacio. Vi la confianza, la fuerza de aquellos hombros anchos y brazos musculosos, y aquel pecho duro que había tenido la suerte de tocar con la cara.

—Oh, qué bueno. Sigues aquí.

Me di la vuelta para ver a Basil de pie detrás de mí.

—Sí. No he empacado todavía —Estaba tan cansada. Esperaba que me dejaran recuperarme del cansancio. Pero no parecía que sería así —. Me iré en una hora. Si es por eso que estás aquí.

Basil negó con la cabeza, y noté las bolsas bajo sus ojos. Tampoco

había dormido aún.

—Ha sido una noche dura —parpadeó—. Me han dicho que fuiste tú quien encontró a Raymond y lo derrotó.

—Lo encontré en el tejado. Pero todos lo derrotamos. Bueno... a sus demonios.

—Pero tú cerraste la Grieta.

Asentí.

—Lo hice.

—Eso me dijo Elsa —dijo el gerente del hotel—. Nunca imaginé que Raymond haría esto. Creía que le gustaba su trabajo. Pensé que yo le agradaba.

—Estaba bastante segura de que te odiaba.

—Ahora lo sé —el brujo bajito exhaló—. Qué desastre.

—Al menos pudiste detener a Adele y sus planes de destruir el hotel.

Basil frunció el ceño y se acarició la barba con los dedos.

—Sí. Me alegro de que *eso* haya terminado. Me alegro de seguir teniendo trabajo.

Fruncí los labios.

—Bien por ti, supongo —¿Qué demonios quería? ¿Una palmadita en la espalda?

Basil se aclaró la garganta.

—Siento haberte despedido. Fue un poco precipitado. No era yo.

—Todos estábamos bajo mucha presión —le dije.

El gerente del hotel suspiró.

—Bueno, si reconsideras trabajar para nosotros, al hotel le gustaría ofrecerte un puesto permanente.

Se me aceleró el pulso.

—¿En serio?

El brujo me sonrió. Esta vez era una sonrisa verdadera y genuina.

—Te debemos mucho. Los propietarios creen que tenerte aquí a tiempo completo les tranquilizaría. Quieren a una Merlín asignada al hotel permanentemente.

—¿Y Valen? —pregunté—. Sé que el hotel lo contrató. No quiero quitarle el trabajo.

Basil me hizo un gesto con la mano.

—No, no, no. Puede que sus trabajos estén interrelacionados, pero los necesitamos a los dos. Cada uno tiene responsabilidades diferentes. Entonces, ¿qué dices?

—Sí. Lo acepto. Gracias —Le estreché la mano cuando me la ofreció.

Basil me hizo un gesto con la cabeza y se marchó. Le vi abrirse paso entre los paranormales hasta donde estaba Jimmy.

Me quedé de pie un momento, con las emociones a flor de piel,

mientras sentía un sentimiento de orgullo y alegría mezclado con una sensación de alivio. Los rostros se desdibujaban cuando miraba a mi alrededor, sus voces lejanas, como si las oyera desde una radio muy distante.

He recuperado mi trabajo.

Sentí que me miraban y desvié la mirada hacia donde estaba Jimmy. Valen me observaba desde el otro lado del apartamento y me dedicó una de sus sonrisas dignas de baba.

Mi corazón se aceleró al verme incapaz de apartar la mirada. Le devolví la sonrisa mientras un arrebato me recorría al recordar nuestro beso, golpeándome prácticamente en la cara. Aquellos ojos oscuros habían contenido tanto una promesa como un deseo.

Valen, el tipo rudo con el que me había topado en la calle, resultó no ser tan malo después de todo. Era una raza rara de paranormales: gigante, vigilante y protector, y había hecho precisamente eso. Me había salvado el pellejo dos veces.

Nos sostuvimos la mirada durante un momento, mi cuerpo se estremeció y reaccionó al calor que había entre nosotros.

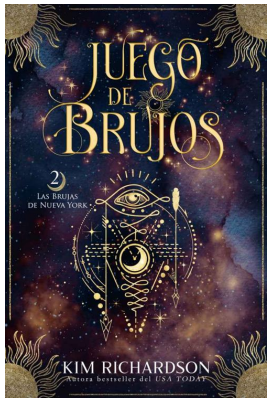
Maldita sea. Maldita sea. Maldita sea.

No quería tener una relación con nadie en ese momento, no después de los años que había pasado en un mal matrimonio. Quería estar sola. Para ser yo misma. Tiempo para mí. No quería involucrarme con alguien que claramente tenía un serio pasado.

Pero entonces... entonces ahí estaba Valen.

Sip, definitivamente estaba en problemas.

¡No te pierdas el próximo libro de la serie Las Brujas de Nueva York!



LIBROS DE KIM RICHARDSON

SERIE LAS BRUJAS DE HOLLOW COVE

La Bruja de las Sombras

Hechizos de Medianoche

Noches Encantadas

Mojo Mágico

Maleficios Prácticos

Perversas Costumbres

SERIE SOMBRA Y LUZ

Caza Oscura

Vinculada A La Oscuridad

El Ascenso de la Oscuridad

El Regalo Oscuro

Maldición Oscura

Ángel Oscuro

Ataque Oscuro

SERIE GUARDIANES EL ALMA

Elemental

Horizonte

Inframundo

Seirs

Mortal

Segadores

Sellos

CRÓNICAS DEL HORIZONTE

Ladrón de Almas

El Alto Mando de la Oscuridad

Ciudad de Sombra y Llamas

El Señor de la Obscuridad

REINOS DIVIDIDOS

Doncella de Acero

Reina Bruja

Magia de Sangre

SERIE MÍSTICA

El Séptimo Sentido

La Nación Alfa

El Nexus

SOBRE LA AUTORA

Kim Richardson es una autora best-seller del *USA Today,* galardonada por sus libros de fantasía urbana, fantasía y por sus libros para adultos jóvenes. Vive en el este de Canadá con su marido, dos perros y un gato muy viejo. Los libros de Kim están disponibles en ediciones impresas, y con traducciones en más de siete idiomas.

Para saber más sobre Kim, visita:

www.kimrichardsonbooks.com